

Cuéntame una de braceros

Cándido González Pérez



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
SEMINARIO PERMANENTE DE ESTUDIOS DE LA GRAN CHICHIMECA

Cuéntame una de braceros

Cuéntame una de braceros

CÁNDIDO GONZÁLEZ PÉREZ



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Ciénega



SEMINARIO PERMANENTE
DE ESTUDIOS
DE LA GRAN CHICHIMECA

Primera edición, 2009

© D.R. 2009, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Ciénega
Av. Universidad Núm. 1115,
47820, Ocotlán, Jalisco. México.

ISBN: 978-970-764-762-6

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Contenido

Introducción	9
------------------------	---

Primera parte

I. Los orígenes	17
II. Las características	27
III. Las remesas	37
IV. El ingrediente religioso	47

Segunda parte

V. Un milagro del Señor de los Imposibles	59
VI. Yo no dejo sola a mi hija	107
VII. La historia de un anillo	137
VIII. La historia de una vaca	171
XIX. Estuve en prisión por vender <i>jale</i>	201
X. La pelea de gallos	229
Epílogo	237
Referencias bibliográficas	245

Introducción

Los procesos migratorios de México hacia Estados Unidos han adquirido ciertas características desde hace más de un siglo en que se inició en forma este fenómeno. En este trabajo me propuse como objetivos efectuar una descripción y exponer las principales particularidades, poniendo énfasis en la referida a los trabajadores alteños que buscan opciones laborales y tienen que pasar por infinidad de sufrimientos, y en algunos casos logran obtener sus propósitos con gran éxito. Para la exposición he dividido en dos partes el escrito.

En la primera, separada a su vez en cuatro secciones, expongo cuáles han sido los orígenes, mismos que se remontan a tres decenios después de que la mitad del territorio que perdimos al norte de nuestra república se anexó a Estados Unidos; inició con la puesta en funcionamiento de la red ferroviaria de transportes que iba de la capital de México hasta la frontera de Texas, entrando por Ciudad Juárez, y también con la aplicación de una ley que impusieron los estadounidenses contra el ingreso de chinos en 1882; ambas, la gran facilidad de transportación de 1884 y las acciones contra los asiáticos hicieron posible el ingreso y contratación de mexicanos (alteños, para nuestros objetivos particulares) para trabajar en la agricultura, las minas y todo lo referente a la puesta en funcionamiento de los ferrocarriles, actividades todas ellas que habían desarrollado los chinos. Se explica además cuáles han sido las fechas clave para los flujos y reflujos de trabajadores documentados e indocumentados; los estadounidenses, con un “termómetro social”

determinan cuándo y cuántos pueden ingresar, así como cuándo y cuántos tienen que regresar en determinadas fechas en que la economía del vecino país del norte tiene sus bajas; nosotros ponemos nuestro granito de arena cuando tienen que salir más emigrantes; no obstante, la llave principal la tienen del otro lado de la frontera; se hace una descripción sucinta de la aplicación de las diferentes leyes que han incidido directamente a los procesos migratorios y han determinado la magnitud del flujo.

En la segunda sección detallo las características más relevantes de la migración de trabajadores, tales como las diferencias salariales entre nuestros países, cuáles son los vericuetos que deben pasar los jóvenes para buscar realizar su sueño, que para muchos ha sido una pesadilla que los deja marcados de por vida; cómo trabajan “al otro lado”, cuáles son sus ingresos y cómo se pueden comparar respecto a los de otros grupos de migrantes.

La tercera sección está referida en particular a las remesas para explicar cómo se cuantifican, a qué se destinan, cuáles son los flujos totales y cuáles son los fundamentos de las dos corrientes teóricas que se han discutido desde hace decenios, para qué sirven ese tipo de ingresos y que no fácilmente se puede observar un consenso ideológico. Finalmente, se dedica un espacio particular a una actividad que tiene una influencia de gran relevancia a pesar de referirse a aspectos de otro mundo y no solamente de otro país: el ingrediente religioso ha sido tradicionalmente una característica inseparable del pensar y actuar de los mexicanos en desgracia, y es que se cataloga como una verdadera desgracia el verse obligados a dejar la familia y cruzar una frontera prohibida, con los riesgos que conlleva. Se hace mención específica de tres símbolos que han dejado huella en este tipo de mexicanos: el “Santo” Juan Soldado, Santo Toribio Romo y la Virgen de Guadalupe.

En la segunda parte se exponen fragmentos de las historias de seis migrantes de carne y hueso; son segmentos de sus vidas

los referidos a su actuar como migrantes. Para su exposición se optó por la forma novelada para darle mayor frescura (al menos ésa fue la intención) y se echó mano de un recurso: el de juntar caminos, y es que en realidad cuando se habla de la historia de uno de los actores, se están combinando testimonios reales de varios migrantes; entonces, no hay uno que exista y que haya pasado por todo lo expuesto, aunque sí todo lo mostrado se basa en evidencias reales.¹ De alrededor de una treintena de personas que permitieron se les grabaran sus testimonios, se crearon las seis historias.

La primera narra el peregrinar de un joven que pasó por las principales fatigas que sufren los indocumentados, aprendió inglés, obtuvo buenos puestos de trabajo y tuvo la oportunidad de acumular una buena suma; sin embargo, lo perdió todo por caer profundamente en el alcoholismo; regresado sin posibilidad de volver a intentarlo, fue abandonado por su esposa y sus hijos, fue recluido en un lugar especial para quienes padecen esas contrariedades y se rehabilitó, logrando recuperar lo máspreciado; no está entre sus objetivos regresar a Estados Unidos porque “quedó fichado”.

La segunda encarna a una mujer que cruzó en repetidas y diferentes ocasiones y sufrió grandes penalidades, además de haber sido deportada y fichada, lo que a futuro le ha influido en forma negativa puesto que la familia ha quedado temporalmente separada: el padre y una parte de los hijos viviendo en Estados Unidos, y ella con una hija nacida allá pero obligada a vivir en México con

-
1. Existe una obra excelente escrita a manera de novela, describiendo el caso de una salvadoreña que en realidad son varias; fue escrita por Raúl Sánchez Molina y fue publicada en España; es muy representativa de lo que sucede en la realidad en ese país centroamericano y en particular de los sufrimientos aterradores por los que pasan en su trayecto hacia la obtención de un trabajo ilegal en Estados Unidos. Otro trabajo: *Espaldas mojadas. Historias de maquilas, coyotes y aduanas* fue escrito por un colombiano y está creado también como si se tratara de un relato producto de la imaginación, cuando en realidad está basado en testimonios de personas que pasaron por las penalidades que padecen la gran mayoría de los migrantes.

su madre por su corta edad y debido a que al buscar oficializar su estancia aparecieron “los antecedentes” y está en trámite su situación legal; ella se vio obligada por las circunstancias a entregar a su primera hija de brazos y enferma para que la cruzaran la frontera para después ella “alcanzarla” cuando en alguno de los intentos (varios y fallidos) lograra pasar.

La tercera se refiere a un joven, huérfano de madre que huyó escondido de su padre y siendo menor de edad; después de reiterados intentos logró cruzar, trabajar, regresar, volver a ir repetidamente, casarse y obtener la residencia oficial; se instaló en forma definitiva en México (por lo menos es un testimonio auténtico) y vive, si no de manera holgada, sí con tranquilidad.

El cuarto personaje, con rasgos semejantes al anterior, y después de haber pasado por “el cielo y el infierno”, se instaló en forma definitiva en México; su economía es muy cómoda y entre sus propósitos está el que sus hijos no tengan que recurrir al *bracero* como uno de sus planes de vida; probó de todo, lo bueno y lo malo; gozó y sufrió, no aprendió inglés y obtuvo destrezas que no ha vuelto a utilizar en México.

La quinta historia representa a un joven que habiendo padecido lo que se tiene que sufrir en esos menesteres, aceptó escuchar el canto de las sirenas y, decidido a no volver a pasar grandes penas, convencido de haber nacido para ganar, ingresó a las actividades ilícitas por las cuales nuestro país recibe una gran cantidad de divisas, de éstas que es necesario encubrir; obtuvo gran cantidad de recursos, adquirió buena cantidad de propiedades y automóviles, se casó con una compañera que ayudó en “el negocio”, fue puesto preso por una larga temporada, perdió familia y bienes; volvió al “negocio” y, al buscar “independizarse”, encontró serios problemas, situación que lo obligó a regresar a México sintiéndose derrotado; debido a ese fracaso, no está entre sus planes volver la vista a Estados Unidos; está iniciando otra vida con nueva familia y desde abajo.

La última historia se refiere a un jugador de peleas de gallos; esa tradición está prohibida por las leyes vigentes de protección a los animales que existe en Estados Unidos; el autor narra cómo fueron detenidos en “plena acción” y cómo es la vida de quienes no han podido “quitarse ese vicio”.

Las dos partes, la académica que pretende dar forma oficial a la exposición, y la segunda, no ortodoxa, se complementan para exponer una realidad que caracteriza el horizonte social de los Altos de Jalisco desde hace más de cien años y que forman parte de nuestra cultura; a la fecha, es imposible encontrar una familia alteña de las que han echado sus raíces aquí desde hace muchos años, que no tenga, o por lo menos no haya tenido uno de sus miembros trabajando en Estados Unidos en forma legal o ilegal. No son pocas las familias de las cuales alguno de sus miembros haya nacido “al otro lado”; no son pocas las familias tampoco que ya se quedaron allá porque los padres ya hicieron huesos viejos y porque los hijos y nietos, habiendo nacido en Estados Unidos, ya no vienen simplemente porque no tienen a qué venir: su vida está allá y sus costumbres, aun con las que conserven de sus ancestros, ya son otras. Es típico que los de menor edad no se puedan comunicar en castellano.

Primera parte

I

Los orígenes

El pueblo mexicano perdió el estado de Texas en 1836; recién se había obtenido la independencia de España en 1821; sin embargo no fue posible mantener la nueva república con el territorio con que se había iniciado y que incluía hasta Costa Rica durante el Imperio de Iturbide; muy poco tiempo conservó esa magnitud y se perdió Texas como el primero de los grandes estados al norte; luego le siguieron California y Nuevo México. Texas contaba con 3,400 habitantes de origen mexicano de un total de 24,700 (Durand y Arias, 2000: 17), lo que significaba que estábamos entregando un terreno deshabitado. Al principio esas regiones formaron naciones independientes y muy pronto se anexaron al floreciente país de Estados Unidos, del que formaban parte la mayoría de sus habitantes por políticas de colonización que habían seguido nuestras autoridades de aquella época.

En 1848, como resultado de la derrota mexicana ante la intervención del ejército estadounidense, se firmó el Tratado *Guadalupe Hidalgo* mediante el cual cedíamos el territorio comprendido por California, Nuevo México, Arizona y Nevada, que junto con Texas representaba la mitad de la extensión superficial de la República Mexicana. De ahí hasta 1884 los territorios fronterizos deshabitados no contaban con vigilancia porque no era necesaria; con la instalación de vías del ferrocarril de la capital de México hasta Ciudad Juárez, por un lado (Taylor, 1991: 177), y por la aplicación de la *Ley de Exclusión China* en 1882, por otro, fue nece-

sario empezar a hacer uso de vigilancia y control fronterizo aun y cuando fuera simbólico. La migración de trabajadores mexicanos hacia Estados Unidos fue adquiriendo relevancia hasta esa fecha y se originó con la sustitución de chinos en dos áreas fundamentalmente: la agricultura y los trabajos para la instalación y mantenimiento de las vías férreas (Durand y Arias, 2000: 24-25, 42, 66; González y Reynoso; 2007: 1-4). En 1850, en plena época de la *fiebre del oro*, inmigraron en Estados Unidos 2'202,625 personas, de las cuales la inmensa mayoría provenían de Europa: 2'031,867, cantidad nada comparable con los 20,773 originarios de América Latina; en 1880 ingresaron 107,630 asiáticos, cantidad mayor que los 90,073 latinoamericanos, y en los siguientes dos decenios se invirtió la influencia debido a la aplicación de la ley que prohibía el ingreso de chinos: había 120,248 asiáticos y 137,458 latinos. De cualquier manera, estas cantidades en nada se comparaban con los 8'881,548 de europeos.

Cuadro I.1
Población en Estados Unidos por lugar de nacimiento
(inmigrantes)

<i>Año</i>	<i>Total</i>	<i>Europa</i>	<i>Asia</i>	<i>África</i>	<i>Oceanía</i>	<i>América Latina</i>	<i>América del Norte</i>
1850	2,202,625	2,031,867	1,135	551	588	20,773	147,711
1860	4,134,809	3,807,062	36,796	526	2,140	38,315	249,970
1870	5,563,637	4,941,049	64,565	2,657	4,028	57,871	493,467
1880	6,675,875	5,751,823	107,630	2,204	6,859	90,073	717,286
1890	9,243,535	8,030,347	113,383	2,207	9,353	107,307	980,938
1900	10,330,534	8,881,548	120,248	2,538	8,820	137,458	1,179,922
1910	13,506,272	11,810,115	191,484	3,992	11,450	279,514	1,209,717
1920	13,911,767	11,916,048	237,950	16,126	14,626	588,843	1,138,174
1930	14,197,553	11,784,010	275,665	18,326	17,343	791,840	1,310,369
1960	9,678,201	7,256,311	490,996	35,355	34,730	908,309	952,500
1970	9,303,570	5,740,891	824,887	80,143	41,258	1,803,970	812,421
1980	13,192,563	5,149,572	2,539,777	199,723	77,577	4,372,487	853,427
1990	18,959,158	4,350,403	4,979,037	363,819	104,145	8,407,837	753,917

<i>Año</i>	<i>Total</i>	<i>Europa</i>	<i>Asia</i>	<i>África</i>	<i>Oceanía</i>	<i>América Latina</i>	<i>América del Norte</i>
<i>Porcentaje de distribución por región de nacimiento</i>							
1850	100	92.2	0.1	-	-	0.9	6.7
1860	100	92.1	0.9	-	0.1	0.9	6
1870	100	88.8	1.2	-	0.1	1	8.9
1880	100	86.2	1.6	-	0.1	1.3	10.7
1890	100	86.9	1.2	-	0.1	1.2	10.6
1900	100	86	1.2	-	0.1	1.3	11.4
1910	100	87.4	1.4	-	0.1	2.1	9
1920	100	85.7	1.7	0.1	0.1	4.2	8.2
1930	100	83	1.9	0.1	0.1	5.6	9.2
1960	100	75	5.1	0.4	0.4	9.4	9.8
1970	100	61.7	8.9	0.9	0.4	19.4	8.7
1980	100	39	19.3	1.5	0.6	33.1	6.5
1990	100	22.9	26.3	1.9	0.5	44.3	4

Fuente: U. S. Bureau of the Census.

A los mexicanos, que representaban la proporción más elevada de los latinoamericanos,¹ se les ubicaba como sucede hasta la actualidad principalmente en cuatro estados de la Unión Americana: Texas, California, Arizona y Nuevo México, es decir, los perdidos entre 1836 y 1848. Durante la década de la Revolución Mexicana (1910-1920) la población en nuestro país disminuyó no solamente por los muertos en batalla, sino también por el aumento al doble de la población emigrante, la que pasó de 221,915 pasó a 486,418 durante ese periodo. Aun con el aumento impresionante de la emigración, resalta el hecho de lo endeble que era la vigilancia y control de trabajadores por las fronteras: la ciudad de Tijuana

1. En el año de 1900, de los 137,458 latinoamericanos, 103,393 eran mexicanos y en 1910 fueron 219,802 de un total de 279,514 (Durand y Arias, 2000: 26).

contaba con un total de 733 habitantes² en 1910 (Durand y Arias, 2000: 52, 94).

Con la cada vez creciente tendencia al aumento del flujo migratorio de México hacia Estados Unidos, en 1917 y coincidiendo con la fecha de la promulgación de la Reforma a nuestra Constitución, se hizo un intento, el primero en su género en la historia de nuestras relaciones diplomáticas, por regular la migración; con la promulgación de la *Ley Brunett* se pretendía condicionar la entrada de mexicanos que no supieran leer, a quienes no hubieran cumplido esa edad y estuvieran bajo esa circunstancia se les prohibía el ingreso; además se cobraban ocho dólares por persona por el simple hecho de cruzar la frontera hacia el norte; la suma era considerable por tratarse de aquella fecha. Se hablaba de que era necesario llevar el registro de los movimientos de las personas y también para regular el flujo, aunque en el fondo de la situación puede interpretarse que estaban siendo invadidos por grandes multitudes de europeos que provenían de las clases bajas y su nivel cultural era insuficiente al considerar sus posibilidades de desarrollo; resultaba más fácil reglamentar sobre los grupos que estaban más cercanos y se les podía restringir el ingreso. La inmensa mayoría de los mexicanos eran pobres y analfabetas, de ahí que el cruce ilegal se fue convirtiendo desde entonces en una opción viable. A los 90 días de promulgada la ley se le agregó una modificación mediante la cual se exceptuaba a los trabajadores temporales tanto del cobro como de la demostración de que se sabía leer y escribir; se inició exceptuando a los trabajadores agrícolas, que tanta falta les hacían, y reconocían su trabajo los empleadores del ramo como sucede hasta la fecha; luego ello se

2. Noventa años después, se tiene información de que por la frontera cruzan cada año 281 millones de pasajeros, 89 millones de autos y 4.3 millones de camiones de transporte; la inmensa mayoría de los movimientos se observan en las *ciudades gemelas*: Tijuana-San Diego, Nogales Sonora-Nogales Arizona, El Paso-Ciudad Juárez, Laredo-Nuevo Laredo, Reynosa-McAllen y Brownsville-Matamoros (Verduzco, 2005: 7-8).

extendió a la minería, los ferrocarriles y la industria, cubriendo virtualmente la totalidad de las posibilidades. La fecha de nuestra Revolución coincide con la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, hecho que obligó a nuestros vecinos a contratar contingentes suficientes para trabajar en las áreas de producción de alimentos y armas (Taylor, 1991: 179); los mexicanos proveían una parte, y otra, sustituían a futuros soldados; incluso se cuenta con la información de que 60,000 mexicanos participaron con las armas bajo la bandera estadounidense. La historia de recibir y expulsar mexicanos ha sido constante desde esa época y para los expertos en el análisis de procesos migratorios, es lugar común el afirmar que las presiones por salir de un país se incrementan cuando existen épocas de “desgobierno” y de desconfianza colectiva (Alonso, 2004: 23; Durand, 2007 A: 32-35).

Lo que ha de considerarse como la primera de las deportaciones masivas tuvo lugar en 1921, motivada por el desempleo que siguió al fuerte crecimiento económico de posguerra en Estados Unidos. Luego, durante el mismo decenio se presentó la mundialmente famosa crisis económica de Estados Unidos en 1929-1933 conocida como la *Gran Depresión*, y debido a la pérdida de empleos en toda la nación, se deportó a un promedio de cinco mil personas mensualmente. Este decenio fue especialmente difícil para nuestro país porque coincidió con la aparición de la conocida *Revolución Cristera* con una duración de tres años (1926-1929) y con presencia en la mayor parte del territorio nacional. Los conflictos políticos y también los religiosos han tenido influencia muy importante para que las personas abandonen los hogares y separen a las familias (Taylor, 1991: 148, 184; Hirai, 2007: 12). Los años cuarenta significaron la llegada de la ola favorable a los trabajadores; con el inicio de la nueva guerra se contrató formalmente a los mexicanos; en 1942 tuvo lugar el primer convenio (al de 1917 no se le puede considerar convenio porque fue unilateral la implantación de la Ley Brunett), denominado precisamen-

te *bracero*, es decir, el acuerdo consistía en contratar *brazos* que exigían los nuevos tiempos. Llama la atención que al ser los flujos migratorios entre nuestros países los más dificultosos y polémicos, haya requerido solamente de 10 días de discusiones para llegar al primer acuerdo y empezaron a fluir los grandes contingentes de los mexicanos, abandonando a sus familias en busca de mejores posibilidades económicas. El *Programa Bracero* se firmó con cambios menores por 22 años consecutivos, mismo que aun tratándose de un convenio por jornadas temporales se incluía un seguro de desempleo. En 1950 se deportaron forzosamente a 485,215 mexicanos y en 1954 la cifra superó el millón de deportados; paradójicamente, durante todo el *Programa Bracero*, de 1942 a 1964, periodo en que se contrató de manera formal a cinco millones de mexicanos, se deportó la misma cantidad (Durand, 2000: 136-139, 148-149; 2004: 105; 2007-A: 46).

Terminado el Programa Bracero, se reactivó el oleaje de ida y vuelta, que en épocas favorecía la búsqueda de trabajo y en otras la dificultaba; entre 1965 y 1985 se redujo el flujo oficialmente, es decir, estaba prohibido el ingreso para trabajadores ilegales, aunque la realidad se imponía como muy diferente ya que no se sancionaba a los empleadores por las contrataciones; entonces, la negociación temporal oficial se transformó en compromiso definitivo e informal; en 1986 se aplicó la *Ley de Control y Reforma de Inmigración*, que tenía entre sus principales características tres preceptos que resultaron de gran relevancia para los mexicanos: primero, se dejó constancia de que se iba a multar a las empresas que contrataran inmigrantes ilegales; segundo, se aumentó considerablemente el presupuesto destinado a la vigilancia de la frontera con México; y la más importante, la tercera, hizo posible que 2'800,000 mexicanos obtuvieran la formalización de su resi-

dencia permanente³ en Estados Unidos al comprobar que habían vivido en el país desde el año de 1982 (Parra y Gámez, 2006: 51). Posterior a ésta que fue la principal reforma en lo que se refiere a trabajadores ilegales que normalizaron su situación laboral, se complementó con otros tres cambios: la Ley de *Immigration Act* de 1990, la *Illegal Immigration Reform and Immigrant Responsibility Act*, de 1996, y la *Legal Immigration Family Equity Act* del 2000 (Verduzco, 2005: 5).

Durante ese decenio, el de 1980-1990, se cambió el mayor flujo migratorio hacia Estados Unidos: recibían poco más de cinco millones provenientes de Europa (véase cuadro arriba) y 4'300,000 latinoamericanos, para cambiar al final, en 1990, por 4'300,000 y 8'400,000 latinoamericanos, de entre los cuales la mitad eran mexicanos.⁴ El proceso migratorio entre nuestros países es uno de los de mayor tradición mundial tanto por la cantidad como por el tiempo en que se ha realizado, con las importantes características, además, de contar con poco más de tres mil kilómetros de frontera (Salgado, 2002: 89); que el flujo es unidireccional, ya que el 98% es de ida y excepcionalmente un 2% de estadounidenses vienen a vivir a un pueblo donde reine la tranquilidad y lo económico de los servicios les haga posible vivir con holgura con sus fondos provenientes de su pensión económica. El estado de Jalisco se ha caracterizado por ser uno de los de mayor “expulsión de trabajadores”; en 1990 había 912,093 nacidos en esta parte de nuestra república que estaban residiendo en Estados Unidos, y

-
3. Es muy conocido el hecho de que gran cantidad de mexicanos aprovecharon un resqueio de la legislación de ese tiempo porque establecía en una parte que se le deberían entregar visas a todas las personas que demostraran haber laborado en la agricultura por al menos 90 días durante el año anterior a la aplicación de la norma (Durand, 2007 A: 26 y 27), el caso es que se “compraban” cartas a empleadores que “hacían constar” haberlos contratado por un periodo como el establecido a muchas personas que no conocían siquiera Estados Unidos. Una cantidad imposible de cuantificar de mexicanos obtuvieron su residencia oficial bajo estas circunstancias.
 4. La cifra es de 4'409,033 de acuerdo con estimaciones del Consejo Nacional de Población con base en información recabada del U. S. Census Bureau.

para 2003 aumentó la cantidad a 1'349,238; debido al incremento de los flujos provenientes de otros estados, aun y cuando la cantidad aumentó, en términos relativos disminuyó en ese periodo al representar en el primer caso 16.8% y 13.7% en el último (Mendoza, 2006: 2). La tendencia global es que la población de origen nacional ha incrementado significativamente la proporción respecto a otros países, ya que en 1970 representábamos 8.40% del total de inmigrantes y para 2005 éramos ya 29.50%; en 35 años hemos triplicado nuestra presencia en el país vecino (véase la siguiente tabla).

Cuadro I.2
Población residente en Estados Unidos
por año de captación, 1970-2005

Año	Total	Estados Unidos	Total de inmigrantes	Región de nacimiento de los inmigrantes	
				México	Resto de inmigrantes
1970	202'786,846	192'347,977	10'438,869	878,680	9'560,189
			100%	8.40%	91.60%
1980	218'527,131	204'550,141	13'976,990	2'235,207	11'741,783
			100%	16.00%	84.00%
1990	247'195,782	226'569,332	20'626,450	4'409,033	16'217,417
			100%	21.40%	78.60%
2000	281'421,906	248'366,444	33'055,462	9'325,452	23'730,010
			100%	28.20%	71.80%
2005	288'398,819	250'561,169	37'837,650	11'164,770	26'672,880
			100%	29.50%	70.50%

Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población con base en el *U.S. Census Bureau, 15-percent sample 1970, 5-percent sample 1980, 5-percent sample 1990, 5-percent sample 2000 y American Community Survey, 2005.*

Estados Unidos es un país construido por inmigrantes. En el año 2002 había 34 millones y medio de personas que nacieron en el extranjero, mismas que representaban 11.5% del total (Verduzco, 2005: 5 y 6), y para el año 2006 se contabilizaron cerca de 12 millo-

nes solamente de trabajadores ilegales (Durand, 2007 A: 13). Esto nos da una clara idea de las intenciones gubernamentales del otro lado de la frontera. Si no requirieran esa mano de obra, ¿permitirían que vivieran, trabajaran y se desarrollaran dentro de su territorio libremente? El pragmatismo de los estadounidenses es muy conocido. ¿Podríamos pensar que no cuentan con los recursos económicos o los servicios de inteligencia para ubicar esa cantidad exorbitante y sustituirlos por trabajadores legales para equilibrar el mercado laboral? De acuerdo con estimaciones actuales, cada año cruzan para residir en Estados Unidos más de 450 mil mexicanos (Verduzco, 2005: 9) y representamos la primera minoría inmigrante en 31 estados de ese país.⁵

5. Esta información corresponde al año 2005 de acuerdo con estimaciones del Consejo Nacional de Población basadas en el *U. S. Census Bureau*.

II

Las características

Mucho se ha discutido sobre cuáles son las principales causas que generan la migración de las personas y las familias, y muchos son también los conceptos que se manejan; sin embargo, no es fácil llegar a un acuerdo porque, siendo como es, un fenómeno social, lo que más se acerca a la realidad es la combinación de varios factores, mismos que en no pocas ocasiones se presentan como antagónicos unos con los otros (por ejemplo, hay quienes buscan la oportunidad para trabajar y vivir mejor, y otros, trabajar para regresar; unos se proponen como meta aprender el idioma y obtener destrezas; otros hacen lo mismo que hacían en México y en 20 años no aprenden lo mínimo de inglés). Hay también casos en los que no se puede ofrecer una explicación clara a no ser la motivación personal de los migrantes que basan su decisión en aspectos superfluos, como es el hecho de querer formar parte de una pandilla, como se han formado una idea basados en películas o simplemente por querer vestir,¹ hablar y caminar como han visto en algunos jóvenes de su población que ya han corrido la experiencia. Otros son llevados por sus familiares que, habiendo hecho vida en

-
1. Desde los años treinta ya podía observarse ese fenómeno de acuerdo con un excelente trabajo de campo: "La vestimenta, costumbre cotidiana de los emigrantes que regresaron era, por lo general, igual a la que usaban los que tenían el mismo estatus ocupacional. En el pueblo era común el pantalón u overol, camisa sombrero de fieltro o gorra y zapatos. También los hombres jóvenes que no habían estado en Estados Unidos, usaban un vestuario similar (Taylor, 1991: 205. Subrayado mío).

Estados Unidos y tienen la posibilidad de juntar a la familia, los “mandan traer”. Existen varias y muy diferentes formas de vivir la experiencia migrante por las cuales se les pueda caracterizar, y las causas, entonces, aunque cambiantes por el tiempo y las circunstancias, son principalmente por la inestabilidad económica del lugar de residencia de los mexicanos, la inestabilidad política, los desequilibrios regionales y una gran multiplicidad de factores culturales, aunque prevalece, al menos en el discurso, la intención de obtener mejores niveles de vida (De la Rosa y Pérez, 2006: 2). Estados Unidos ejerce una gran influencia de atracción por la oferta de mayores salarios y los denominados “factores sociales”, en los cuales los teóricos incluyen toda una gran variedad de enfoques cuando no pueden ser explicados con afirmaciones meramente económicas; ahí se incluyen las influencias de las familias, de los amigos, de las comunidades tanto de origen como las de destino y que ofrecen una excelente aportación: disminuir los gastos y los peligros que se corren cuando la primera experiencia (Tepach, 2008: 5). En lo que se ha convertido como la obra clásica de estudios de migración, de Paul Taylor, *Arandas, Jalisco: una comunidad campesina*, que fue escrita en los años treinta del siglo veinte, ya señalaba que una de las razones principales por las que los trabajadores del campo de ese municipio alteño migraban, era que a principios de siglo una persona podía obtener alrededor de cincuenta centavos al día por su trabajo en Arandas, mientras que hubo casos de quienes emigraron a Kansas que llegaron a obtener entre 12 y 18 pesos por jornadas similares (Taylor, 1991: 165).

Nuestro país ha sido incapaz desde hace más de un siglo de crear los puestos de trabajo que requieren sus habitantes. Tan sólo durante los años de 2000 a 2007 se considera que para que los mexicanos se abstuvieran de emigrar hubiera sido necesaria la creación de 8'200,000 empleos, cuando únicamente se pudieron abrir 4'862,200; las diferencias de los sueldos en promedio para el año 2006 eran: 2.21 dólares por hora en México y 16.75 en Esta-

dos Unidos (Tepach, 2008: 5 y 6). Sin embargo, es tan complejo el análisis de los procesos migratorios, que se ha podido determinar que una proporción elevada (dos de cada tres) de los trabajadores entre 1993 y el año 2000 emigraron aun y cuando ya contaban con un empleo (Tuirán, 2001: 82), y en el año 2004 en la aplicación de una encuesta gubernamental a poco más de un millón de migrantes, pudo conocerse el dato de que 83.22% contaban con empleo antes de elegir la opción de migrar; el desempleo entonces no es la única razón para buscar alcanzar nuevos horizontes;² no obstante, no se debe confundir este aspecto con las diferencias salariales.

La mayoría de los braceros inician su peregrinar pidiendo apoyo económico de amigos, familiares o agiotistas del pueblo; se puede pagar al regreso de la aventura con la misma moneda; si son familiares cercanos quienes dieron el “primer empujón”, es probable que no se requiera el dinero de vuelta, se considera una inversión familiar; si provienen de un amigo sí es necesario pagar el favor, pero cuando los recursos los prestó un agiotista entonces hay que pagar con altos intereses: generalmente el trámite es que una persona solvente “firme de responsiva”, es decir, se comprometa a que si el deudor no paga el monto convenido y en el plazo acordado,³ se le cobra a quien firmó. Es frecuente que de entre los originarios del medio rural, vendan su ganado, alguna propiedad o inclusive su casa (Taylor, 1991: 189) para tener la posibilidad de pagar el transporte y el *coyote*, que es quien lo cruzará la frontera. Entre uno de los fenómenos no deseables que ha generado la proliferación de la migración ilegal, es la existencia de grupos que lucran con la necesidad de los mexicanos que deben cruzar la frontera; se han creado mafias que viven y echan raíces

2. Cf. *Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México*, 2004, p. 50.

3. El citado autor Paul Taylor obtuvo referencias de que los emigrantes llegaban a pagar de entre 20 y hasta 100% de intereses por un préstamo de seis meses (op. cit., p. 191).

salpicadas de la sangre y el sufrimiento del pueblo latinoamericano (Durand, 2007 A: 9).

Se pueden efectuar diferentes caracterizaciones de las personas que emigran a otros países; una, de entre las que representan una especie de resumen, es que existen cinco tipos diferentes de trabajadores: primero, los que regresan de manera voluntaria y definitiva; en realidad, no podría afirmarse de manera categórica que una persona ya no va a intentar ingresar a Estados Unidos, aunque sí se les puede definir porque entre sus intenciones así lo hayan planteado y se hayan asentado en México por una temporada muy larga, digamos, de más de 20 años; este tipo de trabajadores se formaron una idea de que podían obtener una buena cantidad de dólares para regresar e instalarse de manera definitiva; tienen como característica que cuentan con una edad intermedia. Los trabajadores temporales forman parte de un segundo grupo; van por trabajos bajo contrato y por tiempos definidos; es el caso de los cinco millones de braceros que fueron y regresaron, e inclusive algunos pocos se han contratado para ir a Canadá. Un tercer grupo lo constituyen los de retorno *transgeneracional*, que son quienes regresan con sus hijos, nietos o incluso bisnietos: se instalaron, trabajaron, hicieron vida al conseguir matrimonio, los hijos fueron a la escuela, trabajan y tienen hijos, y así sucesivamente; en realidad este grupo lo constituye una inmensa minoría puesto que cuando los hijos nacieron, se criaron y desarrollaron en el medio estadounidense, venir a México les resulta a ellos una emigración, no ya migración de retorno. El cuarto tipo es el que se refiere a quienes son forzados a regresar; éste es uno de los que mejor definen a nuestros braceros puesto que la inmensa mayoría de quienes han sido regresados por una ocasión, lo intentaron otra y otra y otra vez; son verdaderamente casos excepcionales quienes son regresados la primera ocasión y no vuelven a inten-

tarlo.⁴ El último grupo es el considerado para quienes fracasaron, que también representa una cantidad considerable para nuestros migrantes; en estos casos, nos referimos a quienes pueden cruzar la frontera, obtener trabajo, regresar por una temporada a México, intentar nuevamente cruzar y no poder lograrlo hasta la enésima ocasión, ingresar a Estados Unidos, obtener un empleo de bajo perfil y “vivir” del bajo sueldo en condiciones infrahumanas para luego regresar a su país. Muchos de ellos regresan con ideas encontradas, como si hubieran ido a países diferentes y hubieran tenido experiencias desiguales; un caso lo retrata Paul Taylor en una antigua entrevista a una pareja en Tonalá, Jalisco, donde le preguntó al hombre que dónde consideraba se llevaba mejor vida, si en México o en Estados Unidos: “en México” contestó, “en México porque aquí hay más libertad”; al hacerle la misma pregunta a la esposa, contestó que en Estados Unidos, “allá en Pensilvania”, era mejor allá porque “había más libertad” (Durand, 2004: 104-108). Esta pequeña historia es muy representativa del pensar y del actuar de los migrantes; muchos regresan deseando no volver a ir y aconsejando a sus familiares que busquen las mejores opciones aquí, porque esto es lo nuestro; otros, lamentan los atrasos en los servicios públicos y la corrupción escandalosa que hace imposible trabajar y vivir en nuestro país.

El promedio de los mexicanos labora en actividades que requieren de trabajo no calificado y además cuentan con el nivel más bajo de escolaridad, ya que del total de personas mayores de 25 años y que tienen menos de 10 grados de escolaridad, este grupo representa 7.80%, mientras que el porcentaje de los mexicanos en particular es de 49.50% y representa el nivel más bajo de escolaridad, comparado con todos los grupos que habitan el veci-

4. De entre 70 y 80% de quienes son deportados lo intentan inmediatamente (Tépach, 2008: 15). El año 2004 fueron regresados 431,579 por la patrulla fronteriza de acuerdo con información obtenida por la *Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México*.

no país y que provienen de los cinco continentes.⁵ El índice representado por el otro extremo, es decir, el formado por las personas que ostentan un tipo de posgrado, el promedio es de 28.70%; el particular de los mexicanos es de 5.90% y es también el más bajo de todos los grupos, de entre los cuales los centroamericanos conservan 10.50% y los sudamericanos 29.70% (representando un índice ubicado incluso un poco por encima de la media).⁶ Existía la idea, no sustentada a la luz de estos datos, de que se había presentado un cambio profundo respecto de la constitución de los grupos de emigrantes; ahora no sólo las personas de bajos recursos y de escasa escolaridad son quienes “buscan suerte” sino que los de más alta calificación laboral los estaban sustituyendo; lo que sucede es que aun y cuando se ha incrementado el promedio de escolaridad de la población en general, seguimos siendo los menos representativos al compararnos con la totalidad de los grupos de migrantes; existía también la idea de que comparados por lo menos con el resto de grupos latinoamericanos, los mexicanos estábamos entre los de mayor escolaridad; sin embargo, los números dicen lo contrario. Un caso similar lo representa la obtención de los ingresos, con datos correspondientes al año 2007 según el *Bureau of Census* de Estados Unidos: el promedio salarial de los trabajadores fue de 38,924 dólares anuales, cuando los mexicanos obtuvieron solamente poco más de la mitad: 24,270; quienes son originarios de Europa estuvieron ubicados en la cifra más alta: 47,058 dólares y es de llamar la atención que otros grupos que se pensaría estuvieran con un grado mayor de segregación que los mexicanos y que son los originarios de África y Oceanía, recibieron como ingresos 38,252 dólares anualmente. Los mexicanos

5. En el año 2004, de un total de 851,380 migrantes que iban a Estados Unidos en busca de empleo, ya laboraban en México, y de ellos 29.93% provenían del sector agropecuario, lo que nos da una idea de cómo es que mantenemos el nivel más bajo en cuanto a escolaridad (Vid. *Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México*, p. 53).

6. Las cifras corresponden al año 2007 y fueron obtenidas del *Bureau of Census, Current Population Survey*, de marzo de 2007, citadas por el Consejo Nacional de Población (Conapo).

trabajan en el campo; el 85% del total de los ocupados en labores agrícolas en el año 2000 eran originarios de nuestro país (Durand, 2007 A: 23) y, como ya se vio, representamos al grupo de inmigrantes en Estados Unidos que dejan su país sin calificación alguna y con escolaridad del nivel básico o incluso analfabetas (Hernández, 2008: 18; Tinoco: 2008: 40).

Otro indicador de relevancia, es que ha ido aumentando paulatinamente la característica de residencia legal al obtener la ciudadanía; se incrementó el índice de 16.80% en 1994 a 21.50% en 2007.⁷ Un dato más que sugiere un avance en la escala social y supone menores sufrimientos para nuestros trabajadores, es que se consideraba que en 1994 el 35.90% eran pobres y disminuyó la proporción a 22.10%; esta información, aun y a pesar de que en el mismo periodo aumentó el promedio de quienes no tienen cobertura en el sector de la salud al pasar de 51.20 a 56.40%. Del total de emigrantes, 56% son hombres y 44% mujeres,⁸ lo que significa que se ha mitificado el hecho de que las poblaciones rurales en México están deshabitadas por parte de los hombres, quedando las mujeres abandonadas (Durand, 2007 A: 98), como puede observarse en el cuadro siguiente y en referencia únicamente al estado de Jalisco, que es uno de los que goza de mayor tradición de la existencia de trabajadores migrantes⁹ desde finales del siglo XIX; tomando en cuenta desde 1950 y hasta la actualidad, la proporción entre hombres y mujeres es la misma, con una diferencia

7. Se han detectado casos en que existen familias que consideran el obtener la ciudadanía como el principal objetivo, al grado de que hay quienes al conseguirla regresan a México para establecerse con la confianza de contar con una especie de seguro y regresar a Estados Unidos a trabajar cuando les plazca (Durand, 2004: 111).

8. La información es de marzo de 2007 y proviene del Conapo con base en datos obtenidos del *Bureau of Census, Current Population Survey*.

9. Entre 1995 y el año 2000, Jalisco fue el estado más importante en cuanto a aportación de migrantes con el 10.9%; le siguieron en orden decreciente entre los principales: Michoacán (10.6%), Guanajuato (10.4%), México (8.1%) y Veracruz con 5% (Tépach, 2008: 15). En el año 2004, de acuerdo con la Encuesta sobre Migración, Jalisco ocupó el segundo lugar en número de migrantes con 108,847 y el primer lugar lo consiguió Guanajuato con 124,993 (p. 47).

insignificante que incluso es muy similar a la que existe en otras latitudes del mundo; no es cierto que las poblaciones están habitadas solamente por mujeres en México, como tampoco que la inmensa mayoría de emigrantes trabajando en Estados Unidos son hombres¹⁰ (Verduzco, 2005: 13).

Cuadro II.1
Jalisco: población por sexo, 1950-2005

	<i>Hombres</i>	<i>%</i>	<i>Mujeres</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>
1950	844,953	48.37	901,824	51.62	1,746,777
1960	1,207,858	49.43	1,235,403	50.56	2,443,261
1970	1,631,778	49.49	1,664,808	50.50	3,296,586
1980	2,133,088	48.78	2,238,910	51.21	4,371,998
1990	2,564,892	48.36	2,737,797	51.63	5,302,689
2000	3,070,241	48.56	3,251,761	51.43	6,322,002
2005	3,278,822	48.55	3,473,291	51.44	6,752,113

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).

México era en el año 2001 el segundo país del mundo en recibir remesas; solamente la India estaba por encima con 10 mil millones de dólares, contra los 9,900 nuestros; no se cuenta con datos actuales; sin embargo, por el conocimiento del milagroso crecimiento económico de ese país asiático y aun a pesar de nuestra cercanía con Estados Unidos y que los hindúes son nuestros antípodas, es muy probable que la tendencia se conserve inalterable o incluso que se amplíe la diferencia en cantidad de divisas. El principal generador son Estados Unidos y el que le sigue, Arabia Saudita, produce aproximadamente la mitad de las divisas que se traducen en remesas; de los 10 más importantes generadores

10. Incluso, desde los albores de la migración legal los empresarios de los ferrocarriles y de las actividades agrícolas promovían que los trabajadores llevaran a sus esposas para poder contar con ellos por periodos más prolongados y seguramente para que tuvieran más estabilidad emocional (Durand, 2007 A: 22).

mundiales, para nuestro país solamente Estados Unidos es una opción histórica y viable, ya que el resto se ubica en Europa o en Asia. Por otra parte, de los 10 mayores receptores de dólares por esta vía, todos están muy distantes y ningún otro es de América.

Cuadro II.2
Países que reciben y envían remesas por trabajo, 2001

<i>País que recibe</i>	<i>Cantidad (miles de millones de dólares)</i>	<i>País que envía</i>	<i>Cantidad (miles de millones de dólares)</i>
India	10.0	<i>Estados Unidos</i>	28.4
<i>México</i>	9.9	Arabia Saudita	15.1
Filipinas	6.4	Alemania	8.2
Marruecos	3.3	Bélgica	8.1
Arabia	2.9	Suiza	8.1
Turquía	2.8	Francia	3.9
Líbano	2.3	Luxemburgo	3.1
Bangla Desh	2.1	Israel	3.0
Jordania	2.0	Italia	2.6

Fuente: Fondo Monetario Internacional, *Balance of Payments Yearbook Global Development. Finance 2003*, citado por Consejo Nacional de Población, México.

III

Las remesas

El objetivo primordial del proceso migratorio es la obtención de recursos; después de satisfacer las necesidades del trabajador, es necesario aportar para el gasto familiar de quienes se quedan, hay que mandar *remesas*; éstas cumplen diversos objetivos, tan diversos, que los mismos teóricos presentan resultados incompatibles sobre el análisis de su aplicación. Los resultados de los estudios son tan divergentes, que a últimas fechas se ha agregado un ingrediente indeseable, pues se han incrementado en forma exorbitante una gran cantidad de recursos económicos generados en Estados Unidos, mas no originados por trabajadores y tampoco en actividades lícitas; eso hay que tomarlo en cuenta porque las cantidades son superiores a lo que se puede obtener por la gran mayoría de las actividades productivas nacionales. A las remesas, a las realmente generadas por el trabajo, se les cataloga principalmente de tres maneras: como “salario”, capital e inversión; al no encontrar una mejor forma de caracterizar a los ingresos enviados en forma de remesas para destinarlos al gasto diario, se ha dado en llamarlos “remesa-salario”; de acuerdo con investigaciones particulares ha sido posible cuantificar la proporción que representan este tipo de ingresos y se estima que representan

60% del total.¹ Las denominadas “inversión” son las que se llegan a destinar para comprar un terreno, una casa, una camioneta, un tractor agrícola y otros aperos de labranza (Moctezuma, 2007: 93) y representan 16% de los ingresos que son enviados. Las de “capital” se utilizan para abrir una cuenta bancaria, para iniciar un negocio y generar puestos de trabajo y representan 12% del total. Al 12% se le denomina “remesas en especie” porque se utilizan para el pago de *coyote* para los emigrantes que están esperando su turno; en principio pareciera dramatizado el considerar la existencia de un tipo de remesas denominadas “en especie”, porque pudiera pensarse que el monto utilizado para estos menesteres no fuera alto; sin embargo, y con base en información fidedigna y actualizada, ingresan en Estados Unidos anualmente más de 400 mil inmigrantes (tan sólo los mexicanos), pagando un promedio de mil dólares por cada “servicio” prestado; entonces podemos hablar de una cifra que rebasa los 400 millones de dólares (Márquez, 2007: 7; Durand, 2007 B: 224-227).

Las formas de medición, como parte de las cuentas nacionales, ha venido cambiando y adecuándose a las circunstancias; no es sencillo contabilizar los recursos provenientes del extranjero debido a las grandes dificultades que se presentan: primero, ¿cómo saber cuánto llevan en los bolsillos los migrantes que vienen de regreso? Además de ¿cuánto enviaron en efectivo o incluso “en especie” como ropa, motocicletas, artículos eléctricos y electrónicos, etcétera, con familiares y amigos? No es solamente cuantificar las transferencias oficiales en giros postales, *money orders* o cheques personales que se pueden hacer efectivos en casas de cambio. Hasta antes del año 1989, para llevar un registro de las cuentas nacionales para poder determinar el producto interno bruto, lo referente a las remesas se contabilizaba únicamente lo

1. La cantidad de remesas es muy alta, sin embargo lo es también el número de personas que las reciben: se estima que 5'590,828 en México lo hacían en el año 2002 (Canales, 2006: 4).

que podía oficializarse, lo que pasaba por un trámite oficial ya sea en un banco o en una casa de cambio legalmente establecida, porque existen los casos hoy en día de personas que con el pago por el servicio, cambian ese tipo de documentos por moneda nacional. Se ha aplicado a partir del año 1994 una “Encuesta de Turismo” mediante la cual se buscan cubrir esos huecos que genera la informalidad (De la Rosa y Pérez, 2006: 4). En el cuadro que se presenta a continuación puede observarse una relación de cantidades estimadas bajo los antiguos parámetros que nos ofrecen una idea de la cantidad de ingresos que obtuvo nuestro país desde 1920, cuando las cantidades de trabajadores eran muy bajas comparadas con las que se generan en la actualidad; el cuadro que aparece más abajo, ya actualizado, refleja cifras más certeras porque se basa en los mecanismos de contabilidad ya descritos.

Cuadro III.1
Estimación del flujo de remesas procedente
de Estados Unidos, 1920-1989 (En millones de dólares)

<i>Año</i>	<i>Estimación</i>
1920-1928	4.9
1942-1945	63.0
1956	120.0
1959	163.0
1961	275.0
1975	317.6
1976	1,500.0
1980	1,262.0
1984	1,800.0
1985	2,300.0

Fuente: Consejo Nacional de Población (Conapo), *Boletín*, año 2, núm. 7/1998.

Las cantidades son realmente significativas e impactan fuertemente en las cuentas nacionales. En 1989 los ingresos ascendieron a 1,680 millones de dólares (4,510 millones de pesos a precios de

la época); en 2004 la cantidad se cuantificó en 16,612 millones de dólares (en pesos, 183,600 millones). Para tener puntos de comparación, obsérvense las diferentes tendencias entre las remesas familiares, las recibidas por la venta de los productos generados por la agricultura, las del turismo y las del petróleo: en el año de inicio de la exposición 1990, las agropecuarias eran similares a las remesas de trabajadores y en el año 2006, estas últimas virtualmente cuadruplicaron a las primeras; las generadas por el turismo eran el doble que las remesas de los trabajadores emigrantes, y en 1999 las rebasó, llegando a duplicarlas en el año 2005. El último caso y que representa el único rubro que excede los ingresos obtenidos del exterior, es lógicamente el referido a las exportaciones petroleras; sin embargo, el incremento porcentual en la serie de tiempo que se describe en este trabajo es mayor el de las remesas que el del petróleo: en 1990 recibimos 10,104 millones de dólares y se incrementó a 39,022 en 2006; en el primer año las remesas representaron 25% de lo obtenido por el petróleo, y en 2006 la proporción fue de 61%. Las remesas no vienen etiquetadas si provienen de trabajadores legales o ilegales, se contabilizan en un mismo rubro; lo que sí va por separado, es la cantidad de divisas exageradamente alta que ingresa a nuestro país y que está causando cada vez más problemas: los recursos que provienen de actividades ilícitas (García, 2007: 287; González y Reynoso, 2007: 10). Las oficinas gubernamentales competentes de ambos países: la Procuraduría General de la República y la Oficina Antidrogas de Estados Unidos estiman que existe un movimiento de dólares hacia nuestro país por 10,000 millones anuales; la cifra es descomunal si observamos que durante el año 2002 el total de trabajadores legales e ilegales no alcanzaron a cubrir esa cifra en forma de remesas; esa información se generó a finales del año 2007 y es muy probable que se incremente conforme pasa el tiempo. En los intentos por cruzar la frontera mueren alrededor de 500 mexicanos anualmente y la cifra representa menos de la mitad si la

comparamos con las muertes violentas relacionadas con esas actividades ilícitas que generan una magnitud de ingresos tan considerables.

Cuadro III.2
Ingresos por divisas 1990-2006
(Millones de dólares corrientes)

<i>Año</i>	<i>Remesas familiares</i>	<i>Petroleras</i>	<i>Agropecuarias</i>	<i>Turismo</i>
1990	2,494	10,104	2,162	5,467
1991	2,660	8,166	2,373	5,959
1992	3,070	8,307	2,112	6,085
1993	3,333	7,418	2,504	6,167
1994	3,475	7,445	2,678	6,364
1995	3,673	8,423	4,016	4,688
1996	4,224	11,654	3,592	5,288
1997	4,865	11,323	3,828	5,748
1998	5,627	7,147	3,954	6,038
1999	5,910	9,928	3,926	5,506
2000	6,573	16,383	4,217	6,435
2001	8,895	12,799	3,903	6,538
2002	9,815	14,477	3,866	6,725
2003	13,650	18,654	4,664	7,252
2004	16,730	23,706	5,421	8,382
2005	20,284	31,895	6,127	9,186
2006	23,742	39,022	6,853	9,559

Fuente: Consejo Nacional de Población (Conapo).

Los teóricos de los procesos migratorios pueden coincidir en muchos aspectos relacionados con el tema; sin embargo, en el tópico en que existen mayores divergencias es tratándose del destino de las remesas: hay quienes afirman respaldados en teorías y en información precisa y directa, que la utilización de las reme-

sas constituyen un medio inigualable de combatir la pobreza,² de posibilidades de desarrollo económico de las diferentes zonas en México (principalmente rurales) y de representar en muchos de los casos la única posibilidad de obtener una buena posición económica y social; además, aseguran, han servido para reducir las presiones a nuestro mercado de trabajo (García, 2007: 291; Tépa-ch, 2008: 18). Sin embargo otros, basados en teorías opuestas y con datos también obtenidos en forma directa de los migrantes o por lo menos de los receptores de las remesas, afirman exactamente lo contrario: ese tipo de ingresos origina, o por lo menos acentúa, las diferencias sociales, son dañinas para la sociedad que las recibe, generan especulación y dejan manga ancha a los agiotistas y a la explotación social (Binford, 2002: 117; Márquez, 2007: 3). Los integrantes del primero de los grupos de académicos, conocidos como “optimistas”, que se basan en la teoría neoclásica de la economía, aseguran que el principal motor de la migración son las disparidades regionales; les resulta claro que las remesas sirven, en primer lugar, para la sobrevivencia de los grupos más desprotegidos porque no cuentan ni con bienes y ni siquiera con trabajo, entonces, o viven de los beneficios de las remesas o tendrían que hacerlo de la bondad de quienes ofrecen limosnas; segundo, representan la posibilidad de invertir en bienes de capital para iniciar una empresa, como puede ser comprar ganado para iniciar un negocio familiar y eventualmente hasta generar empleos; sin embargo, su óptica se circunscribe a los aspectos económicos basados en las diferencias salariales (Tépach, 2008: 7; García, 2007: 283).

La otra, la “pesimista”, inscrita en la tradición de la economía política y la sociología crítica, considera que la llegada de remesas incita la activación de un círculo vicioso porque amplía las divi-

2. El presidente Vicente Fox llegó a afirmar que las remesas representaron una cantidad mucho mayor a todo lo que el gobierno federal podría invertir en la agricultura, la educación y el desarrollo social (Canales, 2006: 3).

siones económicas que ya existen en las sociedades: cuando una familia recibe dinero de los trabajadores emigrantes, compra un terreno, se incentiva la especulación y es más difícil para quienes no podían adquirirlo por el aumento de los precios; además, la llegada de recursos frescos genera conformismo y los familiares que los reciben no quieren trabajar y desarrollarse porque se conforman con lo que tienen y viven sin el interés de acumular capital; en resumen: la emigración lo único que genera es emigración porque los productores en Estados Unidos se han convertido en adictos al trabajo barato y el gobierno de México a las remesas (Papail, 2006: 36 y 37; García, 2007: 290, 313); critican a los optimistas porque, basados en lo tradicional de la economía neoclásica, consideran que a mediano plazo las diferencias entre el capital intensivo y los salarios de los dos países tenderán a disminuir, cuando en realidad la brecha se ha ensanchado³ (Alonso, 2004: 13-15; Tépatch, 2008: 9; Márquez, 2007: 19, 22; Delgado et al., 2004: 164). A la aplicación de las remesas se les puede ver como las dos caras de una misma moneda (Canales y Montiel, 2004: 143-146; Durand, 2004: 108, 2007 B: 221; Bindford, 2002: 117).

A partir de los resultados del trabajo de campo que realicé a manera de entrevistas a una treintena de emigrantes, considero que si bien ambas posturas ofrecen resultados lógicos, la más apegada a la realidad es la optimista porque con dinero que reciben muchas familias que se generaron en Estados Unidos y muy difícilmente se hubieran obtenido por trabajo en las localidades rurales, es posible mitigar muchas penas, se puede alimentar un grupo

-
3. Una crítica certera hacia las posturas neoliberales de la economía, se centra en afirmar que ni son los países más pobres, ni tampoco son los sectores más pobres al interior de los países expulsores quienes integran los grupos de migrantes; esto en cuanto a que los mercados de trabajo tienden a equilibrarse a sí mismos porque los sectores más desvalidos se ven favorecidos por medio de los recursos generados en los países más ricos y las tendencias tienden a eliminar o por lo menos disminuir las diferencias. Si ése fuera el caso, existiría una fuerte relación, por ejemplo, entre Etiopía y Suecia porque haciendo una comparación entre ingresos per cápita en dólares, la relación es de uno a 250 (Alonso, 2004: 19, 24).

familiar sin recurrir a préstamos,⁴ se pueden adquirir productos que hagan posible una vida más llevadera: un poco de ganado o aves para ser autosuficientes, un vehículo para iniciar una empresa; piénsese que “los que se quedan” son los más desvalidos: la madre, la esposa, los hijos pequeños, y los que se van son quienes tienen mejores posibilidades de obtener empleo, aunque en muchos casos sean menores de edad. Es probable que algunas cantidades de remesas generen especulación en un momento preciso y en una sociedad determinada, sin embargo la verdad es que la inmensa mayoría de los recursos convertidos en remesas se utilizan en compra de alimentos y bienes de primera necesidad; los puede haber para adquirir electrodomésticos que, en última instancia, siguen siendo para el consumo familiar (*in-door*).

La principal característica de las remesas es su pulverización (García, 2007: 288; Márquez, 2007: 13; Moctezuma, 2007: 91). No hay excepción en las fiestas patronales de las pequeñas y medianas poblaciones en que no se vea a los emigrantes pagar el mariachi, cervezas, cohetes, cirios, ornamentos, jugar peleas de gallos, pasearse (o exhibirse) en las principales calles con motocicletas ruidosas o vehículos lujosos; ahí van a dar también las remesas, mismas que a las de este tipo se les denomina “de prestigio social” por destinarse a celebraciones (Binford, 2002: 121, 132; Hirai, 2007: 120 y 121), y aun cuando no se gastaran en estos rubros, para el consumo interno en general es imposible que establezcan una brecha mayor entre los estratos sociales, a no ser los aspectos simbólicos a los que afecta (acciones *out-door*). La

4. Las remesas constituyeron una inigualable fuente de ingresos para muchas personas, representando 44.9% del ingreso familiar con un promedio de 216 dólares mensuales, cantidad imposible de superar con otros ingresos por la inmensa mayoría de las familias de bajos recursos; sin embargo, pudo comprobarse también que esos recursos se destinan al pago de productos similares y en las mismas magnitudes en que lo hacen las familias que no reciben remesas y que ostentan niveles similares de ingreso y de posición social (Canales, 2006: 5-7). Binford, textualmente afirma que la emigración contribuye al desarrollo social, cuando menos en lo que respecta al ámbito local, y de esta manera se desliga de los “pesimistas” (Binford, 2002: 146).

pulverización de las divisas que recibimos constituye el principal obstáculo para poder considerar a las remesas como el motor del desarrollo regional, como algunos representantes políticos han insinuado (Canales y Montiel, 2004: 13; Durand, 2007 A: 31, 2007 B: 225; Canales, 2006: 4). Incluso, bajo la existencia de programas gubernamentales en los cuales se busca incentivar el envío de recursos para inversiones públicas, se ha tergiversado en la práctica porque se encubre con una firma en un papel con membrete, que cierto grupo organizado de emigrantes perteneciente a una población determinada envía una cantidad de dólares para participar en los “peso por tres pesos” que han instaurado algunos gobiernos estatales; se consiguen dólares en otro lugar y se hace oficial que se recibieron del grupo de migrantes para acceder a esas bolsas (Hernández, 2008: 116 y 117; Moctezuma: 2007, 101, 107 y 108). Un aspecto que definitivamente no puede explicar la postura optimista⁵ es lo referido a los asuntos psicológicos; la microeconomía no atiende los aspectos vinculados a los aspectos muy personales que enfrentan todos los migrantes: la soledad, la terrible nostalgia, los problemas económicos cuando no se tiene algún ser querido que lo apoye y el enfrentar un medio social que le es hostil; incluso sufrimientos mayores relacionados con asaltos, violaciones, homicidios al momento del cruce de la frontera, y posteriormente la discriminación racial, el abandono de las mujeres al adquirir los hombres nuevas parejas, etcétera (Alonso, 2004: 13; Hirai, 2007: 89-143; Durand, 2004: 109; Binford, 2002: 147).

5. También se les conoce como “funcionalistas” (Binford, 2002: 125).



IV

El ingrediente religioso

¿Cambian los migrantes sus pensamientos religiosos cuando experimentan vivir en condiciones diferentes de las que conocieron en su lugar de nacimiento? Hay estudiosos que consideran determinante la influencia del ambiente de vida estadounidense en el cambio de sus tendencias ideológicas, y muy en particular las religiosas (Odgers, 2006: 399). El origen del profundo sentimiento religioso de los mexicanos y de manera más acentuada de los originarios de Los Altos de Jalisco es, en primer lugar y sin que quepan dudas, la influencia determinante de la colonización española a nuestro territorio desde hace cinco siglos, y posteriormente lo que se le fue incrementando con tintes criollos y también el sincretismo. Es mundialmente conocida la devoción de los mexicanos por la Virgen de Guadalupe, la “Virgen morena”, como es el color de la piel de la inmensa mayoría de quienes habitamos esta región, y también, a últimas fechas ha tomado gran relevancia la devoción a los nuevos santos, a los mártires de la *Guerra Cristera*: Santo Toribio Romo, originario de Santa Ana de Guadalupe en Jalostotitlán, en el corazón de Los Altos, y a otros más de los 25 que perdieron la vida en esa época histórica y que la influencia católica de la feligresía ha llevado a los altares ahora en su nuevo vestido de santos. Los estados con mayor índice de migración son los que se han visto influidos con menor incidencia en cuanto al cambio de pensamientos religiosos (Odgers, 2006: 404 y 405) aun y a pesar de que habitan principalmente las regio-

nes de la Unión Americana que conserva mayor diversidad religiosa como son los estados de California, Texas, Arizona y Nuevo México. Desde 1930 uno de los autores clásicos mexicanos de los estudios pioneros sobre migración, Manuel Gamio, señalaba que desde el momento mismo en que los mexicanos cruzaban la frontera enfrentaban una fuerte propaganda protestante que los llevaba invariablemente hacia uno de tres caminos: se convertían en católicos no fanáticos, en indiferentes o no creyentes, o en protestantes.¹

En realidad hay dos tendencias que conviven y se contradicen al mismo tiempo: es la influencia al cambio del que algunos mexicanos han cedido, se han convertido a alguna de las variantes del protestantismo, pero simultáneamente las influencias católicas que llevan consigo los migrantes hacen que se reproduzcan los ritos, las acciones y los pensamientos en el otro lado de la frontera; los migrantes se encomiendan a la Virgen de Guadalupe, la llevan en estampas, figuras que cuelgan en los vehículos para que no los desampare, la pintan en las paredes a manera de *graffiti*, e incluso la estampan en sus cuerpos de por vida en forma de tatuajes. Las ideas religiosas viven con ellos en sus trabajos, sus festejos, todo tipo de celebraciones y hasta en sus penas aun y cuando las extenuantes jornadas laborales les impidan dedicar mayor tiempo a la devoción (Odgers, 2006: 408). El motivo de regreso a sus pueblos natales es para visitar al santo patrón y a la Virgen de Guadalupe. Existen templos católicos a lo largo y ancho de Estados Unidos y los migrantes van a manifestar su fidelidad en diferentes fechas; los padres de familia tienen dos preocupaciones siempre: que sus hijos obtengan un buen empleo para ser “gente de bien” y que no olviden sus raíces religiosas, que las practiquen y reproduzcan. Los bautizos, matrimonios y primeras comuniones son siempre algunos de los motivos más especiales para reunir a la familia, fes-

1. Cf. Gamio, 1930, citado por Odgers, 2007: 413.

tejar y afirmar el sentido religioso. La ideología protestante exige menos fidelidad en lo referido a las acciones confesionales y le deja mayor carga a la salvación de las almas cuando las personas demuestran en este mundo su interés por el trabajo y el amor a Dios, lo que ha generado atraer devotos, aunque pocos, de entre los migrantes; no obstante, los mexicanos cuando tienen familiares nacidos en Estados Unidos, les infunden las enseñanzas que ellos adquirieron en México y esas dos tendencias chocan, se confrontan y dan lugar a nuevos creyentes que ya no son los mismos formados en el ambiente tradicional y rural de México. Los representantes del clero han mostrado gran preocupación en cuanto a que los migrantes pueden recibir influencias no deseables; desde mediados del siglo pasado han insistido en tres aspectos: primero, a tener gran cuidado con la posible desintegración familiar por causa de la ausencia del hombre de la casa; segundo, que no se pierdan los valores inculcados por la religión católica para que no caigan en las manos de ideologías ajenas a nuestra forma de pensar; tercero: cuidar las formas del actuar de los católicos, la moral debe prevalecer.²

En los tiempos actuales, sin duda con mucha mayor influencia de lo tradicional en comparación con las posibilidades que ofrece el protestantismo, los migrantes creen en nuevos santos,³ trabajan activamente en las ceremonias religiosas en México, pero también participan en la organización de las que tienen lugar en

-
2. Cf. Víctor Espinoza (1999) "El día del emigrante y el retorno del purgatorio: Iglesia, migración a los Estados Unidos y cambio sociocultural en un pueblo de Los Altos de Jalisco", *Estudios Sociológicos*, núm. XVII, México, pp. 375-418. Citado por Odgers, 2006: 412.
 3. Existen dos casos excepcionales, el de Santo Malverde, que sin la más mínima aceptación del clero mexicano, la población ha convertido esta figura como el protector de los narcotraficantes; existen capillas para su adoración en Sinaloa, en Colombia, en Los Ángeles California, en el Distrito Federal y continúa proliferando; el otro es el referido a la adoración de la "Santa Muerte", a la que se le atribuyen milagros a las acciones de personas ligadas a las actividades ilícitas. Santo Malverde supuestamente fue un bandido, especie de Robin Hood que murió a principios del siglo XX a raíz de su persecución.

Estados Unidos; envían remesas para el mejor lucimiento de las celebraciones en las fiestas patronales⁴ e incluso cooperan para realizar celebraciones en las mismas fechas que corresponden a las de sus pueblos de origen y de esta manera tienen su propia fiesta en Estados Unidos, donde se incluye con mucha frecuencia la coronación de la reina de la belleza como un atractivo para los jóvenes, que siempre son los menos proclives a participar (Mocetzuma, 2007: 95; Odgers, 2006: 400, 426, Hirai, 2007: 205 y 206). Es una tradición que se puede verificar en todos los pueblos de los Altos de Jalisco, que existe un espacio, en particular para los migrantes, en las exhibiciones religiosas públicas como lo son las peregrinaciones, las “mañanitas”, los desfiles, etcétera; existen los días dedicados para los “hijos ausentes”, el pago de ciertos festejos o la celebración de misas para ellos. Se les espera y se les halaga por su presencia pública, donde gastan dólares, pero se les teme si, además de costumbres diferentes, traen ideas extrañas (Odgers, 2006: 413; Hirai, 2007: 27, 218).

Existe un hecho categórico que va en contra de las investigaciones que afirman la existencia de una gran influencia por sobre los migrantes a cambiar de opción religiosa: en las regiones donde el sentimiento devoto, el caso del catolicismo en Los Altos de Jalisco, El Bajío, Michoacán y Zacatecas, es donde hay menor incidencia en el cambio; sin embargo, en los estados del sur de la república, que es donde existe un índice muy bajo de migración hacia Estados Unidos, es donde se ha presentado una mayor tendencia al cambio. El caso particular de la región de Los Altos de Jalisco representa una zona excepcional no sólo a nivel de toda la república sino mundial, ya que muestra un índice de catolicismo muy cercano al 100% de su población (Odgers, 2006: 414-416).

4. Existe un “calendario emocional” relacionado con las fechas de las fiestas patronales de cada lugar de origen de los migrantes, y en muchos lugares en California los relacionan con la visita de la “virgen peregrina” de los pueblos de Los Altos, es decir, con la visita de una réplica del santo o virgen patrón de cada una de las poblaciones (Hirai, 2007: 106-112).

A continuación se le dará un lugar especial a la descripción del origen y significado de dos símbolos religiosos que eclipsan al resto en la región de Los Altos de Jalisco: la Virgen de Guadalupe por ser la Madre de Dios, y Santo Toribio Romo por haberse convertido en el protector de los trabajadores ilegales; sin embargo, es preciso explicar un poco de un antecedente especial de este santo mártir, que es el caso de Juan *Soldado*, mismo que aun cuando se le sigue guardando gran fervor, ha sido sustituido en gran medida por el santo alteño. Juan *Soldado*, hasta antes de la aparición de Toribio Romo, era el preferido por los migrantes; se ubica su devoción estratégicamente en capillas cercanas a las principales ciudades fronterizas; no está aún reconocido por las autoridades eclesiásticas debido a las circunstancias en que perdió la vida: se dice que Juan Castillo Morales era soldado raso del Ejército mexicano, que confesó llorando haber dado muerte a una niña de ocho años de edad después de haberla ultrajado y por haber estado bajo la influencia de la marihuana y el alcohol; fue juzgado y sentenciado a muerte bajo la ordenanza conocida como “ley fuga”, que consistió en llevarlo a un panteón cuatro días después del asesinato y obligarlo a correr, disparándole por la espalda con la muy excepcional posibilidad de poder huir; la ejecución fue presenciada por una multitud, ya que el crimen había conmocionado a toda la ciudad, que en ese año de 1938, Tijuana, contaba sólo con 19,000 habitantes (Reynoso y González, 2008: 417 y 418); posteriormente a los hechos se propagó el rumor de que en realidad el autor del crimen de la inocente había sido un capitán y que se había culpado injustamente a Juan *Soldado*, por lo que fueron atribuyéndosele milagros y desde la fecha se ha convertido en defensor de los migrantes, que son un grupo de los más desvalidos de México porque son honrados, buscan trabajo, dejaron a su familia, van a buscar fortuna a otro país con diferentes leyes y con idioma desconocido. La tumba de Juan *Soldado*, que está en un panteón muy cercano a la frontera, es visitada multitudinariamente y se le dejan mensajes de agradecimiento, en su

gran mayoría por haber podido pasar al “otro lado” sin ser vistos, por haber obtenido trabajo o por haber podido llevar a la familia (Odgers, 2006: 421; Reynoso et al., 2007: 12-14).

Llama mucho la atención que Toribio Romo, quien fue asesinado por el Ejército mexicano y con fecha anterior a Juan *Soldado*, haya sido reconocido por las gracias divinas ofrecidas a los feligreses con fechas muy posteriores a las que se le reconoció a Juan *Soldado*. Las historias son distintas: uno, siendo soldado (“malo”, en la más simple de las lógicas populares) y habiendo cometido uno de los más horribles crímenes contra una indefensa niña de ocho años de edad, aun y cuando hayan existido dudas, con su confesión y aceptación de haber cometido el delito, resulta paradójico que se le haya llevado a los puntos más altos de la devoción; el otro, un sacerdote (“bueno”, no hay más buenos que los representantes de Dios en el mundo), luchando por la libertad de creencias, indefenso, inocente, fue asesinado sin juicio ni sentencia y se convirtió en defensor de los migrantes pero mucho tiempo después y bajo una historia con el mismo grado de inverosimilitud que Juan *Soldado*. Toribio Romo, beatificado en 1992 e inscrito en el catálogo de los santos en el año 2000 al igual que los otros 24 religiosos considerados mártires por Roma muertos durante la *Guerra Cristera* (1926-1929), había sido ordenado sacerdote un poco antes del inicio de este movimiento armado, y por esta situación se dedicó a ejercer la nueva profesión de manera clandestina, nunca empuñó las armas y su único delito fue administrar los sacramentos a quien los requiriera (Reynoso y González, 2007: 89-99); a la mitad del movimiento armado fue descubierto por un pequeño grupo de soldados del Ejército y de “agraristas” (campesinos beneficiarios del reparto de tierras por el gobierno emanado de la Revolución Mexicana), quienes le dieron muerte sin que mediara juicio alguno. Aproximadamente 60 años después y al amparo de un relato del que no ha podido establecerse a ciencia cierta el autor, se dice que un zacatecano (aunque otras versiones se lo atribuyen a un michoacano) de nombre

Jesús Buendía Gaytán, campesino de 45 años de edad, fue engañado y abandonado en el desierto por un *coyote* que lo iba a ayudar a cruzar la frontera por Mexicali; perdido en el desierto por varios días, fue rescatado por una persona que se acercó en una camioneta, hablando en español pero de tez blanca y ojos azules, le ofreció agua, alimentos, le regaló dólares y lo envió a un lugar donde le ofrecerían trabajo; solamente le dijo: “cuando tengas dinero y trabajo, búscame en Jalostotitlán, pregunta por Toribio Romo”; cuando regresó a México, lo buscó y hasta llegar a Santa Ana de Guadalupe se enteró de que lo había rescatado un santo; nunca se ha localizado a Jesús Buendía. A últimas fechas visitan el pequeño templo en Jalostotitlán entre medio millón y un millón de creyentes al año y el principal apoyo que se le solicita es para cruzar la frontera, obtener “los papeles” para su legalización en Estados Unidos, conseguir trabajo, poder llevarse a la esposa y a los hijos (Hirai, 2007: 223). Recientemente han proliferado las peticiones de soldados estadounidenses de origen mexicano, que le piden regresar vivos de la guerra de Iraq. Existe, inclusive, gran cantidad de exvotos donde se hacen constar las peticiones que rebasan los lineamientos formales de la religión católica en cuanto a que solamente Dios es el único que puede realizar milagros y los santos tienen entre sus posibilidades sólo el “interceder ante el Señor”, mas no llevarlos a cabo; ahí se omite este precepto y se le solicitan directamente los milagros. Muy cerca de Santa Ana de Guadalupe se localiza el santuario del *Niño del Cacahuatito*; sin embargo, no alcanza los niveles de devoción, si no, con el número de visitantes sería válido cuantificarse (Reynoso, et al., 2007: 1-17).

La otra fuente de devoción y más importante de todas cuantas influyen en las costumbres religiosas de los mexicanos, es la Madre de Dios; no sólo Dios sino la Madre de Dios es quien concentra la mayor parte de la atracción. Una historia que no es muy conocida por la gran mayoría de sus devotos, es que su origen tuvo lugar en

España dos siglos antes que lo conocido en México: el año 1326 un pastor llamado Gil Cordero comentó que mientras estaba en busca de una vaca que había perdido, vio una señora que irradiaba luz entre unos arbustos, quien le dio instrucciones para excavar y desenterrar una imagen de ella que había sido ocultada en el año 711 debido a la invasión de los moros a la Península Ibérica; además le pidió que le construyeran una capilla; los hechos fueron constatados por autoridades eclesiásticas al descubrir una entrada a una cueva donde encontraron documentos y la imagen de una virgen negra y tallada en cedro. Se le llamó Virgen de Guadalupe porque al río que está a un costado de la cueva donde fue encontrada la imagen se le conocía con ese nombre proveniente del árabe, que significa “espejo de luz” o “río, espejo de luz.” La Virgen de Guadalupe en México, se le apareció por primera de cuatro veces al indio Juan Diego el 9 de diciembre de 1531, 10 años después de la llegada de Hernán Cortés, a quien se le conocía como un ferviente devoto de la aparecida en Extremadura (región de la que por cierto era originario el conquistador); era una virgen morena con rasgos indígenas que le pidió a Juan Diego se le construyera un templo. El relato canónico de las apariciones fue publicado hasta 1649, siglo y medio después de las apariciones, y al mismo nombre de “Guadalupe” se le encuentran traducciones en *náhuatl* que significa *la que aplasta la cabeza de la serpiente*. De acuerdo con el relato canónico, Juan Diego habló con el obispo de la ciudad de México, fray Juan de Zumárraga, para informarle de las apariciones que había presenciado; el obispo no le creyó y le pidió como una prueba que recogiera rosas y se las llevara; cuando esto sucedió, al abrir el ayate (especie de frazada utilizada por los indígenas en la época) apareció una imagen en lugar de las rosas. Es el principal objeto que demuestra las intenciones de la Virgen; fray Juan de Zumárraga vivió mucho tiempo después del año de las apariciones, escribió profusamente como lo hacían los altos mandos clericales, redactó textos, cartas y un catecismo; sin

embargo, nunca mencionó haber sido testigo del milagro, ni de la Virgen de Guadalupe; sí en cambio, en el catecismo mencionado y que se denominó *Regla Cristiana*, la frase *¿Por qué ya no ocurren milagros?* El sentimiento religioso es inseparable de la cultura alteña y en particular de los migrantes; es necesario el cobijo que no ofrece el medio social: no hay trabajos en los cuales sea posible obtener altos ingresos que los ligen a la región; se requiere el apoyo de alguien cuando se está solo y muy alejado de la familia, cuando se corren grandes peligros y se tiene que actuar como delincuente cuando se es bueno; se tienen valores provenientes de una religión que predica el amor y se confía en quienes el sentir popular ha probado como benefactores, en quienes Dios ha designado para ayudar a quienes más necesitan.

Segunda parte

V

Un milagro del Señor de los Imposibles

Ya era mayor de edad, tenía mis dieciocho años con algunos mesecitos, andábamos mi tío y yo de aquí del pueblo, él es de los Carvajal de allá del cerro de San Antonio.

—Nos vemos bien jodidos —le dije a mi tío Aurelio— y sin conocer a nadie ¿Cómo le vamos a hacer? Yo le caía bien a mi tío, si no no me hubiera llevado.

—Ya verás que nos va ir bien —decía él—. Es muy bueno llegar allá y ya tener trabajo; la gente le batalla mucho pero es que se van con los ojos cerrados; nosotros vamos a caer bien parados. Tú te vas por delante y allá nos vemos.

Yo me envalentonaba porque estábamos tomando cerveza; así comencé mi vida de migrante y así la terminé. Nos echamos unas cervezas después de haber bajado leña del cerro.

—Que me mandaron hablar que ahorita mismo me vaya al trabajo, nos va a ir bien —me *isistía*—. Te vas tú y yo te alcanzo.

Les fuimos a avisar a mis papás que vivían en una chocita muy humilde; les dijimos “nos vamos” y listo. Yo soy el mayor y con mis 18 años no era nada fácil; uno lo ve sin pensar adelante; yo pronto dije: “sí, y vámonos”. Nos despedimos y me llevó mi tío a Tepatitlán como a las 10 de la noche; agarré un camión a Guadalajara de ahí de la plaza; antes no había central camionera, los tomaba uno en la mera plaza. Me dijo mi tío Aurelio:

—Agarras ese camión que te deja en Guadalajara y ahí mismo te cambias a otro para Tijuana.

Fue en el año de 1989. Llegué a Guadalajara y pedí mi boleto a Tijuana.

—No hay asientos —me dijo la boletera.

—Así sin asiento —le dije.

Yo pensé que Tijuana estaba *cerquitas*. ¡Hijo de la madre! Se aventó toda la noche, yo creí que el pueblo no estaba lejos y se me hizo fácil decir que ahí me iba sentado en el pasillo. Me fui aplastado, bien cansado, hasta el otro día que siguió el camión caminando; como a las 12 del día se bajó uno ya casi llegando a Hermosillo, no recuerdo como se llama el pueblo pero ahí se bajo uno y ya pude descansar poquito. Otra vez caminó el autobús todo el día y toda esa otra noche porque eran como las cinco o las seis cuando llegó a Tijuana y a esas horas yo no podía llamar a Estados Unidos; bueno, además de la hora, la verdad yo no sabía cómo marcar un teléfono. Alguien me hizo el favor, ya tardecito y le hablé a Adán.

—Ya estoy aquí en Tijuana —le dije.

—No te muevas, ahorita mando a Mario por ti.

Pasó mucho tiempo y no llegaba nadie, entonces le eché otras tres llamadas.

—Hace ya mucho rato que se fue —me dijo—, no te desesperes.

Yo pensé que el “otro lado” era nada mas al otro lado; nada, llegó como a las 12 del día; pasó y no me veía, yo pensé “se está burlando” y ahí estaba a búsqueme y búsqueme; en eso, cuando dio la vuelta y se volvió a pasar yo dije “bueno este cabrón se va a ir y me va dejar”. Entonces le grite:

—Acá estoy, Mario.

—¿Por qué no me hablas? —me dijo.

Ya lo abracé y platicamos un buen rato.

—Mira —me dijo señalándome a un muchachito—, éste te va pasar, te vas a ir con él a su casa.

Fuimos a la casa del muchacho y se nos hicieron las nueve de la noche. Le hicimos un intento a pasar, caminamos mucho rato y cuando íbamos a atravesar el *free way* lo pasamos corriendo y nos salió un cabrón *embajador* de éstos con una pistolita; yo creo que sí era de verdad, traía un radio que se oían muchas voces.

—Acá tengo a dos —les avisó.

Nos llevó donde tenían como a seis más. Nos *arrejoló* contra una pared al otro lado del *free way*, él solo con todos nosotros, ahí estuvimos buen rato; entonces yo me puse listo y le dije al “borras”, porque así le decían al chiquillo, “el borras”:

—Vente, ponte listo.

Nos fuimos haciendo para un lado y luego corrimos a atravesar el *free way*, ahora para el otro lado. Corrimos mucho y le sacamos la vuelta al *embajador*; caminamos tanto que llegamos hasta donde esta el *troly* (trolebús). El “borras” era listo, muy inteligente el chamaco, metió unas coras¹ a una maquinita y sacó unos boletitos, entonces nos subimos al *troly*, fuimos a San Isidro pero no alcanzamos el tren porque se había ido. Ahí nos tuvimos que esperar hasta las cinco de la mañana.

Recuerdo bien que comenzó una lloviznita y se veían unas filas de fresas bien bonitas; es de las cosas buenas que me acuerdo, pero otra de las que nunca se me va a olvidar es que subió un señor uniformado vendiendo café cuando íbamos en el *troly* y como yo no conocía nada, pensé “es la migración”; se me acercó y me decía:

—*Do you want a coffee?*

Y yo me hacía de los dormidos, me imaginaba que era a lo mejor una oportunidad de que no me agarraran. Ya en el tren, el grande, el que va de San Diego a Los Ángeles, me puse una gorrita y yo pensaba que no me veía ése de la migra que vendía café. Años después que ya sabía hablar inglés me di cuenta que

1. *Quarter* (moneda de a 25 centavos de dólar).

ofrecían café; cómo me daba risa a mi solo como menso. Llegué a Los Ángeles y pronto me puse a trabajar en una bodega, me acomodó Adán.

—Aquí vas a ganar 120 dólares a la semana —me dijo.

Nos levantaban a las dos de la mañana y trabajábamos hasta las cuatro de la tarde; era bodega de frutas, de muchas clases de fruta, muchas, yo ni las conocía. Ahí estoy aguante y aguante, era muy pesado. Compré una mica chueca; yo tenía muchas ganas de superarme, pero pensé “aquí no la voy hacer” y me hice amigo de un muchacho que eso mismo le dije:

—Quiero superarme pero aquí no la voy a hacer.

—Cuando salga un buen trabajo de caballos acá en River Side yo te aviso —me dijo el muchacho, buena persona.

Pues como a la semana brincó la oportunidad.

—Ahorita necesitan un trabajador —me dijo, y yo sin pensarla aventé lo de la bodega y me fui a los caballos.

La bodega estaba en Los Ángeles y vivíamos en casas que tenían esos mismos señores; nos las rentaban a puros muchachos solos; me llevó a vivir con ellos y él nos recogía y nos llevaba a trabajar; todos estábamos en las bodegas, todos trabajábamos con él.

Ahí era muy matado, solamente trabajaba uno y dormía. ¿Qué hacia después de las cuatro de la tarde ya bien muerto de la chamba y luego volver a levantarte a las dos de la mañana? Para comer era un *via crucis* ¿Quién te hacía? Era obligación comprar comida preparada. ¿Y entonces de que servían 120 dólares a la semana?

—Ya conseguí otro trabajo —les avisé—. ¿Me pueden llevar?

Nadie me contestaba; no me llevaron, les pareció mal que les aventara la chamba pero ni modo de quedarme a morir ahí. Finalmente un hermano de Adán me dijo:

—Yo te llevo. Me dices que te quieres superar; yo voy y te entrego, pero al rato no quiero que vayas a andar llorando —me dijo como presagiando que me iba a ir peor.

Pues me llevó a River Side y ahí me encontré al amigo que me había conseguido la oportunidad; era en un rancho bien bonito y trabajaba con un tal Johnny. Al siguiente día de que me entregaron me levanté a conocer mi trabajo: me pusieron a bañar caballitos nada más potrillos; los bañaba bien y los ponían en el volantín donde los cuelgan y caminan dando vueltas en arenita; luego a limpiar caballerizas, a darles de tragar alfalfa; había muchos corrales, miles de caballos. Había un hipódromo y como a los cuatro meses de chamba me dijeron que yo podía hacerla de *jockey* de corredor de caballos y me pusieron a prueba, pero yo les tenía miedo porque corrían en una arena que se ponía muy honda. No les hice mucho caso, yo no quería trabajar en eso, no tenía papeles ni nada que me defendiera, y luego entrarle a algo tan peligroso, no. Sí les ayudé a quitarles las cosquillas a los caballos echándoles agua a presión, pero amansar, lo que se llama amansar, no. Los tallaba con un costal para que se dejaran alisar bien para si llegaba un comprador; ya si les gustaba, para meterlos a un carril, pues ahí sí que llevaran a alguien que los quisiera montar, a eso definitivamente no le entré; trabajé muy a gusto en ese rancho, se llama *Viking Ranch*.

No sabía yo que esos mismos patrones tenían otro rancho en Utah y que iban a cambiar todo para allá; entonces, cuando echaron dos viajes de potrillos me avisaron que me tenía que ir a ese lugar.

—No me animo —les dije—. Me hubieran avisado con más tiempo.

A mí me preocupaba no conocer a nadie, y luego rodeado de puras montañas y mucho frío.

—Te vas para allá —me dijeron.

Pues allá voy. Estuve una semana con un *gabacho* racista; qué feo trataba a la gente ese hijo de la chingada. En ese entonces yo no hablaba nada de inglés y por los nervios de andar solo y con ése de jefe, me puse a fumar mucho; ya tenía el vicio del cigarro,

pero en aquella soledad y en los ratos que veía a alguien era a ese *gabacho*. Una ocasión estaba limpiando las caballerizas, se les ponía mucho aserrín con un yelgo; se tenía que levantar el aserrín y separar los pasojos a una carretilla; entonces yo aventaba mis cigarros al pasillo y cuando él encontraba las bachichas me *ladraba* muchas cosas en inglés.

—No entiendo lo que me dice pero voy a tener cuidado de no revolver las bachichas con el *pasojo* —a mi modo, yo trataba de hacerle entender.

—*Gua, gua, gua* —él me ladraba.

Yo pensaba que me regañaba feo, por las caras que ponía. A resumidas cuentas, le aguanté como cuatro veces, más no pude; aventé la carretilla y fui a meterme ala *trailita* donde vivía, yo estaba solo ahí; cuando necesitaba comida él me llevaba a una tienda, “la marqueta” dicen ellos, yo compraba mi comida, me preparaba y vivía muy solo, ahí me metí cuando no lo aguanté, me encerré.

Estaba la cosa ya complicada desde antes que me regañara porque mi familia no podía escribirme, ese rancho estaba muy escondido, no sabía yo como poner el domicilio y el gringo cabrón no me quería prestar el teléfono; entonces lo mismo era que viviera en la luna, no tenía domicilio ni cómo comunicarme.

Yo fui el primer trabajador que llegué ahí, por eso estábamos solos él y yo; él era el encargado del rancho y vivía con toda su familia ahí con su esposa y sus hijos; y el día del pleito fue un domingo, yo me levanté temprano, empeñoso, me puse a limpiar las caballerizas y fue cuando se halló la bachicha de cigarro y me la aventó en las patas. Yo le pedí disculpas en mi forma de expresarme y él me contestaba lo mismo que me había dicho en inglés; no sé que decía, pero yo entendía que era algo de mal modo porque le oía que repetía lo mismo.

Me puse a llorar cuando estaba encerrado, eso es la verdad, me puse a llore y llore todo el día pensando en qué era lo que iba hacer ahora. Él iba y me tocaba la puerta, pero ya no había re-

versa, yo no le abría, seguía llorando, nada más que no me oyera. Iba y volvía a tocar, ya no hablaba, más humildito, pero yo no le abrí nunca; no volví a trabajar pero tampoco quería que me viera llorando; yo tuve la culpa por el vicio, por ése y por otro que perdí media vida y casi me quedo sin familia, pero no quería que me viera llorando porque ya le había pedido disculpas, pero muy altanero y aprovechándose que perdidos en la mitad de la nada, yo estaba en peores condiciones.

Como a las 12 de la noche llegó el trailer que acarreaba de a 12 caballos desde River Side hasta aquí donde me habían cambiado. El chofer hablaba poquito español y yo aproveché antes de que saliera el gringo.

—Ya no trabajo aquí, no trabajo ni un día más —yo le decía casi más a señas que hablando porque entendía muy poquito.

—¿No trabajas aquí Pigüi? —me decían el Pigüi.

—No, ya no, el gringo se enojó porque fumo y tiré bachichas.

—¿Qué hacer tú?

—Quiero que me ayudes a irme, quiero irme contigo, tengo dos maletas de cositas, déjame echarlas al *trailer*, amigo.

Yo iba de un lugar a otro con mis dos maletas, hasta que me las robó un taxista mexicano. Le ayudé a bajar los caballos hable y hable y haciendo señales para que me entendiera y me dijo, bueno, pienso que eso me dijo a lo que yo le entendí:

—Tráete, tus maletas, yo te llevo.

Él mismo las subió al camarote del camión y nos fuimos sin avisar; no salió el gringo. Caminamos mucho en el tráiler, nos parábamos a comer y él pagaba con la tarjeta de la empresa; entonces me dijo, a lo que yo entendí:

—Vamos para que mande a otro en tu lugar y tú pídele quedarte en River Side.

—No, muchas gracias, ¿sabes qué? —le dije— yo me regreso a México, no quiero saber nada de los gringos.

—¿No te quieres quedar a trabajar?

—No, ya no quiero nada —le decía yo.

Me acordé de lo que me dijo aquel amigo en Los Ángeles: “pero luego no vayas a andar llorando”, como si me hubiera visto. Ya en Las Vegas, porque ahí vivía Johnny, así se llama el chofer, ya en Las Vegas hizo que su esposa me llevara al Greyhound. Yo con mis dos maletas de un lado a otro.

—Hasta Tijuana —les decía yo.

—San Diego —me explicaban.

—No, Tijuana.

—Sí, pero primero San Diego y se transborda, ahí se cambia de camión.

—Bueno, San Diego y luego Tijuana, está bien —yo acepté, pues era lógico que no hubiera una corrida directa a Tijuana.

Llegamos San Diego y ahí me hice entender que yo me seguía hasta Tijuana, hice entonces el cambio de autobús. Venía yo tranquilísimo ya de regreso a México, quedaron atrás los malos modos y el trabajo feo; hubo también bonito, pero venía yo con un bonito sentimiento como de descanso, como que se hubieran acabado las penas. Llegamos a Tijuana y toda la gente agarraba sus maletas y las mías no aparecían, nada.

—¿Y mis maletas? —le preguntaba yo al chofer—. Yo traía dos maletas que subí en Las Vegas.

—¿Dos maletas?

—Sí, éstas dos —le mostré mis etiquetas.

—No, éstas se quedaron en San Diego —me dijo.

¿En San Diego? Ahora sí, pensaba yo, cómo le voy a hacer para ir por ellas, yo de indocumentado, ya en México ¿cómo le hago para ir por mis dos maletas? El camión dio la vuelta y se fue.

—Yo voy por tus maletas —me dijo un taxista mexicano—. Dame tus etiquetas y págame 150 dólares y yo voy por tus maletas.

—¿Ciento cincuenta dólares? No, es mucho —le dije—. Cóbrame más barato.

—No, son 150 dólares porque voy a entrar, voy a dedicarle el día a recoger tus maletas, te cobro 150 dólares.

Le di el dinero y las etiquetas, lo esperé muchísimo rato y ya no lo volví a ver, me quedé sin maletas; lo esperé hasta la una de la mañana, yo todavía tenía esperanzas de que regresara, pero hay gente muy mala que se aprovecha de la ignorancia de uno. ¿Yo cómo iba a entrar por ellas? En ese mismo lugar, con los mismos taxistas de Tijuana agarré otro que me llevara al aeropuerto. Ese aeropuerto era muy chiquito, en esa época no trabajaba de noche, no había salidas. Entonces le dije a un guardia:

—¿Me das permiso de quedarme para irme mañana en un avión?

—Sí —me dijo—. Nada más quédate ahí en ese lugar —me señaló un espacio— y no te vayas a mover.

Estaba haciendo un frío fuerte, muy fuerte. Ahí me quedé y al otro día comenzaron a salir unos vuelos y otros vuelos y mucha gente que llegó después que yo se iban y yo seguía ahí esperando; seguía la gente saliendo y yo esperando; me decían que tenía que esperar no sé qué cosa y que tocara un vuelo no sé adónde, y de tanto esperar y no entender, me enojé:

—Yo traigo aquí mi boleto, no me lo reglaron, lo compré, nunca me hablan que me suba y se van todos y yo me quedo —les reclamé fuerte—. Mire, yo compré un boleto a Guadalajara y llega gente después de mí que van para allá y ellos sí se van y yo me quedo y ni siquiera me dicen nada.

Entonces llegó una señora y le expliqué todo y ella me dijo:

—En éste sí te vas tú, nada más te estaban haciendo pendejo.

Después del coraje vino el miedo, ya que me subieron al avión; entonces era yo el que no me quería subir, yo no los conocía por dentro; hijo de la chingada, estaba grandísimo. Entonces vi que venía una viejita con dos maletas y ella sí se iba a subir, ella sí tenía el valor; entonces yo pensé: “esa señora tan viejita y sin miedo y yo tan collón”.

—¿Le ayudo con sus maletas? —cuando le ayudé a cargarlas, me acordaba de las que me robaron.

Le ayudé a entregarlas donde se sube uno hasta donde ya te las quitan y me di valor al juntarme con ella conversando; le platicué lo que me había pasado y nos hicimos amigos. Nos subimos al avión y no se me quitaba el miedo, yo nunca me había subido a una cosa de éstas. Llegué como a las seis de la mañana al pueblo, entré a la casa de mi papá y se puso muy contento. Me quedé un mes y ya no me gustó, me regresé a Estados Unidos.

—Vamos con el *cónsul* para que compres una mica chueca, te va servir mucho —me dijo Adán.

—¿Con un *cónsul*? —le pregunté.

—Así le dicen, vende micas en 80 dólares y con eso se te facilita mucho la vida aquí.

Eran de unas ralladitas, verdes; ya no sirven ahora, pero éstas eran las que se usaban entonces. Me llevó, me puse de acuerdo con ese *cónsul*, me pidió mis datos y me dio un seguro que me sirvió para hacerme grande allá; ése sí me fue de mucha utilidad en toda la temporada que estuve, lo guardé y siempre me sacó de apuros. La entrada en esa ocasión, es que nos fuimos del pueblo un amigo y yo, llegamos a Tijuana y nos hospedamos en un hotel donde ya nos habían contratado *coyote* un hermano de mi amigo; él ya tenía papeles y le prestaron unas actas de unos amigos que él tenía y nosotros con esos papeles supuestamente ya estábamos arreglando, pero eran chuecos, no servían. Nosotros no sabíamos, a mí me dijeron:

—Tú te llamas Fulano.

Supuestamente éramos hermanos, los papeles eran para los dos. Pagamos 150 dólares y echamos el brinco a San Diego en un ratito. El *coyote* nos pasó por un arroyito, nos mojamos poquito arribita de las rodillas. Nos subimos así, medio mojados al carro de su hermano; ahí nos esperó y nos subimos atrás, con el asiento así acomodados, bien sentados; yo pensé “ahora sí a toda madre,

no como la otra vez”, y adelante que nos para la *migra* en San Clemente.

—Hagan este carro para allá —dijo uno.

—Que los papeles y que no sé qué —decía el otro.

—Bájense ustedes dos —nos dijo a los que íbamos atrás, los “mojados”.

—Tú no digas nada, déjamelos a mí —le dije a mi amigo.

—Presenten sus micas —nos ordenó.

—Tú no digas nada —le decía yo a Carlos, hablándole bajito—, déjamelos a mi.

—¿De dónde vienen?

—De trabajar aquí en *Indio Escondido*.

—¿En qué trabajan?

—Cuidando caballos.

Entonces se fue con las micas a otra oficina y aquellos del carro estaban bien asustados, yo como si nada. Estaban muy nerviosos porque ellos sí traían micas buenas y los podían torcer por conseguirnos chuecas a nosotros. Ya regresó el “emigrante” y me pregunta:

—¿Dónde vives?

—Por “la Cuatro”.

—¿Quiénes son ellos?

—Es mi cuñado y un amigo.

—¿Quién les dio esto?

—Mi mamá, que un abogado nos está arreglando y nos entregó estos papeles que ya estaban dando micas y nos dio esto, que es un permiso —yo inventando todo y sin nada de miedo en esa ocasión.

—Muchachitos —nos dijo, así despacio pero muy clarito—, hoy es domingo y tienen mucha suerte, estos papeles no sirven, no anden pasando con esto.

Nos dejó ir y nos devolvió las micas de los otros, no lo podíamos creer. Según eso a mí me iban a pagar el *coyote* una tía, la

hermana de mi papá. El cabrón del *coyote* me cobró 400 dólares aun y después de que hasta le pasé a su hermano. De buen apuro los saqué yo a ellos, pero ellos a mí nada, me fue peor que si fuera solo.

Volví a trabajar en la bodega de las frutas donde se levantaba uno a las dos de la mañana, pero nada más una semana. Luego hablé con los hermanos de mi papá que estaban en Modesto, ellos tenían allá 28 años.

—¿Hay mucho trabajo allá? —le pregunté a uno de mis tíos.

—Tú vente, acá te acomodamos.

Mi problema fue entonces que quién me iba a llevar, son siete horas de distancia. Pero luego supe que iba a ir para allá una familia, que se estaban cambiando, pedí el favor y me ayudaron. Me hicieron el favor completo, fueron por mí hasta la bodega. Me fui bien contento, me llevaron hasta Sacramento y de allá fueron a recogerme mis parientes.

—¿En que voy a trabajar? —preguntaba yo.

No había cómo empezar, todo desconocido para mí; entonces vino a Modesto un señor de Tepatitlán, un tal Ricardo Casillas; le preguntó a mi tía:

—¿No sabes de alguien que quiera trabajar?

—Claro, el *Chido* —me acomodaron sobrenombre en cuanto llegué.

—¿Quieres trabajar *Chido*?

—Claro —le dije—. A eso viene uno.

Yo tendía 19 años de edad.

—¿Has manejado tractor?

—Sí, sí he trabajado —le dije mentiras, yo quería trabajar, luego me enseñaría de algún modo. Yo sabía manejar camionetas pero nunca me había subido a un tractor. Cuando me fui con él, ya llegando al rancho me pregunta:

—¿Y tienes papeles?

—Sí, sí tengo.

—¿Tienes una mica *chueca*, verdad?

—Pues la verdad sí, para qué le voy a decir que no.

—No te preocupes, aquí con ésa la vas a hacer.

Luego me dio mis clases para trabajar bien en el rancho: “esto envenena, pero tú te pones tus lentes y tus guantes y no pasa nada; cuando vayas saliendo a la carretera y al dar vuelta te los puedes quitar pero te los vuelves a poner cuando entres porque el gobierno así no te deja trabajar”, y así muchas cosas de ésas que me sirvieron.

—Si te agarran sin guantes y sin lentes con esto, ya no te dejan trabajar nunca, así es que no lo vayas a tomar a vacilada.

Entonces dio una vuelta en el tractor diciéndome cómo hacerle y me pregunta:

—¿Crees que ya la haces?

—Sí —le dije.

Entonces me dejó solo y ahí voy hasta la otra orilla, y cuando daba vuelta, ¡pum! que me llevaba una mata, otra vuelta y ¡pum! otra mata. Cuando terminé mi turno de trabajo le pregunté.

—Oiga Ricardo, ¿cuántas matas de uva puede uno chingar?

—Ninguna, cada una cuesta 50 dólares.

—Ah cabrón —le dije—. Cada que doy vuelta en la orilla se me patina el tractor y me llevo una.

—Es que tú nunca habías manejado un tractor —me contestó—. Te estoy dejando porque veo que tienes ganas de trabajar, pero nunca te habías subido a un tractor. Cuando salgas a la orilla bájale al acelerador y agarra tu vuelta despacito, vuelve a entrar despacito y luego aceleras.

Así trabajando bien, empecé a hacer buen dinero, ganaba bien. Como a los cinco meses me compré una camioneta de mil ochocientos dólares, era modelo 1975, era un *camionetón*, buenísimo. El mayordomo era mexicano, los dueños eran americanos. Yo estaba viviendo con mis primos nacidos allá; entonces a fuerzas fui agarrando el idioma, ellos me iban diciendo cómo se

llamaba cada cosa. Yo estaba muy contento con mi camioneta y seguía juntando mi dinero porque quería mandar a México con alguien.

Un día le estaba haciendo una carta a mi papá, era un domingo como a las siete de la mañana, le iba a mandar sus 50 dólares en el sobre porque antes no había eso del *money order* ni nada; así corría uno el riesgo de que no le llegara nada. Yo estaba en eso de cerrar el sobre cuando me llegó el aviso: habían hablado que mi papá estaba internado en la clínica en Tepatitlán y que nadie quería firmar para que lo operaran, estaba bien enfermo; me avisaron que lo había llevado mi tío, que estaba grave, que al rato me iban a hablar para saber qué había pasado. Yo no había cumplido los seis meses allá en Modesto y no me quería venir porque ahora sí estaba haciendo buen dinero.

Somos cinco hermanos pero yo soy el mayor, los otros estaban chiquillos de a tiro. Me hablaron como a las doce y le dije a mi hermano, el que me sigue:

—Tú firma, yo me voy a México al rato.

Salgo como loco a querer vender la camioneta. Sí la vendí, uno pasó por ahí y aprovechó bien la ocasión, yo no tenía ni un mes con ella.

—Si es para lo que me dices, te voy a dar mil quinientos dólares —dijo compadeciéndose de mí.

Allá estaba mi abuelita y tuve que pagar también el boleto de ella. Nos vinimos directo a la clínica de Los Altos; hasta los dos días me dejaron ver a mi papá; lloró y me dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

—Usted alíviase y de lo demás no se preocupe.

—Hay que vender la cosecha, y esto y lo otro —me decía.

Después que lo vi, agarré la pinche borrachera y me traje a cinco o seis amigos a cortar el rastrojo y en la noche me llevaba dos o tres cartones de cerveza. Luego salió mi papá de la clínica y me cobraron trece millones de pesos, de pesos de aquéllos, pero

era un dineral de todas maneras. Yo pagué como cinco millones. A mi papá le reventó el apéndice, también estaba enfermo de úlcera pero lo que se le complicó fue el apéndice. Nos explicaron que estaba todo por dentro amarillo, que tuvieron que lavarlo bien. No alcanzó a llegar mi papá a la casa cuando mi abuelita y mi mamá sabían que me tenía que ir porque nos quedamos bien endrogados. Les dije:

—Mamá, me lava mi pantalón y mis tenis fulanos porque a lo mejor en tres días me regreso al norte.

—No te preocupes, yo te tengo listo todo lo que tú necesites para tres días.

Puras mentiras, yo le dije eso para escaparme. Agarré el camión y me fui directo a Tijuana otra vez.

—Yo te pago el *coyote* —me dijo mi patrón—. Yo sé que te tuviste que ir a México.

Llegué al corte de la uva, se terminó, siguió la almendra y la nuez. El patrón me subió a una barredora con la que trabajan la nuez y la almendra; me enseñé a *gondoliar*.² Hice un esfuerzo grande y saqué mi licencia de manejo.

El patrón me apoyaba mucho, veía que yo era trabajador; un año me ponía a manejar *trocas* grandes en trayectos muy largos, llevando nueces que se recogían en otros ranchos. Llegaba yo, metía la *troca* al elevador, me la llenaban, iba allá y la bajaba con el montacargas y le metía cajas vacías. Así me la pasaba a vuelta y vuelta, pero no pude hacer ni un cinco: pagaba renta acá, pagaba intereses allá, lo que debía en este lado; no se le veía final.

Me llevé a un hermano para que me ayudara a pagar; me costaron setecientos dólares el *coyote* y la mica. Pensé en llevármelo porque ya tenía seis meses y veía que trabajando mucho no avan-

2. Las “gondolas” son un tipo especial de maquinaria que se utilizan en diferentes cosechas. Son las más difíciles de conducir, requieren mayor especialización que el trabajo en un tractor.

zaba nada. Me dieron un teléfono de una *coyota* de Zapotlanejo. Le hablé a la señora en Tijuana.

—Hablo de parte del “chapeteado” de Tepatitlán, me dijeron que usted me puede ayudar a pasar gente para el otro lado.

—Sí, al rato voy por ti.

Eran las cuatro de la mañana cuando le hablé y ella llegó como a las nueve.

—Voy a ir vestida con un moño rojo —me dijo para que yo la distinguiera, ya que no la conocía y ella tampoco a mí. Yo le describí cómo era yo y qué traía puesto. No se puso el moño, tuvo miedo, yo no daba con ella.

—De Tega —me gritó una mujer pero muy retirado.

Al principio no entendí “de Tega”. Entonces me volvió a gritar.

Ya me acerqué y me subió al carro y me llevó con un muchacho. Me dijo:

—Él te va a pasar en la madrugada.

Se fue y me dejó ahí, yo asustado porque no conocía a nadie, y encerrado en un pinche cuartito. Me llevaban de comer y yo bien nervioso, que a veces no sabía si quedarme o correr.

Se hizo de madrugada y dice el muchacho:

—Vámonos.

Eran como las cinco de la mañana; caminamos como media hora y llegamos a un McDonalds ahí en Tijuana; ahí me dijo cómo esconderme. Se fue y le habló a ella. Entonces llegó y me dijo:

—Súbete a ese carro.

Me subí y ella se puso a manejar. Yo iba escondido abajo donde ponen los pies; así me fui hasta San Diego.

—No se asuste señora —yo le decía—, si nos paran yo les digo que usted no me trae, les digo también que traigo pruebas de que vivo en Estados Unidos.

Yo traía la licencia de manejo. Allá primero te dan un papel cuando pasas las pruebas y luego te llega la licencia a domicilio.

Yo traía en ese tiempo ese papel, no era la licencia pero como comprobante servía igual.

—Súbete al asiento —me dijo, ya convencida.

Ella tenía una casa en San Diego, me llevó ahí, me dio de comer, me tiró la ropa y me puso una playerita, unos tenis y un pantalón *Levis* nuevos así como para verme a la moda, y me mandó en avión hasta San Francisco.

—Ahí te la rifas —me dijo—. Yo te respondo con el mismo dinero si es que te agarra migración.

Me echó en un avioncito de éstos que les caben ocho personas. Se siente bien feo; los grandes asustan por el tamaño pero no se mueven y este avioncito casi se desbarataba. Pero luego me di confianza a mí mismo, pensé: estos aviones son para gente que trabaja en pueblitos, no sirve para los mojados, entonces no va a pasar nada llegando a San Francisco, lo que yo debo de hacer es pegármeles atrás cuando se bajen y yo me voy derecho para fuera cuando salgamos adonde haya más gente. Cuando llegamos al aeropuerto no hubo nada de qué preocuparse; sí tuve de qué impacientarme después, porque ni un alma que viniera por mí, nadie. Yo hablé:

—Ya estoy aquí.

—Bueno —me dice mi tío—, al rato voy por ti.

Pues nada, no venía nadie. Finalmente llegaron unos amigos que él mandó, pero muchas horas después.

Seguí trabajando con el mismo hombre, me trató muy bien, me ayudó mucho ese señor Ricardo. Yo compraba cada rato un paquete de doce cervezas y nos las tomábamos entre los dos. Él tenía gracia para hacer las cosas y mucha inteligencia para sacar provecho de todo; por ejemplo, cuando llegaba el invierno la gente se iba a México y él me decía:

—No te vayas, va a haber trabajo.

—No va a haber, se cierra todo —le decía yo.

—Espérate, tú tenme confianza.

Se iba todo mundo y yo me quedaba; me enseñó a podar con unas torres y unas máquinas muy modernas. Eran unas torrecillas en las que se iba subiendo uno o bajando, nada más apretando botones; sacaba unas tijeras también manejándolas con botones; esas tijeras, grandes, tienen serruchos y con eso puede uno cortar unas ramas muy grandes. Él me enseñó todo eso en el rancho, sí había trabajo. Yo tuve que dejar de trabajar con ellos estando tan a gusto, pero por culpa mía: me agarró la policía manejando borracho. Tenía mucho tiempo ya con mi licencia pero pudo más el vicio. Me prestaban una camioneta grande a la que se le pegaba una *trailer* para llevarme mi tractor, esa maquinota podadora; para ir a un rancho subía mi tractor, lo amarraba bien, le pegaba el elevador. Estaba muy curioso ese elevador, era como una maquinota con trailer, era como una *troca* rabona y el elevador del tamaño de toda la *troca* y tenía que pasearlos por todas las ciudades para cambiarlo de un rancho a otro, era una *chingonería*, a todo mundo le llamaba la atención. Era muy bueno el trabajo que yo tenía y caí hasta abajo por el vicio.

Me creía muy listo, según yo los hacía tontos en la manera en que me cancelaron la licencia que tenía en el trabajo de manejo, y yo tenía la otra, una como del trabajo y la otra la general, de manejo, pero nada, cuando cancelan una están cancelando la otra, las tienen juntas en las computadoras; entonces me volvieron a agarrar borracho con la licencia suspendida y ahora sí que me la cancelaron definitivamente. Le hablaron al patrón y él me dijo:

—Si arreglas eso, aquí está tu trabajo, si no lo arreglas ya no hay nada.

¿Cómo iba yo a arreglar eso, ir a las escuelas, pagar tanto dinero? Perdí mi trabajo. No se me dificultaba ya nada, era buen trabajador, podía ir a otro rancho con todo lo que había aprendido. Tenía mucha experiencia, en un ratito arreglaba todo: que eso tiene una llanta pinchada, que necesita aceite, que tráeme gasolina, diesel; y todo en inglés, ya estaba yo bien preparado,

desarrollaba bien mi trabajo en todos los aspectos. Fui a varios ranchos.

—Estoy buscando trabajo —les decía.

—¿Qué sabes hacer? —ellos siempre necesitaban gente.

—Sé hacer de todo —ya les explicaba cómo hacía para los tractores, las góndolas, las podadoras.

—¿Tienes papeles?

—Tengo todo.

Yo acompañé a muchos amigos y otras ocasiones cuando iba solo y veía cómo regresaban a tanta gente: unos no tenían papeles, otros no hablaban inglés, otros no manejaban esas máquinas, a todos los regresaban y a mí no, a mí sí me aceptaban en todos lados porque lo que yo aprendí era lo que más necesitaban. Donde más se atoraba la gente era cuando les hacían las pruebas de trabajo; yo iba sin papeles, con mi mica chueca y me quedaba a trabajar y a ellos los regresaban para su casa.

—Agarra ese tractor con la *espreyadora* —le decían a uno.

Había como unas doscientas llantas por un lado y como otras doscientas por el otro, haciendo un camino pero con muchas curvas.

—Váyase en reversa sin tocar ninguna llanta.

Es muy difícil, yo lo pasaba porque ya tenía mucha experiencia, pero la mayoría de los que buscaban trabajo ahí es donde se atoraban, no pasaban el examen. En este caso el conocimiento se basa en que le tiene que dar uno al revés; es como manejar un trailer con su cabina, para acomodar el cajón de atrás se le tiene que dar al revés. Yo lo hacía para un lado y para otro siguiendo el caminito con curvas y me salía, pero a los otros no. Fui en varias ocasiones con conocidos y hasta me burlaba de ellos:

—¡Qué cabrones tan discriminatorios, le dan trabajo a uno sin papeles y a ustedes que son nacidos aquí no les dan! ¿Por qué no los quieren, qué les ven?

Yo en el trabajo siempre metía *over time* y hubo semanas que llegué a ganar hasta ochocientos dólares. A los gringos cuando había mucha chamba les urgía que uno trabajara hasta por la noche y en domingos. A mí me acabó el vicio. Se me atravesaba una cantina y me quedaba sin dinero ni para la gasolina. Me sentía como muchacho de los de allá: con unos carrazos, un sonidazo, y todo eso costaba mucho dinero. Me quitó todo la policía por la falla ésa de la licencia. Ya no pude “encontrar la mía”, como se dice. Yo estaba muy quemado y había registros de todo con la policía; ya no pude trabajar a gusto y peor con la pena que tuve a mi hermano tres años en la cárcel allá en Estados Unidos. Después de todo este relajo me llevé otro más chico pero nunca quiso trabajar, tuve que pagar para que lo trajeran de regreso.

—Dame nada más para dos tanques de gasolina y que me ayude a manejar —eso fue lo que me cobró el amigo que lo trajo de regreso a México.

—Te doy para tus dos tanques pero no le sueltes el carro, él no sabe manejar.

Enseguida de este relajo vine a ver a mi padre y volví a ir a donde mismo y me llevé a dos muchachos de mi pueblo. En esa época se había puesto difícil para pasar, tuvimos que intentar por una ruta nueva para mí, le entramos en medio de Mexicali y Tecate. Uno de los que me llevé ya estaba grande y lloró el cabrón. Cuando llegamos a Tijuana agarré un taxi que nos llevara al hotel “Pepe” y nos pusimos a tomar muchas cervezas. Me salí solo y me fui al “Molino Rojo” y me traje tres viejas, una para cada uno; uno de ellos no quería porque decía que había dejado a su vieja en su pueblo y estaba recién casado. Despedimos a las viejas y nos visitó un *coyote* que según eso lo habían mandado por nosotros, eran como las diez de la noche cuando nos aventó de carnada.

—Ahorita es la mera hora —nos dijo.

Ya tenía su plan, sí lo habían mandado por nosotros los amigos que tenían la bodega en Los Ángeles, es que uno de los que

me llevé era su sobrino; sí venía a ayudarnos supuestamente, pero tenía para pasar como a otros quince y a nosotros nos aventó como carnada; a los otros los tenía en otro lado y no fue junto con nosotros. Nos dijo:

—Córranle hasta allá donde se ve peloncito, *ahorita*, córranle, brinquen la línea.

Yo hasta me ensarté en un alambre y me salió mucha sangre del brazo, otro se me abrió de la cabeza y no alcanzamos a correr yo creo que ni trescientos metros, cuando ya nos había salido una patrulla.

—Por aquí no se puede, muchachos, por aquí no se nos pela nadie —nos dijo uno de Migración.

Nos dijo muchas cosas más, ya ni le puse atención; me quitó mi identificación, era mexicano el *migrante*. Nos regresaron y hablamos con el pariente del que llevábamos, ése de los dueños de la bodega.

—Váyanse y busquen donde está Arrieta —nos dijo.

Nos quedamos a dormir en el mismo hotel “Pepe” nada más esa noche, al otro día nos pelamos a otro y la señora, la dueña nos preguntó:

—¿De veras, qué se les ofrece, quieren cuarto o están buscando a alguien?

Estamos buscando a Arrieta.

—Entonces métanse en ese cuarto.

En esa habitación había, sin hablar exageraciones, como veinte personas.

—Vámonos —les ordenó uno que llegó.

—Oiga —le dije—, a nosotros nos mandó fulano ¿qué debemos hacer?

—Aquí se van a ir *ahorita* doce ¿se quieren ir?

—Claro, a eso vinimos —le contesté.

—Bueno, pues entonces vayan a comprar algo para llevar porque vamos a caminar poquito, un poquito nada más.

Yo compré un garrafoncito de agua y unas galletitas. Nos subió en un camión que iba rumbo a Mexicali, allá se paró a medio cerro y ahí vamos a caminar toda la noche, todo otro día hasta la noche y llegando nos tuvimos que esperar hasta que amaneció; tres días en el cerro.

—*Ahorita* vienen —nos decía.

—*Ahorita* vienen, debemos de seguir escondidos.

Llegó una camionetita *Toyota*, para quince personas, sin *cámpers*, nos subieron a todos, nos acomodaron “terciados”: unos con los pies para allá y otros para acá, nos aventaron arriba una cobija y una llanta de refacción. Abajo, para amortiguar, nos echaron unas almohadas. Mi cabeza me decía que nos iban a agarrar. ¿A quién se le ocurría meter a tanta gente tapada con una cobijita? Pues claro, no caminamos nada cuando nos paró un señor.

—¿Qué es eso que llevas? —preguntaba. Luego sacó un radiecito y le habló a la *migra* el canijo.

—Aquí tengo algo para ustedes —les dijo.

Nosotros seguíamos ahí tapados sin movernos; llegó la *migra*, le dio el jalón a la cobija y todos acomodaditos. Los que hablaron para entregarnos decían como burlándose:

—Esta camioneta con una pintadita todavía sirve.

Llegó un camión grande que ya venía cargado como con la mitad de gente y nos aventaron apretados. Nos hicieron muchas preguntas, nos tomaron huellas, nos aventaron y nos fuimos a tratar con otro *coyote*. Este último nos salió bien *hocicón*; resulta que el muchacho que me llevé que ya estaba grande de edad iba bien tronado, se asustaba de todo y luego con las *zarandeadas* que ya nos habían puesto, le preguntó al *coyote*:

—¿En esa camioneta nos van a llevar?

Era un esqueleto de camión que estaba ahí tirado, sin llantas, el puro fierro retorcido.

—No —dijo el *coyote*—, ésa se la va a llevar tu puta madre.

No aguantó mi amigo y se puso a llorar como niño, estaba bien asustado. A mí me daban ganas de romperle una botella en la cabeza al *coyote*, de callar a mi amigo o salirme un rato y dejarlos ahí en el hotel. Me decidí por salirme porque traíamos mucha hambre; fui por unos tacos y también por un paquete de doce cervezas Tecate; ahí había nada más de éstas. Cuando llegué al hotel, aquéllos ya habían hablado con sus hermanos al pueblo para pedirles dinero.

—Bueno —les dije—, vamos echándonos las cervezas, comemos, y luego vamos por el dinero.

—Van a mandarlo a nombre tuyo —me dijeron—, tú traes identificación.

—Bueno —les dije—. Entonces al rato vamos a recogerlo.

Nos terminamos las cervezas, comimos a llenar, cerramos la puerta del hotel y fuimos por el dinero. Mandaron siete mil pesos.

—¿Para qué pidieron tanto? —les pregunté—. Eso es un dinerito.

—Son tres mil para mí —dijo uno—, tres mil para él y mil para ti, es que nos vamos a regresar.

—Se regresarán ustedes, yo voy a pasar. ¿Cómo van a tener vergüenza de regresarse?

Pues el amigo se puso a llorar otra vez.

—¿A nosotros para qué nos va a servir el dinero, cómo le vamos a hacer para regresarnos? —decía muy asustado el muchacho.

—No, ustedes vinieron conmigo y si se van a regresar yo los mando, no los voy a dejar solos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pues muy fácil —les expliqué—. Los voy a llevar al aeropuerto y los mando a Guadalajara, ustedes nada más me pagan el taxi de ida y vuelta y se llevan sus siete mil pesos.

—Ah, sí, sí —dijo el más apurado—, nos llevas al aeropuerto y te regresas.

Agarraron una cerveza cada uno, se salieron ahora sí con mucho valor y fueron a buscar un taxi. Le dijeron al taxista:

—Déjanoslo en ochenta pesos, ya vamos de regreso.

Es que les pedía cien. Al final trataron por el viaje nada más de ida y me dejaron dinero para yo tratar con otro el regreso. En el aeropuerto no hallaban ni adónde caminar para subirse al avión, ahí los esperé hasta que lo vi despegar, entonces agarré otro carro de sitio de regreso al hotel. Me tomé yo solo las cervezas, luego llegó el famoso Arrieta y me preguntó:

—¿Se van a aventar esta noche o qué?

—Me voy a aventar, los otros ya se regresaron al pueblo, ya han de ir llegando a Guadalajara. A ellos que Dios los acompañe —le dije—, pero yo sí me voy al otro lado.

—Así se habla.

—Así hablo, pero también te pregunto si me vas a mandar con un *coyote* igual de baboso al que nos enjaretaste como ése de la camionetita.

—No, no, ahora se van a ir por lo cortito, va a estar bien fácil, es que ahora van poquitos, son nada más ocho.

—¿Y ahora qué hay que llevar para el camino?

—Lo mismo que llevaste la otra vez.

¿Por lo cortito? No, nos llevaron exactamente por donde mismo, la misma caminata pero ahora comenzamos en el día, fue todo ese día, toda la noche y todo el día siguiente; bajamos como a las ocho de la noche de un cerrito y hasta donde se veían unas lucecitas y nos escondimos atrás de unas *pinches* piedras. Nos previno el *coyote*:

—Aquí va a llegar un carro, se va a parar ahí donde se ve plañito y va a pitar dos veces.

Yo pensé: “a mí no me van a *encajuelar*, yo me hago pendejo pero no me suben atrás; en la cajuela no”.

—¡Ahí viene! Listos, en cuanto pite corren y se brincan a la cajuela —nos ordenó.

Pitó el carro y yo salí corriendo como venado, llegué primero y eché el brinco adentro, me acosté abajo entre los asientos; cuál fue mi desgracia que no *encajuelaron* a nadie, todos nos fuimos en la caseta, pero me fue peor por ganarles la carrera, me echaron a todos encima. Arrancaron el carro, ocho canijos encimados y la mala suerte que yo hasta abajo; era un carro grande, un Montecarlo, pero íbamos apretadísimos. Donde yo iba el carro tenía un bordito, yo creo que era donde pasaba la flecha; el carro, bien pesado, iba pegando y a mí me iba quemando y comencé a echarles pleito a los que iban encima porque ellos iban bien tranquilos y yo que me cargaba el tren. Llegamos a donde nos tenían que desembarcar y todos echaron el brinco para abajo, ya no me aguanté y me puse majadero con ellos:

—Bájenme hijos de su puta madre, no siento nada una pierna, ustedes venían a gusto encima de mí pero yo ya no puedo moverme.

Me bajaron arrastrando, de verdad yo no podía moverme, bien molido, quemado y con una pierna que por el peso y sin movimiento ya no la sentía. Fueron como unos cuarenta y cinco minutos de martirio con todos encima de mí. Llegamos a San Diego y nos metieron a todos en un cuartito.

—¿Quién sabe hacer de cenar? —nos preguntó uno de los *coyotes*.

—Yo sé —le dije—, nada más espéreme que se me *desentulla* la pierna.

Me puse a dar caminaditas ahí de a como se podía, despacito hasta que la fui recuperando. Qué feo se siente. Ya me controlé y les hice de cenar a todos. Otro de los *coyotes* fue a traer cervezas.

—Regálame una —le pedí.

No querían darme porque pidieron una colecta para que comiéramos algo y según eso nadie traía dinero.

—Dale una —le decía otro *coyote*, seguro porque vio que les hice de cenar.

—¿No sabes que no nos dejan darles cervezas?

—Es nada más una —le decía yo—. Ando crudo, con las caminatas y con el *encimadero* de todos éstos.

—Ahí te va una, pero no va a haber más.

Me aventó una Budweiser y me la eché bien sabroso, me cayó como agua de mayo.

—Si me dan otra yo pago otro paquete de doce —les dije, y es que se me antojaba muchísimo.

—¿No dices que no traes dinero? No quisiste cooperar para hacerles de cenar.

—Sí, miren —les dije—, “para los coyotes, los perros”.

Les mostré cómo traía enrolladitos unos dólares en el cinto, saqué uno de a cien y me dieron otra cerveza, fueron a traer otro paquete y me dieron una más de ahí.

Al otro día comenzaron a llegar por uno y por otro y los iban entregando; al último me quedé con dos *oaxaquitas*, yo traía pleito cazado con éstos desde que se me encimaron en el carro; hablaban un dialecto bien cebo, yo les mentaba la madre porque me sentía morir, no me contestaban como Dios manda, se hablaban entre ellos diciéndome lo mismo seguramente, pero no les entendía.

Por comida no nos podíamos quejar, tenían un refrigerador a reventar de comida, no sabían hacer nada pero tenían alimento de sobra; yo les hacía a todos de comer, incluidos los *oaxaquitas* pero por nosotros no venía nadie. Un día en la tarde, serían como las seis, llegó una camioneta grande, bonita, negra, como de ingeniero, lujosa, de cuatro puertas; el que la traía nos habló por nuestro nombre a los *oaxaquitas* y a mí.

—Vámonos —dijo.

—¿En esta camioneta nos van a llevar a Los Ángeles? —yo le pregunté.

—Súbanse.

A mí me dio mucha desconfianza porque se me hacía mucho lujo para nosotros, me imaginé que nos iban a chingar porque no habían pagado por nosotros.

—¿No nos van a esconder? —pregunté—. ¿Nos van a llevar ahí sentados?

El miedo subió porque se metió a un sembradío donde lavan las cebollas y todo lo que son verduras. Estaban cargando un tráiler de éstos que son paletas, de los que llevan congelada la mercancía; subían unas cajas muy grandes, llegaban hasta arriba. Las subían con una máquina grande y yo alcanzaba a escuchar que le decían al chofer:

—Te tienes que llevar estos *pollos*.

—No, no quiero llevar eso —les decía él—. No quiero llevar compromisos.

Mientras que estaban alegando, que sí y luego que no, un muchacho subió una caja de esas grandota sin verduras, y nos metieron a los tres ahí parados; los otros seguían alegando y nosotros ya adentro. El que estaba subiendo las cajas nos cubrió bien, no se veía que íbamos ahí; se fue el de la camioneta, el chofer enojado, y yo escuchando la lengua de los *oaxaquitas*, bien apretados los tres. Estoy seguro que iban echándome pleito a mí pero ya ni para qué contestarles, ya era otro asunto, ahora habría que salir de ésta. Yo con mis pensamientos, aquellos dos con su *güiri-güiri* y arrancó el tráiler; se prendieron los congeladores y al ratito nada más nos oíamos los dientitos tronando. Adelante, se sintió que se fue parando, poco a poquito, oí algunas cosas en inglés y estos *oaxaquitas* comenzaron a hablar fuerte en su lengua.

—¡Cállense hijos de su puta madre! Nos paró la *migra*, estamos en San Clemente.

Sirvió el pleito, se quedaron *quietecitos*; alcancé a escuchar que le revisaron el papeleo y arrancó el tráiler. Adelante, en Monte Bello lo paró un carro que lo estaba esperando.

—Ábrele para bajarlos.

Cuando nos echaron para abajo nos gritaron:

—¡Súbanse corriendo al carro!

Los *oaxaquitas* no vieron el carro y corrieron para el otro lado.

—¡Párense cabrones, o les tumbo una pata! —les gritó el que nos fue a recoger en el carro—. ¡Les digo que se paren!

Entonces les aventó un balazo y se quedaron como momias; yo creo que corrieron por pendejos, no porque se les quisieran escapar.

Rápido nos subieron al carro y yo le pregunté al de la pistola:
—¿Dónde vas a entregar a éstos, que ya me traen bien hartos?

Los echó a ellos atrás y yo me fui con él, adelante, ya íbamos platicando bien a gusto, me dijo que los iba a entregar en quien sabe qué parte de Los Ángeles. Entonces le dije:

—Pero aquí estamos en Monte Bello y aquí es donde vengo yo, déjame a mí y vete a entregar a éstos.

No quiso, como que se sintió seguro de llevarme a mí porque probablemente les tuvo miedo a los dos juntos, y él quedarse solo después de que les aventó el balazo.

—Los entrego a ellos primero y luego te vuelvo a traer —me dijo.

—Pues entonces vámonos, yo te acompaño —le contesté.

Llegamos a un departamento a entregarlos y no tenían el dinero completo; nada más le ofrecían setecientos dólares y decían:

—No tenemos más..., no tenemos más.

Ahí nos dio la una de la mañana; al muchacho yo lo veía triste, como que les hacen algo si no llevan todo el dinero que deben recoger, como que era uno de los trabajadores de ellos, no era el jefe de los *coyotes*. Entonces le dije:

—No alegues con ellos, agarra los setecientos dólares, agarra un cabrón *oaxaquita*, súbelo y déjales el otro; nos llevamos uno.

Los que debían de pagar pensaron que yo era también *coyote* porque nos veían juntos, y yo diciéndole que subiéramos al otro.

—Tienes razón, nos llevamos a uno y cuando tengan el dinero que me hablen.

No caminamos nada cuando trajeron el dinero y hasta entonces es cuando pudimos regresar a Monte Bello.

—¿Quieres un refresco? —me dijo ése, el ayudante de los *coyotes*.

—Yo de lo que tengo ganas es de un cigarro.

Se paró en un Seven Eleven y me compró una soda y una caja de cigarros y nos fuimos a la casa donde me tenía que entregar. Le dije por cuáles calles tenía que irse, llegamos, despertamos a mi tía, le pagamos, le invitamos un café y se fue bien contento; quién sabe de qué lugar sería.

Donde se sufre más estando en el norte es en la pasada, esta vez estuvo muy feo, duramos muchos días y pasamos muchos trabajos. Otra ocasión que pasamos a San Diego nos tenían como a nueve personas, nos subieron a una camioneta *pick up Chevrolet* de esas largas, nos acomodaron como cerillitos: unos con la cabeza para allá y otros para acá, uno y uno; a mí me tocó en la orilla, cerraron la tapadera, le pusieron unas tablas así arriba con una base y luego le acomodaron vidrios. No daba a maliciar nada. Cuando nos bajaron yo les pregunté:

—¿Dónde está Óscar? Es uno que venía conmigo.

Bajaron todos pero faltaba mi amigo:

—¿Dónde está mi compañero cabrones? —empecé a hablarles fuerte, no sabe uno nunca qué puede pasar.

—Acá está tu compañero, no te preocupes —me dijo.

Bajaron un asiento y estaba acostado, completito, no se notaba nada. Ahí nos fue a recoger un hermano de Óscar que era mayordomo en Long Beach; ahí nos tuvieron nada más un fin de semana hasta que llegó aquél por nosotros en una camioneta grande, de las que nombran *van*. Ese amigo de Óscar me buscó para que yo lo trajera del pueblo porque ya había escuchado que yo había pasado muchas ocasiones. Su hermano es el que nos contrató dos *coyotitos* en Tijuana; él bajó por nosotros y luego se fue a esperarnos adentro. Recuerdo bien que hubo una inundación en Tijuana, había un *aguadal* por todas partes, había unos lugares bajitos y otros profundos. El *coyote* nos dijo:

—Por aquí nos vamos.

Mi amigo se iba a quitar las botas y le dije:

—No, no te quites nada, te cortas con un vidrio y es peor la cosa.

En un lugar el agua me llegó al cuello y cuando quise nadar me sentí bien pesado, es que la ropa mojada y todo lo que lleva uno; fue desesperante. Llegamos a una orilla y había perreras, entonces nos teníamos que ir despacito para atrás, caminando de ladito, despacito, luego nos subíamos a los árboles. Los *coyotes* nos decían:

—Ahora para delante.

Y ahí vamos para delante.

—Ahora para atrás.

Allá vamos para atrás. Los *migrantes* traían sus trajes amarillos, se veían de lejos, entonces les dábamos la vuelta. Estuvimos en total como cinco horas dentro del agua. Volvimos a salir como a eso de las cuatro de la mañana, no había ya mucha agua y no andaban los de migración; se fue un *coyote* adelante y lo agarraron, lo prendieron, vimos cuando lo subieron a una *van*, de ésas que se abren las puertas por atrás, lo estaban queriendo amarrar con las esposas y el canijo que le pone un *putazo* a uno y se les escapa. Corrió para atrás para donde estábamos nosotros, nos encontró y siguió de un hilo; yo traía una tos bien fuerte, seguramente por las mojadas y todo el ajeteo; pasaron cerca de con nosotros y yo me ponía la mano en la boca para que no se escuchara mi tos. Nos abrazamos de un árbol y ahí estaba una garza grande, muy grande; ahí estuvimos buen rato mi amigo, la garza y yo, sin movernos. El *migrante* siguió al *coyote* pero no lo alcanzó; nosotros ahí, volvió a pasar pero no nos vio; al rato regresó el *coyote* y nos jaló:

—Vénganse por acá.

Íbamos bien mojados y nos llevó a un lugar donde había muchísimos carros, todos chocados, un corralón; ahí nos quedamos

mucho rato metidos en una *van* y como a las siete de la mañana llegó uno:

—¿Cuántos me tienen?

—Nada más dos.

Entonces nos metió en la cajuela y nos llevó a San Diego.

—Ahorita les traigo hamburguesas —dijo el nuevo *coyote*.

Le dijo a una señora del hotel que nos lavara la ropa; nos la quitamos, la secaron y nos dejó todo bien, listo, como nuevo. Al siguiente día llegó como a las diez de la noche y nos echó otra vez a la cajuela y nos llevó hasta Los Ángeles. Cuando pasamos San Clemente no nos detuvieron y ya que cruzamos hizo el asiento para delante y nos dijo:

—Pásense para acá.

Así, sin detener el carro, nos pasamos muy confortables, fueron muy buenas aventuras. Yo siempre volvía al mismo pueblo, toda la gente me conocía y me quería, ahí cerca de Modesto. En esta última vuelta trabajé luego luego; llegando, fui a una mercería donde producen los arbolitos y me acomodé. La producción es abrir un surco y tirar huesos de durazno, los cubren y les acomodan un hule a todo el barbecho, los fumigan bien y cuando nace el arbolito macho lo van sacando y lo trasplantan, lo injertan con lo que quieras: naranja, manzana, pera. Ahí trabajé porque en esa época no había “jale” en otros lados; llegó la temporada de esa actividad y le entré. Luego hubo oportunidad en la nuez y la almendra; el dueño tenía mucha uva, era un viejito que contrataba solamente a mexicanos y a mí ya me conocía desde mucho tiempo atrás y sabía que yo desempeñaba bien todos los trabajos.

Es raro que los patrones se dejen ver, ellos utilizan un mayordomo bilingüe y son los que se encargan verdaderamente de todo. La mayoría de los que se salen de trabajar no es por otra cosa sino porque tienen miedo. A mí, cuando llegué y agarré mi trabajo, para pronto que compro mi carro, lo estrené pronto y un día me llegaron con el *argüende* de que se me estaba quemando. Yo lo

había comprado así nomás, sin mi seguro, sin mi licencia, pues me la habían quitado. No pude ir a trabajar unos días y me avisaron que sacara el carro de ahí y luego, yo borracho, llegué en un LTD de esos grandotes, bonitos, que eran un gran lujo en ese entonces; lo amarré, lo jalé y lo tiré en la carretera. Hicieron investigaciones y se me acabó el trabajo ahí por ese motivo, por emborracharme y envalentonarme.

Encontré acomodo en otro lugar: en un establo grande; entraba a las seis de la mañana y les daba biberón a unos becerros, se hacían unas filas grandes de animalitos y aventaba uno el biberón a una base que quedaba colgando, quedaba preparada la chichita y uno tenía que estar viendo a los animales, al que no mamaba le tenía uno que poner el biberón a mano. Ahí había muchos mexicanos mayordomos pero sabían hablar poco inglés; yo en la primera semana me sentí a toda madre; a la siguiente nos pusieron a lavar casas y andaban ahí los hijos de los dueños y a mí se me hizo fácil ponerme a platicar con ellos, trabajando y platicando; unos comenzaron a ponerme atención, yo trabajando como si nada, pero ellos observándome; bueno, el día de mi cheque me dijo un chavalito que trabajaba también con nosotros:

—Te van a correr.

—¿Correr por qué, qué hice?

—Es que te vieron platicando con los hijos de los dueños y de los mayordomos; les da coraje que ellos no hablan inglés y tienen miedo que les quites el jale.

—¿Así se las gastan?

—Vas a ver que sí.

Y sí, me mandaron el cheque con un trabajador; ése fue el motivo de que me corrieran, por haberme visto hablar en inglés.

—Pues qué bonito —le dije al chavalito—. Qué bonito que me corrieron porque hablo inglés, así me voy a poder parar el cuello. A otros no les dan trabajo porque no hablan inglés y a mí me corren por eso.

Me fui a la casa y le dije a mi padrino:

—Me sacaron.

—Cómo que te sacaron. ¿Por qué no hablas con tus hermanos?

Ya mis dos hermanos estaban trabajando en Las Vegas y me habían hablado varias veces por teléfono. Entonces le dije a mi padrino:

—¿Pero cómo les hablo? No sé su número.

—Pues aquí se graba, ellos ya han hablado —me explicó.

Entonces los busqué y hablé; la contestadora que tenían dio mi nombre; yo dije “ah, caray, pusieron el teléfono a mi nombre y yo tan quemado”. Les hablé:

—¿Tienen el teléfono a mi nombre?

—Sí.

—¿Cómo lo pusieron?

—Con tu número de seguro.

Me asustaron; yo con mi nombre tan quemado y con teléfono en Las Vegas. Entonces les pregunté:

—¿Y el departamento, la luz, el teléfono, todo está a mi nombre?

—Sí.

—Hijos de su chingada madre, ¿no saben el mal que me están haciendo?

—No, carnal, es que no te habíamos dicho, pero es que queríamos que te vinieras con nosotros.

Me dijeron, borrachos, los dos estaban bien borrachos, entonces le dije a mi padrino:

—¿Sabe qué? Le voy a calar ahora en Las Vegas, aquí me corrieron por hablar inglés.

Agarré el Greyhound ahí mismo en Modesto a las diez de la noche; a las siete de la mañana ya había llegado a Los Ángeles y de ahí me fui hasta Las Vegas; tenía temor de que me agarrara la *migración* pero llegué sin problemas hasta Las Vegas, ahí agarré un taxi con un negrito, le dije bien la dirección, aquéllos me deja-

ron la puerta abierta porque los dos estaban trabajando, me dejó el muchacho hasta la puerta de la casa, agarré mi maletita, abrí el refrigerador, vi cervezas y dije: “aquí es”. Ahí estuve hasta que llegaron; comenzaron a vacilar y uno hasta ya me había conseguido trabajo donde estaban haciendo un casino, pagaban a quince dólares la hora poniendo maderas y yo era el que iba cortando los tramos. Llegaba un gabacho y me decía:

—Diez tramos de tal medida.

Yo lo medía y clavaba unas tablitas y él pasaba y las pegaba de donde las cortaba, según las diferentes medidas. Entonces se vinieron a México mis hermanos porque trabajaban poniendo calentones en las casas y me iban a dejar solo porque se les estaba acabando su trabajo. Los fui a llevar al aeropuerto y ahí mismo empecé una buena borrachera; ganaba muy buen dinero pero agarré otra vez el vicio, por lo que había perdido ya tanto. Yo no me acordaba ya si tenía un lugar, si tenía trabajo ni nada. Fallé en varias cosas, me metí al departamento, estuve borracho unos días, se iba a llegar el cobro de la luz, de la renta y el teléfono que me dejaron aquellos cabrones como con ochocientos dólares de adeudo. Me sentí abandonado y con veinte dólares en la bolsa; entonces me metí a un casino, uno que se llamaba Texas. Yo llegué con la ilusión de ponerme bien pedo; le entré con jueguitos de a cinco centavos. Comencé a las nueve de la noche, me ganaba uno y yo le quitaba otro; así me la pasé como hasta las dos de la mañana.

—Tráigame una cervecita —le decía yo a la muchacha.

Ahí te sirven todo lo que tú quieras gratis hasta donde aguantas. En una de esas suertes que te tocan, puse tres diamantes en fila y me dio cuatrocientos dólares; la gente se paraba atrás y oía que decían: ¡Oh!

Sí, pero yo jugando de a cinco centavos, ojalá y hubiera sido de a dólar. El argüende era porque las máquinas hacen mucho ruido. Saqué el boletito, no te da dinero, te da un boletito que va

uno y lo cambia; guardé mi dinero, le puse veinte dólares y seguí esperando a que se hiciera temprano para irme a la casa, estaba retiradito.

Del trabajo me corrieron, no podía ser de otra forma; me pagaron, me dijeron adiós y yo ni pío les dije; todo fue por culpa de mi borrachera. Y así le seguí el día del casino; la casa estaba como a unas diez cuadras; cuando amaneció pasé por un Seven Eleven y compré un paquete de doce cervezas y me fui a encerrar. Me quedé pensando “¿y ahora qué es lo que voy a hacer?” Nada, que me fui a Los Ángeles con mi hermano el más chico, él se la pasó tres años en la cárcel porque lo agarraron vendiendo droga; yo me quedé todo ese tiempo esperando a que saliera, le mandaba sus veinte dólares para que comprara estampillas. Él no se ha regresado de allá, del norte; hace doce años que me lo llevé, no me escribe, no les manda dinero a mis papás, anda perdido el amigo. A todos nosotros nos metieron a la cárcel, a unos por una cosa, a otros por otra.

Cuando llegué a Los Ángeles ahí a Monte Bello, llegué con una hermana de mi mamá; había salido uno de ellos, de mis hermanos, el otro me dijo:

—Cabrón, tú y yo tenemos tanto tiempo sin ver a nuestros padres. ¿Te quieres ir? Yo te compro el boleto de avión y te doy doscientos dólares para tus gastos de allá.

Yo traía los cuatrocientos que me gané en las maquinitas y para el camión y todas esas cosas. Me compró mi boleto, me dio doscientos aparte y me vine a ver a los jefes. Traía lana; me dediqué ahora acá al alcoholismo, puro tomar y tomar hasta que me dejó mi esposa. Cuando yo estaba casado me fui como unas cuatro o cinco ocasiones, dejaba a mi esposa embarazada y me iba. Ahorita tengo cinco hijos: cuatro hombrecitos y una niña y tengo embarazada otra vez a mi esposa, pero ahora estoy en la sobriedad, ahora es diferente. Ahora no puedo ni ver el tequila, ni la cerveza, ni nada. Ese año me abandonó mi familia porque yo,

estando aquí, no los atendía en nada. Si hacemos una comparación de lo que sería peor, si las idas al norte, allá donde sufre uno tanto, o mi alcoholismo, fue mucho más fuerte el alcoholismo, no hay nada que se le compare. Aquí nadie me quería, allá tomaba y trabajaba, bueno, trabajaba hasta que me lo permitió el tequila, con eso ya no tenía ánimo de trabajar. Cuando me dejó mi señora, yo tenía ánimo de levantarme y demostrarle que sí podía, me iba a las molidas de rastrojo; había un señor que tenía como unas quinientas o a lo mejor hasta ochocientas toneladas; yo le pedí ayuda.

—¿Me puede dar trabajo?

—¿Y sí piensa aguantar?

—Claro, yo aguanto, no corro, en Estados Unidos yo trabajaba en lo que me pusieran y no corrí a nada.

Mi mamá me llenaba un envase de dos litros con leche y le vaciábamos una botellita de alcohol de ésas de vidrio y así me iba a trabajar. Llegaba yo de trabajar y le platicaba a mi mamá:

—¿Sabe qué? Mejor me quiero morir, ya me dejó mi mujer.

Yo le pedía mi alcohol y me lo preparaba; no se me veía remedio. Con mi esposa eran los puros pleitos, yo no le daba dinero, no trabajaba, hasta que en una ocasión me corrió.

—Vete mejor —me dijo—. No arrimas nada y todo el día borracho.

—Me voy, ¿y qué sigue?

—Pues sigue el divorcio.

Me mandó una abogada. Me decía la señora, que en paz descanse, porque ya se murió, chocó contra un camión y se mató:

—Usted no da sustento a su familia, no trabaja.

Me decía eso y quién sabe cuánto más pero yo ya me había metido en la cabeza de que les iba a pelear por mis hijos y, como decimos los rancheros, “yo soy más cabrón que bonito”, entonces me propuse darles la batalla a mi esposa y su abogada. Le hablé a mi hermano:

—Mándame seiscientos dólares, que me quieren meter a la cárcel, ya me echaron al gobierno encima.

—Yo te los mando mañana.

Tenía una cita como a las doce de la mañana y yo echaba mis vueltas al banco desde las once y no llegaba el dinero, pero antes de las doce ya me dijeron que podía contar con ellos, así es que fui, de donde agarré los dólares hasta el Bancomer que está en la plaza ahí en Tepatitlán y le dije a una de las que trabajan como cajera:

—Cámbieme todo esto por billetes chicos, nada más de a cien y cincuenta pesos.

Hice cola un buen rato, no creía que fuera a llegar a las doce, que era la cita, pero alcancé a hacer todo. Ya llegué y me dice la abogada:

—Sus problemas no se van a arreglar.

—Sí se pueden arreglar, yo a ella la quiero mucho.

—No se arreglan y menos ahora que está embarazada de nuevo; usted no le ayuda con nada, no trabaja.

—¿Que no trabajo? Eso le dice ella porque no está conmigo, no sabe que estoy trabajando.

—Usted no está trabajando —me decía peleando.

—Yo sí estoy trabajando y ganando dinero —yo queriéndome ver terco pero firme.

—Usted no trabaja.

Me insistía la señora muy maciza y yo tenía que ponérmelo al tú por tú; ya habíamos quedado que yo era *más cabrón que bonito*.

—Sí trabajo y gano dinero, y usted ahí sentada nada más está ganando dinero por decirme babosadas. ¿Cómo sabe que no trabajo y que no tengo dinero?

—Sin ofender, porque aquí hay leyes y se respetan —ella era muy firme y no se dejaba de nada.

—Por eso, por el respeto, yo le hago una comparación: usted gana dinero ahí sentada y yo gano dinero porque dirijo un rancho

en las noches y también me pagan; no es necesario que yo ande mugroso y lleno de mezcla para que pueda decir la gente que yo trabajo.

—Su esposa dice que usted no trabaja.

—Mire —le digo mostrándole el *paconón* de billetes—. Mire lo que traigo, no me lo robé, no vendo droga y tengo más en el banco.

Yo sentí que la dejé sin argumentos y pensé “ahora sí me les echo encima”. Le dije:

—Yo quiero irme a mi casa con mi esposa y con mis hijos; tengo mi vicio, pero mi mujer ya lo sabía desde que me conoció, nunca le oculté nada, yo trabajo y tengo dinero para mantenerla y también a mis hijos; necesito que me dejen comprobarles que puedo con todo el tercio, he podido antes y puedo ahora. No soy tan malo como me han pintado ¿Cómo ve si le doy tres meses de renta por adelantado? Usted me da recibo.

—¿Usted acepta señora? —le preguntó a mi esposa.

—Sí, acepto.

Me hizo el recibo y me llevé a la casa a mi esposa y me sentía bien a gusto, pero claro que traía la espinita clavada del alcoholito. Pronto se me acabó el dinero y fui a parar adonde mismo: a la borrachera y la perdición. Me dejó otra vez mi esposa.

—No tienes remedio.

Se fue a un ranchito de donde es ella, allá para la carretera. Volví a trabajar en eso de las molidas; buscaba a mi esposa y me echaba a la policía y yo iba a parar a la cárcel. Me quitaron un puestecito de tacos que le había comprado a ella para la manutención de los niños, ella lo trabajaba, yo se lo compré. Ya no me quería ella, se mantenía sola y yo no aceptaba mi realidad por mi alcoholismo.

Hacía muchos intentos, eso sí, iba a la casa de mi mamá, me bañaba, me cambiaba, pero cuando llegaba la noche compraba mi alcohol con una desesperación hija de la chingada de querer estar

con mi señora y me ponía a llorar yo solo y me acostaba en un carrito viejo que estaba ahí con mi mamá. No me gustaba dormir adentro porque estaban dos hermanos sin casarse, me sentía muy feo ahí de arrimado; corrido de mi casa por mi mujer y luego ir a ganarles el lugar a dos de mis hermanos los más chicos, no, eso no, mejor dormía en el carrito.

Todos me despreciaban, los de mi familia y los de fuera; me iba a Tepa, me ponía mis borracheras. Una vez perdí un teléfono celular por botellas de alcohol. Una ocasión vino una hermana que tengo, la corrió mi papá hace muchos años. Me dijo:

—Te voy a llevar al *Zapote*.³

—Sí, voy de acuerdo, llévame, nada más vamos a avisarle a mi mamá.

Yo quería mucho a mi hermana porque me daba mi alcoholito. Fuimos, hablamos con mi mamá, pero yo nunca creí que de verdad me iban a llevar; bueno, ya había dado mi mano a torcer, entonces vieron el momento como una ocasión que aprovecharon, que yo era muy hablador. Me dijeron:

—Fíjate que fulano de tal, que es un taxista, lo chocaron y no le quieren pagar, tú que eres bien listo y bien cabrón para esas cosas, vamos a que lo ayudes, que no lo vayan a hacer menso.

—Vamos, yo lo acompaño, que me echen a sus pinches abogados, yo mero, ya me conocen, *soy más cabrón que bonito*.

Ahí vamos con el famoso taxista al que le iba a ayudar; no, él era el que les estaba ayudando a mi mamá y a mi hermana, él salió *más cabrón que bonito que yo*. Me *enzapotaron* en Arandas. Íbamos llegando y yo todavía les iba diciendo:

—Nada, no les vas a pagar nada, me los dejas a mí, ellos te van a pagar, y que se traigan sus abogados.

3. Se le llama *Zapote* a los centros de readaptación para alcohólicos debido a que uno de los más antiguos se ubicaba en un poblado llamado así, “El Zapote”, dentro del área conurbada de la ciudad de Guadalajara. De forma coloquial se dice que una persona está “enzapotada” cuando se le recluye por un tiempo en un centro de estas características.

Él ya conocía el camino, llegó derechito y hasta dentro, tenía unas puertotas grandes y ya estando dentro en el carro tienen todo listo para agarrarte por si te pones pesado o si quieres pelear. Me encerraron en el hospital y cuando se me quitó la borrachera es cuando me di cuenta de que afuera no le hacía falta a nadie, más bien, yo perjudicaba.

Me alivié de mis males, no con ésa, no, porque estuve en otras ocasiones en Guadalajara y una más acá en Arandas, que es de la que más me acuerdo y estoy bien agradecido. De esta última encerrada, cuando salí vi a mis papás bien contentos, como que se te nota fácil cuando ya dejaste la enfermedad. Yo tenía todavía el dolor con mi esposa porque me había dicho que por lo imposible que fuera, si yo dejaba el alcohol, ella de todas maneras ya no me iba a perdonar. Traía eso bien metido en la cabeza, hasta había pensado: “me pongo a trabajar, consigo una novia y hago otra vida”. De verdad que ya traía esa otra mentalidad.

La última vez estuve dentro tres meses, pero en otras ocasiones llegué a estar cinco y hasta seis meses *enzapotado*.

Me puse a trabajar y esa misma primera noche fui y le toqué la ventana, bien tranquilo, tenía muchas ganas de ver a mi hijo recién nacido. Cuando me encerraron mi hijo no tenía seis meses cumplidos.

—¿Qué quieres? —me dijo.

—Ver a mi hijo.

—Pásate —me dijo. Pensaba que no me iba a dejar entrar.

Le entregué ciento cincuenta pesos que me había mandado mi hermano.

—Cómprale una andadera y después te ayudo con más.

Antes de irme a la casa, ya en la madrugada, no se aguantó las ganas y yo tampoco, y me fui muy contento. Pronto encontré trabajo, un maestro albañil necesitaba peón y ahí me apunté; comencé a juntar poquito dinero y a llevar a la casa. Ya me preocupaba

por andar bañadito, con el pelo bien cortado, con buenos zapatos, con mi carrito jalando. Una tarde me habló mi esposa:

—Están enfermos los niños.

Yo le llevaba medicinas, platicábamos y teníamos relaciones solamente cuando ella quería. En el *Zapote* me habían dicho que no le rogara porque cuando ella me dijera que no, entonces por desesperación iba yo a caer otra vez al vicio. Yo la verdad en esta última ocasión ya me sentía bien fuerte. Entonces, teníamos relaciones de forma regular.

—¿Qué vas a hacer de tu vida? —me preguntó en una visita que le hice.

—Lo de siempre.

—¿No piensas a futuro?

—Sí, voy a seguir trabajando y ahorrando.

—¿Pero no piensas en nada diferente?

—Sí, pienso buscarme una muchacha que me quiera así como soy, tú no me quisiste.

—¿Quieres decir que ya no vas a venir a ver a tus hijos?

—Eso es diferente. Claro, yo quiero siempre ver a mis hijos.

—¿Pero nunca vas a volver con tu mujer y tus hijos?

—Eso lo deseo de todo corazón, pero que tú quieras que yo regrese, no que quiera nada más yo venirme.

—Pues vente, ¿por qué no te vienes?

—¿Me invitas?

—Quiero que te vengas.

—Bueno, pero ahora las leyes las pongo yo, no quiero que tengas tu trapeador como lo tenías. ¿Te acuerdas que me golpeabas y me corrías? Yo nunca te he golpeado.

—Yo tenía miedo cuando estabas borracho.

—No todo fue mi culpa, tú me aventabas para la calle.

Le dije todo eso porque así fue, tuvimos muchos problemas por mis borracheras pero nunca la he golpeado y ella sí me trataba mal. Le expliqué todo eso para que lo pensara bien, porque

si volvíamos a intentar a hacer vida, pues tendría que ser ahora de otra manera; el principal obstáculo ya lo había quitado yo, ya había dejado el alcohol para nunca volver.

—Te voy a dar para comer por semana —le dejé bien claras las cosas—, pero cuando me salga yo sabré lo que haga, no me vas a preguntar nada, yo te voy a cumplir en todo pero vas a tener a un hombre, no tu payaso. ¿Cómo ves con lo que te digo, te conviene?

—Sí me conviene y sí acepto.

—¿Cómo se te hace si le calamamos entonces?

—Sí, vente, pero yo quiero una cantidad por semana y que no me falles.

—Si ya dejé el alcohol, que era lo difícil, ¿tú crees que le voy a fallar ahora a mis hijos?

—Pues vente.

Fui por una mochilita a la casa de mi mamá, me traje unas cositas, poquitas que tenía y me vine a dormir ya en mi casa, con mis hijos. Seguí trabajando de peón con el albañil y caminando ahora sí nada más para delante.

Hubo unas pequeñas desavenencias en mi trabajo pero se solucionaron; yo platicué con el patrón así de frente, con las cartas sobre la mesa porque echaron unas mentiritas para perjudicarme porque veían que el dueño de la finca me tenía buena voluntad y decían que yo andaba de lambiscón, de *lamehuevos*. Todo se inició porque yo pedí un aumento directamente con el dueño, no hablé con el albañil sino con el mero patrón; me aumentó lo que ganaba a la semana y eso fue toda la molestia con el otro; me tenía envidia de la mala.

Yo sembré mi barbechito para completar el pago de mis gastos; no me la creía ni siquiera mi esposa. Yo le decía:

—Para tal tiempo vamos a tener una camioneta bonita.

Se burló, no me creía nada, tantas veces había fallado, ésta sería otra de muchas. Yo recién salido del *Zapote* y ganando mil

cien pesos a la semana, ¿cómo iba a tener una camioneta bonita y tan pronto? Siempre me acordaba del norte: allá todos con sus buenas camionetas y yo sin nada.

—Nada más pasa este año y todo va a cambiar —le decía yo.

—Todos tienen camioneta y nosotros no.

—Pues vas a ver cómo vamos a comprar una bien bonita para nosotros.

Ella nunca ha dejado de ayudarme, empezando desde la siembra del barbechito y, cuando la milpa estaba ya grande, poco antes de la cosecha, me dijo uno de mis hermanos:

—Te doy la camioneta por lo que saques de tu siembra.

Una Chevrolet modelo 86 bien pintadita y bien bonita. Llegué con ella a la casa y le dije a mi esposa:

—¿Quieres ver lo que estoy estrenando?

—¿Qué es?

—Lo que te prometí: una camioneta bonita.

—No es cierto —me decía ella, no lo creía—. No me vengas con tus pinches mentiras.

—No, que sí es cierto, se la compré a mi hermano.

Lo único que me había detenido para agarrarle la camioneta era que mi tío me había prestado dinero para la siembra. Le dije a mi hermano:

—Para hacer el trato primero necesito pedirle permiso a mi tío.

Cuando hablé con él, me dijo:

—La siembra es muy tuya, véndesela a tu hermano.

—Pero usted me prestó para empezarla.

—Pues me los pagas el año que entra.

Así con esas ayudas no podía yo desperdiciar la ocasión de desarrollarme un poquito. Yo le di un carrito todo *jodido* que traía; iba, por decir algo: de ribete. Pasaba el tiempo y yo a vuelta y vuelta a mi casa y al trabajo con mi camioneta, y mi esposa me decía:

—¿Cuándo vas a regresar eso?

—Te digo que es mía.

Hasta que un día que me pagaron, recuerdo bien que fue un lunes. Le dije:

—Toma esta bolsita con los documentos, vas y pagas para ponerla a mi nombre.

Hasta entonces me la creyó, antes no. Y no paró ahí la historia: a la casa donde trabajaba de peón, iba un contador con una camioneta modelo 1991, bien tratada, bueno, era un lujazo, y en una ocasión platicando me dijo:

—No me gustan las camionetas estándar, a mí me cuadran las automáticas.

—Yo tengo una automática, buena. ¿No le interesaría?

—Pues tráetela un día para calarla.

—¿Qué le parece mañana?

—Mañana las traemos las dos y nos damos un agarrón a ver si tratamos.

Cuando trajo su vehículo, pensé: “me va a pedir unos veinte mil de ribete”; está muy buena su camioneta, bien bonita y bien tratada. Calamos la mía, le gustó, anduvimos mucho rato en ella. Le dije:

—Si me quedo con la suya, ¿como cuánto quisiera de ribete?

—Si me das cuatro mil.

—Sí, ahorita vengo con ellos.

—Pero no has calado tú la mía.

—No, así sin calarla. Ahorita vengo con el dinero.

Luego yo les presumía a los que estábamos trabajando juntos:

—Miren lo que compré y con la misma siembra.

Yo no tenía por qué explicarles lo del ribete de los otros cuatro mil. Y luego yo sentía que la cosa estaba ya de pleito, por eso con más ganas les presumía la camioneta, sabía que había envidia de la mala. Yo no estaba sosegado con los compañeros de trabajo pero no quería dejar mi chamba, entonces me dio por darle una limpieza al zacatal que había visto en la casa que estábamos

remodelando, es una de ésas de campo, grande, con una barda alrededor. Le gustó al patrón el trabajo y yo por ganarme otros centavos le pregunté:

—¿Cómo ve si vengo los sábados a darle una arregladita al zacate?

—Sí, vente, me gusta la idea.

Pero a mis compañeros ya no les agradó, metieron otro trabajador pariente del maestro albañil para hacerles cositas ahí donde tiene unas borreguitas, limpiándole y acomodando cositas; o sea para que me hiciera la competencia o algo así; ya las cosas no andaban como deberían de ser, yo estaba al cuidado de una grabadora que trajo el ingeniero que es el dueño y le metieron algo donde van los audífonos para que ya no tocara, como para echarme la culpa; yo la revisaba bien: “¿pues qué le harían y qué le harían?” Bueno, hasta los animalitos pagaron las culpas, se empezaron a perder varias gallinas, me las encontraba muertas, unas muertas y luego aparecían otras, puras muertas; me dedicaba nada más a juntarlas para irlas a tirar. Había dos gallinitas que quería mucho don Salvador, un vecino, ésas dos en especial, bonitas; voy llegando un lunes y muertas las gallinitas, y muerto también el gallo, pero no aparecían tiesas ni nada, era lo raro, como que se las chingaban en la noche; bueno, me fui a hacer mi trabajo, ahí las dejé y cuando terminé de hacer lo mío vine y agarré una gallina y me puse a pelarla y le encontré unas cosas de esas que les dicen “copitas”; las estaban matando con esos rifles.

Haciendo un recuento, por donde las encontraba muertas nada más había un lugar por donde les podían tirar; fui por don Marcos y le dije:

—Venga para que vea porque hay dos animales muertos. Las mataron con un rifle de copitas.

—Pues lo hicieron para echarme la culpa a mí, porque nada más por este lado podrían haberlo hecho.

Gente mala, querían hacerme culpable de cosas que no valían la pena y para hacer ver que o yo las hacía o yo permitía que las hicieran. No duró mucho el suplicio, al poco tiempo se le terminó a él su trabajo.

Ya no lo he vuelto a ver, pero que bueno que cada quien siga su vida por su lado. Él tiene el mismo defecto que yo tenía, agarraba la borrachera y quería recalar conmigo, cuando yo siempre lo había buscado para trabajar juntos, lo invitaba siempre para arreglar mi labor.

Gente mala hay donde quiera, posibilidades para desarrollarse también las hay aquí en México como en el norte. A mí me ha ido bien cuando he querido hacer bien las cosas, y me ha ido mal cuando no pude dominar mis problemas, pero fueron mis problemas, ahí no puedo echarle la culpa ni a la gente ni a la suerte; yo fui construyendo mis bienes y mis males, aquí estoy tranquilo en todo lo que hago. Y ya me gané de nuevo a mi familia, que es lo más feo que había hecho: ya la estaba perdiendo y completita. Yo le platiqué a mi patrón toda la historia, él es bueno, me dijo:

—Mientras no tomes y le echas ganas, aquí hay trabajo y puedes superarte, de ti depende.

Si algún día me lo quita, que me quede sin nada, me voy otra vez al norte a desarrollar mi inglés, el que hablo no es feo, es bueno mi inglés. Una ocasión que vino su esposa, me habló y le dijo:

—Mira, este muchacho había perdido hasta su familia pero le está echando muchas ganas y está recuperando todo; se ha ganado a pulso todo.

Me dio mucho gusto y me siento agradecido, aunque sé que si defraudo su confianza me despide y se consigue a otro. Yo no debo fallar, porque si me costó mucho trabajo dejar el alcohol, ¿para qué volverlo a agarrar? Me aventé veintidós años tomando. Yo a veces pienso que mi vida puede servir de algo, ¿y cómo no? Yo puedo ser ejemplo para muchos que creen no quitarse eso de

encima. Además de la voluntad que yo tuve, mucho me ayudó la fe, un santo me ayudó a hacerme el milagro.

Cuando estuve la última vez en el *Zapote* de Arandas, ya en los últimos días me dijeron:

—¿Cómo no nos haces el favor de traerte unas tortillas?

Lo hacen para probar a uno a ver si no quiere escaparse. Me dieron mucho dinero, no nada más el que se necesita para comprar tortillas; luego, si uno está preso en esas clínicas, ¿por qué mandan a un presidiario a traer tortillas? Me abrieron la puerta, me mandaron solo, no me siguieron, tardé el tiempo que quise en regresar, hay muchos carros de sitio: querían probarme, ésa es la única razón.

Cuando iba caminando, me encontré una estampita de ésas que dan en la iglesia, tenía la foto de un santo que decía “El Santo de los Imposibles”. La junté, me gustó, la metí con mucho cuidado de no arrugarla a mi cartera, fui por las tortillas, regresé; al poco tiempo me dieron de alta.

Cuando llego a mi pueblo y yo era el principal convencido de que no iba a volver a caer, me la creyeron casi todos en mi casa, y a los que no había convencido en esos días, sí pude poquito después. Estoy curado, pero no encuentro mi estampita y a veces no estoy seguro de si lo soñé o si fue cierto. Yo pienso que sí es cierto porque luego pregunté por “El Santo de los imposibles” y me han dicho que sí, que en un ranchito de Arandas se le venera, que tiene su altar y que lo sigue mucha gente. Yo no he ido pero voy a ir a agradecer mi milagro, pero parte tuve que ver yo mismo.

En lugares de éstos, en los *Zapotes*, dicen que tratan muy mal a la gente; la verdad a mí siempre me trataron bien; hay quienes dicen que a los borrachos no se les quita porque de ahí salen peor porque los tratan mal, que les pegan y muchas cosas; no, a mí nunca me fue mal, ahí te ayudan a que dejes tu enfermedad, lo que pasa es que muchos no quieren dejarla; a mí me costó mucho trabajo y tuve que conocer varios, no nada más el de Arandas, y

en ninguno me trataron mal, lo que pasa es que uno llega todo enfermo y cuando uno anda mal, todo lo que tienes a tu alrededor lo ves mal.

Hay algunos centros que no te permiten ver a nadie, como parte de la misma curación, ni sabe uno cuándo va a salir y muchos no saben siquiera en dónde están; llega uno bien perdido, ¿cómo vas a saber siquiera en qué pueblo estás? Yo supe que hubo gente que se les escapó de Sahuayo. ¿Y cómo le hacen para regresar-se hasta acá sin conocer y sin dinero? Yo me escapé una vez de Guadalajara y no batallé nada para llegar a mi pueblo, pero si me hubieran llevado a Sahuayo, mejor me hubiera aguantado ahí los cinco o seis meses que me hubieran tenido.

VI

Yo no dejo sola a mi hija

Yo me fui porque me casé, tenía diecisiete años. La boda fue un sábado y al siguiente miércoles me fui, pasé, como se dice “de todo”; llegué a Tijuana a un hotel que se llama “El Rey”. Ahí hay tantos hoteles y unos barrios que con sólo verlos te asustas; nosotros buscamos un hotel que no estuviera en un barrio *de a tiro* tan feo. En cuanto llegamos, yo la verdad, estaba muy asustada, sin conocer, todo era nuevo para mí, todo me daba vueltas, me sentía borracha. Para no hacerla larga, para el sábado siguiente me aventé. Nos dijo el *coyote*:

—De a uno por uno.

Éramos tres: el primo de mi esposo, su esposa y yo. La primera en animarse fui yo; me crucé con un papel de otra persona, yo no los reconocí porque era primera vez que iba a pasar. Yo no sé si era un pasaporte o qué, porque de Tijuana a Rosarito y a San Clemente y todo eso, dan unas que se llaman visas láser, son unas tarjetitas, pero sirven nada más para que cruces cierta área. No supe si era una visa láser o un pasaporte de éstos que dan en Tijuana; *mica* yo pienso que no, y la mera verdad con esos enredos quién sabe qué sería. Nada más buscaron que medio me pareciera en la foto, y por eso me afectó cuando quise arreglar bien mis papeles. Porque me deportaron por cinco años y no obedecí.

—De aquí para delante vas tú sola, no nos conocemos —me dijo el *coyote* ya cuando estábamos haciendo fila.

Yo me asusté mucho por todo lo que hablan en mi pueblo de las desdichas de *la pasada*, de los que se van y no regresan, de los que meten a la cárcel, de los que se vuelven drogadictos, viciosos, de los que pierden brazos *trampeando* el tren. Iba muy asustada. Lo avientan a uno como al matadero. El coyote nomás me dijo:

—Sígueme, pero si te agarran no digas que soy yo.

Ahí voy caminando por todas las oficinas. Luego aparecen los *emigrantes*; presenté el papel y ya donde vieron algo raro me agarraron y me llevaron. No supe qué decir y el *coyote* me había dicho:

—Sígueme con la vista y haz lo que yo haga.

Ahí me dejó, se regresó cuando vio que me *torcieron*. Ellos no sufren, al rato pasan con otro a ver si pega. Me tuvieron todo el día; es como un centro de detención pero es una sala donde hay muchas oficinas, muchos escritorios, es ahí donde te están tomando tus datos, toda tu información y sacan tus huellas, y es como vine quedando fichada. Si me *haigan* agarrado sin papeles, o sea, nada más yo cruzando, no tengo esta penalidad, pero porque agarré un papel que no era mío, pues me regresaron. El primo de mi esposo y su esposa sí pasaron.

Estuve casi un mes en Mexicali, y sentía muy feo sin mi marido; ya no estaba a gusto, él tenía papeles, él es ciudadano. Estuve veintiún días en Mexicali, yo me iba toda la semana con una tía y el sábado iba a Tijuana en un camión y mi esposo salía de Los Ángeles conmigo. Duré así tres semanas, hasta que me regresé a mi pueblo. No se podía hacer nada. Tratábamos de contratar un buen *coyote* y como ya me había pasado una vez, entonces buscábamos a alguien que fuera más experto, que tuviera más experiencia, ésa es la palabra. Y no lo convencía a mi esposo y no lo intentaba, nomás platicábamos con el *coyote* y eso y no le convencía y él se volvía a regresar a trabajar en la semana y yo agarraba un camión a Mexicali, me estaba con una tía, y así duré los veintiún días hasta

que ya mejor me quise regresar para acá. Hicimos muchos intentos. Mi marido les preguntaba a los coyotes:

—¿Cuánto cobras? —Y por eso nunca hubo problema, las cosas se complicaban cuando le decían cómo me querían pasar.

—Yo los paso en cajuela y llegan seguros y rápido —decían unos—. Yo con documentos falsos y es más fácil —nos decían otros.

No nos convencieron, y ya con la asustadita que me dieron, no nos animamos otra vez. Pero una vez ya de regreso en mi pueblo no estaba conforme sin mi marido.

—Vente con nosotros —me dijo mi hermano Manuel—. Anímate y nos vamos el lunes —me decía—. Viene fulanita de tal con nosotros, nos vamos juntos y así es más fácil.

Pues me hice el ánimo y ahí voy otra vez. Llegamos otra vez a Tijuana y agarramos *coyotes*, eran cinco. Van por guías, unos pasan de un modo y otros de otro, a nosotros nos tocó con éstos, no los conocíamos y traíamos el dinero para pagar allá. Nos dicen que no debe uno llevar dinero, que se les debe de pagar llegando hasta donde lo están esperando a uno, pero nosotros corrimos el riesgo.

—Que no sepan que traemos el dinero —decía mi hermano— porque hay gente muy mala que hasta nos tiran por quitarnos lo que traemos.

—¿Traen el dinero o nos van a dar el número para hablarles allá a quienes los van a recoger? —nos preguntaron.

—No, allá se les va a pagar, cuando nos recoja mi hermano —les dijo Manuel.

—Échenme pues el número de teléfono de la persona que va a responder por ustedes —dijo el *mero mero* de los *coyotes*.

Yo le dije a Manuel:

—¿Qué vamos a hacer *mijo*, qué les decimos? —porque si le dábamos el número de mi esposo y le hablaban a lo mejor él se asustaba. ¿Qué pasaría, cómo que no traen dinero?

—¿Sabes qué? —le dijo Manuel a uno de ellos, pero no al *mero mero*—. Nosotros traemos el dinero para pagar pero nada más que no queremos decir nada.

—Ah, no. Está bien muchacho, escóndetelo bien, métetelo en la punta de la bota, y no digas que lo traes —nos dijo, buena gente el muchacho, pero uno va bien desconfiado por todo lo que ha oído.

Y ya de ahí nos agarraron, nos pasaron a la primera revisión; así, a un alambre lo rompimos, fue de madrugada. Haz de cuenta que los *coyotes* son los que te pasan, y no, nunca, no nos agarró la Migración.

—Nos van siguiendo pegaditos, sin hacer ruido —nos ordenaron, pero así como si fuera plástica, ahí no sentí miedo.

Iban tres *coyotes*; entonces, en el alambrado, ya adentro nos estaban esperando otros cuantos.

—Ya llegamos, estamos aquí completos —les dijo uno de los que nos acompañaron.

Se ponen listos los otros y luego rápido empieza el *aventadero* al carro; lo tienes que hacer rápido, muy rápido, ya está uno en el paso, en ese lugar por donde tienen bien examinado por donde tendríamos que entrar. Llegamos como a las cinco de la mañana. A esa hora ya estaban pasando a trabajar y había vigilancia de la *emigración*, pero nos tocó mucha suerte, no nos agarraron. Caminamos como doce horas quien sabe por dónde y nos llevó hasta Los Ángeles.

—Bien acomodaditos —nos dijeron cuando nos metieron en la cajuela; íbamos seis: Manuel, la otra muchacha, yo y otros tres que cruzaron junto con nosotros.

—Es nada más un ratito, no se desesperen.

Nos aventamos casi dos horas, pero yo iba contenta porque sentía que ahora sí la habíamos hecho bien, ya estábamos adentro.

—A ustedes los vamos a llevar así nada más hasta San Diego, es que hay otros que los llevan a Los Ángeles y así sí está *cansón* —nos explicaban todo.

Siempre se alcanza a entumir uno, aunque sean menos de dos horas; seis personas en una cajuela, por paciente que sea uno, muele. Hicimos una pausa y le seguimos a Los Ángeles. Era un carro chico.

—Acomódense bien, así como plátanos —sí, yo pensé, el que va manejando fácil, pero uno.

Era un carrito de esos Honda; en una hora se te duermen las *patas* y todo. Los *coyotes* también se brincan, te dan un brinco y ya que te pasan de la primera línea te dan una pausa, descansan y luego vuelven a intentar la otra línea.

—Pasando San Diego van a ir más cómodos, le vamos a quitar el asiento de atrás y ya es otra cosa —nos consolaban.

Así fue, nos volvieron a *empalmar* y nos aventaron una lona del color del carro y en la otra revisión se veía como que era el asiento. Pero va pura gente como con una alfombra o una lona así acomodado. Ya en Los Ángeles agarramos un *raitero* a donde íbamos y nos llevó a Stockton. Los *raiteros* son carros particulares y ya saben, están ahí, esperando gente que pase. Es gente particular. Yo pasé un lunes y llegué con mi esposo hasta el martes. Nunca supe de una agarrada de la *migra* ni nada en esa vez. Ya después se burlaba mi esposo: “oye, tú te burlaste de la *migra* en vez de que la *migra* se burlara de ti”.

—Esta vez sí tuvimos suerte —le dije a mi marido.

Mi esposo estaba en Stockton, en la casa a la que iba a llegar mi hermano, pero nada más para esperarme, ya de allí me fui con él a Maywood, en Los Ángeles.

—Te voy a conseguir trabajo y hasta se te va a olvidar por las que has pasado —me consolaba mi esposo.

Trabajé en un hotel, primero, de limpieza, y enseguida en un McDonalds, ya en un restaurante. Dejé el hotel porque se me

hacía pesado los dos trabajos, porque llegué a estar en los dos lugares al mismo tiempo, medio turno y medio turno y ya nomás agarré el del McDonalds. Por eso lo dejé.

—Aquí es fácil, primero haces una aplicación —me decían los conocidos. “Aplicación” es cuando uno pide el trabajo.

Luego luego me hablaron. Fuimos a sacar unos seguros *chuecos* a Los Ángeles, si no no puedes trabajar. No sé cómo le hicieron para sacarlos, a mí nomás me llevaron. Me llevó mi esposo y un amigo que él sabía, y ya nomás.

—Vamos a estar aparte —me dijo mi esposo.

Y es que él trabajaba en una compañía de mantenimiento de apartamentos, son lugares grandísimos, están por todo el país de Estados Unidos. Lo que hacía era limpiar las albercas, los jacuzzi, y así, limpiar apartamentos de millonarios.

Yo estuve a gusto; a Maywood le dicen el “Santuario de Migrantes”; ahí no entraba la *migra*, pero llegó el día que ellos mismos violaron la ley, se metieron, y empezaron a perseguir a muchas personas de mi ciudad.

—Aquí es la mayoría gente latina —me decían mis vecinos—. Aquí no entra la *migra*.

Se arrimó más gente de la de nosotros porque hasta en la televisión decían que la Iglesia y el City Hall se unieron y estaban apoyándonos, porque había muchos retenes donde les quitaban los carros a los que no tenían licencia, nada más por eso. Uno, sin conocerse, se platicaba en las tiendas: “Hay retén en tal parte”.

Es que en las calles grandes se ponía el retén de la policía de caminos y estaban a quite y quite carros. Imagínate el que tenía su carrito para ir a trabajar, ya no lo podía sacar porque era como robarte. Así es como me platicaron que se unió la Iglesia con el City Hall y apoyaron mucho a los latinos, pero entonces ya como dos meses antes de venirme violaron todas las leyes, se metieron a la ciudad y estaban persiguiendo a mucha gente.

—Mejor nos regresamos —me dijo mi esposo.

Ya llevábamos un año y cuatro meses allí, a gusto, pero se puso delicada la situación en un abrir y cerrar de ojos. Aunque la verdad, la situación aquí en mi pueblito está más *canija*, allá era mejor vida. Es que allá es una vida bonita, es otro mundo, bien diferente pero claro que siempre es mucho más fácil para la persona que tiene sus papeles y que tiene todo allá.

Mi esposo se quedó en Estados Unidos y yo me regresé a Tijuana; estuve como seis meses en México y ahí voy de nuevo, pero ahora más difícil: esta vez, crucé el río. No me gusta irme sola y una tía de mi esposo se animó:

—Yo voy contigo.

Llegamos a Tijuana, nos pusimos a buscar *coyote*, y ya que lo encontramos, juntó más gente y quisimos hacer el intento por cruzar, de dar miedo, pero de verdad mucho miedo; nos subieron en una cosa inflable, en una lanchita, pero era de esas chiquitas, como de juguete. Lo hicimos en el día; íbamos tres mujeres, dos hombres y dos niños.

—Todos juntos —decía el *coyote*—. Al bajar, todos juntos.

Cuál juntos, ya que cruzamos nos agarró la *migra*, y el *coyote* corrió. Gentes malas, los de allá y los de acá; como estábamos mojados nos subieron en una *troca*, era una perrera, y como íbamos mojados, ponían mucho aire frío a propósito seguramente para que nos enfermáramos.

—¿No tiene asientos? —preguntaba la tía de mi marido.

—Nada, tía, el puro piso.

Gracias a Dios que el paseo fue como de diez minutos nada más. Estaba cerca el lugar donde los llevan. Un señor de los que nos tocó de compañía nos dijo:

—Es fácil, nos hacen unas preguntas y nos avientan a Tijuana en un ratito.

Así como la pintó fue, nada más un ratito. Después crucé otra vez y a la segunda ya pude entrar sin problemas, pero me tuve que esperar una semana. Fue igual: me crucé por el río, íbamos

los mismos pero en ésa sí cruzamos. Me comentó mi tía que en su primera ocasión que entró a Estados Unidos fue fácil:

—Nada más caminando ahí por la orilla de la playa en Tijuana, luego nos metieron por un lugar donde tenía uno que entrar pero por poquita agua. El que nos pasó era un *morrito* de doce años que es de los ayudantes del *coyote*, bien chiquillo pero bien listo, cuando vio que venían los de la *migra* de México nos dijo “si preguntan que qué estamos haciendo les dicen que nada más se están metiendo tantito al agua”.

A mí me daba mucho miedo el agua; no sabría decir qué es más fácil, que lo agarren a uno en la entrada con papeles falsos, que te metan a la cajuela con descansos de cada hora y media, o que te suban a una lanchita inflable con tantas personas. Le plati-qué a mi tía y ella me dijo:

—Cualquiera de éstas, mejor que pasar hora y media con el agua hasta el pescuezo.

Me comentó que fue lo único difícil, que una vez en el otro lado ni problemas tuvieron con el *coyote*, que porque tenía los mismos apellidos que ellos; entonces dijeron que él era su hermano y que el *morrito* era su sobrino. Por eso decía que le fue bien, que fue bien fácil, pero como nosotros pasamos por el río y nos agarraron una vez, ya no quería seguirle, no quería que le hiciéramos el otro intento.

—Vámonos regresando —me decía desconsolada.

Al otro día llegamos a una casa que no recuerdo cómo se llamaba el lugar, ahí dormíamos en colchones en el piso. Nos levantamos y de ahí nos fuimos a Santa Ana en una *troca*, descansamos, y luego hasta Sacramento en el mismo vehículo. Mi esposo se había cambiado porque en Maywood estaba más peligroso para nosotros; entonces, nos quedamos en Sacramento.

—¿Se puede parar a descansar? —le pedíamos al *coyote*, porque no sé si el miedo o de verdad el cansancio, pero íbamos todas desinfladas.

Ya instaladas, en Sacramento trabajé con una señora, era una doctora. Yo la cuidaba de noche, le daba su comida y la cuidaba porque ya estaba avanzada de edad, tenía como noventa y tantos años. Sí, nosotros la cuidábamos, habíamos cuatro personas, unas la cuidaban de día, otras de noche. Otras el fin de semana. Es gente que tiene mucho dinero. Una ocasión me dijo Manuel mi hermano en cuanto llegué, porque él se quedó en Sacramento desde que llegamos juntos:

—Tengo una amiga que me dice que puede conseguirte trabajo.

Pues para pronto me enrolé; platicamos con su amiga que conocía a la doctora, y mi hermano le dijo que yo había llegado y que no tenía papeles. Yo duré en ese trabajo como año y medio y después me fui a la pollera, a un negocio de pollos, no de las polleras ésas que pasan gente como a uno, ja, ja, ja. Era una compañía de pollos. Sacábamos la carne como en una banda, así venía muy larga, en unos conos sacábamos cada parte, como las alas, la pechuga, lo que quedaba, pues quedaba la mitad del pollo, así el puro hueso. Trabajé ahí casi tres años.

—Te vamos a conseguir un seguro —me dijo Manuel— porque ya sabes que sin ese papel no se puede trabajar.

Entonces conseguí un seguro *chueco*, como había trabajado antes, igual de falso al que tenía antes. En ese tiempo me entró la tristeza, ya no quería estar allá, nada más escondiéndose uno, con papeles falsos, ya no me gustaba, y luego yo decía “ah, mi mamá”, yo la extrañaba. Y luego como allá está muy difícil la migración y eso, casi no puede una salir: que los retenes, y si no tienes licencia ni nada, pues si un retén te agarra te cobra doscientos dólares, creo, cada que te agarra. Yo no manejaba, manejaba mi esposo, y él no tenía licencia y a cada rato había los retenes. Una ocasión me dijo mi esposo:

—Agarraron a mi papá porque no tiene papeles.

Su esposa, mi suegra, que se había venido con él, se tuvo que regresar. Ella se iba a quedar un tiempo más, pero a su esposo lo agarraron y se tuvo que regresar al pueblo.

—Yo me voy también —le dije a mi esposo.

Después de que mis suegros se regresaran, como a los dos meses nos regresamos nosotros, también mi esposo, pero como al año de que nos regresamos, él seguía con ganas de irse al norte. En ese tiempo salí embarazada y tuve a mi niña, la más pequeña, ya aquí en mi rancho, como se dice. Cuando la niña estaba bien chiquita, mi marido se fue otra vez, pero ahora a Atlanta, que porque allá hay mucho trabajo de construcción y dicen que es bien pagado, entonces mi esposo quiso calarle. Un vecino nos animó:

—Hay una *coyota* que es de aquí, váyanse con ella, con gente de uno, no con desconocidos que luego lo tiran a uno en el desierto.

Se fue mi marido y me encaminó con gente cercana a esa *coyota*. Como a los seis meses me aventé a irme allá, pero esta vez no fui a Tijuana, me fui a Nogales.

—Esta vez te toca irte en camión y cargando hija —me decían mis vecinas, y muy cierto porque salió muy diferente a las otras.

Agarré el camión y duré dos días de camino. Nos fuimos entonces mi hija y yo desde Guadalajara hasta Hermosillo. Ya en Hermosillo agarramos otro camión hasta Nogales y llegamos para otro día. Ahí nos hospedaron en un hotel y despertando hicimos el intento por pasar. Yo sentía que era diferente porque ahora desde aquí teníamos contratada la *coyota*. Nos avisó:

—Sí, vénganse, tenemos todo listo.

Llegamos y ya tenía alquilados cuartos en hoteles; luego iba pasando de a poquita gente porque ya estaba muy trabajoso. Con la confianza y todo, nos dijo:

—Siguen ustedes ¿eh?, siguen ustedes. Con quienes los voy a mandar son de confianza.

Eso nos decía, pero no, no eran de confianza, no salió cierto. Primero le intentamos por la línea, con una mica *chueca*; yo iba bien asustada por lo que ya me había pasado antes con lo de las huellas. Y esta vez tampoco pasé, me desanimé mucho y dije: “ya no, ya no le entro”.

—Anímate, son de confianza —me decía.

Yo me dije ya no arriesgo, porque a unas muchachas que eran de aquí estaban en un motel y el *coyote* se las llevó y haz de cuenta que se las llevó a un cuarto como ahí en el cerro. Y las encerró y ahí andaban como otros tres que querían navajear al señor; iba el señor y dos muchachas y haz de cuenta que se las llevaron y como que el señor ya estaba de acuerdo, él quería llevarse puras mujeres, eran dos de mi pueblo. Y mi esposo me había dicho que si no iba un señor cuando intentara cruzarme, ya no me iba. Y el señor que quería tres mujeres, tres mujeres solas, y yo dije: “ah, no”.

—Con tres mujeres solas es más fácil —nos quería convencer.

—No, no señor, ¿por qué solas? No, así no pasamos.

Yo pensé: “tres mujeres solas no pueden pelear con nadie si se necesita. Así no”. Le dije:

—¿Por qué hombres no?

Entonces se les pegó un señor. Ah, pues al señor lo querían matar.

—Yo voy con ellas —dijo, como dándose también él tranquilidad.

Al principio como que sí, ahí se los llevaron; subieron por una ladera a un cerro, los llevaron a un cuartito, que había nada más dos cuartos y en el otro había puro *cholo* y se oían cosas feas, horribles, y que abrieron la puerta y se metieron y querían amagar al señor. Y entre todas, una señora traía unas acrílicas así *grandotas* y se fueron contra el señor y lo arañaron y lo aventaron *pa'tras*; dicen que bajaban por el cerro así, rodando.

Llegaron las muchachas allí donde estábamos nosotros a tiem-
ble y tiem-ble, que a su esposo de la muchacha lo querían matar.

—Si vamos puras *viejas*, imagínate —platicaban—, a lo mejor hasta nos matan ahí, sabe Dios.

Porque ese lugar al que las llevaron era *pa'* acostarlas, era nomás como una trampa. Y bien peligroso que es. Yo me acuerdo y se me *enchina el cuero*; en una ocasión iban bien *mariguanos* los coyotes. Nos subieron a cinco una vez en un carro para aventarnos, para acercarnos a donde íbamos a caminar.

—Déle despacio —le decía yo, pero hablando bajito, iba bien asustada—, no le dé tan fuerte, nos vamos a matar.

No'mbre, le daba el viejo, ay Dios mío, como que él no tenía miedo de morirse y menos de matarnos. Iba bien drogado. Le dije a mi esposo:

—No, yo ya no vuelvo, *nomás* arriesgando la vida por ganar un cinco más, mejor me voy a quedar en mi país, aunque sigamos siendo más pobres.

Me dio mucha desesperanza lo que les pasó, y le hablé por teléfono a mi esposo, me quería convencer de que hiciera el intento, aunque fuera con otro *coyote*. Yo le decía que no; le decía:

—¿Para arriesgar aquí la vida uno, hasta que lo maten arriesgando?

—Hay que esperar —decía mi esposo.

—No, no, yo ya me voy. —Y me decía mi amiga:

—Es que allí está tu esposo, ¿cómo te vas a quedar acá, cómo van a estar toda la vida separados?

—No le hace, que él se quede allá, él puede ir y venir para atrás, tiene papeles. No, yo me voy a mi casa y él que se regrese. Así no ando arriesgando la vida.

Al final mi esposo sí me convenció, me dijo que fuera con otro *coyote*; entonces yo le dije a la Claudia que ya me iba a regresar a mi pueblo. Con ella se quedaron más gentes de “mi rancho”, esperando a ver a qué horas. Fui con ella, le dije que era mucho peligro y para mí era muy difícil andar corriendo y sostenerles el paso a los muchachos, y además se veían bien *cholillos*.

—Ay qué *coyona* eres, que ya te quieres ir —me decía la Claudia.

—No me importa que piensen que soy *coyona* —le dije, y hasta le dejé mi credencial. Yo le contestaba:

—No me importa que digan que soy *coyona*. Y lo que le quisieron hacer al señor, ¿por qué lo hicieron?

El que más me molestaba era el *Negro*, le decían así a un viejo feo, *maloso*, que se le veía la cara de *molcajete*. Le dije:

—A ver, el señor nos ordenaba que se fueran puras mujeres, que tres mujeres, que usted no quería a un hombre, no, que nada más tres mujeres, y bien fácil que, uh, en cinco minutos íbamos a pasar... —*No'mbre*, cuando vi yo toda esa cosa dije:

—Yo me regreso a mi casa —Claudia me contestaba:

—¡Qué *coyona*!

—¿Y que...? dime lo que quieras pero ya me voy.

—Que tu credencial se va a quedar

—Pues que se quede; y saco otra, no me importa —le digo.

—¿No quieres ir?

—Sí, ya fui dos veces, a conocer de menos. Sí, sí quería ir, pero ya no quiero —le digo.

Entonces me fui del hotel en el que estaba, para que pensarán que me había regresado al pueblo. Estuvimos en otro hotel dos días más. En ese lugar iban muchos *mariguanos*, la gente que anda así bien drogada se metía y ahí nosotras acostadas y se metían y hacían del baño. ¡Ay no, bien feo! O sea que ése era del tipo de los hoteles de los que estábamos nosotros y se tenía que dejar la puerta abierta, ellos no quieren que estén cerradas, o sea que no estén con llave, y llegaba la gente y cuando llegaban estábamos nada más con el Jesús en la boca. Ahí estábamos, había hombres y mujeres revueltos. Pero cuando sale uno del hotel es cuando se enfrenta uno a muchas cosas, porque hay unos que, ay no, porque las agarran a *huevo* de atrás; a mí no me tocó, pero yo vi que agarran a otras personas y a *huevo* se las llevan. Como yo traía a mi niña chiquita, a mí no, a mí me respetaban; yo de esa forma a

donde caminaba yo me llevaba a mi niña. Pero a la vez trabajoso porque no podía correr con ella. Y luego más complicado porque no tomaba biberón, yo le tenía que dar pecho y luego en esos días sin comer porque no se daba uno tiempo para eso, no comíamos, y por lo mismo que ella tampoco comía, se me enfermó. Inclusive, desde que salí de mi pueblo ella tenía como temperatura, tenía calentura. Me dijo una vecina:

—Espérate, ¿cómo te vas a llevar enferma a tu niña? Allá es muy trabajoso todo.

—Le llevo medicina y allá se le quita.

Pero fue peor por el cambio, allá es otra vida; en mi pueblo está frío, fue en el tiempo de las fiestas por allá por enero. Cuando me la llevé estaba nada más poquito enferma. Fue el 23 de enero, me acuerdo bien porque es el día que comienza el novenario de La Candelaria. Era un *friyasazo* y luego las *sacadas* del hotel, otra vez el *friyazo*, luego a lo *calientito* y así, con tantos cambios, se complicó la cosa. Pasamos caminando, yo pasé un *zanjón* ay Dios santo, más grande que el de mi pueblo, que ya es mucho decir, un santo *zanjón* que no pude bajarlo caminando, me aventé, iba rodando, iba con mi hija bien abrazada.

—Si nos morimos, nos vamos juntas.

Antes de ese *zanjón* había un alambrado, los *coyotes* le hicieron un hoyo y por ahí nos pasamos. Con las prisas, el miedo, la niña y todo junto, me quedé atorada del alambre, me atoré y una muchacha le decía a un muchacho que quiso ayudarme:

—Ahí déjala, ahí déjala —y no, el muchacho sí me ayudó, se regresó y me desatoró el pantalón.

Ya de ahí para delante era puro desierto; pues en la noche pasábamos, corriendo, al último, yo creo que nos aventamos corriendo como veinticinco minutos y nos agarraron. Nos tuvieron como una hora y media ahí, en unos cuartos, yo no sé qué tipo de oficinas serían, y luego ya de allí nos echaron para atrás otra vez. Nos sacaron huellas, fotos. Cuando estábamos dentro en la

oficina de Migración, estaba el *apiladero* adentro aunque ahí sí, estaban separados los hombres y las mujeres, pero de todos modos tratan a la gente bien feo. Cuando nos dijeron:

—Ya vamos a echarlos para allá, para afuera.

Nos subieron como puercos a unas camionetas, nos aventaron; así lo tratan a uno bien feo. No, yo corrí a subirme con todo y mi niña antes de que me aventaran. Bien feo el *encimadero*:

—Que ya no cabemos, que traigan otra *van* —decían—. Tráiganos otra *van*, ya no caben aquí.

—No, tienen qué caber —decían otros, malas personas, y cerraban la puerta como quedara uno ahí, como cigarro; así, así nos aventaban.

Ya en México, volvimos al hotel, le volvimos a *calar* y nos volvieron a agarrar, esa vez sí era en el día; dos veces nos agarraron, una en la noche y otra en el día. En la del día ya habíamos pasado al otro lado, ya había brincado el *zanjón* cuando una patrulla nos llegó adelante. Así *apenitas* y dije: “Yo no voy a subir otra vez ese *zanjonón*, mejor yo me quedo, que aquí me agarren” —yo hablando sola.

Y claro que me agarraron pero ya no nos encerraron, nos echaron ahí, así a la línea otra vez, porque como vieron que llevaba a la niña bien mala, ellos mismos vieron y me dijeron que la llevara al doctor y que me regresara, que ya no me volviera a pasar. Los policías de aquí *nomás* veían que nos arrimábamos y preguntaban:

—¿Adónde van, qué están haciendo ahí, qué buscan? A ver su identificación.

Nosotros no se las mostramos porque luego iban a sospechar que íbamos *pa'l* otro lado. Pero sí, todo el rato andaba la policía atrás de uno. No querían que nos arrimáramos ahí. Cuando nos regresaban *pos nomás* nos miraban que salíamos, y ya cuando íbamos al hotel porque ahí están bien *cerquitas* de la línea, no nos decían nada, *nomás* miraban que nos aventaban para fuera.

Y bien se la sospechaban que al rato íbamos otra vez para dentro. Pero de todos modos ellos son así, *sangrones*, porque no dejan a la gente que se arrime ahí. Y siempre están investigando.

Cuando los *coyotes* vieron que mi hija andaba bien mala, entonces lo que hicieron fue que a mi hija la pasó una señora que era amiga de la señora donde íbamos a llegar nosotros; se llama Silvia, también es de mi pueblo. Ella me la pasó porque vieron que ya estaba bien grave y para llevársela al doctor. Me la pasó con un acta de otro niño, o sea que la señora tenía una niña chiquita como de la edad de ella y me la pasó como si fuera su hija; dice que ni le preguntaron que ni le pidieron acta ni nada, que *nomás* como la vieron:

—¿Es su hija?

—Sí, es mi hija.

Primero se la llevaron a ella y yo me quedé acá sola, al otro lado. Después volví a pasar y ya esa tercera vez casi me pisó un carro de los mismos de Migración. Yo iba en *corretiza* porque me gritaron:

—¡Córrele!

Yo corrí y no me vieron. Las personas que iban atrás de mí me dijeron que casi me habían pisado y yo ni sentí, casi me atropelló uno de Migración, y no me vieron. Corrí y hasta tuve que esperar a los *coyotes* allá adelante. En esa ocasión sí pasamos. A los *coyotes* les vale madre lo que le pase a uno, y luego son bien tramposos, ellos corren adelante, y atrás dicen:

—¡Sígannos!

Ese día que pasaron primero a mi niña, le dije a mi esposo:

—Me dejan mangos.

No, yo les gané, yo le gané al *coyote*. Yo adelante y él dijo:

—Ay señora, ¿ya está acá?

—No, pues si no sí me dejan.

Es que ya nos habían dejado la vez que nos agarraron. Pues a ellos no los agarran, ellos se desbalagan y ya. Yo ese día dije:

pura chingada que me dejan. Nomás era pasar una carreterita y al otro lado ya había carros esperándonos; los mismos *coyotes* estaban esperando los carros y de ahí para llegar adonde yo iba, pues me aventé como dos días. Ellos nos pasaban y ya nos estaban esperando en un carro de éstos; en el carro nos llevaron con una señora a Phoenix. Íbamos escondidos así abajo del carro, o sea, de los asientos, íbamos tres personas. Mi esposo estaba en Atlanta; todavía sabe cuántas horas son de ahí. Ahí en Atlanta vivía gente de mi pueblo, muchísimos, hasta le decían “mi pueblo II”. Puros de “mi rancho”, eran los condados de Westbury y luego el Gwinnett. Mi esposo ya tenía seis meses allá, hasta que se acomodó y me dijo:

—Vente, está fácil.

—Pero mira que tengo a la niña.

—No importa, está fácil.

Pero es que él no *batalló* nada, como ya es ciudadano. Me dijo que a sus amigos los habían pasado fácil, como si anduvieran en la playa, y yo fui porque me imaginé que sí estaba fácil pero no, a mí sí me tocó sufrir con mi hija, más con ella porque se puso enferma, ya ni siquiera podía llorar. Me dijo el doctor que si hubiera durado más tiempo así, se me hubiera muerto. Tenía la sangre como carbonizada o no sé qué. Pero a ella como la pasaron, yo dije: “no, ahora sí tengo qué pasar, *chin marín*, yo tengo qué pasar porque mi hija allá está, ni modo que me la dejen, si me la roban”.

Fue esa misma noche del día que se la llevaron, cuando yo pasé. Cuando llegué ya me la habían llevado al doctor; habíamos pasado cuatro personas y el *coyote*. Ahí nos quedamos hasta otro día; la misma señora nos puso en avión hasta Atlanta. Ya de ahí me llevé a mi hija. Pero sí me aventé mi buena carrera porque en tres ocasiones me agarraron, sumándole aquella en la que me habían agarrado días antes en Nogales.

Esa ocasión duré mucho en Estados Unidos, unos diez años. Nos fuimos cuando ella tenía nueve meses y nos regresamos cuan-

do tenía diez años. Llegué adonde me estaba esperando mi esposo, ya nada más le llamaron y le preguntaron que si tenía el dinero todo estaba listo.

—Claro que sí, yo tengo el dinero listo.

—En tal tienda —era una sabe qué *for less*, le dijeron—. Allí en los *parqueaderos*, allí le llevamos a su esposa y nos entrega el dinero. Se los entregó y me fui con él. De recién que llegué, la niña me duró todavía mala como un mes. Yo entré a trabajar en tiendas por el turno de la noche, empezaba a las diez y salía a las siete de la mañana. Donde yo trabajaba, como toda la gente era americana nos trataban muy mal, como que de todo nos echaban culpa a nosotros, o sea porque nosotros no sabíamos hablar inglés, todo lo veían mal.

Yo limpiaba los baños y las casetas; como tres meses en la tienda; después me dediqué a cuidar niños en mi casa. Dije: “Ya no quiero saber nada”.

Porque sí lo humillan a uno bien feo en los trabajos y luego pues de todas maneras para todo nos pedían papeles; fue cuando vi muy necesario cambiarme a trabajar en mi casa. Cuando rentábamos casa, como quiera sí se podía, pero cuando íbamos al doctor nos preguntaban:

—¿Tienes papeles?

—No.

Y no nos atendían, y así pasaban muchas cosas porque lo hacían a uno menos. Nosotros nos aguantábamos con tal de estar allá con la familia; la gente se acostumbra a todo. Batallé mucho porque no aprendía inglés, eso fue lo que más me importó ya cuando tuve a mis hijos, porque iba al doctor, a llevar a los niños. Ahí sí me importó, traté de entenderme con ellos porque me desesperaba y me decían algo, que de este modo, de este otro, y no, me quedaba en blanco.

Mi hija se me cayó cuando tenía dos años, de una escalera, se cayó de lo alto y se pegó en la cabeza, no le salió sangre y en esa

parte de arriba se le hizo un coágulo que se le fue al cerebro, atrás, y en ese tiempo tenía dos años de edad ella, no tenía mucho tiempo en Estados Unidos, llevábamos un año y medio apenas. En ese tiempo yo batallé mucho, también mi esposo porque él todavía no había aprendido a hablar inglés. Nos llevaron al hospital:

—No tiene nada —nos decían, y entonces nosotros también pensábamos no, no le pasó nada. Pero yo la vi que estaba como convulsionándose, así, una cosa muy rara. Y dije:

—Vamos a llevarla, a que la chequen.

De ahí nos mandaron a otro hospital que estaba como a media hora de lejos. Y ni saber ni *pa'* dónde ir.

—Ay, no es aquí —le decía a mi esposo cuando llegábamos, no, no, y ahí andábamos a pura, como luego dicen, a acordarse uno de todos los santos y nada más llorando, pues qué más hace uno en esas cosas. Nos llamaron y nos dijeron:

—Necesita operación de emergencia, y si no la operamos se muere, y si la operamos también tiene riesgos de morir por la anestesia.

Como ella estaba chiquita y el golpe era en la pura cabeza, y los peligros de la anestesia, yo me desesperé mucho. Luego nos llamaron los doctores:

—Fírmele aquí.

Yo, asustada, no, no. Yo dije no, y me *aterqué* mucho al grado de no permitir que la operaran porque decían que era peligroso. Entonces los doctores entendieron que no tenían otra opción conmigo porque yo no quería firmar. Yo nomás decía que no y que no y acordaron entonces que se iban a esperar a otro día, o sea, todo ese día y la siguiente noche hasta las seis de la mañana; si no se le quitaba con los medicamentos fuertes que le pusieron, sí la iban a operar. Resulta que sí se le iba disminuyendo, estaba chiquito, chiquito, se veía que la sangre se le iba quitando.

Pero me decían una de rezos. Unos doctores me decían una cosa y luego otra. Y nosotros sin entender. Ay no, se vuelve uno

loco ahí. Yo pensaba: “Si estuviéramos allá no estaríamos en esas batallas”. Por el idioma más que nada, por eso. Yo le platico a la niña porque en ocasiones me dice:

—Ay mami, tú no me quieres.

—Si no te quisiera te hubiera dejado morir ahí, yo no quise que te operaran porque te morías.

En esos momentos no sabe uno nada, ni en qué pensar, nomás que yo me puse lista de que si firmaba era bajo mi responsabilidad y yo nada más sabía decir: “Ay no Dios mío”.

Dijo mi esposo:

—Hay que aprender, hay que aprender aunque sea en estas cosas de doctores.

Y ya así, cuando yo iba, que me decían “no, que su niño trae este problema y este otro”, yo le entendía; había ocasiones en que no sabía cómo decirles pero ya entendía, ya sabía lo que me decían y en esa parte me sentía más tranquila. Cuando no entendía le decía a mi cuñado, porque él es ciudadano y sabe muy bien el inglés.

—Mira, me dijeron esta palabra, esta otra.

—Ah, esto quiere decir esto y esto es lo otro, pero no es grave.

Cuando menos, ya les entendía, ya podía saber lo que decían. Porque ahí en ese rato de emergencia nunca supe a ciencia cierta qué es lo que me decían. Luego los doctores allá hacen mucho drama y de una cosita hacen una pilota. Ay no, como que la gente allá es bien delicada, bien exagerada. Aquí se está uno muriendo y no se hace tanto drama. Allá por cualquier cortadita, uh, hacen un drama, llaman a la ambulancia. Batallé mucho con lo del inglés. Después le di gracias a Dios. Me llevaba mi librito, cuando no sabía una palabra lo leía y decía: “significa esto”. Ya podía tener una respuesta.

Cuando tuve al niño nos resultaron problemas porque no nos querían dar el *medicare* para él porque sólo mi esposo tenía papeles. Al final siempre nos ayudaron; como hay una persona en

cada hospital que es trabajadora social y ella se encarga de ayudar a la gente que no tiene papeles, ella nos apoyó mucho, metió aplicación y todo y sí salimos beneficiados, porque si no hubiera sido así, no hubiera pagado nunca. De esa manera, solamente pagaba diez dólares si faltaba a alguna cita. Después me alivié, tuve a mi cría y me dieron los papeles de él sin ninguna complicación.

Me cobraron como unos quince mil dólares y eso que no fue operación ni nada. Pero sí, cada rato nos asustaban:

—¿Tiene papeles?

—No. Nada.

Cada que iba uno a cualquier asunto a recibir atención médica era lo mismo. Siempre le estaba diciendo a mi esposo:

—Ay, cómo hartan con sus dichosos papeles.

Para registrar al niño no hubo problemas. Más bien ha tenido problemas en México porque en la escuela me piden tantas cosas. Es que me piden la carta apostillada del Estado. Y quién me la va a sacar si no se la dan nomás a uno. Me piden otra acta de nacimiento, y yo bien tonta, nomás saqué una, dije “con una tenemos ¿para qué más?”, y cuando necesitaba, sacaba copias, la que traje es la original y me la piden que se las deje en la escuela; yo no se las dejo.

Mi esposo la podría sacar, porque por fuerza necesita ser la mamá o el papá y con su identificación, si no, no se la dan a nadie; es que hubo casos de muchos que pasaban con actas de los niños de otras familias, entonces ellos lo que quieren es que no las utilice la demás gente. Cualquiera persona puede ir a sacar una y así necesitan ser papá o mamá y con sus identificaciones, y no se la dan más que a uno. Me pongo a pensar: “uno nada más arriesgando y pagar tanto por ir hasta allá. Nos tenemos que esperar hasta que mi esposo venga y ya entonces que nos traiga otra acta del niño”.

Después de que tuve al niño, trabajé solamente cuidando niños; cuidaba los míos y cuidaba a otros. Los que cuidaba eran

puros hijos de hispanos, pues la niña de la señora que nos rentaba la casa, a ésa la cuidé; la señora es hispana, pero su esposo no. Esa niña *pos* sí, bien *chiquitita* y puro inglés me hablaba y yo nomás decía “ay” cuando me pedía algo. A veces la entendía y en veces no. Pero sí, la mayoría niños hijos de hispanos, de mis amigas, ninguno de mi pueblo; unas eran de Zacatecas, pero vecinas, pura gente hispana.

Sí me daban a cuidar niños así de *gabachos*, pero yo no quería arriesgarme porque son bien delicados, cualquier cosa luego te avientan la policía, pura demanda: “que un niño trae un rasguñón”, “¿por qué, por qué se lo hizo? ¿Cómo se lo hizo? ¿Y cómo fue?” Y todo puras demandas. Yo dije:

—No quiero pasar bilis aquí, puro pleito con ellos.

Y ya con la gente, la señora, mis amigas, yo les decía:

—Mira, se subió al sillón, se cayó y se pegó.

Ellas son como uno, nunca andan diciendo: “cómo que me llegó con un raspón, ¿no te fijaste qué le pasó? No, nada, también ellas sabían, ellas nunca andaban con que le hablaban a la policía.

Las gabachas no entienden, ellas quieren que los niños estén nomás ahí sentados, que no hagan nada, que nunca les pase nada. A lo mejor a algunas sí les va bien y nunca tienen problemas con el cuidado de los niños, porque les toca buena suerte y por eso les dicen a las que invitan que se vengan:

—Ay no, está bien fácil, vente.

Pero no a todas les pasa lo mismo. De lo que sí es una realidad, es que se le batalla y mucho por la falta de no entender el inglés; por lo de los papeles, hay muchas cosas que se pueden hacer. Una vez llevaba al niño a la escuela de mi casa, estaba *cerquitas*, era como cruzar una calle así, pero era una avenida que traficaban muchos carros, era un *trafical*, y yo los llevaba a la escuela, al kínder, todavía estaba chiquillo mi niño.

Una negra me aventó con todo y niño, nomás que yo no solté la carreola, y el niño lo agarré así bien, como lo llevaba adelante,

me agarré, me aventó fuerte y empujó al niño de dar miedo. El niño iba acostado y sus piecitos arriba, no los llevaba colgados y en eso llegó la *polecía*, luego la ambulancia y sabe cuánto. Ella tuvo la culpa porque ahí estaba él cuando se pone el mono *pa'* uno pasar, el semáforo ya estaba para que yo pasara y fue lo que hice pero la vieja le siguió, no se paró y nos atropelló. Pues ahí me la hicieron de que yo había tenido la culpa nada más porque yo no entendía; en ese tiempo ya entendía poquito inglés pero no mucho, como *pa'* defenderme no, y entonces a mí me echaban la culpa, a mí me dieron un ticket como si yo *haiga* sido la que me hubiera atravesado, me dieron un *ticket* que tenía que ir a Corte. Ay no, ese día yo me quería venir, dije:

—No, yo no, no voy, mejor me regreso y dejo todo.

Según eso todo fue la culpa mía. Me dijo una licenciada:

—No, es que ahí como tú no hablaste...

Pos yo qué hablaba, no me entendían de todas maneras, todo lo que yo decía era que ella había tenido la culpa, que se había pasado cuando estaba el monito que ya podía yo caminar y ella se debería de haber parado. Yo le dije al policía:

—Ella tuvo la culpa.

—Sí, yo sé, fírmele aquí —me dijo él; bueno, eso es lo que yo entendí. Bien cabrones, me dijeron:

—Firme aquí para que ya se vaya.

Y resulta que lo que firmé era que yo me echaba la culpa, que yo me había pasado caminando cuando no era mi tiempo. Finalmente me cobraron sesenta y cinco dólares porque según eso yo me pasé cuando no debía.

—Aquí nada más porque uno es hispano y porque no habla inglés es por lo que lo tratan a uno mal —les dije a manera de desquite; ya la había perdido.

Después yo no quería salir ni a la calle: me atropellan, me matan y van a decir que yo tuve la culpa. Entonces la señora que

me rentaba la casa, bien buena persona esa señora, es de acá de El Salvador, me dijo:

—Mira, si quieres no vuelvas a ir —porque me llegó otro citatorio a Corte—. Eso es para que tú pelees que no tuviste la culpa y todo eso, si quieres yo voy y lo pago y ahí se acaba todo. Voy y te pago el *ticket* y ya, tú te quedas en paz. Pero si quieres pelear, que es lo que te aconsejo porque tú no tuviste la culpa, vas y dices cómo fueron los hechos y luego se hacen las investigaciones.

—No, no, no, yo no quiero nada, no quiero nada de lo que tenga qué ver con policías porque son bien racistas —le dije—. Todo lo que es Atlanta, son bien racistas.

En una ocasión recuerdo que un muchacho de mi pueblo que vive en la misma zona donde nosotros vivíamos, al llegar a su apartamento se le hizo fácil orinar; *no'mbre*, la *polecía* se lo llevó y le dieron una *multonona*. Y yo veía cada rato que los negros y los *gabachos* hacían lo mismo y nunca les hacían nada. ¿Y por qué nomás a los hispanos sí?

Una de las cosas más tristes que veíamos, era que los *polecías* hispanos eran más racistas. Eran los peores. Gente de allá, de su mismo país sí, los defendían, pero los hispanos no. Peor ahí, en esa parte de Atlanta.

Mi hija fue a la escuela. No tuvo problemas. Hasta eso que ahí era diferente, a ella la querían mucho porque decían que era muy amigable, muy risueña, que diario andaba con la risa en la boca. Aunque tratándose de ayudas y cosas de ésas, casi no, no nos dieron nada porque no tenía papeles ella. Aunque de algún modo logramos que dieran desayunos y comida, eso no lo pagábamos en la escuela. Ahí sí estuvo bien a gusto, por eso no se quería venir.

Cuando quisimos sí hubo problemas porque me pedían su seguro. Yo fui y les dije:

—No, no tiene.

Como quiera, al final sí la aceptaron. Con el niño no hubo problema, nada más mostramos su acta de nacimiento y su número de seguro y listo, rápido que lo aceptaron.

Cuando había juntas, no mezclaban a los hispanos con los americanos. En ocasiones nos decían:

—Pónganse aquí los que son hijos de padres hispanos y acá los que son hijos de padres americanos.

Son racistas. Su maestra no; como que era la directora de ahí, la que se encarga de la escuela. La maestra de mi hija nunca les andaba diciendo “ay, tú eres de padres hispanos”, nunca. Nada más en lo que sí se fijaba era cuando llenábamos alguna aplicación de ahí mismo de la escuela; nos decía que pusiéramos si eran padres hispanos o no. Siempre teníamos que poner ese dato en cualquier tipo de documento. También preguntaban que cuál lengua hablaban más, que cuál era la que más usaban, que si español o inglés. Yo siempre ponía que a ella no le gustaba hablar en español. Es más, cuando llegamos a mi pueblo, casi no hablaba español; ahora muchas cosas ya las sabe. A ella lo que más le gustaba era el inglés. Por eso no se la creía; cuando le decía que nació aquí en México, ella lloraba, me reclamaba por qué no me fui para allá cuando estaba embarazada.

—¿Por qué no me esperaron?

—¿Por qué no te esperaste tú? —le digo yo.

Mi esposo trabajaba en la construcción. Él y yo vimos racismo, sobre todo en eso del trabajo, porque él se contrataba con puros americanos, aunque, la verdad, el que era su patrón no fue así. Me comentaba que veía que trataban mal a muchas personas; en todo lo que tiene que ver con la construcción, es muy delicado, siempre hay problemas y de todos; como él era el jefe de una cuadrilla, pues se los achacaban a él. Él decía:

—Bueno, me voy a aguantar, como quiera ya pasó esto.

Luego venía otro y otro, hasta que una vez dijo:

—No, ya me cansé, aquí hay mucha presión por tanto trabajo y tanta responsabilidad; mejor vámonos un tiempo y luego ya me regreso.

Él arregló su situación, creo que en la amnistía del 86, y luego, como las personas que ya tienen cinco años de que les hayan dado su residencia pueden aplicar para la ciudadanía, él aprovechó bien el tiempo y se metió a la escuela, hizo una aplicación y pasó la prueba, así es como se hizo ciudadano. Eso nos dio muchos ánimos porque vimos que buscándole sí se podía arreglar y bien fácil.

Lo que hicimos mal es que desobedecimos esa orden de cinco años que me mandaron *pa'* tras la primer vez que me agarraron, y eso es lo que me causó esta penalidad. Como allí queda uno todo fichado y a la hora que metimos la aplicación y que me volvieron a sacar todas mis huellas, ahí salió que había sido detenida varias veces y todo eso. Para pronto mi esposo metió aplicación para que me llegara mi residencia, pero a razón de que la primera vez que me agarraron hasta hoy día me está afectando. Él es ciudadano, mi hijo más chico ciudadano, pero a consecuencia de que me deportaron por cinco años y no debía de haber entrado y lo hice, eso me está afectando. Allá yo pasé todo el proceso, fui a mi cita, pasé todo el proceso para arreglar y a mí nunca me dijeron si había arreglado.

—Le va a llegar una carta a su casa cuando tiene que regresar ya por los documentos de la residencia —fue lo único que me dijeron, y yo bien confiada. Sí me llegó una en octubre, pero decía que me tenía que salir del país a más tardar el día 26 y que me debería de esperar hasta otra cita, pero en Ciudad Juárez. Mi esposo se quedó allá, es que uno necesita el dinero, la mera verdad; aquí en México la situación no está tan fácil y con la ilusión de que uno pueda mejorar.

Mi castigo es ése, que desobedecí la orden y ahora tengo que arreglar mi situación en Ciudad Juárez. Mi aplicación se veía fácil

porque hay una ley que se llama la 245, que es para las personas que entramos antes del año de 1999; con eso le dan a uno el derecho de estar ahí en Estados Unidos sin tener que salir. Pero como salió en la computadora que yo tenía ese problema de que me habían agarrado queriendo cruzar de mojada, la ley no me cubrió. En lo único que sí me ayudó fue que no me sacaran de mi casa; entonces, como mi esposo y mi hijo son ciudadanos, eso me sirvió por gracia de Dios para que no me sacaran de mi casa a un centro de detención y de ahí *pa'* fuera. Allá tienen buenas leyes.

Ahorita está de verdad difícil para todos los que no tenemos documentos, bien difícil; aparte de que le cierran a uno todas las puertas, hay mucha discriminación. Se puede ver a diario en las noticias o se sabe de otras personas por los amigos, conocidos y compañeros del trabajo. Una mujer que esté allá y con dos o tres de sus hijos, todos indocumentados, esas personas van a sufrir muchísimo.

Yo, gracias a Dios que tenía el apoyo de la ciudadanía de mi esposo y de mi hijo, no pasé lo que otras personas han sufrido. Pero cuando tienes uno o dos hijos indocumentados, hasta ellos están atemorizados en las escuelas porque ya se ha oído que la *migra* va hasta ahí. Yo de mi mente y de mis cinco sentidos no lo volvería a hacer, no volvería a irme sin papeles; cuando me animé era porque no tenía hijos y, cuando tuve la niña, estaba muy chiquita. Ahora que tengo más hijos no me animaría porque pasa uno problemas, sustos, nervios, de todo. Yo he oído de personas que hasta las violan y sabe qué tanto, es una cosa horrible.

Yo con mis hijos ya no me atrevería, definitivamente que no me atrevería. Mejor aquí me quedaría, pues, a seguir luchando. Yo tengo esperanzas porque me dicen que a lo mejor en tres meses puedo regresar, ya mandamos pedir el perdón y mandamos para una visa *B*, que es para reunir familias, en lo que me mandan, porque a mí me dice la *migrante* que no es que perdí la oportunidad de arreglar mi situación, si no voy a estar castigada, es

un castigo que me dieron. Ahora que mi esposo vino en Navidad, mandó el abogado papeles que hay que firmar y mandé fotos que le tomé a la niña ahora en la escuela porque me dijeron que todo eso nos va a servir. Son muy especiales, incluso quieren que les mande el ticket que pagué cuando me vine para demostrar que sí salí hasta Guadalajara y no inventé; para que no piensen que salí y que me quedé en Nogales y luego me regresé. Ya mandé el ticket del avión con el que me vine hasta acá.

Mis hijas están contentas aquí, pero extrañan todo. Incluso el niño, ahora que lo traje, está bien flaquito, bien descolorido y él nunca tuvo ganas, desde que oyó que teníamos que venir, nunca tuvo ganas. Pude haber pensado en dejarlos allá, pero ni loca. Hay muchas mamás que lo han hecho, pero yo no. Dicen que a veces así más rápido te dan los papeles; yo no, a costa de mis hijos, yo no. Es más, a mi hijo ya le arreglé papeles aquí hace poquito, fui con el cónsul a sacarle su pasaporte. Mucha gente me metía miedo.

—Por una desidia mía no va a perder mi cría sus papeles —les dije yo.

Yo no, me aventé en noviembre, me llevé todos mis papeles que me dijeron se iban a necesitar, sacamos la ficha, nos mentaron por nuestro nombre, pasamos y *nomás* me pidieron los papeles del niño, que su acta de nacimiento y luego ya me dijeron:

—*Okey* Gerardo, eres aceptado, ya nada más de entre cuatro a seis semanas te va a llegar tu visa. —Nunca me preguntaron: “¿Tú eres ilegal?” Nada, nada, nada.

Llegando a mi pueblo, a las cuatro semanas, poquito antes del mes le llegó su visa. Pero no, no me preguntaron nada, a veces es más lo que se asusta una. Lo que ahora sí me mete mucho miedo es de ir a *calar* sacar visa, porque yo ya estuve allá y tuve una *cría*. Otra de las cosas que me dicen es que a lo mejor cuando mi hijo tenga sus veintiún años ya va a poder meter aplicación para mí. A uno sí lo tuercen bien gacho por las faltas que cometió; en mi

caso, ya no puedo mentirles, para qué les digo que no había ido. A mi muchacho no lo tenían en las computadoras de aquí del consúl; si voy a *calarle* tengo que hablarles con la pinche verdad, yo ya fui, y fui como ilegal.

Pero bueno, ésa es mi forma de pensar, adonde yo camine van mis hijos, con papeles o sin papeles, al cabo de todos modos come la gente; que claro que estamos sintiendo la ausencia de mi esposo. Nunca me había separado tanto de él pero ni modo, qué podemos hacer. Aquí a echarle ganas, y de volverme a animar con *coyote*, por mis hijos, no. Para uno sí es bonito en cuestión de trabajo; si se queda uno en su casa pues no tienes nada; allá puede uno tener muchísimas comodidades, pero a veces te salen caras por lo que ha hecho cada quien.

Sí hemos pensado en irnos otra vez, pero yo ya no voy de ilegal, me la pienso qué tal que me pase con ella lo que yo miraba. Y mi esposo dice:

—Vénganse en marzo o en abril.

Pero yo digo que no, porque para una sola está bien difícil. Si fuera una con su esposo la cosa sería muy diferente. Antes no había tantas cosas como ahora; digo, ahora sí hay mucha maldad. Una pasa sus aventuras, pero como quiera llega uno allá.

VII

La historia de un anillo

Nos fuimos *juidos*.¹ Íbamos mi sobrino Arturo, otro amigo que ya murió, y yo. No llevábamos dinero para el pasaje hasta allá, nada más nos alcanzó para Culiacán; de ahí queríamos irnos *trampeando el tren*, y un señor que nos vio nos dijo:

—¿A dónde van?

—A Estados Unidos —le dijimos nosotros. Era el mes de junio, cuando hace mucho, pero mucho calor. Luego nos asustó porque nos dijo:

—Se pueden morir de insolación, les puede picar una víbora en el desierto o al cruzar la frontera.

Eso nos puso a pensar y ya lo que queríamos era juntar dinero ahí para regresarnos; nos habían dicho que en Guasave había trabajo en la pizca de algodón; en aquel tiempo todo eso lo hacían con gente, no con máquinas.

—Hay mucha víbora —nos dijo el señor—. Se han encontrado gente que va con los costales pizcando y se quedan muy atrás con el calor, y como trabajan por contrato, los compañeros ni se fijan, los van dejando atrás. Con el calorón van a *azotar*; se van a desmayar, les pica una víbora y se los andan hallando a los dos días o cuando ya apesta la gente. Les voy a dar un consejo: regrésense,

1. En rebeldía, sin el consentimiento de los padres.

agarren el tren en tal parte, ahí lo *trampean* y los lleva de regreso hasta Guadalajara.

Ya con esos pensamientos, lo que hicimos fue agarrar el camión pero sin sacar boleto; antes se subía uno y después venían pidiendo el boleto; nos tocó suerte hasta Mazatlán, ahí nos agarraron.

—¿De modo que son *trampas*, hijos de su chingada madre? —nos dijo bien enojado el inspector.

No era muy noche pero ya estaba oscuro, serían como las ocho.

—Párate —le dijo al chofer—, baja a estos *trampas* a chingar a su madre.

—No, por favor —le decíamos—, llévenos a Mazatlán, a un lugar donde no esté tan solo.

—Están asustados, seguramente no traen dinero; los llevamos hasta allá y los bajamos —dijo el chofer.

Se portó buena gente y no dejó que nos bajara el inspector. Estábamos bien asustados los tres, era pura sierra donde nos quería bajar. Se pararon a echarle aceite al camión y agua y todo eso que cambian, y nosotros ahí andábamos acarreando cositas: que un desarmador para apretar las bandas, que estaban flojas, que un botecito de agua; todo para *granjearlo* y así le seguimos hasta Mazatlán.

—Váyanse de vuelta atrás —nos dijo el chofer—, pero hasta mero atrás, donde no los vea el inspector, yo los llevo hasta Guadalajara.

Nos subimos, bajó y subió pasaje en Mazatlán, y antes de llegar a Ixtlán del Río, en Nayarit, estaba llueve y llueve, de esas lloviznas que duran noche y día, y bien oscuro, ya era en la madrugada, y ahí viene otra vez el inspector pidiendo los boletos, nos agachamos Arturo y yo, y cuando nos vio:

—¿Así que aquí vienen otra vez? —dijo bien enojado y le habló al chofer—: ¡Párate!, aquí sí los voy a bajar a los hijos de la chingada.

Nos bajó, nos aventó. Se veía nada más una barranca y nosotros bien asustados; faltarían unos cinco minutos para que el camión llegara al pueblo, no era mucho, entonces caminó el camión como unos veinte metros, luego se prendieron los foquitos del freno y oímos un chiflido.

—Vénganse —gritó el chofer—. Súbanse, los vamos a llevar hasta Guadalajara.

Convenció al inspector, le dio lástima; pero él era el mismo que nos había querido bajar antes, fue el que nos echó para abajo, todo el tiempo nos quería tirar. Nos llevó el chofer entonces hasta Guadalajara y de ahí agarré un camión ya nada más yo, Arturo se quedó ahí dormido en la central camionera con unos viejitos, me dijo que él no se regresaba.

—Ya no regreso, Luis, yo aquí me quedo —decía con tristeza pero al mismo tiempo con mucha seguridad.

Toño, el otro que andaba con nosotros y que ya murió, se había bajado en Tepic, él ya no nos había acompañado. Entonces yo me vine hasta Tepatitlán y ahí me encontré a Nacho Jaramillo y a Toño, el de la carnicería; andaban como cuatro o cinco amigos, eran como las cinco o seis de la mañana; ellos ya sabían que nos habíamos ido *juidos* Arturo mi sobrino y yo, y que me dicen:

—Luis, ¿ya oíste la canción ésa de que “ya llegó el que andaba ausente y ése no consiente nada?”

En ese tiempo se estaba estrenando; ellos me llevaron en taxi para Acatic. Luego supe que Arturo, cuando ya despertó, salió a caminar a lo menso. ¿Y de qué otro modo, si uno no conocía nada? Andando por las calles de Guadalajara y que en eso va viendo la *troca* de Lino de la Torre, la traía el difunto *Charro*,

entonces vio que *ganó*² por la calle de González Gallo y se fue siguiendo ese rumbo; dijo “horita la alcanzo”, siguió sin parar y salió a la carretera de México, se vino por la autopista y llegó hasta Zapotlanejo caminando como a las nueve de la noche, ya sin zapatos. Un hermano mío, Ramón, estaba chiquillo, fue a llevar un primo que vive en Etzatlán en el taxi de Chuy Barba y lo vieron ahí sentado en una banca en la plaza:

—Ése es el *Turis* —dijo mi hermano.

—No, no es —decía mi primo.

—Que sí es.

—No puede ser —dijo Luis, que se quedó en Guadalajara en la central camionera.

Yo ya había llegado a la casa y les platiqué todo, les dije que Arturo no se quiso regresar. Entonces, ahí en Zapotlanejo, se le acercaron y dicen que andaba bien loco; claro, teníamos muchos días sin comer, si hasta yo cuando llegué a Tepatlán veía el cine al revés, el restaurante de Los Gordos lo veía volteado, todo estaba diferente a como los había dejado, estaban ahora enfrente de como los conocí, andaba sonámbulo, y Arturo también. Fueron por él y se lo trajeron. Nos fuimos *juidos* porque a mí mi madrastra y a él su padrastro nos trataban mal; a Arturo lo golpeaban mucho, sentíamos que nos corrían. Mi papá estaba con mucho pendiente cuando nos fuimos y le dio mucho gusto cuando regresé, ya bien contento.

—Siquiera que volvieron —me dijo.

Para el siguiente año ya me fui hasta Estados Unidos y con el permiso de mi papá, hasta me dio dinero para pagar el *coyote* y todo. Nos fuimos el difunto *Viborito* y yo, llegamos a Tijuana, de Guadalajara hacíamos como cuarenta horas, horita anda en treinta y seis, pero antes eran casi cuarenta porque salíamos a las ocho de la noche, caminábamos toda esa noche, todo otro día, toda la

2. Significa “tomar una dirección”.

otra noche y otro día hasta las diez de la mañana, era el horario que más o menos duraba. Ya de ahí se iba uno a buscar un *coyote* en los hotelitos más corrientitos, en la mera calle de Coahuila; esa *boca de lobo* era famosa porque ahí estaban todos los prostíbulos de mala muerte. Llegábamos al hotel Guadalajara, que es el que nos habían recomendado. Luego luego te reconocían los *coyotes*.

—¿A dónde vas? —te preguntaban.

Les decía uno adónde y para pronto:

—Vámonos —decían, como si hubiera prisa.

Yo, como era mi primera vez, pues iba a lo que había oído de otros: que te vas para la Coahuila, que buscas el hotel Guadalajara, que ahí caen los *coyotes*. De la central tomamos un taxi y derechito al hotel que nos habían dicho; no lo hallábamos, a vuelta y vuelta, y estábamos como a cincuenta metros; estaban muy chiquitos los letreros, nosotros esperábamos ver un hotelote, así, grande y bonito; el taxi nos dio como diez vueltas por todos lados y así a la vuelta y vuelta, nos dejó por donde mismo.

—Miren, ahí está —nos dijo—. Son cinco dólares.

En esa ocasión, cuando pasamos nos agarraron, no caminamos casi nada, era en la noche, nos metieron al *bote* un día. El *coyote* corrió porque ya saben cómo es eso; nosotros íbamos muy *pollitos*, sin malicia.

—Córranle —dijeron, pero era más bien para protegerse ellos mismos de que no los agarraran.

Cuando prendieron los faros de la patrulla, *empezó el desparpajadero*, éramos muchos, nos agarraron a treinta y seis. Cuando contratamos al *coyote* nos sacó a la orilla de Tijuana, ahí tenían una casita de cartón y nos juntaban hasta que se hiciera la hora, y luego a brincar para el otro lado. Brincar es un decir, porque había un cable tirado en el suelo, ésa era la línea. Pues esa vez nos *fregaron*, nos agarraron como a las diez de la mañana; caminábamos poquito y luego nos quedábamos *agazapados* unos diez minutos, y a veces hasta media hora; íbamos a llegar a un establo

y según el *coyote* ahí nos estaba esperando un taxi. Lo más trabajoso era cuando teníamos que cruzar carretera, ahí el *coyote* nos agachaba y a veces nos metía a las alcantarillas, a lo mero feo, todas llenas de lodo, de vidrios, muy peligroso. Pues para llegar al establo y agarrar el taxi ya ni se pudo; yo creo que nos reportaron porque había muchas casitas de *gringos*, seguro vieron la bolita y le hablaron a la patrulla, el taxi nunca lo vimos, no alcanzamos a llegar. Para eso, ya se nos habían desaparecido como unos diez, se fueron para otro lugar con otro *coyote*, tenían carros en otro lado y nada más a nosotros nos tocó, a la bolita que íbamos. Nos metieron a la cárcel, nos investigaron, nos pedían nombres, nos tomaban huellas y si era de día, te aguantaban toda la mañana y en la tardecita “vas para fuera”. Si caías en la noche, ahí dormías. Te subían a unas camionetas de esas *vans*, como perreras, bien llenas de raza, te aventaban para abajo como el ganado, ya caías en tierra mexicana.

—Bienvenidos a su tierra —nos dijo uno que era como aduanal o de la Migración mexicana, todo *entacuchado*.

Ahí vamos de nuevo al hotel Guadalajara. Recuerdo que en un mercado muy grande vendían pescuezos de pollo muy sabrosos; como a cincuenta centavos de dólar te daban el *pescuezal* que quisieras; nosotros con hambre, y tan barato, nos *atrancábamos* comiendo. Las mujeres, al puro verlo a uno ya sabían que éramos clientes, todos mugrosos y como “perro en rancho ajeno”, bien asustados volteando a todas partes. Y llegaban muchos como nosotros: llenos de lodo, mugrosos, asustados y con dinero nada más para pescuezos de pollo.

—Pásenle paisanos —decían a todos, aunque ni los voltearan a ver; ellos hacían negocio, pero daba mucha tristeza ver ahí a toda la raza como si hubiéramos hecho algo malo.

Al otro día nos volvimos a meter y esa vez nos aventaron en el tren, era uno carguero, iba todo destapado, llevaba muchas vigas de fierro. Cruzamos en la noche, estaba parado, había muchas

vías y muchos trenes, pero los *coyotes* ya sabían cuál era el que salía y nos fuimos como a las cuatro de la mañana, que es cuando empezó a caminar.

—Agachados, sin levantarse —nos ordenaban los *coyotes*.

Llegamos a Santa Ana como a las once de la mañana; había muchas huertas de naranja, ahí se fue deteniendo el tren y echamos el brinco y corrimos a escondernos entre los arbolitos y ahí nos estaban esperando otros. Nos cobraron doscientos dólares a cada uno, fue en 1971, yo tenía dieciocho años y ésa fue la primera vez que entré, las otras me había ido mal; estuve como un mes sin ganar dinero en Anaheim, cerca de *Disneylandia*; luego llegó Rafael y me llevó a trabajar a un restaurante, estaba viviendo con pura gente de Acatic: el *viejo* Miranda, el *Pénjamo*, el *Cucharas*, el difunto Abel de la Torre, bueno, ahí había vivido el Abelito pero cuando yo llegué ya lo había agarrado *la emigración*; ese mismo año fue cuando lo mataron, yo me acuerdo porque me regresé en diciembre y a él lo mataron en las fiestas de La Candelaria, fue como a finales de enero.

—A los que no tengan trabajo, les vamos a traer comida los que estamos en restaurantes —decía Rafael.

Ya con eso estábamos sin muchas presiones. Hasta había un negrito que vivía muy contento con nosotros porque decía que le gustaban mucho los frijoles, decía que le caían bien los mexicanos. La comida que nos traían era la que sobraba y que normalmente la echaban a la basura, pero como nos tenían de invitados, nos llevaban mucho de comer y nunca estuvimos con hambre; era buena comida, a nosotros tarde se nos hacía que llegaran, ellos apartaban lo mejor, no nos llevaban cualquier cosa, venían con pedazos de pan, de carne, de todo y eso era lo que más comíamos. El departamento tenía dos recámaras chiquitas, y como éramos muchos, pues dormíamos el tiradero en la alfombra de la salita, casi encimados; luego el *viejo* Miranda ponía música cuando estaba empezando Vicente Fernández.

—Quita tu pinche música porque nos van a agarrar —le decían los compañeros.

Toda la noche quería echar música y hasta era el mismo disco, pero pronto, cuando sentíamos que llegaba la patrulla, a apagar todo: la música, la luz y a quedarnos quietecitos porque éramos puros indocumentados, nos podrían cargar, no había ni uno solo con papeles y varios estaban sin trabajar. Yo me cambié a Costa Mesa con un amigo de mis medios hermanos; él nos ha visto muy bien toda la vida, como si fuéramos parientes, así es que me consiguió chamba y me *convidió* a vivir en su casa; vivíamos ahí él, su esposa, que era francesa, la mamá y un tío de ella que también eran *mojados*, franceses pero *mojados* como yo; en una ocasión me mandó mi amigo por unas cervezas y yo, como no sabía, agarré un paquete de seis y cuando iba a pagar me pidieron la identificación y yo no les entendía y entonces me mostraron una licencia y me decían seguramente (porque yo no entendía) que si no traía una como ésa que no me vendían; yo aventé las cervezas asustado, pensé: “me van a deportar”, entonces me *horqueté* en la bicicleta y me regresé en *chinguiza*; le dije a mi amigo que me habían pedido mis papeles en la tienda y que me les había pelado.

—Ja, ja, ja —se reía él—. Te vieron menor de edad y te pedían identificación.

Pero escuchó todo la señora y ya no me quiso ahí, decía que por seguirme podría ir la policía y como sus parientes también eran *mojados*, que se los iban a llevar también. Para que no tuvieran problemas me tuve que ir. Trabajé como dos meses, dos meses y medio cuando mucho; mi amigo era el cocinero, sabía hacer pizzas y muchas cosas; trabajamos muy a gusto en ese restaurante, muchas horas: desde las doce del día hasta la una o dos de la mañana, como doce o trece horas diarias. Yo me regresé porque ya no hallé para donde irme, eran los tiempos de invierno que son muy duros y muchos de los amigos ya se habían regresado. Me habían asustado, que no había trabajo y que no me iba a

poder mantener, que me iba a quedar solo; llovía mucho y yo sin conocer nada; no hubo quién me dijera que me fuera rumbo al norte, para Sacramento, a los ranchos adonde yo sabía trabajar y se me hubiera hecho fácil; pero sin información, pues ahí vengo de regreso. Al siguiente año:

—Vente con nosotros —me dijo Enrique Baeza—. Vente con nosotros, somos muchos de Acatic; van Enrique López, Pedro López, *Fito*, otro hermano de Pedro y muchos más.

Pues nos vamos —le dije—. Nos pusimos de acuerdo y ese año nos andábamos muriendo de sed. Nos fuimos en julio, otra vez a Tijuana, a la calle Coahuila y al hotel Guadalajara; al otro día contratamos al *coyote* y nos dijo que nos iba a llevar en *la burra*, así le dicen al camión. Llevaba muchos, fácil éramos sesenta pero todo por tierra, porque hay algunos *coyotes* que los meten al mar y es muy peligroso; yo todo el tiempo me fui por el cerro; allá no hay río, pasan el río los que se van por Laredo o por Ciudad Juárez, te metes al río a fuerzas, por eso los nombran mojados y a la gente que viene por acá nos dicen alambres porque hay alambrado.

—Se va a caminar mucho, eso ténganlo por seguro —nos advirtieron los *coyotes*.

Esa ocasión caminamos toda la noche, y como a las cinco de la mañana nos quedamos dormidos toda la flota, toda la raza se quedó bien jetona; íbamos muy cansados, no podíamos caminar y no llegaban los carros que según eso nos iban a levantar, cuando de un de repente:

—Agáchense, no corran —dijo alguno, quién sabe si *coyote* o compañero—. No vayan a correr.

No alcanzó a decir otra vez, cuando se oyó ruido y era la *migra*: empezó el corredero, se oían como los pájaros, todos para cualquier lado; nosotros los de Acatic íbamos juntos, nunca nos despartamos, y uno que venía en el grupo, seguramente porque nos vio muy unidos, se nos pegó, le decíamos el *Nayarit*, así le pusimos porque era de ahí; en la tropelía se nos *acuataron* otros

dos. La policía hizo agarradero y nosotros nos alcanzamos a escapar, corrimos sin rumbo pero juntos; corrimos mucho después de haber caminado toda la noche y ahora ya sin *coyote*, a como Dios nos dio a entender, sin saber para dónde, el miedo pudo más que otra cosa y entonces nos desviamos y fue peor la cosa.

—¿Para dónde le daremos? —iban preguntando algunos.

—Pues para donde no nos agarren.

Nos escondimos, y cuando amaneció bien, iniciamos el camino todo el día, todo el día y muy lejos, no había casas ni agua; comenzamos a deshidratarnos, el *Balo*, que estaba muy gordo, fue el primero que empezó a no querer caminar, así es que nos detuvimos en un lugar donde había unos arbolitos y unas jaras, no daban nada de sombra, pero ahí nos quedamos mucho tiempo; hasta que llegó la noche volvimos a caminar. El *Balo* estaba desesperado; como se veía bonito así con las jaritas y había arena, escarbaba y escarbaba con las manos a ver si salía agua; ya no quería caminar; el jaral olía fresco, sí podría haber agua. Levantamos al *Balo* y ahí lo traíamos.

—Déjenme —decía el pobrecito—, ya no puedo caminar.

Se veía bien amarillo, y como quiera, ya en la noche, con la fresca, volvió a caminar, cuando a lo lejos vi ganado, de ese *angus* negro, un manadón de vacas. Me dio mucho gusto y le dije al *Balo*: “aquí va a haber agua a fuerzas”; comenzaron a ladrar los perros y se veían casas ya cerca, a una milla cuando mucho se veían las lucecitas. Estaban unos sauces enormes y una atarjea grande, bien bonita; estaban como unos cincuenta galones de éstos de leche ahí regados, botellas, botes, de los mismos que nos daban los *coyotes*; seguro ahí cargaban agua y seguían. Ya de ahí no nos movimos, amanecimos bien a gusto, nos quedamos dormidos como hasta las diez de la mañana y no nos movimos para nada de miedo a que de repente fuéramos a fracasar. El *Nayarit* se fue solo, llenó un galón.

—Ahí nos vemos —fue todo lo que nos dijo.

Nadie lo quisimos seguir. Como a las cinco de la tarde, que era domingo, caminamos hasta unas casas, subimos una ladera y, al bajarla, del otro lado estaba una carretera, fuimos ahí y caminamos casi hasta las nueve de la noche; era un *carrerío*, cuando pasa el *Nayarit horquetado* en una moto con un *hippie* y *nomás* nos decía adiós con la manita.

—¡Mira que suerte! —dijo el Enrique.

Y nosotros, como no les hacíamos parada, no se detenía nadie. En eso llega un jeep de Migración y voltea el *emigrante* y nos dice:

—¿Ustedes son mexicanos sin papeles?

—¡Síííí! —y corrimos para con él en lugar de correr para el cerro. Nos subimos solos a la camioneta y le daba mucha risa. Tiramos los galones y se nos quedó viendo:

—¿Traen mucha hambre, verdad?

—Sí.

—¿Traen dinero?

—Sí.

—¿Quién es el *coyote*?

—Nadie, nos tiró el cabrón —porque ellos a los que buscan *amol* es al *coyote*.

—¿Por dónde se vinieron?

Ya le hicimos más o menos la seña por los cerros que habíamos cruzado.

—Allá hemos visto a mucha gente que se muere de sed, sobre todo en estos tiempos. —Luego nos dijo—: Si traen dinero yo los llevo a un *Seven Eleven*, ya pasa de las seis y donde los van a meter ya no dan de comer.

Entonces compramos papitas y refrescos, pero nos dijo que no comiéramos mucho porque era muy malo. Ahí mismo nos tomó nuestros datos y le platicamos que llevábamos dos días sin comer, nada más habíamos tomado agua en la atarjea.

—¿Cuánto dinero traen?

Enrique y Pedro traían como seiscientos dólares cada uno. Se le hizo mucho al *migrante*, a lo mejor pensó que eran ellos los *coyotes*.

—Es que yo ya había estado en Chicago —dijo Enrique.

Entonces le hizo preguntas de cómo era Chicago y le contestó todo bien el Enrique.

—Está bien que junten su dinerito —dijo el *migrante*—. ¿Pero tanto para qué lo quieren?

—Para pagar el *coyote* y seguir comiendo —le contestó Enrique sin *entumirse*.

Yo traía como doscientos dólares.

—Ustedes alcanzan a pagar el avión para León, Guanajuato —nos dijo—. Los voy a mandar derecho a donde están los que regresan en avión.

Duramos ocho días en la cárcel, hasta que se completó el avión. Lo llenaban solamente con gente que traía dinero para pagar su pasaje.

—¡Mira quién viene! —dijo Enrique, apuntando con el dedo a los “nuevos”.

—Me torcieron —nos dijo el *Nayarit* la primera noche que dormimos en la cárcel—. Me agarraron en San Clemente.

Le daba tanto gusto volver a vernos que corría y nos abrazaba, iba con uno y lo apretaba, iba con otro y lo mismo, y luego empezaba con el que ya había abrazado. A él lo aventaron a Mazatlán o a Los Mochis, para que no regresara; ya no los echaban ahí cerquitas porque todos dábamos vuelta pronto. A nosotros nos subieron en un avión muy feo, tenía asientos de tabla, cabían de a tres y no tenía cinturones; ahí cargaban ganado y los arreglaban para echar a los indocumentados. Para mí ésa fue la primera vez que me subí a un avión.

—Aquí sí, bien contentos —nos decía el *Nayarit*.

Pues claro, dormíamos en cama, comíamos a gusto, había unas barracas como de a cincuenta camas a cada lado, abajo y arriba, y bien llenas de raza.

—Toca baño —nos despertaba diario; se le veía contento.

Sí, toca baño. Diario tocaba baño, nos sentíamos bien, ahí no era triste la cosa, la frontera está *cerquitas* y uno está con los amigos. Sabes que al rato vas para fuera y sobre todo que no tienes delito, eres bracero, es lo único. Ahí no meten a alguien que hizo algo o que vende droga, éstos van a otras cárceles; ahí todo es libre, te vas para un lado y para otro, vas paseándote y platicando, fumando y todo bien; cuando nos daban de comer, nos daban también un cigarro; comíamos puros frijoles, dulces, coliflor con su caldito en unos platos como de aluminio, grandotes, luego tu café sin azúcar; el gobierno por todo eso no te cobraba nada. Ah, te daban una tortilla de harina, una pura tortilla, pero sentíamos como si estuviéramos de fiesta; feo fue cuando me encarcelaron cuando mi sobrino se robó una cajetilla de cigarros y yo me eché la culpa porque él estaba de ilegal y yo ya era residente. Ahí sí fue muy feo. Bueno, regresamos a León, Guanajuato y al siguiente año me dice el *Galgo*:

—¿Te avientas? Vamos en carros y puro *gallo jugado*: *Chava Orozco*, los *Cejas*, el *Asoleado*, el *Tapón* y el *Gazno*.

Nos fuimos en tres carros, que al final los llenamos porque se vinieron con nosotros Juan Alvarado y el *Cantarero*. Otra vez a Tijuana, a la calle Coahuila y al hotel Guadalajara. La noche que llegamos nos dedicamos a echar cerveza y a bailar; en ese tiempo estaba de moda la canción de “La suegra” y nos la aventamos bailando toda la noche. Nos quedamos otros dos días porque no encontrábamos un *coyote* con el que tuviéramos toda la confianza; ya nos había ido mal a todos los que íbamos sin papeles, y en esta ocasión de todos los que nos fuimos en los tres carros, nada más cuatro tenían papeles. Buscando *coyote* nos encontramos a

Benjamín, el hermano de Daniel Navarro, y nos consiguió uno de confianza.

—Éste les cobra barato y los deja adonde vayan con algún amigo o familiar, yo se los recomiendo —nos dijo el *Benja* y nos dio mucha confianza.

Yo no llevaba dinero, ya iba con las intenciones de no pagarle al *coyote*, de escapármele porque ya había ido dos años y no me había ido muy bien; ya no me quisieron dar dinero. Nos tocó mucha suerte porque no caminamos ni dos horas y pasamos a la primera; no caminamos mucho y no nos agarraron; ahí en la carretera estaban dos carros y nos aventaron a la cajuela; era puro carro grande, de esos Oldsmobile, y luego tenían los asientos ya arreglados para que entrara aire a la cajuela y no nos fuéramos a asfixiar; escuchábamos claramente lo que platicaban ahí adelante y lo que decían en la radio. Nos llevaron hasta Los Ángeles como en tres horas y media, nos dejaron en los departamentos de los de Acatic, porque así fue el trato, y a mí se me acomodó todo porque no estaba la hermana del *Galgo*, que es quien iba a pagar lo de su *coyote*. Entonces les dijo:

—Vengan mañana, mi hermana está trabajando, mañana les tengo el dinero.

—Está bueno —nos dijeron, sin nada de malicia.

En ese mismo rato yo me *pelé* hasta Dixon con el *Asoleado* y con René; ellos me ayudaron y en esa ocasión no pagué los doscientos dólares; había quien se dejaba *fregar* y le cobraban hasta doscientos cincuenta. Esa vez estuvo fácil la pasada, el gobierno no se había puesto tan duro con los *coyotes*. Pues llegué a Dixon a principios de marzo y estaba a llueve y llueve; no había trabajo porque los ranchos eran pura agua. Entonces me llevaron a un pueblo que se llama Fauler, pegadito a Fresno, ahí vivía don Juan Ramírez y él nos mantuvo una semana, nos daba de comer y nosotros lo único que hacíamos era podar unos arbolitos.

—Mientras no tengan trabajo, aquí hay comida —nos decía el viejo, bien buena gente.

Cuando se *levantó* el agua, se puso bonito y nos regresamos a Dixon; para ese entonces ya nos habían alcanzado el *Gazno*, el *Cantarero* y el *Galgo*; me consiguieron trabajo muy pronto con un señor que tenía mucho ganado y nos ocupó a todos los de Acatic; nos prestó una *trailita* para vivir, medía como dos metros de ancho por tres de largo y nos acomodamos como unos huevitos. Había muchas ratas y nosotros teníamos que tortear para hacernos unas calientitas de harina, a mí me gustaban mucho; llegábamos del trabajo con mucha hambre y yo me las tragaba puras; yo nunca había hecho tortillas pero nos las ingeniamos con una tablita y un rodillo. Nos las comíamos, como dice la canción, “una pura y dos con sal”. Nos preguntó el señor del rancho cuando fuimos por el trabajo:

—¿Saben pelar borregas?

—Hey.

—¿Qué?

—Que sí —nosotros, de puro rancho, siempre decíamos hey; allá quiere decir “ocho”.

—Mañana empiezan —nos dijo—. Se vienen todos porque va a comenzar la pelada de borregas.

Ahí trabajé casi un año cuidando ganado y ayudando a pelar las borregas. Trabajábamos como seis personas nada más, pero cuando llegaban los peladores, nada más de ellos eran como quince o veinte y durábamos más o menos dos semanas entre todos; el viejo tenía catorce mil borregas; cada pelador ganaba un dólar y cincuenta centavos por animalito. Hacían mucho dinero, pelaban de cien a ciento veinte borregas diarias cada uno; yo en ese tiempo que valía 12.50 pesos el dólar, ganaba como doscientos cincuenta pesos diarios. Ese año, con lo que gané y sin gastar en *coyote*, compré muchas cosas. Yo trabajé muy contento y el viejo era buena gente; cuando ya se iba a terminar la *chamba* nos avisó:

—En septiembre se escasea el trabajo, sería bueno que le buscaran en la pizca del tomate.

Así le hicimos. Me cambié a otro rancho a sortear tomate ahí en Dixon, entonces de Fauler nos cambiamos a Dixon, no recuerdo si sería una semana o todo un mes, pero ahí estuvimos hasta que cambió el tiempo, no se componía. Con lo de ese año mandé dinero y compré cinco vacas, un caballo, un macho y el lote del taller de ladrillo; con el dinero que se gana ahora no hubiera comprado ni siquiera el macho: aquí en Acatic está todo muy caro y allá no se gana lo que se ganaba antes.

—Ahí viene *Pancho* —nos gritaron los compañeros del nuevo trabajo que había agarrado; fue en los primeros días.

Todo mundo a correr; donde quiera había indocumentados; uno al patrón le preguntaba que sí tenía papeles porque sin documentos no te podían dar trabajo y todos decíamos a fuerzas que sí teníamos. Pues me había cambiado de trabajo y todo iba muy bien, pero un día llegó la *migra* con dos perreras, y como las máquinas del tomate agarraban veintiséis gentes porque eran máquinas muy grandes, con las góndolas que jalaban unos aparadores grandotes donde van aventando el tomate, entonces yo los alcancé a ver y cuando venían en reversa, brinqué a una caja de tomates y el de la máquina se detuvo poquito para que terminaran de vaciar todo el tomate. Yo, bien asustado, nada más sacaba la pura cabeza y le dijo el tractorista al de la góndola:

—Vete a vaciarla —el señor era de San Nicolás, aquí cerquitas de Chapala—. Acomódala junto a los tráilers con mucho cuidado, ahí dentro va un paisano.

A muchos los agarraron; yo tuve suerte. Me aventaron donde acomodaban todas las cajas para subirlas a los camiones y el que jalaba la góndola le dijo al de la máquina de ésas que suben y acomodan las cargas de las bodegas a los trailers:

—Aquí va un paisano, ésta no la muevas, hazte como que se te quebró la caja.

Siguió cargando con otras y yo tapado con una caja arriba y otra abajo, bien grandotas, cada una pesa como cuatrocientos kilos; cuando la movían yo sentía morirme, y al rato, ya que se fue *Pancho*, porque así le decían a la migra: *Pancho*, yo creo que para que no les entendieran a los que le ayudaban a uno, “ya se fue *Pancho*, ya viene *Pancho*”, ya cuando se fueron me quitaron la caja de arriba, me salí y me fui a seguir trabajando. El gusto me duró como quince o veintidós días, de todos modos me agarró la policía en Dixon, ya en el pueblo, ni siquiera trabajando. Me mandaron a comprar leche y comida y yo apenas me estaba enseñando a manejar y el carro no traía una luz atrás, entonces cuando me vio un policía me prendió las farolas para que me parara, yo me puse nervioso.

—Tu identificación —me dijo.

—No tengo licencia.

—¿Y tus papeles?

—Los dejé en la casa.

—Pues vamos a tu casa.

Llegamos y ahí estaba don Salvador Orozco y les decía que por favor me dejaran, que yo era buen hombre, que era bueno trabajando y que nada más a eso me dedicaba.

—No, pues nosotros no podemos hacer eso, lo debemos llevar a la cárcel.

Me pusieron esposas y me llevaron a un lugar donde sí hay criminales, no como las ocasiones anteriores que hasta disfrutaba uno ahí vacilando con los paisanos. Ahí estuve ocho días; la cárcel está en Sacramento; Dixon era un pueblito, ahora es ciudad, pero entonces era un pueblito rodeado de ranchos y había mucho trabajo. Me pusieron en una *corraleta* como de dos metros, ésa era cárcel de la policía, no de Migración; luego me cambiaron a una barraca donde estaba toda la raza de mexicanos; eran como las diez de la noche, recuerdo, porque otro día iba a salir el camión. Cuando llegué:

—Bienvenido a tu casa, *parió la leona* —decían los *compas*, como que les daba gusto no estar tan solos—. Arrímate *paisa*.

Ya cuando uno tenía un rato, y sin la presión de la cárcel de criminales, cuando traían a otro, le entraba uno al coro “*parió la leona*, otro que trae papeles”; decíamos así porque adonde quiera que fueras a trabajar deberías decir que sí tenías papeles, y había quien te consiguiera alguno falso de seguro social, licencia de manejo y hasta mica verde, cada una te costaba ochenta dólares, pero el que las compraba las debería de traer siempre facilitas, a la mano, porque si te agarraba la *migra* con esos papeles, ahí sí hay delito grande para ti y para el que te los *vendió*, y daban con él, estuviera donde estuviera. Yo conocí a muchos que las cargaban, les servía para la *liquor* como identificación, o en el trabajo te registrabas con ese seguro, al fin y al cabo que no iba uno nunca al doctor y no convenía cobrar impuestos de éstos que se regresan. A los verdaderamente emigrados les pagaban su desempleo cuando el temporal estaba feo y de veras no trabajaban, pero a uno no. Pues al otro día de que “*parió la leona*” me llevaron hasta Mexicali, en camión, y esa ocasión no quise volverme a meter.

Me regresé a Acatic y fue el año en que me casé. El matrimonio fue en febrero, y en marzo me fui; nos fuimos nada más mi señora y yo, ella tenía papeles y una hermana mía vino por ella a Tijuana y me consiguieron una *coyota*, que ahora una vieja me iba a pasar. Nos llevaron por el cerro, ahí eran puros *coyotes*, la *coyota* nos iba a recoger en el otro lado; de Acatic era nada más yo y venía un muchacho de Puente Grande; era de día y muy retirado de Tijuana, pasamos como a las tres o cuatro de la tarde, empezamos a caminar y como a las seis, antes de que se metiera el sol, nos salieron los “cholos”, o no sé cómo les decían a éstos que *fregaban* a los que cruzaban, creo que “pollero”.

—Ahí viene un pollero —nos advirtieron a gritos, los mismos *coyotes*.

No eran mexicanos, no sé de dónde serían, pero se dedicaban a robar a los que íbamos al norte; se escondían allá muy adentro, luego salían corriendo.

—¡No se muevan! Acuéstense bocabajo, sin voltear.

De armas no sé que traían, pero el muchacho de Puente Grande traía trescientos dólares y no se quiso dejar que se los quitaran y le dieron un navajazo; traía una chamarra muy gruesa y muy ancha y se la alcanzaron a rasgar toda, le sacaron todas las plumas. Lo alcanzaron a herir de todos modos, y él corrió, le tiraron pedradas fuertes a matarlo y se les alcanzó a pelar. Para pronto nos acostaron.

—¡Echen todo lo que traen!

Ellos eran tres y nosotros como unos diez, pero uno va asustado y no sabes qué armas traen. Además, estando dentro hay veces que se juntan grupos de la misma gente con *coyotes* que van para allá y nosotros no sabíamos al principio si eran braceros como uno. Ésos son gente muy mala que se aprovecha de la desventura y de lo indefenso de uno; yo creo que nos bajaron entre todos como unos mil dólares; yo traía nada más cinco porque donde me iban a dejar se iba a pagar, pero el sustazo ¿quién te lo quita? Yo me tiré luego luego al suelo y saqué los cinco dólares de la chamarra, “nada más esto traigo”.

—Aprendan a él —dijo uno de los rateros—. Así nos gusta que rápido entreguen el dinero, que no se rebelen.

Esa ocasión duramos toda la noche; yo no volví a saber nada del muchacho de Puente Grande. Otro día llegamos a Santa Ana, no pasó nada con la *migra*, nada más con los rateros. Sí caminamos mucho, yo creo que unas dieciséis horas o más, sin parar, camine y camine; parábamos donde se tiene uno que esconder.

—¡Pásense de a uno, rápido, y se esconden! —nos decía el *coyote* cuando cruzábamos una carretera, eran de esas sencillas, de dos carriles donde pasaba uno que otro carro, no los *free way* de ahora.

Cuando eran carreteras grandes, siempre había túneles y nos escondíamos un rato abajo y luego a correr, luego a caminar, y así nos aventamos todo el camino. Ya estando en Dixon, volví con el señor de las borregas, ahí nos contrató a mí y a un hermano de Fidel de la Torre; con ese señor trabajé varios años, nada más que en esa ocasión estuve poco tiempo, únicamente hasta septiembre porque me fui a San Francisco a sacar un permiso porque mi esposa tenía papeles. Fuimos un día y no se pudo, estaban las oficinas cerradas y entonces yo me propuse hacer el intento en Sacramento; pues llegamos al mismo lugar donde me habían metido *al bote*. Iban saliendo todos los paisanos formados como soldados, “parió la leona”, luego los subieron al camión, eran tres autobuses, derechito a Mexicali: yo entré a las oficinas como si fuera gringo, como si fuera nacido allá, y me dijo el *emigrante*, el mero fregón:

—¿A qué vienes, cuál es tu asunto?

—Pues yo vengo a que me haga el favor de darme un permiso para trabajar—. Se me quedaba viendo el hombre como que no lo creía, buena gente el señor, se veía asombrado.

—¿A trabajar?

—Sí señor, quiero trabajar.

Me comenzó a investigar que de dónde era, que cómo había entrado a Estados Unidos. Yo le expliqué todo con detalle, que ya había ido muchas veces, que me había echado la *migra*, que mi esposa tenía papeles, que nos habían robado esta última vez; me preguntaba mucho de los *coyotes* y, todo lo que le decía, nada más movía la cabeza.

—¿Traes el acta de matrimonio?

—Sí señor —pues yo todo llevaba.

—¿El acta de nacimiento?

—Sí señor, todo traigo—. Las revisaba bien, todos los papeles de a uno por uno y despacito. Me volvió a preguntar que cómo había pasado yo; que le vuelvo a explicar y me dice:

—¿Sabes que te puedo subir a esos camiones y mandarte a México ahorita mismo?

—A Mexicali —le dije yo—. Ya los había *calado*. Me dio mucho miedo, ahí sí que me *cagué*, todo iba bien pero ahí se me doblaron las corvas. Pero el señor, de veras bien buena gente, me preguntó:

—¿Quieres arreglar bien?

—Sí señor.

—¿Quieres trabajar?

—Sí señor, por eso vengo, quiero arreglar bien, comprar mi casita. Sus papás viven aquí, yo quiero arreglar como Dios manda.

—Así me gusta, que la gente hable con la verdad y no ande echando mentiras, te ves gente que sí es bien —me dijo—. Te voy a dar un permiso por sesenta días para que puedas seguir trabajando en el riego, ahí donde andas actualmente, es para que saques dinero para tu pasaje y te vayas para México. Con estos documentos que te voy a dar, no necesitas abogado; cuando estés en México, allá te va a llegar la solicitud para arreglar tus papeles.

Puse una dirección de Acatic y dije “ahora sí ya la hicimos”. Me dio un papelito así de chiquito.

—Lo vas a entregar el 15 de septiembre. ¿Por dónde sales?

—Por Tijuana.

—Pues ahí lo entregas, con eso sabremos si saliste o no saliste; si lo haces, muy bien, y si no lo haces vas a tener aquí un récord muy malo y eso significa que después vas a tener muchos problemas.

Ahí no perdonan; yo no me la pensé dos veces, el 15 de septiembre salí por Tijuana, de ahí derecho a un hotel para dormir, pero ahora no fue al *Guadalajara*, fue en otro, en el *Alaska*, ya era de otra categoría. Entonces, cuando regresé a la frontera, me mandaron a una oficina donde me sellaron el papelito.

—Que les vaya bien —me dijeron.

Nos regresamos mi esposa y yo hasta Acatic con un permiso y en diciembre me llegó la solicitud para arreglar mi situación, ahí decía que muy agradecidos por mi comportamiento, ahora tendrían que conseguir cartas de trabajo de Estados Unidos, cartas de policía y muchas cosas que se necesitan. Me consiguieron una invitación de trabajo de un rancho de allá, pero muy mal hecha, la llenaron a mano y sin membrete. Entonces es cuando fui al Consulado americano y hasta me robaron afuera, me vendieron un anillo que tuve que comprar por pendejo, lo compré caro. Yo llegué con mi pasaporte, con análisis de sangre, hice todo lo que decía el papelito que debería de llevar; según eso, ya me iban a dar mi visa para irme a Estados Unidos; te dan todo tu papeleo y ya en la frontera te lo quitan y ahí te mandan la mica al domicilio que pongas de Estados Unidos. Yo no pude, tardé tres años en arreglar, tres veces volví a irme de mojado, así sin papeles. La carta que me mandaron sin membrete, volví a pedir una que viniera bien y nunca me la mandaron. Me *encabroné* y me volví a ir a *la brava*. Ese año me volvieron a agarrar, nos siguieron con perros; claro que entramos otra vez por Tijuana y llegamos al hotel Guadalajara; esa ocasión nos fuimos juntos el difunto Márgaro, el *Cano*, Justo Orozco, Mónico Fuentes y yo; mi esposa se fue en avión.

—Yo no puedo dormir —decía Mónico Fuentes—, estoy muy nervioso.

—Es fácil agarrar *coyote* y pasa uno en un ratito —le decía yo para darle ánimos.

Las dos noches que estuvimos en el hotel no pudo dormir. No encontrábamos *coyote* y, ya cuando lo agarramos, nos suben a *la burra* otra vez como en las primeras veces que fui. Cerca del aeropuerto vivían los papás del *coyote*; estaba haciendo mucho frío, era en marzo y ahí nos dieron unos cafecitos y un panecito. Cuando se hizo hora:

—¡Vaaámonos! —dijo el *coyote*.

Caminamos un rato por la parte mexicana y nos dijo lo que deberíamos hacer:

—Donde ven aquellas luces, es un campamento de soldados, pero son mexicanos; por ese *faronón* que se ve allá, por ahí vamos a cruzar, ya están de acuerdo los soldados, nosotros les damos feria, ellos ya saben, pero si algún militar nos grita, no vayan a correr, porque si alguien corre, entonces sí tiran balazos.

Entonces Mónico, donde dijeron eso, comenzó a apretarse el pecho.

—Se me subió la presión —decía.

—¿Qué tiene el señor? —preguntó uno de los *coyotes*.

—Yo no me voy, yo no me voy —bien asustado el Mónico—. Yo estoy malo.

—Nosotros tampoco vamos, no podemos dejar a Mónico —dijo Márgaro.

Ya lo vieron los *coyotes*, eran buenas gentes los chavalos, estaban jovencitos.

—Este señor “no la hace” —dijo uno, nada más de verlo.

—Yo me quiero ir para Acatic, váyanse muchachos, no se detengan —nos animaba Mónico.

—Lo vamos a dejar en la casa de mi papá —dijo el *coyote*— y mañana lo llevamos a la central camionera.

El problema es que no traíamos dinero por lo que les platicué a mis compañeros de que en otra ocasión nos robaron; entre lo que juntamos de todos los de Acatic debieron ser como unos cuatro dólares, le habíamos entregado todo el dinero al *Cano*, porque él entraba con su carro y con papeles, y nos iba a esperar en Santa Ana para pagar el *coyote*. Él nos anotó el domicilio para que ahí nos llevara el *coyote* y cobrara; todo eso lo sabían bien, porque ni siquiera ellos llevaban dinero ni documentos, porque si nos agarraba la *migra* ellos se verían igual que nosotros y así no pagaban ninguna pena grande. Así es que ya íbamos todos de acuerdo, si nos agarraban, ellos daban un domicilio de un pueblo de acá de

los de nosotros y nadie decía nada, al contrario, decíamos que era nuestra primera ocasión y que nos habíamos juntado todos para probar suerte.

—A los cien metros ya es Estados Unidos —dijo el *coyote*.

Pasamos lo del faro ése que nos dijo y todo iba como nos había explicado, mucha luz, muchos soldados, pero pasamos despacio, sin hacer ruido, sin hablar, sin correr. Caminamos toda la noche, y en la mañana donde deberían recogerlos los carros, no pasaban, y no llegaban porque estaba la patrulla *cerquitas*, ellos lo saben bien. Resulta que nunca se movió la *migra* de donde estaban y nadie se paró, y así nos amaneció; como a las diez de la mañana oímos un helicóptero por encima de nosotros a la vuelta y vuelta, cuando llega una patrulla con una manada de perros, los aventaron para con nosotros y nos rodearon, puro *doberman*, bravos, digo, no bravos sino bien entendidos que los tienen, nos ladraban y se nos quedaban viendo; nosotros tiesos, ¿qué hacíamos? Nada. Desde lejos nos gritaron con la bocina:

—¡Quítense las botas todos! ¡Rápido!

Le hacen quitar a uno las botas para que no corra, porque la verdad que sale peor. ¿Tú crees que alguien se le vaya a los perros? “No hay loco que trague lumbre”. Pues nos subieron a las perreras, digo, ahora las perreras de gente, porque así les dicen; nos tomaron datos y de ahí derecho a la frontera, esa vez ni pisamos cárcel. Pasamos por donde estaba el gordo ése que todos los años decía:

—Bienvenidos paisanos, bienvenidos a su tierra.

Entonces, ya sabíamos el caminito: derecho al mercado de los pescuezos y nos acordamos de Mónico.

—Sabe, Mónico se regresó pero sin dinero —dijo Márgaro—. Sabe Dios qué pasaría.

De verdad que estábamos bien apurados por él y cuando íbamos llegando al mercado, estaba sentado arriba de un *banquetón*

donde se paran las *trocas* a descargar mercancía, así estaba sentado con las patas cruzadas, parecía *cría*.

—¡Mira dónde está Mónico! —gritó Justo.

Luego le gritamos todos: ¡Mooónico! Se vino bien gustoso y nos dio un abrazo a cada uno.

—Mira Luis —me dijo—. Mira para lo que sirve saber leer.

—¿Por qué, Mónico?

—Mira —me dijo—. Yo venía muy triste por aquí sin saber qué hacer, y que veo este *torton*, me quedé leyendo la razón social “Arandas, Jalisco”, pues que me dejo venir corriendo y le hablo al chofer: “oye, yo soy de Jalisco, de Acatic, me quedé sin dinero y me quiero regresar, ¿no me llevas tú para Arandas?”

Nos estaba platicando eso cuando llega el chofer:

—¿Quihubo paisanos? ¿Son amigos de él?

—Sí señor, somos compañeros, íbamos para el norte pero él se regresó y a nosotros nos agarró la *migra*.

—Pues yo lo vi muy nervioso —nos explicó—, muy pero muy nervioso y me dice que es de Acatic, pues yo me lo voy a llevar, ahora me voy para Sinaloa, espero que me carguen pronto, en una o dos horas cuando mucho y lo llevo a Los Mochis, ahí le presto dinero para que se vaya a su pueblo.

No se retiraba de con nosotros, estaba contento, como que volvió a nacer; quería ayudarle a cargar al chofer.

—¿Ya ves qué bueno es saber leer? —me decía una y otra vez—. En cuanto vi que decía Arandas...

Lo llevó a Los Mochis, como nos dijo, ahí le dio trescientos pesos y lo subió al camión y él después se lo pagó en Arandas, le llevó el dinero a su casa. Nunca más volvió Mónico a intentar irse de bracero, a mí me platicó que antes ya había ido pero cuando había contrataciones, desde Acatic quedaban apalabrados y cuando se terminaba el convenio se regresaban. Esta vez era su primer intento por el cerro y le dio mucho miedo, y más cuando vio lo

de los soldados y que podían tirar balazos. Al otro día de que se regresó Mónico, nos dice Márgaro:

—¿Nos aventamos de vuelta?

—Pues claro —dijimos todos—, ya estamos aquí y nuestro dinero está en Santa Ana.

Contratamos otros *coyotes* y ellos muy conformes de que se les pagara hasta allá donde nos esperaba el *Cano*. Tuvimos suerte y fuimos a dar hasta allá, caímos con don Pepe Pérez; recuerdo que nos subieron al carro ya en la madrugada y ése nos llevó hasta allá; no había revisión en San Clemente y les pagamos sus doscientos dólares de cada uno. La cuota de doscientos duró muchos años; si pagabas hasta Dixon te cobraban trescientos cincuenta o cuatrocientos, yo nunca pagué hasta allá. En esa ocasión agarramos el avión en el aeropuerto John Wayne, el que está en el condado de Orange.

—Yo nunca me he subido a un avión —dijo uno de los compañeros.

—Pues yo sí —le contesté—, sí me subí en uno pero a *huevo y para atrás*, es cuando me mandaron a León.

—¿Sacramento está cerca de Dixon? —preguntó alguno.

—No, Dixon está cerca de Sacramento, Sacramento es la capital.

Éramos cinco y volamos hasta allá, bien a gusto; yo conseguí ahora sí las cartas que necesitaba para que me dieran la residencia porque fui a pedir las personalmente; no regresé hasta que ya tenía todo. Me presenté otra vez en Guadalajara ya con toda la documentación y me dieron una cita, en esa última sí arreglé; cuando me robaron fue en la anterior, como dos años antes. Pero ese último año de ilegal sí lo trabajé y lo viví a gusto, fue en lo mismo, en las borregas pero con otros patrones, había mucho ganado, regaba el pasto, los potreros y trabajaba temporaditas de a dos meses, dos y medio; también agarré chamba en el tomate desahijando, en el azadón, en el betabel. Mi esposa trabajaba también en el tomate.

—Llegó la mica —me dijo mi esposa.

Cuando me llegó la mica, como a los tres meses de que pasé por Tijuana pero ya con pasaporte y todo, pues me cambió la vida, porque no es lo mismo andarse uno escondiendo, que traer tus documentos en regla y trabajar sin miedos de nada.

—Hazte ciudadano americano —me decía el patrón— para que no tengas problemas de nada.

Hubo una oportunidad cuando entró una ley nueva de que uno podía hacerse ciudadano, pero había muchos requisitos; que hablara uno bien inglés, conocer las leyes de allá y todo eso; te hacían preguntas de todo esto y estaba bien trabajoso; yo no quise hacerlo, no nada más por lo del inglés, sino que la mera verdad a mí no me interesaba, uno lo que quiere es ir a trabajar, y ya con la mica de residente es suficiente. A mí nunca me gustó estar allá para toda la vida; mi esposa cada que iba a nacer un hijo, nos poníamos de acuerdo y nos veníamos para acá para que naciera mexicano; nada más una de mis hijas nació allá, la última, y ahora me arrepiento porque yo cuando veía eso de las guerras y que se los llevaban, a los que son nacidos allá sí se los llevan, y como los que nacen aquí y nada más son residentes, pues no hay ley que los obligue a llevárselos, yo tenía miedo de eso; luego nacieron puras muchachas, las primeras; bueno, si hubiera sabido de eso nos hubiéramos quedado a que nacieran allá; ahí hay mucho problema para el varón, para las muchachas no; yo tengo nada más un muchacho y aquí nació. ¿Quién no se acuerda de aquellos años que andaban en *friega* con ese Sadam Hussein? un sobrino de Tito y otros, hijos de unos amigos que tengo, se los llevaron y ahí están las pobres mujeres, las mamás a llorar y llorar y todo el tiempo bien apuradas. A un hijo de mi hermano *Chuy* también le hablaron que si se iba a echar *carambazos*, pero fue cuando se *apaciguó* la cosa pero ya estaban casi para llevárselo también, se me hace que a los dos, no nada más al mayorcito. Entonces decía yo: ¿qué es mejor, ser residente o ser ciudadano?

Bueno, lo malo de aquella primera visita que hice al Consulado americano fue cuando me robaron, fue la historia del anillo: estuvo fácil, yo salí bien tarde del Consulado porque fui al último que me hablaron y luego, para acabarla de fregar, me dieron un papelote del tamaño de un periódico, o si no estaba tan grande, así lo veía yo, con todo lo que necesitaba para que me dieran la mica de residente; me explicó cómo deberían ser las cartas, que deberían estar así y así, no como la que me mandaron hecha a mano y sin membrete, pues ésas cualquiera las podría inventar; que debería tener las cincuenta y tantas semanas de trabajo permanente con lo que le paguen.

—Que no sea usted una carga para Estados Unidos —me decía muy formal el hombre.

Yo debería llevar también documentos donde comprobara que no me había aprovechado de las ayudas que da el gobierno; en fin, yo salí triste y me fui caminando agachado leyendo el papelote, cuando pasaron dos muy *cerquitas* de mí alegando, peleándose; yo voltee así de reojo y hasta me alcanzaron a rozar en el hombro.

—Ya te dije que a ti no te lo vendo —le dijo uno.

—Pero no seas terco —contestó el otro.

Se pararon como a unos cinco metros adelante de mí.

—No seas terco, que te lo dije bromeando, se me salió decirte que dónde te lo habías robado.

—Pues nada más por eso, no te lo vendo.

Y en eso se le va el que traía el anillo, que tenía un *tiplecito* como de Sinaloa; al rato supe que quería vender un anillo para el pasaje para Culiacán; se fue, dejó al otro ahí parado y yo me quedé así viendo, cuando se regresa el chaparrito, un hombre mayor, ya viejo.

—Oiga amigo —me dijo—. ¿Qué cree lo que me pasó?

—¿Qué?

—Pues que este muchacho llegó *ahorita* ahí donde yo trabajo, en la *joyería consul*, y trae un anillo de lo mero bueno; llegó

a venderlo y se me salió decirle, así, bromeando, “¿dónde te lo robaste?” y se enojó ¡Míralo al terco!

Allá estaba *lejecitos* haciendo berrinche.

—Y dice que ya no me lo vende, y trae un reloj también de lo mero bueno; cómpreselo amigo, yo le doy el doble de lo que se lo venda a usted.

Allá seguía el otro haciendo berrinche como a cincuenta metros en la esquina, así sacaba el puro pescuezo, entonces ya le dije: “¿de veras amigo?”

—Sí, amigo. ¿De dónde eres?

—De Acatic.

—Pues de ahí sacas para el pasaje y te va a sobrar dinerito para la semana.

Yo pensé, “sí, pues es buen negocio, vamos a ver”. Cuando llegué a la esquina sale el otro luego luego.

—Mire que voy para Culiacán y vea qué anillo tan bueno traigo y qué reloj tan bonito. Déme mil pesos por los dos.

Yo pensé “es mucho dinero”, y sí que lo era en ese tiempo. Entonces le digo “pues déjame verlo”: era un *anillonón* y traía mucha prisa por irse, y el otro, acá escondido en un árbol, me hacía la seña que sí, que se lo comprara. Yo pensé, lo compro y ahorita me regreso con el otro, ahí estaba, se lo vendo al doble y luego vengo por el reloj y mi negocio va a ser doble. Le dije: “amigo nada más le ajusto para el anillo, ¿quieres los quinientos?” “El otro me da mil”; y cuando lo estaba tratando, el otro hijo de la chingada se fue, se desapareció en un ratito así; yo no podía voltear. En cuanto le pagué, se echó la lana a la bolsa y se fue pero recio, un paso bien recio.

—Tengo que agarrar el camión para la central porque se me va —decía, pero ya llevaba vuelo.

Yo me regreso a darle el anillo al otro y por mis mil pesos, pero ya no lo encontré, empecé a buscarlo y nada; entonces dije pues voy a preguntar por la *joyería consulado* y le pregunté al po-

licía que cuidaba ahí las oficinas: “oiga ¿y dónde está la joyería consulado?”

—¿Cuál joyería consulado? aquí no hay nada de eso, hay negocios allá en el centro de la ciudad, cerca de San Juan de Dios.

Sí hay una, yo le compré ahorita un anillo a un señor...

—No señor, olvídese —le daba risa al policía—, a usted lo amolaron.

Yo no me hice el ánimo pronto y seguí buscando un rato la famosa joyería. En ratos me consolaba, “bueno, se fueron, pero me quedé con el anillo”. De ahí me fui a la central para regresarme a Acatic, y me encontré a Óscar, al *Pine* y otros que trabajaban en esos negocios de las joyerías. El camión salía a las siete; nos saludamos abajo y yo les presumí el *anillonón* pero hasta que estábamos arriba, no quería que la gente se me quedara viendo abajo del camión.

—Mira el anillo que le compré a un señor —le dije a Óscar.

—¿En cuánto?

—En quinientos.

—Déjame verlo.

Me lo quitó y el dedo se me quedó bien verde.

—Mira *Pine* lo que compró Luis en quinientos.

—Ja, ja, ja —ahí están los dos.

—Éstos valen tres pesos en San Juan de Dios, tienen cajitas llenas. Tíralo mejor, porque se te va a mochar el dedo con ese *mugrero*.

Lo tiré ahí mismo. Nunca se me olvidó la historia del anillo porque fue cuando no me dieron nada en la primera cita para la mica de residente. A los dos años que sí arreglé, me volvieron a robar, ahí en purito enfrente de Palacio de Gobierno: estaba uno ahí sentado en una banquita y yo andaba bien trajeado, bien *atejanado* y, según eso, fui a sacar un acta de nacimiento que tenía que llevar como uno de los requisitos y se sacaban ahí en Palacio

de Gobierno, y me habla uno que traía una chamarrita jodida, así de ésas que tienen *taruguitos*.

—Hey, *Quihubo*, ¿pos qué pasó?

Yo nunca lo había visto, y que me dice:

—Ah, ¿ya no me conoces? Nada más te fuiste a Estados Unidos y ya no me conoces; te hiciste rico y ya se te olvidaron tus amigos.

Yo andaba vestido de pana de *clin a cola*, bien vestido y fino, en ese tiempo nada más Vicente Fernández andaba así, de pana y con su tejana. Me venía diciendo eso acercándoseme porque cuando me habló la primera vez estaba retirado.

—Ah cabrón, ya te crees mucho.

Yo lo veía de *a tiro* como ranchero, pues sí debía de conocerlo.

—Oye, pues no me acuerdo de ti de a de veras.

—Sí, pues ya te hiciste rico ¿cómo te vas a acordar de mí? Que pronto se te olvidó. ¿Pues no estábamos tu carnal y yo allá?

¿Chuy, andabas con Chuy?

—¡Claro!

—¿A poco estuviste con él en Santa Ana?

—¡Pos luego! Estuvimos trabajando juntos. ¿Y luego tu hermano, el otro güerito?, hombre, siempre se me olvida su nombre.

—¿Salvador?

—¡Chava! Claro, pues el *Chava*.

—Pues de veras que no me acuerdo de ti. ¿A poco tú eres de Etzatlán?

—¿Cómo que de Etzatlán?

—No, no, no, ¿pues de dónde vienes?

—De Acatic.

—¡Claro! ¿Y el pueblo que está pegadito cómo se llama?

—Pues *Paderones*.

—Ah, ¿ya ves? Ya te vas acordando, la riqueza te ha hecho que se olviden las cosas. ¡Que orgulloso te has vuelto!

Yo no me podía acordar de él, pero él sí que conocía bien a mi familia.

—¡Cómo le gustaba a *Chuy* tu hermano ir conmigo a *Padrones!* Iba mucho conmigo y también con mi tío Juan.

Yo pensé: “es bien amigo de *Chuy* mi hermano”.

—Ah, vieras que malo ando, bien jodido, anoche anduve de cabrón y ando bien...

Yo lo veía y hasta pujaba, se veía bien malo de veras. Pero empecé a ver como que nada era cierto, todo me comenzó a dar desconfianza, y agarré un paso fuerte como para querer despegármelo; estaba un soldado ahí enfrente, ya estaba llegando a la entrada de Palacio de Gobierno y se me arrimó poquito y me dijo:

—¿Sabes qué, hijo de la chingada? No camines, pásame cien pesos.

—No, pero...

—¡Pásamelos!

Yo seguí caminando, no me paré, pero él siguió junto conmigo y bien pegadito.

—Así nomás, bajita la mano échamelos y sin hacer escándalo.

Entonces saqué los cien pesos y se los di.

—Vete a la chingada —me dijo.

Ya me fui, saqué mi acta de nacimiento y me largué; tenía cita para eso de la sangre y todo, y cada rato iba de Acatic porque se me estaba llegando la cita en la que debería de llevar todo el papeleo, todo bien arreglado para no volver a fracasar. Como a los ocho días ahí voy otra vez a los análisis porque lo mandan a uno a un lugar especial, no puede ser donde uno quiera, y tocó que era en un lugar no lejos del mercado de San Juan de Dios, y cuando llegué ahí estaba otro como el que me salió en Palacio de Gobierno, me salió ahí abajo, en la Plaza de los Mariachis y me habló:

—¿Quihubo?

Como si me conociera de hace mucho.

—¿Ya no me conoces?

Luego luego me acordé del otro; no era el mismo, pero con la misma cantaleta.

—¡Qué orgulloso! ¿A poco ya no me conoces?

—¡Chinga tu madre, buey! Le grité desde lejos y no me lo dejé acercar, me fui rápido. Enseguida de todo este relajo tuve la cita; sería en marzo cuando arreglé, esta vez sí me dieron la visa y en un plazo de ciento veinte días yo me podía ir a la hora que yo quisiera, y al cruzar la frontera por el lado que fuera, ahí me iban a dar mis papeles. Enseguidita, como a las dos semanas, me fui ya bien contento y hasta en avión. Bien suave.

VIII

La historia de una vaca

Tenía catorce años cuando me fui la primera vez, cumplí los quince en Los Ángeles. Salí de la secundaria de trece y me quedé casi un año más; nos llevó Chuy Loza a Luis Vera y a mí; nos pasó una vieja que era *coyota* por Piedras Negras, Coahuila. Chuy Loza tenía papeles pero como que no eran legales o eran nada más para estar allá porque se pasó igual que nosotros, con *coyote*. No recuerdo bien si lo que pagué fueron trescientos cincuenta o quinientos dólares. Por acá por este lado hay río, el Bravo, yo no sé nadar pero lo pasamos caminando por una parte donde no estaba hondo. Llegamos a un hotel y estaba una señora que se llamaba María Padilla, de aquí de Acatic, y ella conocía mucha gente porque ahí vivía y fue ella la que nos consiguió quién nos cruzara.

—Yo ya he cruzado muchas veces —nos decía Chuy—. No se preocupen, yo los voy a pasar bien y nos vamos a separar nada más un rato, ya me eché el encargo con sus gentes y no los voy a dejar abajo.

Nos encontramos a un muchacho que se llama Servando Padilla, sobrino de esa señora, y ellos nos ayudaron mucho. Tuvimos que esperar ocho días ahí en Piedras Negras, porque ellos saben cuándo se puede y cuándo no se puede pasar; tienen contactos con gente de ellos mismos allá adentro y saben de los movimientos que hace la policía de Migración. El día que pasamos, nos

aventamos como a las once o doce de la mañana; había un pinche carrizal bien grande de este lado y el río, aunque no llevaba mucha agua, de todos modos sientes feo porque te dicen que arrastres los pies para ir caminando y para buscar que no haya agujeros.

—No se asusten —nos decía cada rato el Chuy—, no pasa nada, está bajito, no se necesita saber nadar, solamente cuídense de no soltar su ropa.

Y es que te tienes que *encuerar* para pasar la ropa, la llevas acá en la cabeza para que no se te moje y uno tiene que ir el *puro virote*.

—El *coyote* tiene cara de *malandro* —dijo Luis.

—No se preocupen, todo está arreglado —nos decía para convencernos Chuy—. Yo voy aparte, pero vamos todos seguros.

Yo lo veía también medio loco y sí me preocupaba por aquello de que “no compres caballo manco, pensando que sanará, si de sanos cojean, de mancos ¿cómo andarán?”, y luego peor porque nada más Luis y yo pasamos con ese *malandro*, Chuy se fue aparte con Servando y con una señora que conocieron ahí. A mí se me hacía muy feo el pinche carrizal, porque siempre en donde hay un carrizal de seguro que hay muchas culebras. Cruzamos rápido, nos pusimos la ropa corriendo por entre unos potreros de ganado y de ahí nos llevó el muchacho hasta donde nos iba a recoger la *coyota*, y pasamos de a dos nada más porque el carro que traía era muy chiquito. *No'mbre*, por Tijuana nada más empieza a oscurecer y has de cuenta que vas en la peregrinación de La Candelaria del 2 de febrero, luego llegan las *perreras* y es como meterte a un corral lleno de gallinas, te suben a empujones y ya dentro va uno chocando con todos como las chicatanas en los focos cuando es tiempo de aguas. Yo cuando pasé por Tijuana, andas como si fueras un puto ratero; nos subimos a escondidas a un camión de circuito que iba lleno de pura gente que iba a pasar y ya fue y nos tiró cerca de la línea. Acá es muy diferente, está muy solo, con decirte que entramos como a las once de la mañana, y yo creo que eran

como estas horas, ya metiéndose el sol, cuando nos levantaron, ahí duramos toda la tarde; lo que caminamos en total no llegó a las dos horas, fue todo tiempo nada más de esperar, pero caminar muchas horas como me pasó en otras ocasiones, no, esa vez a nosotros no nos tocó, estuvo a todo dar. Nos quedamos ahí a la orilla de la carretera hasta que pasó la señora en un carrito de esos pintos, de la Ford, era como una *guayincita* pero muy chiquita, así como la que tenía René Anaya. Pues la señora nos *sampurró* nada más a los dos; el *malandro* se regresó.

—Los voy a llevar a comer primero —nos dijo la señora—. Es ahí enfrente de donde están las oficinas de Migración, hay un Kentucky; no se pongan nerviosos, no pasa nada, así es mejor para que no sospechen.

Yo pensé *caballo tordillo y pendejo, se distinguen desde lejos*. Había un laguito bonito enfrente, y sí, las patrullas y todo ahí, pero es como andar en Laredo; ya ves, si no das nada a maliciar, nadie te molesta ni te preguntan nada. Ahí nos quedamos en un hotel, todo estuvo suave, lo único peligroso fue la pasada del río. Ahí estuvimos hasta que llegó Chuy y ya en la madrugadita, como a la una de la mañana nos fuimos para San Antonio, porque el trato era que nos llevaran hasta ahí. Se fue por puros pueblitos, no pasó por la revisión del 35 ni nada, por Carrizo Spring y por puros pueblitos bien chiquitos, puras rutas que no pasamos la segunda revisión, ella sabía por donde esquivarlas. Ya en San Antonio andábamos en la camioneta de Chuy que traía en Acatic con una bruja pintada.

—Dicen que en Acatic somos brujos —repetía Chuy siempre que encontraba una buena oportunidad—. Que somos brujos, no es cierto, pero de que volamos, volamos.

Esa camioneta con la brujita se la pasó la esposa de Servando, ella era india de Oklahoma, y Servando pasó otra camioneta que traía una cuñada de él. Pronto encontré trabajo en una empresa de aires acondicionados.

—Entrando y ganando —me dijo Chuy—. Ya tienes trabajo.

Pero no me gustó porque me ponían a hacer algo y lo hacía bien rápido y Poncho, uno de Acatic, se *engüevaba*.

—Hazte pendejo un rato, cabrón, no seas menso —me decía—, te van a perrear mucho.

No me gustó así el trabajo; lo mío, además, era el rancho, no las fábricas, así es que hablé con mis hermanos que estaban en California, en Dixon y me dijeron:

—Vente, acá te conseguimos trabajo de lo tuyo.

Así es que me fui, me subí al avión porque está muy lejos; ahí voy bien catrín con un coordinadito de esos que se usaban, la camisa y el pantalón de la misma tela, con las manguitas cortitas. Me la regaló el Poncho, ése de Acatic; ahí voy *medio putón* de blanco con mi coordinado. Me aplasté en el avión junto a una negrita bien amable que iba con su hija; luego, pues no sabe uno, me dieron de comer un quesito bien bonito, así coloradito, que me lo empiezo a comer y lo de arriba era pura cera, *no'mbre*, se me pegó en todos los dientes, esa putada no se quita, le batallé mucho para despegármela de a diente por diente; la negrita, muy amable, me explicó a señas, porque no le entendí lo que me decía, pero me fue diciendo cómo se le debería despegar la cera antes, así sin reírse, muy seria; yo iba bien avergonzado, con los dientes bien embarrados de cera. Mi hermano me esperaba en el aeropuerto de San Francisco.

—¿Cómo te fue?

Pues bien, en todo, menos con la comida, ya le platicué y afuera nos daba risa, pero en el avión yo iba que no hallaba donde meterme. “El que no sabe, es como el que no ve”; yo estaba bien *cría* y nunca había salido. Esa primera vez duré dos años y para irme no le batallé con dinero. Mi papá me había dicho:

—Alfonso, si no te vas al norte yo te regalo una vaca.

Se la había comprado al viejo loco aquel del *Palomón*; luego, uno de sus hijos igual de loco al viejo, peleaba que porque no se le había pagado la vaca.

—Páguenle la vaca a mi padre —donde quiera que me encontraba me reclamaba—. Páguensela, él está enfermo.

—Y tú también estás enfermo —le decía yo. Y primero sí me asustaba el canijo pero ya le fui hallando su orilla y se facilitaron las cosas. Yo le comenzaba a decir: “¿Es cierto lo que me platicaron, que tú eres Pedro Infante?” Y luego ya le cambiaba el semblante.

—Sí soy, nada más que no me gusta que sepa la gente, porque piensan que estoy muerto.

—A ver, cántate una canción para creerte. —Y luego se aventaba ésa de “que me echo un gallo y un changuito me vacila”, pero se la sabía completita y ya con eso me soltaba con lo de la vaca. Mi papá se burlaba porque no creía que me animaba a irme; ya ves, tenía catorce años.

—¿Cómo ves? —le decía a mi tía—. Se quiere ir a Estados Unidos con *coyote*, ja, ja; si se va, pronto te vas a acordar de las tortas que se comen aquí.

Yo le vendí la vaca a él mismo, le dije que era para gastar en la fiesta de La Candelaria, pero ya traía mis planes de irme.

—Vas a llorar al acordarte de las tortotas, ja, ja —me decía, porque no creía que sí me animaba a irme.

Ya con ese dinero entonces me fui. No aguanté en Texas y fui a dar a Dixon, en California. Pero mi papá me la creyó hasta que le llevé a Chuy Loza, y entonces sí se *agüitó*, no creas. Es que quería que yo me quedara a estudiar; todos mis hermanos se habían ido de mojados, quedaba yo, otro más chico y mi última hermana, pero yo era el que seguía. Yo fui a meterme a la universidad, iba con dos amigos cuando se hacían las solicitudes en el edificio bonito, ése que está por Juárez; yo era el más animado, Pulido no estaba seguro y el *Mono* ése nada más nos iba acompañando, él

ya había terminado la preparatoria. Llegamos y había una colota como de a media cuadra; ya llevábamos la solicitud llena y faltando unos poquitos para que siguiéramos nosotros, dije: “no, yo no, siempre no le entro”.

—¿Cómo que no? —me decían mis amigos—. Pero si es por ti por lo que vinimos.

—Pues no le entro, mejor me voy a Estados Unidos.

—Entonces préstame el dinero para hacer solicitud yo —dijo el *Mono*.

Él entró a la carrera de contaduría y Pulido a la preparatoria, así pasan las cosas, a veces los planes cambian de un rato a otro. Fue así que me animé para irme a Estados Unidos, y cuando llegué a Dixon con mi hermano, me consiguió trabajo inmediatamente porque a él lo veía muy bien su patrón, que era un chinito, se llamaba Edgar Yan; había muchos de Acatic ahí y el peor error fue ése, trabajar donde había muchos del pueblo. Había dos que, en especial, eran los que caían más gordos que todos, uno era el Fermín de Loa y el otro era el *Rescoldo*, vieras qué *mala leche* eran esos dos; tenían mucho tiempo trabajando ahí y seguramente pensaban que uno iba a quitarles sus trabajos. “Son mas duros los tenajales que la misma cal”. En todo momento querían quedar bien con el patrón y ponerlo a uno en mal. Estaban otros dos que venían de Texas, pero eran mexicanos: Guadalupe y Rubén López; ellos querían mucho a mi hermano y Rubén era el mayordomo, así es que las cosas se acomodaban aunque otros no lo quisieran a uno. El trabajo era en el riego y éramos como unos treinta de planta; de mis conocidos estaba Octavio el de Lucio Barrios, el *Bodoque*, el *Topo Gigio* y muchos de Michoacán. Cuando empecé a trabajar pues todo iba bien, porque yo ya sabía trabajar el tractor, ya había sembrado mucho en el pueblo, eso era mucha ventaja, y luego, con tantos supuestos amigos de Acatic, a mí no me gustaba bajarme ni a *miar*, quería que todo rindiera mucho, y luego salí bien *derechero*, hacía mis rayas y mis cortes bien boni-

tos, cosa que no es fácil con los tractores: tú te subes, vas haciendo los surcos y piensas que vas bien, pero al llegar a la otra orilla ves todas las curvas que te quedaron; a mí no, a mí me salían bien derechitas. Un día llegó el viejo, el chinito que era el dueño, yo no lo vi de primero, pero me esperó en la orilla y me dijo:

—Usted trabajando muy bien.

Yo me sentí como pavo real.

—Si usted trabajando así siempre, yo aumentar y dar bonos.

Con eso, yo andaba como dice Mayito, “en chinguiza”. Y sí me la cumplió el viejo, bien pronto me aumentó el sueldo, pero eso generó celos con mis “amigos” de Acatic; bueno, la verdad muy *gachos* eran éstos dos: el Fermín y el *Rescoldo*; todos los demás eran buenas gentes, pero fíjate lo que hacían cuando se dieron cuenta de que me aumentó el sueldo el chinito.

—Bájate, hazte pendejo un rato, ¿para qué haces más rico a ese chino hijo de la chingada?

Y en algunas veces que sí me bajaba por algo, pero no para dejar de trabajar, iban con el Edgar:

—El *chiquito cuñado* se está haciendo pendejo —me decían “chiquito cuñado”—, ha estado toda la mañana abajo, no se sube para nada a la máquina, nada más sabe que vas a andar tú y se sube, pero en cuanto no estás, se baja, es “bien listo” el cabrón.

Bien malas gentes ese parecito. El *Topo Gigio* era un amigazo, gente hecha de buena madera: “con amigos a robar, con pendejos ni a misa”. Con estas cosas me fue mal, y con otra que me “hallé sin escarbar”: resulta que un sábado, como yo no tenía carro, mi hermano me prestó el de él, y como había escaseado el trabajo, yo agarraba a veces chambitas con las que le pagaban a uno un dinerito extra. Me pusieron a regar en el rancho que había trabajado y llegué un sábado ya tardecito, y se juntaba mucha gente para echar relajo y tomar cervezas; pues estaba un señor que se llamaba Tomás, no me acuerdo el apellido, era de Zacapu, Michoacán,

y estaba también René Anaya, de Acatic, ahí en la bolita estaban jugando *vencidas* y entonces les dice René:

—Con este chavalo yo les juego unas *vencidas* de a cervezas para todos.

Yo ni tomo cerveza y ellos eran pura gente ya grande; ese Tomás, que le agarró la palabra a René, me ganaba como entre unos diez o quince años, yo de catorce y él como de treinta, ya talludo, viejo; yo bien *cría*.

—¿A éste me echas? —dijo el mentado Tomás.

—A este mero, y cuéntense para las cervezas —le dice René.

—Son veinticuatro —dijo uno del público beneficiado.

—Pues de a veinticuatro cervezas —les echaba *blofes* René.

Y seguro el gallo para las *vencidas* era ése, porque ahí se concentró todo el relajo. Yo sin tomar cerveza, el único que iba a trabajar esa tarde, y ya en medio del remolino; y es que en Acatic yo ordeñaba muchas vacas y sí tenía fuerza para las *vencidas*. Entonces se me arrima.

—¿Serás el diablo? —que me dice.

—¿Y tu cagarás pan Bimbo? —le contesté, poniéndome bien serio, no me le podía dejar encimar porque si te “huelen la manteca” nunca te los puedes bajar.

—Pos échame a tu chavalo de a las cervezas que contaron —dice el Tomás.

Empezaron los chiflidos y los gritos; todos ganaban con el morbo, por lo menos una cerveza y perdiera el que perdiera. Ya nos acomodaron una mesita y le gané al greñudo; traía unos pelos así parados como de plumero oaxaqueño, porque así se usaba. Perdió, y en su corral, casi todos eran de Zacapu, puros amigos de él, pensaban que como estaba muy chiquillo, me iba a ganar, y luego René, como es de *plebe*, tenía para todos. En un cigarro que ya lo traía preparado, le había sacado el tabaco y le había metido bien dobladito un billete de a dólar, y siempre que se trataba la plática de los “brujos” de Acatic, decía:

—Pues aquí traigo dos pruebas de que los brujos hacemos magia.

Luego prendía su cigarro y decía:

—Préstame tu cerveza.

Se mojaba bien las manos y luego apagaba el cigarro como cuando agarran el molinillo para hacer chocolate: lo refriegan fuerte con las manos, entonces saltaba el dólar y les decía:

—¿Ya ven que los de Acatic sí somos brujos? Ésta fue la primera prueba, falta otra —decía, y ya tenía a toda la gente bien atenta y a risa y risa; para eso era un genio, para entretener a la gente, bueno, y también para chingarla.

—Ahí les va la otra prueba —decía, con todo el público embelesado—. Ahora le voy a pegar una pata en el culo a uno de ustedes.

Y es que dicen que los brujos de a de veras, hacen que se te *engarruñe* una pata y se te quede así recogida y solamente otro brujo te la puede *desengarruñar*; cuando eso sucede, la gente dice: “a ése lo embrujaron, le pegaron una pata en el culo”.

—¿Quién quiere que le pegue una pata en el culo?

Y cuando alguno estaba descuidado con el relajo y René moviéndose por todos lados, le llegaba por detrás y le ponía un *patadón*.

—¡Les dije! Ya le pegué a éste una pata en el culo, ja, ja.

Pues hicieron una pachanga. Yo, de pollito, le gané a un gallo y en su gallinero, me fui a trabajar y todo felicidad. Pero no duró mucho, al otro día vuelvo al rancho, ellos todos juntos los de Zacapu, yo solo, sin el brujo de René y sin la pata en ningún lado; pues comenzó a provocarme el canijo, yo a contestar lo menos posible, pero no me podía quedar callado, todos en mi contra, burlándose de lo que fuera, dando lata y picándome la cresta. Mi hermano me había llevado en su carro y me dejó porque él iba a lo suyo; ahí estoy yo solo con mi lonchecito. Me puso una chinga que casi me mató; a mí me dio mucho miedo porque casi me ahor-

có. Yo con mi trabajo cumplí como pocos, era un niño de catorce años y me aguanté el invierno como los meros meros. Hubo un tiempo en que ya no hubo nada, que entonces me fui a Los Ángeles con mi otro hermano; él se había casado y quería hacer una casa, entonces se vino a Estados Unidos y me habló:

—Vente a Los Ángeles, ¿qué vas a hacer allá solo y sin trabajo?

Pues me voy a Los Ángeles; bueno, primero en Santa Ana y luego conseguí yo jale en Los Ángeles, y después mi hermano también con Arturo el del cuate. Yo trabajaba en una bodega de ropa y no tenía papeles; vivimos juntos los tres un tiempo: mi hermano, Arturo y yo. Donde vivíamos no teníamos muebles ni teníamos nada, solamente un colchón de mi hermano. Era un relajó, primero vivíamos nada más mi hermano y yo por la calle Figueroa, luego cayó Rafael y ya éramos tres, pero entregamos el departamento y nos invitaron unos de Acatic, pero no le dio mucha confianza a mi hermano, alguna cosa vio mal y nos quedamos a dormir en su carro dos noches; donde vivían los de Acatic parecía embajada, dormían muchos en un departamento, y la verdad, la mayoría eran buenas personas, pero había dos *alzaditos* con los que no congeniábamos pero nada; entonces, mejor a dormir al carro y después Dios dirá. Uno por menso, el hotel valía treinta dólares, pero ahí vamos al carro a dormir en la calle. Después rentamos un departamento y nos llevamos el colchón en el toldo del carro, y es cuando Rafael se vino a vivir con nosotros. Cuando supieron algunos de los amigos que estábamos por allá, me consiguieron trabajo:

—Acá hay una chambita para que no estés de *embalde* —me avisó el *Guasana*.

Me consiguió trabajo donde estaba él, en una bodega de ropa de la Sears, por la calle Olímpica; esa ropa la maquilaban acá en México y luego la llevaban a Estados Unidos; la bajaba uno en puros rieles y la separábamos por talla, después le ponían etiqueta y lo que le hiciera falta; más adelante la sacaban para distribuirla

en las tiendas Sears. En ese lugar me quedé seis meses, que era lo que nos habíamos propuesto para luego regresar a Dixon, que es lo que nos gustaba a nosotros: el trabajo en el rancho, que es lo que uno sabe hacer porque lo conoce. Se ganaba poquito pero “más vale un día de a centavo que un día de a nada”. Todas las mañanas yo llegaba bien almorzado porque llevaba lonche, pero cuando salía a comer iba siempre a un restaurantito que estaba ahí, de ésos que se ponían en un puestecito, era de un italiano y yo todos los días me comía mi hamburguesa, dos o tres coquitas chiquitas y un pedazo de pay; nada más eso sabía pedir, pero estaban bien sabrosas. Uno iba de acá con muchas ganas de eso, aquí no se les conocía, a mí se me hacían bien sabrosas aunque diario comiera lo mismo. Para otra cosa que éramos bien *chillados* mi hermano y yo, era para el cine; los miércoles cambiaban películas y podías ver las tres que tenían y luego las otras tres que ponían de estreno, así es que esos días veíamos seis; imagínate el tiempo que estábamos viendo cine sentados. Salíamos cansados, contentos y marihuanos, porque siempre había muchos negros echando mota. Estaban de moda las películas de Bruce Lee, y todos pegaban gritos y brincos como él; para *cerrar con broche de oro*, te daban de promoción una tabla de bingo, y al que ganaba le daban cincuenta dólares; estaba suave, bien barato las seis películas y donde te ganaras el premio, salías con cincuenta dólares en la bolsa. Yo cuando empecé a trabajar usé el número de seguro de mi papá. De otras cosas que necesitaras, había un muchacho de Acatic que te hacía pasaportes, mica, seguro y lo que quisieras, yo pagué todo eso y me lo entregó en media hora, le saqué copias para menos delito y con eso me presentaba donde iba a pedir chamba; con eso entré a trabajar con Lozano.

—La voy a investigar —me dijo para ver si me asustaba.

—Investígala —le dije. Ya rompió el papel, pero no es requisito, ellos no tienen problema porque si les llegara a caer Migración ellos podrían decir:

—Estos papeles me mostró, yo no sabía que eran falsos.

No era nada de duro en ese tiempo, había muchas patrullas de Migración pero casi no molestaban; yo con el seguro que tenía hasta podría “colectar”.¹ Nunca te pedían ningún documento; hasta hace poquito se puso difícil. El desempleo que yo cobraba estaba a nombre de Paul Johnson; yo lo que hacía cada quincena era cambiar el último número y así le ibas atinando al de otra persona, pero ya no te investigaban tanto; te daban bien poquito, como ochenta dólares, pero era gratis; es como dice el dicho: “igual que la *chiche* de abuela, que no llena pero consuela”; es que yo ganaba poco cuando trabajé en Los Ángeles. Ya me estaba desesperando, cuando me habló mi hermana:

—Vénganse, ya hay trabajo acá.

Entonces nos fuimos los dos para “arriba”, para Dixon; mi otro hermano trabajó con Alonso y nos cambiamos para con él ya los tres, y es que eché pleito con el chino y no volví ahí, con el del rancho ése de que nos agarramos a trancazos el Tomás y yo; las *vencidas* fueron un sábado y al otro día que me dejó mi hermano con el lonche, ya a la hora de la comida empezó a chingue y chingue, ya traía su plan, que le jugara otras *vencidas* y otras *vencidas*; *me llenó el costal de piedritas* y me lo volví a bailar, pero lo que quería era un pretexto para golpearme; andaba borracho y ahí está a búsqueme y búsqueme hasta que le menté su madre y al rato ya estábamos bien trezados; tenía su barbita así como de diablo y era muy fantoche: le mentaba la madre a Satanás, él y otro que se llamaba Blas, los dos se mataron luego, se fueron a un canal con todo y máquina, andaban borrachos casi diario. Cuando nos peleamos, ese Blas me detuvo en un ratito en que yo lo iba dominando, ¿pero qué podía hacer un chiquillo de catorce años con un hombre como de treinta? Cuando mucho ganarle a las *vencidas*, como ya lo había hecho.

1. Cobrar el seguro de desempleo, que es un programa gubernamental.

—Espérense, para qué se andan peleando —decía el Blas cuando me despegó de con él.

Todos los que estaban ese día, eran de su pueblo, de Zacapu, no había ningún *desapartador* de mi parte. Al ratito yo ya no conocía a nadie, sería por el miedo, por el coraje o porque todos traíamos unas sudaderas igualitas, de ésas que traen un gorrito; todo mundo traía su sudadera con gorrito, de ésas que lavabas y encogían mucho, a la segunda puesta ya las traías de brasier; valían como diez dólares y de todo el rancho no había un alma que no trajera de ésas; lo que tenían es que eran bien calientitas. Pues a la mitad del pleito, hubo otro momento en que lo andaba dominando y cayó junto a una bota que estaba ahí, de ésas que estaban de moda, que decían en la televisión “de plataforma y con mucho tacón”, bien pesadas, y que agarra una y me dejó caer un madrazo aquí abajito de la oreja con el tacón; *no'mbre*, me sacó tiras de cuero; yo le puse unos rodillazos a llore y llore y a putazo y putazo; sí estaba uno de Acatic, ya me acordé: el Octavio, pero nunca se metió a desapartarnos, yo cuánto hubiera querido que dijera lo mismo que el Blas:

—Espérense, ¿para qué se andan peleando?

Pero nada. Luego que me agarra de aquí del pescuezo con unas uñotas que traía como de gavilán, me peló el pescuezo y fue ya donde sí me lo quitaron, sentía que me iba a ahorcar; yo no podía dejar de llorar, ¿qué hacía? A la hora de la salida fue mi hermano por mí, es el hombre más buena persona que he conocido, nunca pelea pero cuando le duele algo muy fuerte, con nada lo puedes detener.

—¿Qué te pasó? —me dijo asustado, y es que se veía muy feo.

—Me chingó una pipa, le dije.

—Ponte abusado, por poco y te degüella.

Yo no quise que le platicaran nada porque sabía que la cosa se podría poner muy fea, pero “si las buenas noticias caminan, las malas vuelan”, no faltó quién le platicara después, donde jugaban

baraja o cuando iban a los bailes; a mí nunca me preguntó ni me dijo nada; a mí me platicaron otros porque todo el pueblo lo supo, pero dicen que llegó mi hermano:

—Amigo Tomás, este, vamos a que me ayude a cortar unos elotitos.

—Cómo no, cuñado.

A él le decían *cuñado* y a mí *chiquito cuñado* porque el chinito, cuando llegó mi hermano y se hizo muy amigo de él, ¿ya ves que se usaba decir “vale”, “hijo”, “cuñado”, igual que decir “amigo”?, pues mi hermano a todos les decía cuñado y a él se le quedó como sobrenombre, y cuando yo llegué el chinito me decía *chiquito cuñado*. Bueno, pues que se lleva el *cuñado* al Tomás allá para unas yuntas, mi hermano traía una camioneta Chevrolet verde bien brincona, allá se lo bailó sin que estuvieran sus despartadotes, y él le decía “perdóname *cuñado*”; si yo vi cerquitas la muerte, él andaba como si estuvieran agarrándose la mano. Ya cuando regresé a los seis meses y que llegué con mi otro hermano, me dijo el mayor, el *cuñado*:

—Vamos con el chinito ése, quedó muy contento con tu trabajo y con el mío.

—No —yo le dije—, él quedó contento pero yo no, no me dio bono al terminar el temporal y me lo había prometido.

—Entonces vamos para “tirarle el arpa”.

Y fuimos ya los tres.

—Amigo Edgar —le dijo mi hermano—, a todos los trabajadores les dio bono, pero al *chiquito cuñado* no, ¿por qué?

El chinito tenía un ojo de canica y cuando algo no le gustaba lo cerraba, vi que así se puso y yo pensé “mal negocio”.

—Bono saliendo del corazón —dijo el chinito.

—Pero yo le trabajé muy bien y usted me dijo que si le seguía así me iba a aumentar el sueldo y me iba a dar bono, sí me aumentó el sueldo pero no me dio bono como a todos; no dejó a nadie sin bono, nada más a mí.

—Bono saliendo del corazón —repitió.

—Bueno, pues entonces vaya y chingue a su madre.

—¿Oíste lo que dijo, *cuñado*? —le preguntó a mi hermano.

—Sí, sí lo oí, y aquí te dejo tu chamba, nos vamos a buscar a otro lado.

Fuimos a hablar con Alonso, uno que tenía el rancho más bonito, “caballo grande, ande o no ande”; nos agarró a los tres hermanos y trabajamos muy a gusto, pagaba más que ningún otro y nos lo consiguió el *loco de don Emilio*. Fíjate que de todos modos el viejo era muy déspota; yo acompañé al *loco* cuando fue, primero le pidió para uno de mis hermanos, no para los tres, entró como a su casa y lo saludó como si lo conociera de toda la vida y hasta hablándole de tú; yo por lo que había oído, pensé “este nos va a echar al camino con unas buenas maltratadas”.

—Buenas tardes, amigo Alonso, vengo a recomendarte a este amigo que es de mi pueblo, me mandó contigo un buen amigo mutuo que se llama Bill Davis.

El viejo le pelaba unos ojotes y no se sabía cómo iba a ser su respuesta. Pero el *loco* no paraba de hablarle como si fueran cuatuchos.

—Este muchacho es muy bueno trabajando; así lo verás flaco, pero es una hormiguita, no para nunca, no llega tarde, no toma, su religión es el cumplimiento, muy bueno este hombre; si no sirviera yo no te lo vendría a recomendar y mucho menos a usar el nombre de nuestro buen amigo, claro, tuyo y mío, el buen Bill Davis...

Pues se la creyó y lo contrató, luego entramos los otros dos y bien suave. El viejo era déspota pero nosotros siempre cuidamos bien de no dar el más mínimo motivo. Una vez corrió a uno de Acatic solamente porque se sentó con la pata cruzada.

—¡Lo mismo puta! —le gritó, y es que no hablaba bien español—. ¡Lo mismo puta, bájate! —le quiso decir que se sentaba como mujer.

Y es que las primeras máquinas no eran hidráulicas, tenían un *clutch* y unas palancotas bien duras, le pisas el freno de un lado y va dando vuelta, con ésta la vas dirigiendo y con esta otra le das vuelta, y luego al contrario: con ésta la vas dirigiendo al otro lado, no usas el *clutch* casi para nada, y el amigo se sentaba así con la pata cruzada arriba del asiento; pues el viejo lo paró y lo bajó de la máquina.

Un año fui con Jesús, el de Bartola Rivera por el lado de Tijuana, él cruzó la línea con sus papeles y yo me quedé con gente desconocida, no llegué ni al hotel, me fui directo adonde pasaba toda la gente.

—¿Tú eres de los que van con Tony? —me preguntó un *coyote*.

—No, yo ando solo —le dije; me dio miedo.

Brinqué una carretera y llegué a un bordo alambrado; yo creo que había unas mil gentes, ahí se me quitó el miedo y me les *acua-té*; así, sin conocer a nadie, me metí en la manada. Vendían ahí dentro, porque ya era en Estados Unidos, vendían tacos en sus puestecitos, caminaba uno en unas barranquitas y había gente vendiendo té y canela con sus baterías iluminando por donde pasaba uno. En eso que llegan patrullas de Migración, y luego un helicóptero, y la corredera, pero ¿cuándo agarran a tanto?; yo me les pegué a unos que iban en grupito. Ahí no agarran a nadie, solamente lo desparpajan a uno, pero ya más adentro si está difícil. A nosotros más adelante se nos pegó una perrera; yo ya me había hecho amigo a otros tres de ese grupito; se nos dejó venir y nos subimos a un cerrito bien parado; la patrulla patinaba las llantas y no pudo subir. Nos gritaban que nos bajáramos.

—*Fuck you* —le contestaban los *coyotes*.

Son bravos y sabía que aquéllos no podían subir; les chiflaban y les hacían señas, a maltrate y maltrate. No se subían más porque pensaban que les podíamos aventar piedras rodando. De ahí nos fuimos a San Isidro y los *coyotes* nos metieron en una *trailita*; toda la noche, un zancudal insoportable; éramos como unos veinte y ya cuando amaneció llegaron en una camioneta blanca, grande, sin ningún asiento y nos acomodaron a todos; era un tiradero, todos tan amontonados que siente uno ahogarse. Un calorón; de ahí caminamos como una hora según recuerdo, nada más se veían los árboles porque íbamos acostados y no podíamos ver a los lados.

—Bájense —nos dijeron.

Todos entumidos brincamos y vimos un tráiler enfrente.

—Métanse rápido —nos dijeron, señalando un cuadrito bien chiquito allá pegado a la caseta.

Yo me fijé que era un fondo falso tapado con tabla roca; si tú lo ves desde atrás, parece que es donde termina la caja del tráiler, pero dejaron un espacio bien estrecho, donde nos apretaron como cigarros, ahora parados, con un calorón, los cuerpos bien pegados todos, se siente muy feo, yo creí que nos íbamos a ahogar.

—Todos callados —nos dijeron de fuera—. Vamos a llegar a la revisión de San Clemente.

Un niño chiquito comenzó a quejarse que no podía respirar y el señor, que seguramente era su padre, se desesperó y le pegaba fuerte al tráiler.

—Párense, que se muere mi niño.

—Levántalo hasta los agujeritos —le dijeron otros que lo vieron desesperado, y porque nadie se iba a parar ahora que era lo más peligroso.

—Párense, no me importa que me encarcelen, no voy a dejar que se muera mi hijo.

Unos venían que de Guatemala, otros de El Salvador, no sé de cuántos lugares. Cuando llegamos a la revisión el niño ya iba más calmado, lo levantaron a que respirara donde estaba el agujerito y

el papá ya no gritó, si no ahí nos hubieran agarrado a todos. Y no fue sencillo, porque había unas colas muy largas para la revisión, y quedarse sin mover, sin hacer ruido y sin que nos vieran, no fue nada fácil. Todos teníamos miedo porque entraba muy poquito aire, pero después de todo pasamos y llegamos a Santa Ana, ahí nos tenían presos como a unos cien; presos, porque no es otra la palabra, a los que no traíamos el dinero para el pago del *coyote* nos tenían encerrados. Nos daban de comer nada más huevos cocidos con tortilla y agua, nada de refresco ni otro tipo de comida, solamente huevos cocidos y agua para que no se muera uno. Mi situación personal fue que mi hermano había cambiado su número de teléfono y ni cómo enterarse que estaba yo ahí; con nadie más sabía yo comunicarme, llevaba solamente el teléfono de él.

Habían cambiado el número de teléfono porque donde vivía mi hermano estaba un salvadoreño que trabajaba de noche y todos los demás de día; llamaban buscando a alguien en la noche y no había problema, pero cuando llamaban en el día estaba nada más el salvadoreño y no lo dejaban dormir, entonces todos estuvieron de acuerdo en cambiar el número, pero ahí yo fui el que salí perjudicado. Preso en Estados Unidos y por *coyotes* mexicanos. Yo les daba el número y decía “háblenle de nuevo”. “Que no existe el número” es lo que siempre me contestaban mis aprehensores.

Estuve como tres días aprisionado. Casi siempre vivían allá todos mis hermanos y en esta ocasión estaba nada más uno y con el teléfono cambiado. Siempre que va uno de *mojado* hay que tirar todo lo que trae para que no quede ningún mal récord, no se lleva ni dinero, ni identificación, ni domicilio ni nada; entonces yo traía únicamente el teléfono de mi hermano. Otros de los prisioneros me decían:

—Yo llevo aquí dos meses.

—Yo nada más uno —dijo otro.

—Son bien *ojetes*, peor que la Migración —espetó otro más.

¿Y adónde hablaba yo a Acatic? había como veinte teléfonos, ni me los sabía y no hallaba qué hacer. Entonces a Jesús el de Bartola se le prendió el foco, se comunicó con mi hermano a Dixon y le preguntó que si no había llegado yo, que él sabía que había pasado con *coyote*; entonces se pusieron a investigar en Tijuana y hasta los tres días dieron con bola. Les dijeron: “está en tal parte, en tal teléfono”; y el día que me dijeron:

—¿Quién es Alfonso?

Se me alegró el corazón; luego escuché a mi hermano, ya todo fue alegría.

—¿Quihubo, pues qué pasó? —me dijo.

—Pues como no traigo dinero, aquí me tienen juzgado y preso. No sé en qué calle estoy para que mandes el dinero, son trescientos dólares de fianza.

—Yo lo llevo adonde me diga, pero antes entregan el dinero —les dijo uno de los carceleros.

Estábamos como cien, y de a trescientos dólares, ¿cuánto tenían invertido ahí? Los lugares eran bien chiquitos y nos metían a cada cuarto como a veinticinco; estaba uno sentado, no podías ni acostarte y a veces ni siquiera darte una estiradita.

—Alfonso, para fuera —me gritaron cuando ya habían recogido el dinero.

Ahí dejé a los amigos y me fui a Dixon con mi hermano; fue como en septiembre, mala fecha para trabajar allá, ya se estaba acabando la pizca del tomate; me fui de pura loquera, todavía estaba bien joven. Nada más trabajé quince días en el tomate y de ahí me fui a actualizar la mica chueca que compré con un conocido en la calle cuatro de Santa Ana, me costó veinticinco dólares; el papel del seguro social te lo vendían en diez; ahora cuestan cien la mica y cincuenta el seguro. Después me fui con Chuy Guerrero y nos dieron trabajo en un restaurante en Davis; duré nada más dos meses, se acabó el trabajo y todos se estaban viniendo para

Acatic; el trabajo era sencillo: le poníamos pan a la máquina y carne para las hamburguesas en Burger King.

Me regresé para Acatic, ya había sacado dinero para lo que pagué de *coyote* y me sobró; me vine con Paco, el Cano y el difunto Quique, les ayudé manejando para traernos la troca roja. Nos fuimos por el 10 que va a California para el estado de Texas; ahí hay otra garita, o sea que aunque vayas por dentro ahí te bajan, te agarra la *migra* aunque vengas para México. Me dijo Quique:

—¿Sabes qué?, te van a bajar ahí.

—Yo les ayudo —dijo el Cano—. Lo ponemos debajo del asiento de atrás, aquí donde van los niños. Traía sus niños con un montón de cobijas y así nos fuimos; cuando llegamos a la revisión le preguntó el *emigrante*:

—¿Cuántos son?

—Tantos —dijo el Cano.

—Pásenle.

El Cano se “aventó el tiro”, si lo hubieran agarrado hasta lo encarcelan; le quitan su camioneta, una Bronco que traía, y pierde muchas cosas aunque esté emigrado. Nos fuimos por ahí porque ellos iban a *agarrar el desempleo*; cada año hacían el mismo recorrido para *colectar*; no nada más ellos con los que venía, yo supe como de unos veinte de Acatic que hacían lo mismo: abrían el “desempleo” en un domicilio de Texas y le daban un porcentaje al dueño de la casa.

Llegamos en noviembre, me acuerdo que fue el día de muertos y me volví a ir en marzo, mi hermano se fue adelante y fue el año en que se mató. Me volví a ir por Tijuana y me salió el *coyote* en trescientos cincuenta, ya había subido, de entonces para acá ha subido mucho. Íbamos tres: Abel Rivera, el hermano más chico de Memo Padilla, y yo. Otra vez sin traer números de teléfono de *coyotes* ni nada, al “puro aventón”; llegamos al aeropuerto y al subirnos a la combi nos preguntaron:

—¿Adónde van?

—Al “otro lado”.

—¿Quieren *coyote*?

—Sí, pero uno que sea bueno, que no ande con chingaderas.

—No, vénganse, yo traigo puros buenos.

Nos llevó hasta el cerro, allá con un señor y un chavalillo; tratamos con ellos, en la noche hicimos el primer intento y nos fue bien, no vimos patrullas de Migración y nos llevaron a una gigantera que está en una presa muy grande en San Diego, que tiene una entrada al mar.

—Acuéstense ahí en las cobijas —nos dijo el *coyote*.

Yo me cobijé bien a gusto y me quedé bien dormido; uno de los que íbamos no se quiso acostar porque dijo que se “empuercaba” con esas cobijas; yo no, yo descansé mucho, no tanto por la caminata, que fueron como veinte minutos, sino por los nervios, cada vez que pasa uno es como si fuera a parir. ¿No iba a descansar yo porque estaban mugrosas las cobijas? El que no quiera, que no le entre, y como dice el dicho: “pájaro que no vuela, que vaya agarrando ventaja”.

—Al rato va a llegar un carro —nos dijo el *coyote*—. Estén alertas porque los vamos a subir ahí para pasar la revisión de San Clemente.

Cada rato se asomaba, nos dejaba al niño que traía, cuando, como a las siete de la mañana nos gritó:

—¡Córranle, quitaron ahorita la revisión!

Nos acomodamos acostados en el asiento de atrás, nada más los tres; hay ocasiones en que quieren abarcar mucho y nos llevan de a veinte, de a treinta, hasta con viejas que nomás van chillando, se caen, hay que irlas esperando y para colmo te agarra la *migra*. Así, de a tres o cuatro va uno bien seguro y los carros no se dan el sentón, porque cuando van de a muchos, unos en la cajuela y otros en el asiento de atrás, ahí va el carro casi arrastrando de atrás, bien fácil que se nota.

Fuimos a dar hasta Dixon, sin problema, allá rentamos un departamento entre cuatro: mi hermano, Adrián, uno de los Orozco y yo; todos estábamos trabajando en el riego con un hermano del padre Gabino. Mi hermano andaba arriba en las carapilas, a nosotros nos tocó de a pie; fue en los meses de marzo y hasta los últimos de mayo.

Dos conocidos de Acatic, de los que no quisiera acordarme de sus nombres, hablaron con el patrón:

—¿Ya sabes que a los que traes trabajando no tienen papeles?

—¿Cuáles? —les dijo él.

—Pues uno que traes en las carapilas y otros de abajo.

—Son muy buenos trabajadores, no me dan problemas.

En ese tiempo apenas había pasado lo de la amnistía, cuando arreglaron muchos sus papeles; a los empleadores que agarraran contratando indocumentados los fregaban mucho, les llegaban multas de a diez mil dólares y de a más. Ellos corrían sus buenos riesgos; entonces un día llegó Jesús, el *Tapón*, que era en ese tiempo el mayordomo con nosotros.

—¿Saben qué?, ya no hay trabajo, sus amigos de Acatic se fueron a *cagar* que ustedes no tienen papeles; esos hijos de su tal por cual fueron con el chisme. Mi hermano se cambió con otro rancharo, agarró el turno de la noche, traía otra vez una carapila y no duró ni quince días en ese nuevo lugar cuando se mató en la moto. Nos tuvimos que venir a traer a mi hermano.

La siguiente vuelta fue por Ciudad Juárez; íbamos nueve de Acatic, dos traían mica fronteriza y pasaron para esperarnos. Pasé nueve veces el río, nos corretearon los de la migra toda la mañana, empezamos desde la madrugada; yo me corté las manos porque estaba bien alto, no lo podía brincar y me apalanqué con las manos y me las corté toditas. Cuando pasamos, llegamos a una avenida donde debíamos de tomar un camión como de circuito, y yo bien lleno de sangre, la gente se me quedaba viendo; dije: “ahorita me van a agarrar”. Al cruzar caminaba uno pero no mucho, ya dentro

de Estados Unidos; serían como doscientos metros y cuando ibas casi llegando al *free way*, que es ya después de que pasabas el río en puros calzones y que uno se vestía muy rápido ahí en la orilla para correr, lo veían a uno en unas cámaras que tienen, y cuando veíamos una polvareda lejos, nos decía el *coyote*:

—Todos para atrás, vámonos al río a cruzar de regreso.

Se aventaba uno al río, se tenía uno que *encuerar* rápido para no perder tiempo; los de la *migra* nos tiraban resorteazos con canicas cuando íbamos saliendo al lado de México; a uno de mis compañeros le pegaron en una nalga y lloraba y se revolcaba del dolor; los de Migración se burlaban a carcajada abierta. Fue un trajinar desde la mañana hasta la noche, repitiendo la película nueve veces: encuérate y métete, córrele hasta el *free way*, córrele de regreso, encuérate rápido, cruza el río, cuídate de los resorteazos y de las burlas. Lo mismo todo el día, hasta que cruzamos en la noche y bien cansados; al final nos animamos nada más cuatro, ya no éramos todo el grupo; en la noche hacía mucho frío y ya hasta los calzones nos quitábamos porque al ponernos los pantalones encima, los empapábamos y se notaba mucho cuando estuviéramos en la ciudad. A uno de los compañeros que iba recién casado y había cargado con su esposa, le dijeron los *coyotes*:

—A ella la pasamos por otro lado.

Después supimos que la violaron, y el amigo ni qué hacer y ni a quién reclamarle. ¿O qué hacía el pobre? La llevaron quién sabe adonde y allá se la encontró cuando pudimos pasar, no en la noche sino en la madrugada; ya no vimos ninguna patrulla, agarramos el *bus*, yo bien lleno de sangre, me salió mucha, de aquí de esta parte, se me paraba un chorrito; traía una chamarra *beige* y la llené todita. Nos llevaron a un hotel y salimos a comprar ropa; ellos me dieron dinero para comprarla porque nos íbamos a subir al avión. ¿Y yo cómo iba a ir bien lleno de sangre? Teníamos que evitar la revisión de la carretera. Me sacaron el boleto y nos lleva-

ron de a dos en dos al aeropuerto; nos dieron una botella de agua a cada uno y nos dijeron:

—No vayan a estar volteando de un lado a otro, ahí hay Migración y no deben despertar sospechas.

Cuando llegamos al aeropuerto me fijé que de los mismos *coyotes* estaban llegando muchas parejitas, pero muchos menso empezaron como las vacas cuando las quieres meter a un corral: se hacen para atrás, se dan la vuelta; rápido los ubicaron y agarraron a un montón de éstos. Además, muchos traían el pantalón bien mojado, debieron de haberle hecho como nosotros: a quitarse los calzones, a pasar con el bultito arriba y a ponerse la ropa con una mediana secada, porque bien empapado el pantalón, pues era como decirles “vengan, acá estoy”. De los que yo conté, agarraron a siete, varios de los nuestros; a mí me tocó acuatar me con el *zancón*, nos metimos a la sala de donde se ven los aviones y ahí todavía se meten los de Migración. Yo me puse como a leer un periódico en inglés, así, sentado junto a una gringa que también estaba leyendo; eso sí, bien peinado, como becerro lamido, con mi gel y toda la cosa. Ya cuando me metí en el callejón ése para subirse uno al avión, dije “ya chingué”. Jessy López me consiguió trabajo en una fábrica; yo necesitaba tener seguro y me consiguieron uno bueno, trabajé a nombre de otro pero no era falso, la que sí era falsa era la mica, saqué una con el nombre del que tenía el seguro y con mi foto el otro documento, pues todo parecía bien; pero cuando se tuvo que ver lo de la aseguranza, ahí sí que se echó a perder todo porque se fijan en la edad; ni hablar, perdí ciento treinta dólares que invertí en la mica y el seguro. Conseguí otro seguro a nombre de otro amigo de Acatic que tenía más o menos mi edad, porque el anterior era mayor que yo como treinta años. Me pasó la numeración, compré otra mica con su nombre y mi fotografía, pero investigaron su seguro y resultó bien quemado, debía mucho dinero; a empezar de nuevo; me mandaron otro número y saqué otra mica de a ciento treinta dólares y también

resultó bien quemado su seguro; otro con el número del hijo de este hombre, el último que me lo había prestado, “hijo de tigre, pintito”, también quemado. Me dieron otro y con ése sí pude trabajar casi un año. El problema es que se lo prestan a varios y luego algunos cobran el *income tax* poniendo como a diez personas como si fueran sus dependientes y eso va creando malos récords en el seguro.

Después de la *rejolina*, trabajé a gusto un tiempo; coincidí con un amigo de Acatic que es compositor y cantante, era en un rancho cuidando caballos. Fue de los mejores trabajos que tuve, era lo mío, me visitaban muchos amigos diario, hasta en sábados y domingos; todo el día bañando caballos. Todo era gusto, plática y alegría hasta que se atravesó la marihuana: un día el amigo aquel que le dijo a mi anterior patrón que yo no tenía papeles y que terminaron corriéndome, me visitó y me dijo:

—¿No has visto mota por aquí?

—No —le dije—. Yo no he visto.

—Me dijeron que allá, antes de pasar el canal por donde está el camino de grava, después de donde termina el pavimento, ahí a mano derecha.

—No he visto ninguna planta.

—Voy a invitar un amigo y vamos a revisar, si de veras hay, nos la vamos a llevar.

—Yo no hice caso; se le olvidó el detalle y en una ocasión que estábamos en las caballerizas poniéndoles sillas a los caballos, llegó a visitarnos otro amigo de Acatic y dijo:

—Oigan, inviten, huele a pura mota.

—Pues nos hallamos unas plantas ya bien *trajinadas* con poco producto —le contestó el amigo que me había preguntado días antes.

—Pues mucho cuidado porque si llega la patrona, adiós trabajo y hasta al *bote* van a ir a dar.

Lo que ya habían pelado de las plantas y que no se habían fumado, lo echaron en la caja de un tráiler viejo, era un puñito, yo creo que no llegaba ni a la media libra. Otro de ellos, viendo todo el asunto, les platicó a otros trabajadores:

—Si quieren mota, vayan al rancho fulano.

Yo me fijé que en los últimos días, por las tardes, se arrimaban unos desconocidos, llegaban y se quedaban detrás de unas pacas que estaban en el camino, no se animaban a llegar hasta dentro; duraron tres días echando ojo, se veían bien amolados, parecían *matados de rayo*. Un día entró uno de ellos, negro, mal *encachado*.

—*Quihubo* Óscar —me dijo.

—Yo no soy Óscar.

—Aquí se robaron marihuana, ¿dónde está?

—Yo no soy Óscar y no se nada de marihuana, yo nada más aquí trabajo.

—No te hagas pendejo, hijo de la chingada —me dijo, y sacó una pistola que traía metida en el pantalón, en la parte de atrás.

En eso ya venían otros dos por el camino con un rifle cada uno se quedó otro dentro de un carro y traía una pistola en la mano. En total eran cinco: dos gabachos, un negro, un muchacho de Tamazula y otro de Acatic.

—Vámonos —me dijo el negro—. Llévame al tráiler.

Ellos ya sabían que estaba la mota en un camión que estaba estacionado junto a un lienzo charro; tenía candado, y uno de ellos, el de Acatic, le empezó a tirar balazos para abrirlo, como en las películas, pum, pum, pum, se oían los plomazos; el negro me puso la pistola en la cabeza y yo tenía mucho miedo porque todos andaban bien marihuanos.

—No, cálmate —le decía el de Tamazula al negro; sí lo creía capaz, o por lo menos le tenía desconfianza que fuera tan menso y me fuera a matar.

No pudieron abrir el candado a balazos y consiguieron una barra; tuvieron que tumbarle la puerta al tráiler; se metió el de

Acatic y sacó un costalito con la mota; todos estábamos retirados pero viendo todo.

—¿No que no había nada, cabrón? —dijo.

Y el negro me golpeó con la pistola y se le fue un balazo, me pegó bien fuerte con la cachapa pero el cañón quedó apuntando para arriba en el momento en que le apretó al gatillo. Me salió mucha sangre; luego, el muchacho de Acatic me tiró balazos, a no pegarme pero sí asustarme, con sangre fría; me pasaron muy cerca, no se le veía miedo en que me fuera a pegar algunos; tan aventado el menso que casi le pegó al negro que me estaba golpeando. En ese momento venía un carro de alguien que vivía ahí abajo.

—¡Aguas! —gritó el de Tamazula—. Ahí viene alguien.

—Vamos a venir en la noche —me dijeron—, y si no tienes veinte mil dólares te vamos a partir tu madre.

Yo conseguí dos pistolas, una 357 y una 22; pero encontré tiros nada más en la Wall Mart. Un tiempo vivieron conmigo dos amigos porque nos prestó la patrona ahí para no pagar renta, pero ya se habían ido y estaba solo; estaba asustadísimo, me la pasé junto a la ventana, despierto; pasaba un carro y pensaba: “ahí vienen”. Amarré una perra *rot wailer* con un hilo de alambre para que corriera así, con una argolla toda la noche, y con unos faros grandes iluminé bien el camino de ingreso. Nunca llegaron.

Manuel, uno de mis amigos, me había regalado una camioneta y como ya se habían regresado todos para Acatic, lo que hacía siempre era cargarle dos pacas de zacate y ahí metía las dos pistolas. Ya me había hecho el ánimo de que si me salían, les tiraría unos balazos. Ya estaba solo todo el tiempo. Una vez que visité a un amigo que le dicen el *Barbón* y no sé ni cómo se llama, tomé casi toda la noche, cuando venía para agarrar el camino del rancho, por lo borracho y porque estaba lloviendo, me equivoqué y me metí al *free way*. Me salí a una gasolinera y una muchacha me decía que no me fuera a ir, yo creo que me vio curveando; entonces cuando me bajé, dejé las llaves adentro y llegó un policía, me

arrestó, estuve tres días en la cárcel y me dieron un citatorio para comparecer a Corte. Fui el día que me dijeron y una muchacha revisó el documento y me dijo:

—Tú no tienes citatorio para Corte.

—Pues aquí está el documento que me dieron.

—Sí, pero no apareces citado a Corte.

No sé a razón de qué, no me hicieron cargos de nada, ni quedó mal récord. Cuando sí tuve problemas fue cuando me agarraron con el *Flaco*, no traía placas y además iba bien borracho, nos salió un sheriff en una entradita de un ranchito, se echó en reversa y nos tapó el camino, se bajó y nos dijo:

—Estoy buscando una *trailer* con caballos. ¿No la han visto?

—No —dijo el *Flaco*—. No hemos visto nada.

—¿Conoces a éstos? —le dijo el *sheriff* a una señora que iba con él.

—No, no los conozco.

—Hace quince días la robaron —nos explicó.

Ya nos fuimos; como que no lo notó borracho, pero andando ahí mismo en los ranchitos, nos volvió a salir de frente y el *Flaco* se sacó rápido a otro camino; yo le decía “no te vayas, te vas a hacer de delito”; dicho y hecho, nos siguió, nos paró y cuando investigó los documentos del *Flaco*, le dijo:

—Tienes orden de arresto, no puedes manejar.

—*Okey okey, no problem* —le decía el *Flaco*, pero ya bien derrotado.

Nos esposaron y nos dijeron que nos iban a tener un rato en la patrulla mientras registraban bien la camioneta; a mí me dijo que no me iba a llevar porque no encontraron antecedentes. Luego nos llevaron adonde vivíamos y me dijo:

—¿No tienes frío?

—Sí, sí tengo.

—¿Tienes una chamarra?

—Sí, ahí está una en el clóset.

—Préstamela.

Y ahí fue donde me torcieron, traía dos identificaciones con diferente nombre y con mi foto, de ésas que compraba para tener seguro social; yo ni me acordaba que ahí las traía cuando me llegó así por un lado y me enseñó en el vidrio las dos credenciales.

—¿Cuál eres tú, cuál es tu verdadero nombre?

Ya no hubo escapatoria; me metieron a la cárcel y eso no me preocupaba mucho porque uno se va acostumbrando a todo; lo que sí me dio mucha tristeza fue el ver que un viejito que trabajaba en el rancho, al ver cómo me tenían y que me llevaban preso, se orinó en los pantalones de nervios. Me estimaba mucho, no tenía familia y ganaba buen dinero, tenía cervezas y vinos de todos, siempre me invitaba; lo vi muy triste y cuando se sintió orinado le dio mucha vergüenza y se *amozongó* en el cuartito donde vivía.

XIX

Estuve en prisión por vender *jale*

Yo de bracero, tengo historias desde mi abuela, quien se pasó de *mojada* en varias ocasiones; en una de ellas fue a “chivear”, que es como le dicen a eso de comprar y vender *fayuca*, y le robaron su bolsa con mercancías en el tren, la del dinero no, porque la traía en el seno; ya tenía como setenta años de edad cuando le sucedió eso. Ella platicaba:

—Bueno, pues ya estaba en Laredo, ahora ni modo de regresarme sin nada, le pedí a un *coyote* que me pasara y como ya me vio viejita, me dijo:

—A usted le cobro nada más veinte dólares.

La pasó en una lanchita y la cruzó por el río. Ya estando en el campo la llevaba del brazo y escondiéndola entre los matorrales de la *migra* y de un helicóptero que andaba rondando.

—Bueno, hasta aquí llegan mis servicios —le dijo el *coyote*.

Ella decía que sentía que se le salía el corazón del miedo. Fue hace mucho tiempo, todavía existía el tren de pasajeros que iba a Laredo, de eso hace fácil más de treinta años. En otra ocasión que también la quisieron robar, correteó al ratero, lo agarró, dio aviso al garrotero y cuando llegaron a la estación lo bajaron y se lo llevaron a la cárcel. Cuando llegaron a la siguiente estación le preguntaron:

—¿Qué le robó el señor?

—No, nada.

—¿Entonces por qué le pegó?

—Bueno, de robarme, sí me robó, pero se lo quité.

Me acuerdo muy bien que una vez que fue a la fayuca nos trajo una licuadora; nos hacía unos *chocomiles*, bien sabrosos que nos caían.

Yo siempre pasé la frontera con papeles, primero con unos de a doscientos dólares para los *coyotes*, después más caros, y al final ya con los oficiales, ja, ja, ja. Mi papá se fue también joven para allá; aquí en la colonia estaban apenas metiendo la luz, fue como a finales de los años sesenta; eso fue la luz, el agua potable, hago de cuenta que no la han metido porque nunca hay, ja, ja, ja; a lo mejor para el año 2015. El señor cura que estaba en ese tiempo fue el que encabezó los trabajos para que pusieran la electricidad; mi tío Ubaldo lo invitó para padrino de su muchacho porque veía que don pancho el de la tienda lo había convidado para que le apadrinara un muchacho, y en los tiempos de las fiestas del pueblo le regalaba zapatos, fajos, dulces; muchos regalos, y mi tío, con esos piensos lo invitó, pero a su hijo nunca le dio nada, ja, ja, ja.

Antes de que me dieran papeles, pasé siete veces, todas por un mismo lugar, por Tijuana, por la parte alta, y hasta la séptima la hice. Antes de eso, nos fuimos dirigidos por una persona de aquí de Arandas; nos dijo:

—Yo los llevo y les cobro la mitad de lo que les quieran cobrar los *coyotes* allá; yo sé todo el teje y maneje.

Íbamos diez de Arandas. Llegamos al aeropuerto de Tijuana y ya nos estaba esperando uno de los que nos mandó, ya lo tenía contratado supuestamente, pero no era la persona que debería de haber llegado, nada más nos engañó. Ése nada más nos “vendió”; invitó a otro y le dijo:

—Mira, te entrego a éstos, les vas a cobrar “tanto”, a mí me toca “tanto” y yo voy aparte de gratis.

Eso dijo porque supuestamente él nos llevaba. Hizo buen negocio. Del aeropuerto nos llevaron a un hotel, y ahí tienen los teléfonos intervenidos los mismos trabajadores; están oyendo,

saben a qué nombre te registraste en el hotel y queda todo apuntado: cuántos son, adónde quieren ir, de dónde vienen, cuánto dinero traen. Ya saben quién es el que va a pagar el *coyote*; nosotros supuestamente no traíamos nada y se iba a pagar allá adentro, pero ellos, escuchando, sabían lo que traía cada uno, porque entre nosotros y cuando hablábamos con algún amigo o familiar al otro lado, platicábamos todo. Tiene uno miedo de que le quiten el dinero, que lo golpeen.

Llegaron, tocaron la puerta y nosotros sin conocer a los *coyotes*, la persona que nos había llevado ya no la volvimos a ver, él nos “entregó” nada más. Nos dijeron:

—Nosotros somos los guías.

Nos hablaron por nuestros nombres a todos; digo, cuando decían cómo nos llamábamos, cada uno iba diciendo: yo soy. Nos avisaron a qué horas íbamos a brincar para el otro lado. Como entre nosotros iban mujeres, nos ordenaron:

—Ellas van aparte, tenemos que mandar a las mujeres con mujeres, a ellas las pasan más fácil, pero ahí no pueden ir hombres.

Nosotros todo lo creímos. Eran cuatro mujeres. Al ratito nos sacaron, pero en lugar de pasarnos la frontera, nos llevaron a otra casa, ya más cerca de la línea: como a unos veinte pasos. Pusieron una lona para que las mujeres no se golpearan, las *apuchaban* para brincar el alambre. La lona la ponían desde arriba del alambre para que se resbalaran. Les dijeron a los maridos de las mujeres:

—Ya están al otro lado, ya pasaron. Ahora siguen ustedes.

A nosotros nos llevaron por otro lado, y cuando estábamos por cruzar la línea, en una parte alta que se llama La Libertad, le dicen así porque ahí ni la *migra* ni los judiciales te hacen nada; es famosa la cárcel “ocho” porque ahí siempre dicen, si te agarran te mandan a la ocho. Los rateros te salen con pistolas; entonces hay *migra*, judiciales y rateros.

Antes de brincar nos echamos una carne asada; venden todo, si quiere uno *mota* también la venden, hay de todo ahí. Venden chamarras y cobijas usadas. Camisas de a cinco dólares, chamarras, todo lo que vaya uno a necesitar.

Llegó la judicial, en la pura línea, pero nosotros en ese lugar no hacen nada, nos explicaron bien eso. Se acercaron los migrantes en sus motocicletas y se pusieron a contar la gente y preguntaban:

—¿Cuántos van a pasar?

La gente no les contestaba; ellos en medio de la gente, como queriendo asustar, luego platicaban entre ellos pero que los oyera uno perfectamente:

—No va a pasar ningún cabrón, los vamos a cazar como ratoncitos.

Unos corrieron pero porque no sabían; los que ya están quemados se quedan como si nada, ni caso les hacen. Al ratito llegaron los *coyotes*, esperaron a que se oscureciera, nos dejaron en una terracita; se acercaron otros, ya no eran los que nos habían dejado antes; hay mucho comercio, el negocio ya era con otros, al *coyote* grande nunca se le llega a conocer. Nos dijeron:

—¿Quiénes son los esposos de las señoras?

—Nosotros, nos dijeron que ya las pasaron.

—No, están por pasar, pero a mejor vida cabrones, están secuestradas; son dos mil dólares por cada una o las vamos a quebrar. Junten la lana, hablen con los del otro lado que se las manden o no las vuelven a ver.

¿Qué podían hacer mis compañeros sabiendo que tenían a sus esposas? Fue el año de 1984. Esta historia la conozco repetida de muchos amigos; uno, que no le fue tan mal, tenía a la esposa en Estados Unidos y ella es la que iba a pagar cuando lo pasaran; entonces, igual, cuando le habló del hotel le dijo:

—Me van a pasar por tal parte, les voy a entregar tres mil dólares pero hasta que esté allá; yo te hablo cuando lleguemos.

Entonces ellos, que tienen conexiones en toda la frontera, dejaron pasar buen rato; le decían que hasta la noche lo iban a pasar; le hablaron a la esposa al teléfono que él había hablado; ella confió porque no podía ser de otro modo. Le dijeron:

—Lleve los tres mil dólares que le dijimos a su esposo a tal estacionamiento, a él lo tenemos en una casa cerca, pero en cuanto nos entregue el dinero, le llevamos a su esposo.

Fue y lo entregó y el esposo ni cuenta se daba, estaba todavía en Tijuana supuestamente esperando a que lo pasaran. Pero a mis amigos les fue peor, les secuestraron a las señoras. Entonces ellos se regresaron por las esposas, mandaron una persona con nosotros a que entregara la feria: ocho mil dólares, de a dos mil de cada una. Los citaron en un lugar, recogieron el dinero, entregaron a las señoras y se regresaron derrotados. Nosotros, los solteros, le seguimos, ya estábamos ahí. Pero más asustados que ratones en la ratonera, sin conocer a nadie, recién robados nuestros amigos.

—Ya valimos madre —decíamos.

Aquellos amigos se regresaron a mandar a las señoras, no por voluntad, se regresaron robados y asustados y luego volvieron con nosotros, no nos cortaron. Nos pusimos de acuerdo y dijimos “pues ahora sí, tenemos que seguirle”. Nos encontramos a uno que se veía muy seguro; nos platicó que iba a entrar solo, que era *coyote*, que no nos cobraba por llevarnos, pero que nada más nos llevaba a uno o cuando mucho a dos, porque si no nos agarraban a todos. Nosotros éramos seis, ya sin las cuatro señoras que se regresaron. A las mujeres sí las devolvieron, pero los chingaron con el dinero, las golpearon, traían moretes, no podían decir nada de qué les pasó porque las tienen amenazadas, les dicen que saben quiénes son sus familiares y les prohíben decir qué les hicieron, pero venían golpeadas. Eran mexicanos los canijos, de nuestra misma raza; se debe uno cuidar más de nuestra gente que de los judiciales y de la *migra*.

Pues ya encarrerados y platicando con ese amigo después de todo el trajineo por el que pasamos, le dijimos:

—Nosotros nos vamos el grupo completo, o ninguno.

Con todo lo que ya había pasado, no nos quisimos separar para nada. Quedamos que juntos para dentro o para fuera. Ya no traíamos dinero ni para devolvernos. Ya nos habían chingado con los hoteles y las comidas en tres días encerrados. Ese amigo nos cayó del cielo.

—Es más, nos van a chingar —dijo—, pero vámonos, vénganse todos entonces.

Nos le pegamos y ahí vamos. Nos dijo que eran tres horas caminando; nos aventamos once por el desierto. Traíamos dos galones de agua cada quien, lo que te canchabas era lo que ibas a comer, otro no te iba a dar agua ni galletas, cada uno llevaba lo que se iba a comer. Queda uno tirado. Íbamos pasando por el desierto y encontramos calaveras de gente que se queda ahí. Once horas es larguísimo; entre la arena nos íbamos enterrando, hay víboras de cascabel de ésas de cuernito.

Ahí vamos y ahí vamos, cuando en el camino encontramos a dos pobres hombres perdidos en el desierto; ya estaban muriendo, sin agua, sin comida y tenían siete días perdidos. Entonces, de la poquita agua que traíamos, que se nos estaba acabando, se las dejamos. Les dimos la poquita agua, los aliviamos, pero andaban bien jodidos; no los podíamos llevar porque si no nos quedaríamos atorados con ellos también y entonces nos fuimos y los dejamos. No podíamos hacer más, si no, nos llevaría la chingada también a nosotros. Entramos por Tecate y dimos buena vueltota por el desierto, larguísimo, veíamos cerros y cerros y cerros.

—¿A qué hora vamos a llegar?

—Pasando ese cerro nada más —decía.

Luego llegábamos al cerro y no se veía nada, ni casas, ni señales de vida, ni nada, y le preguntábamos:

—¿Qué pasó, no era aquí?

—No, es pasando aquel cerro.

Y ahí vamos otra vez, confiando en que sí, que ahora sí nada más pasando ese otro cerro y llegábamos. Así nos llevó de un cerro a otro y a otro; no sabía el menso, andaba perdido, lo que quería era no pasar solo, nos quiso de compañía pero no era *coyote* ni sabía siquiera el camino. ¿Cuáles tres horas?

Ya a la entrada sí sabía, pero cuando íbamos caminando iba bien perdido, se norteó, se perdió, también iba a la buena de Dios como nosotros. Ya hasta le echábamos malo:

—¿No que tres horas, cabrón?

—Aquí adelantito, aquí adelantito.

Lo que quería era no morirse solo, como de seguro les pasó a los dos señores que dejamos atrás. Lo bueno de todo fue que a pesar de la cosas por las que tuvimos que pasar, llegamos a San Diego; ahí pudimos notar que algo, aunque sea poquito, sí sabía el amigo ése. El problema ahora que se nos presentó fue que no podíamos comprar el boleto de avión porque se necesitaba una identificación; tenía poco de haber entrado esa ley que consistía en que era necesario identificarse para que te entregaran el boleto. A mí se me ocurrió una cosa y le dije al *coyote*, o más bien, “intento” de *coyote*:

—Mira cabrón —le hablé fuertecito porque creí que así me lo exigía el momento—, a ti no te debemos nada, no te vimos ninguna malicia, ni cómo apoyarnos, andabas perdido igual o peor que nosotros, todo lo que nos dijiste era mentira; gracias por traernos hasta aquí, pero más para arriba ya va de nuestra parte y cada araña por su hebra. Fíjate lo que voy a hacer yo, eso te puede servir.

Entonces me les acercaba a la gente, a la que veía más fácil de arrimar, principalmente mayores:

—¿Me podría hacer favor de comprarme un boleto, es que no me traje mi identificación?

Me le arrimaba a pura gente *gabacha*, a los grandes de edad; unos me hacían el favor, otros ni me volteaban a ver.

—Si me puede ayudar, yo le doy una feria —les decía a los que al principio los veía como que sí y como que no; uno debe perder la vergüenza ya andando en eso. A los viejitos les pedía nada más el favor, si veía otro más joven, así como *malandrinito*, a ése sí le ofrecía dinero. Total, agarré boletos para todos. Nos salíamos del aeropuerto, volvíamos a entrar para no dar a maliciar nada, no nos deberían ver acercándonos a muchas personas y luego arriándonos adonde estaban las ventas, y otra vez nos salíamos y despistábamos lo más que podíamos.

Íbamos a un parquecito que estaba enfrente a buscar gente; de cada diez más o menos, una era la que nos hacía el paro; con eso comprábamos para uno, pero teníamos que conseguir para los seis. Les daba miedo, nos veían bien mugrosos y sin dinero, fracasados, con los pinches pelos parados.

Para subirse al avión deberíamos ir bien vestiditos y peinaditos. Además no podíamos ir en bola; cuando era el turno de la revisión, nos pusimos de acuerdo en que lo mejor era pasar cada quien solo o cuando mucho de a dos, para ir platicando y que menos se pusiera uno nervioso, máxime que el chequeo era con perros para droga; nosotros llamábamos más la atención por *mugrosotes*; no llevábamos nada, pero alguno podía ponerse nervioso al cruce. Ahí como pudimos, nos dimos una alineada en los baños, nos pusimos a quitarle las manchas a los pantalones a como se pudiera; varios traíamos doble pantalón, entonces ahí tiramos el otro y nos dejamos puesto el de abajo. Nos dimos una mediana arreglada.

—Vámonos de a uno en uno y no nos conocemos —les dije—, y al que tuerzan, ése se quedó.

Así nos pusimos de acuerdo, que nadie diga nada, que va solo si le preguntan. Así nos la íbamos rifando. Pasamos todos menos mi tío; de los seis, pasamos cinco. Él fue el segundo en aventarse, al primero no le hicieron nada, y la verdad, se veía más mal el primero, parecía chapulín revolcado; le decimos el *Loco*, siempre

estuvo con nosotros, pero luego nos tiró en Los Ángeles, nadie traía dinero y nos abandonó, agarró un *raitero* y ni cuenta nos dimos cuando se fue.

Mi tío se quedó, lo pararon antes de subir al avión, se puso nervioso y luego iba bien crudo, empezó a vomitar ahí, ése fue su error. Se le hincharon los cachetes, llevaba el *buche* bien harto. Valió madre, ahí se quedó él, nosotros nos fuimos; llegamos a Los Ángeles, ahora sí sin dinero. Llegamos a una casa de un amigo de aquí de Arandas, era por la calle Standford en Santa Ana. Pronto notamos que hicieron mala cara; nos pusieron un candado en el refrigerador para que no agarráramos nada. Nosotros con mucha hambre, sin un cinco.

Nos echamos un baño, lavamos nuestra ropa a mano y un señor de los Álvarez, de los que iban con nosotros y ese otro, el *Loco*, no nos dijeron que traían dinero escondido; quisimos juntar entre todo lo que traíamos para un pollo y no completamos, ni con el suelto; ellos traían su guardado. Encontramos en un mercadito al güero de los Ramírez, lo saludamos y al ratito se nos perdió junto con Álvarez y el *Loco*. Tiempo después supimos que le pagaron para que los llevara para arriba, allá para Sacramento, y nos dejaron tirados ahí como si fuéramos enemigos, como si no hubiéramos pasado todos por las mismas; se siente muy feo que escondan su dinerito y lo tiren a uno como basura; hay gente de la que se espera una ayudita, algo, poquito, que no se sienta uno que lo dejaron junto a la demás basura.

Seguimos aguantando unos días las poquitas malas caras y la mucha hambre; fueron pocos días de calendario, pero muchos, cuando no se tiene para comer: once días de sufrir; no se nos permitía dormir dentro del departamento, estuvimos en el garaje; no es exagerar el decir que no cabíamos acostados en el suelo. En el día era el pensar solamente que nos estábamos muriendo de hambre. Salíamos a ver qué *langareábamos*, buscábamos mercaditos o

lugares donde iban mexicanos para tragar o por lo menos pedirle dinero a la gente.

Después de toda esta *tracatera*, pasados los años, me comentó un amigo que fue de visita a esos lugares y en el departamento ése donde le pusieron candado al refrigerador, le dijo ese dueño que nos ayudó muy poco:

—Aquí tenemos lleno, digo, a lo mejor te querías quedar.

—No, yo no tengo intenciones de quedarme, pero gracias por tus atenciones y de mi parte pasas a saludarme a tu chingada madre.

Me comentó que iban él y otro amigo pero nada más de visita, todos somos del pueblo; aquí en Arandas era otra persona: humildito, pobre; allá se transformó. Siempre ha vivido en departamentitos del tamaño de un huevito, pero su forma de ser amigo es todavía más chiquita que los lugares donde vive; luego se cambió a la calle que le dicen “la primera”.

En una ocasión llevaron al padre Carlos, muy famoso y pues originario de aquí del pueblo; es mayor que nosotros, pero sin sotana y sin aviso; estaban muchos en el departamento de ese amigo, unos fumando *mota* y otros platicando de sus aventuras con muchachas, no sabían que este señor era sacerdote.

Muchos, aunque eran todos del pueblo, no lo conocían y hablaban puras pendejadas ahí con él, le ofrecían *mota* y todo, pues lo veían como un visitante más. Un pariente mío lo llevó a Dixon y lo dejaron ahí en una *trailita* donde vivían conocidos, pero no avisaron ni dijeron nada de qué se trataba, y ese señor también, muy acomodado en lo que le dijeran, pues uno la *regaba* platicando tarugadas. Él era cómplice porque no decía nada, entonces nosotros lo tratábamos como si fuera del grupito.

Fueron una mañana a misa y luego regresaron y ahí nos lo tiraron; estaba el que le dicen la *Yuca*, bien borracho, y ese día habían metido a José, el de Toribia, a la cárcel por la borrachera y un relajo que había armado en un baile y luego los amigos, los que andaban bien, se dedicaron toda la noche a echar viajes de

borrachos y a acomodarlos; entonces dejaron a la *Yuca* ahí en la *trailita* y ya por la mañana llevaron al padre Carlos, pero sin avisar ni explicar nada. Cayó la visita de Lolo, ese muchacho hablador y mentiroso diciendo qué hacía con las muchachas que se llevaba del baile, y el padre se le quedaba viendo con unos ojotes. Martín, el de Tomasa, que fue el único que sabía de lo que se trataba porque conocía bien al padre, les dijo:

—Présteme la camioneta.

—¿Para qué la quieres?

—Pues para traer más cerveza, ¿para qué más puede ser?

—Órale, así sí.

Le aventaron las llaves, pero les huyó; siendo el que les podía avisar, los dejó condenarse con su boquita y con sus malos hábitos. Todo el día se quedaron haciendo circo y el padre enterándose de lo malo y de lo más malo, porque bueno, de ahí no podría haber sacado ni aunque fuera obispo. El *Venado*, ése que con dos cervezas comienza a enamorarse de los amigos, en esa ocasión se le daba uno *arrejuntones* a un muchacho que llegó de Guanajuato, seguramente compañero de trabajo de alguno de los de Arandas. El padre se enteró de todo y además en vivo.

Los once días que nos aventamos ahí, los salimos de la limosna que nos daban los paisanos en los lugares donde pedíamos. Entre todo lo que juntamos, alcanzamos para el camión a Sacramento. Cuando llegamos a la central, estaba la Migración chequeando las maletas y a la gente. Entramos nosotros a la sala de espera y nos tocó la de perder, porque siempre llegan como una hora o dos y luego dejan libre todo el día, pero nos tocó la de malas. Cuando entramos a la sala, ya no pudimos salir; no se puede regresar al camión, ni salirte porque es como decirles:

—Oigan, vengan, yo no traigo papeles.

Entonces, como Dios manda y apechugando, ahí nos aguantamos para ver si un milagrito nos salvaba. Hay dos puertas: una nada más para salir y otra nada más para entrar; se paró un *emi-*

grante pidiendo papeles en cada una. Nosotros, para despistar, íbamos a la maquinita a comprar cacahuates o algo, a lavarse las manos y entonces, allá en el baño tiramos números de teléfonos, todo lo que fuera bronca y entonces llegó la hora de la salida del otro camión y ya no había pretexto de quedarse. Como ya teníamos mucho rato, uno de seguridad nos llamó la atención.

—¿A qué horas es tu salida? Muéstrame tu boleto.

Cuando nos cayó, el camión ya se nos había ido; no nos acercamos porque nuestra única salvación era que se hubiera ido la Migración, que terminaran su rutina.

—Este camión ya salió, ¿por qué no se subieron? —nos dijo.

Le hablé a los de Migración, nos metieron al baño. Nos regresaron a Tijuana; la verdad, íbamos llorando; tanto tiempo, tanto sacrificio y perderla toda en un ratito. Salimos a Tijuana y cuando se acercaba alguien bien vestido, íbamos y le decíamos:

—¿Nos puede ayudar con algo? No hemos comido. Mire, venimos de tal parte, no hemos comido nada.

Pedíamos para comer, no para regresarnos, teníamos mucha hambre, no pensábamos en otra cosa. Uno nos daba un taco, otro nos mandaba a la chingada; teníamos que aguantar todo, era nada más sobrevivencia.

—Valió madre, ya ni para agarrar la burra. ¿Para dónde ganamos? —preguntaba cualquiera de nosotros.

—Para ningún lado —decía otro; cualquiera preguntaba y cualquiera contestaba, era lo mismo, no importaba.

Nos metimos a un mercadito que encontramos, juntos, no nos separábamos para nada, o más bien casi a nada, porque uno de los compañeros fue a hacer sus necesidades y lo amagaron con pistola. No se alcanzó ni a limpiar, llegó trastabillando con los pantalones a media asta.

—Aquí nos van a matar, mejor vámonos —decía.

—¿Para dónde le damos y con qué dinero? —le preguntábamos, pues si no estábamos ahí por gusto. Él estaba bien acalam-

brado. Todos los demás pensábamos que no podíamos caminar ni para atrás ni para delante, pero decidimos seguir cada uno por su lado. Nos separamos para poder agarrar un aventón; era más fácil regresar a nuestras casas pero de a uno o dos, porque no podía haber quien nos ayudara a todos juntos, solamente un autobús de pasajeros, pero sin dinero, no teníamos opción.

Ya separados, llegamos a una gasolinera donde iban a echar diesel y ahí nos ayudaron, pero a cuentagotas porque la gran mayoría nos despreciaban porque tenían desconfianza. A mí me tocó la suerte con uno que iba para Hermosillo, Sonora; íbamos dos, al otro le dicen el *Güero*, está casado con una prima ya retirada. Agarramos otro aventón hasta Nayarit y ahí venimos a brinco y brinco hasta que llegamos a Guadalajara. Le hablé a mi *jefa*, le dije:

—¿Me paga el taxi allá en Arandas si lo tomo aquí?

Solamente tuvimos una comida en todo el camino desde Tijuana. Llegamos salteaditos todos, primero unos, luego otros; muy tristes y con mucha hambre. Los últimos tardaron siete días después de nosotros. ¡Cuánto batallamos! No fue lo peor que me tocó, fueron diferentes, pero tuve muy amargas experiencias.

—Yo estaba esperando un cheque tuyo —me decía mi papá.

Me vio llegar con mi mochilita y no le platiqué nada de lo que sufrí. Me la pasé rumiando mi pesar como tres meses; entonces un amigo, sin decir nombres, me dijo:

—Mi amigo, usted no se *agüite*, usted no nació para ser pobre, usted échele ánimos, pero ahora sí tiene que entrarle en grande.

Yo tenía miedo porque lo que me invitaba a hacer yo no lo sabía. Me ofreció “moverme”, pero “moverme” en cosas muy grandes, como se dice. Pues me la pensé muy bien pero sí me animé, me decidí como debería ser para esos casos: de una vez y con mucho valor, no se puede andar a medias en esas cosas, ni caminando para delante y luego para atrás; me aventé, le avisé y un día me dijo:

—Tengo alguien quien te pase, no vas a sufrir; cuando estés al otro lado ya vas a tener una casa —me dijo, y me dio unos números de teléfonos—. Comunícate con esta gente, ellos te van a ayudar en cuanto llegues, y el día que tú ya estés allá, atrás de ti va a llegar “el jale” para que empieces a moverte.

Me puso la charola servida, como dicen: “las piedras se mueven desde lejos”; yo ya había agarrado poquito colmillo, de los fracasos y del hambre, pero ya iba con poquita malicia. Tenía veinticuatro años, sólo así se avienta la gente, cuando se tiene esa edad; ya cuarentón no se hace nada. Lo bueno no lo valora la gente; de lo malo se aprende, de lo bueno no, porque se goza, es dinero.

Me puso todo en charola de plata: llegué a Tijuana en avión, en el aeropuerto ya me estaba esperando alguien; me llevaron a una casa de lujo, yo iba ya con bandera y me presentaron gente; conocí secuestradores, los nombres grandes, de éstos que se escuchan en la televisión, de los meros grandes; miré hasta brujas arder, sí, bruja contra bruja, o sea, te leían las cartas, no le *jerraban*: de siete, le fallaban una. Enfrentaron a dos; es real, lo juro por Dios.

“¿Adónde voy?”, pensé, mirando arder brujas empezando. “¿Qué seguirá después, voy a arder yo?” Todavía no había cruzado. “¿Entonces qué me espera allá en el otro lado?” Conocí toda la gente, estaban controlados, federales de caminos, plaza pagada para que nadie te dijera nada, ni la Judicial, ni la Preventiva, ni la PGR, ni la AFI, nadie, libre. Con eso dije, “sí, está bien”; donde me paraba era rey. Nada más daba un nombre y había lo que me quisiera tomar, la vieja que yo quisiera; algo miró en mí ese amigo, me abrió la puerta.

—Vas para allá, mi amigo, vas con este cuate —me dijo la primera ocasión.

Fui con el que me dijo; iba cargado, no tuve la malicia para estimar la bronca; ya estando en la línea a mí me dieron una mica de

una persona que ya estaba muerta. Las borran de la computadora y luego las vuelven a activar, aparecen como vivos. Paramos a revisión a rayos láser, todo como es. Eran tan astutos que aunque iban cargados, a la droga le metían lo que le dicen “maquillaje”, que es poner en bloque todas esas cosas. Primero le ponen papel de plástico enrollado, luego le untan grasa porque así el perro no lo detecta porque el carro, todo trae grasa, entonces no distingue, se confunde. Arriba de eso le ponen papel de aluminio para que no pasen los rayos láser. El papel aluminio funde el láser con todo y computadora, no detecta nada. Todo iba bien controlado para el perro, para el láser, es una línea chingona.

Me llevó a una casa; al amigo que me enganchó yo le tenía mucha confianza porque hicimos cosas grandes y perdimos. Todo estaba arreglado: llegábamos, hablábamos por teléfono y en el mismo clavo en que íbamos, ahí se regresaba el dinero porque por Elektra y eso, está complicado porque no puedes mandar más de diez mil dólares, si no todo lo investigan, hay leyes: “qué récord tienes, de dónde los sacaste”.

Me aventé quince años invicto. Me sabía los barrios, los colores, que el sur era el trece, los norteños es el catorce: hijos de mexicanos pero nacidos allá, la línea de los *home-boys*, de los negros, de los chinos, muchas, pero muchas líneas. Yo dominé todo eso que me pedían, lo que a mí me correspondía, me convertí en grande, pero de verdad grande; compré una casa, lotes, una bodega, muchas cosas, un condominio: la vida ganada para esperarla sentado.

Me encontré una mujer de Michoacán, me uní con ella y me dio tres hijos y fue la que me acabó porque el error mío fue haberla enseñado a trabajar. Después de que yo la enseñé, conoció mi línea, y después a escondidas trabajaba a mi gente y cuando yo venía a México, ella controlaba todo; ya tenía el círculo bien hecho, pero me amoló; el condominio valía mucho dinero, aparte me jodió ciento ochenta mil dólares, una casa de trescientos veinte

mil, y otros setenta mil dólares que me quitó a la última; también dos lotes que los perdí en un “jale” que me salió mal; es que se los cambiaron en el camino a los pendejos y mandaron uno malo por uno bueno y a mí me llevó la chingada porque a mí me llegó “el jale” y yo conocía el maquillaje, la línea; entonces cuando lo vi, dije, “éste no es”. Yo salí a Tijuana porque para ese entonces ya tenía papeles.

Fui a buscar “el jale” para mirarlo bien, que no tuviera fallas. Total, fue un problema porque acabó todo: me jodió ella; después me vine a Tijuana, me convertí en *coyote*, también a eso le entré. Un amigo: Tomás, era de lo mero grande, y tuvo valor para retirarse, ése sí que era de los meros grandes; yo no creí que se fuera a separar, pero recibió amenazas para su familia y dejó todo; bueno, es un decir que dejó todo, tiene ahorita once años ya en la cárcel, le falta uno para salir.

A mí me agarraron por culpa de otro; me metieron un carro cuando no me di cuenta, me lo regalaron; el carro estaba cargado, y ya con dedo para que tronara; de ahí fui a dar a la prisión cuatro años y ocho meses.

En ese entonces no había la ley que hay ahora de que te quitan los papeles, yo no los perdí; ésa es del año 1997 para acá. Ahora con dos *tickets* de borracheras pierdes todo, o por violencia doméstica o una *felony* por drogas, por muchas pero en verdad muchas cosas.

Estuve en las cárceles de *Milpitas*, en la del condado. En el condado nada más puedes hacer un año y después a la prisión; allá hay respeto y muchas leyes y orden; la gente domina adentro, hay líderes, hay uno de los sureños, otro de los negros, de chinos, y otro de los *siux*, que son como los guardias; ésos no usan pistolas porque si no se las quitan y con ésas los matan ahí dentro la raza. Yo hice en el condado un año y estuve “laqueado” tres meses en el agujero, en ésas celdas que también les dicen “el pozo”. Ése está debajo de la tierra, es un subterráneo y prenden el aire a

todo lo que da y te encueran; adentro está uno casi congelado. Los primeros siete días está uno casi muriéndose; yo me aventé tres meses. No se sabe cuándo es de día y cuándo de noche; en veinticuatro horas prenden el aire dos veces, de a cuatro horas cada una: ocho horas con aire fuerte, de las veinticuatro horas. Es un castigo para aflojarle a uno los huevos, no es a *madrazos* como aquí, es encerrándolo a uno así separado.

Fue mi misma vieja la que me puso el dedo para que me agarraran con ese carro cargado con droga, ya planeado todo. Me llevó abogado después en la cárcel; yo me dejé llevar por el corazón, firmé todo, no tuve malicia, no desconfiaba de ella. Fue muy gacho, me tumbó hasta el fondo. Un abogado no le entra si no gana el caso; él te dice:

—Mira cabrón, tu caso está perdido, puedo pelear para que te echen menos tiempo, pero nada más.

Lo que ellos quieren son billetes, y en ese momento ¿cuáles billetes? Ya no había nada; yo esperaba que me dieran algo para las pinches sopas allá dentro porque casi se muere uno de hambre, pura pinche *bolonia* cruda le dan a los presos, todos los días desde las cuatro de la mañana. ¡Zas! Suena una alarma y si no te levantas, valiste madre, y si te ponen a trabajar, peor. A mí me ponían de las once de la noche a las siete de la mañana y es gratis, solamente para comer bien.

Me daban dinero, pero solamente las personas que no tenían récord le podían depositar a uno; algunos me depositaban para no vivir tan feo ahí dentro. Simplemente, si alguien te visita y lleva puesto un pantalón de mezclilla, no lo dejan entrar. Se sufre mucho. Fui a dar a la prisión de Santa Rita, cerca de Santa Rosa; la primera fue “milpitas”, ésa está entre San Francisco y Sacramento, cerca de Santa Clara; estuve un año en “milpitas” y lo demás en Santa Rita. Lo acomodan a uno en barracas para dos personas. Me tocó un *gabacho* cuatro años juntos. Ahí se adapta la gente a fuerzas.

Si le cae *gorda* una persona al compañero, pues le toca *putiza* diario, no hay para dónde correr. Se hace del baño junto al compañero, nada más caben las camitas y el excusado: un metro de ancho por dos de largo y la cama está en el viento, la tazita del baño y una ventanita como de pajarito para que metan la comida.

Siempre está oscuro, no se sabe cuándo es de día y cuándo de noche; se basa la gente en el horario de la comida pero si no, te pierdes por la falta de claridad, no se puede saber qué horas estás viviendo. Está uno “laqueado”. Cuando sacan a la gente, la amarran con una cadena de los pies, de las manos otra, y *achimarrado* con otros dos presos. No se sale nada, y si estás castigado pues poquito peor.

En la noche, si quieres pelear con otro, tienes que hablar con los líderes; te pones de acuerdo primero con tu líder y luego con el del otro. Si te peleas sin que ellos estén de acuerdo, te meten al baño y te dicen:

—Te vas a pegar un tiro con éste.

Se paran a la entrada de las barracas para que los *siux* no entren, es decir, los guardias. Te meten al baño y de ahí sale uno o sale otro. Bien duro. Si debe algo, si hiciste una cosa mal, entre dos te ponen en tu madre y nadie se mete. Por ejemplo, si alguien te golpea cuando estás haciendo del baño o cuando te estás duchando, entonces quiebras las reglas y es cuando te pegan duro. Debe haber respeto. Si te golpean dos o tres a la mala, entonces sí se arma una muy buena *putacera*; ya le entran los líderes con sus grupos, se pone feo.

Le sacan punta a los cepillos de los dientes y con eso matan a la gente dormida. Se ven cosas muy, pero muy feas. A mí me tocó suerte porque cuando caí, me *acuaté* con uno que había conocido afuera, le decían el *Tísico*; afuera dominaba mucha gente, él era “sureño”, ahí entrábamos todos los mexicanos. “Los paisas” son mexicanos, los sureños juegan colores; los chinos, los vietnamitas,

los japoneses hacen una sola línea entre ellos, son un solo grupo todos los asiáticos.

Ahí dentro, para prender un cigarro, bueno, el cigarro ya está prohibido; entonces era como la droga; a mí me tocaba trabajar con uno que “corría” tabaco: un cigarro costaba tres sopas; el dinero no corre. Un chile lo cambiaba uno por una papa. Muchos recortaban el periódico de cosas importantes y también lo cambiaban. Para prender un cigarro, te vendían también el cerillo; era muy triste pero un cigarro lo podías vender por tres sopas y un cerillo por otras tres. Las sopas son ésas que se conocen como *maruchas*. Hay límites, puedes comprar manzanas, café.

El *kuleid* que venden en las tiendas, lo revuelven con manzanas que se van echando a perder y se hace vino; lo meten en bolsas de plástico y hacen hasta ruido del aire que avientan; eso emborracha, es vino, vino hecho en casa. En ese mismo *kuleid* le ponen una sustancia para que la gente esté inofensiva, digo, hablando de sexo. Allá dentro, ¿qué relajó sería si todos anduviéramos unos atrás de otros? Apartan a los jotos y a los locos, éstos no convivían con nosotros. A los que “ponen dedo” los dejan separados de donde estábamos todos juntos porque si no, los amuelan en un rato. Cuando salí tuvieron que pasar más de tres meses para recuperar mi apetito sexual; algo le ponen al *kuleid*, no es normal que la gente no tenga ganas y además, por tanto tiempo; yo en mis cinco años anduve como si fuera un niño, te adormece todo. Me había preocupado, pensé que iba a ser para siempre, que me hubieran matado todas las ganas. De todas maneras no se piensa en nada aparte de la familia. Recordaba mucho a mi esposa: ¿estará sola o acompañada?

Un año ahí dentro, son como diez de vida fuera, es la comparación que yo hago. Cuando salí, me fui a Tijuana, empecé a querer levantar otra vez, a recuperar todo. Pero ahí perdí mujer, mis hijos, me revolqué en una pinche cama durante cinco años todas las noches. Siguen los hijos en el corazón, están para toda la

vida, los sigo queriendo, pero llega el límite en el que ni siquiera los sicólogos te pueden aliviar, porque tu fuerza de voluntad y el tiempo ahí dentro es el que te cura. Yo ya no sufro por ellos, los quiero, los amo, los llevo en mi corazón, los voy a llevar siempre, por toda la vida; pero dejé de sufrir, ya no sufro por ellos, ya me hice a la idea de que no voy a estar con ellos y entonces me metí en la cabeza que todo había cambiado.

Ahí dentro no se debe pensar en el tiempo ni pelear con nadie porque derechito que se lo carga a uno la chingada; es difícil hasta para los que van de fuera; a un amigo lo habían metido a la cárcel porque se robó unas carteras en una tienda y, al ir de visita, mucho tiempo después a una prisión, cuando le preguntaron si nunca había estado preso, dijo que no; ah caray, le pusieron un *cadagón* al pobre. Ahí debe estar uno muy derechito, sin pelear, sin mentir, pero lo más importante: sin pensar en el tiempo porque si no, se vuelve uno loco. A mí cuando me echaban pleito, les decía:

—*I want to go home*; yo quiero irme para la casa, lo mío no es pelear. Mi familia me está esperando.

Cuando salí, me pusieron a prueba por tres años. Lo chequean a uno, no sabes a qué horas te van a visitar en tu casa. No podía salir ni a trescientos metros alrededor. No podía entrar a una licorería. Para trabajar, cuando ya podía, no debía manejar, me tenían que llevar de aventón. Me quitaron la licencia, me quitaron todo. Forzosamente tienen que ir las personas que salieron de la cárcel a la escuela de alcohólicos, a la de drogas y además con un sicólogo; entonces, tenía que demostrar con firmas de todo eso que estaba haciendo lo que me pedían. Si un mes no llevas las firmas: vas para dentro otra vez. Te firman y te ponen un sello, y con un cabrón de esos sellos que falles, vas para dentro.

Yo hablé con ellos cuando estaba en esas circunstancias, *prevention* le dicen, porque en esos días murió mi hermano, el más chico; yo lo había mandado para Arandas porque ya andaba durmiendo debajo de un puente y bien perdido en el mal, en la droga.

Yo calculaba que no iba a salir los tres años, pensaba que me iban a regresar para adentro. Les dije a los de la cárcel:

—Murió mi hermano, me quiero ir a México, ¿me dan el apoyo?

—Está bien —me dijeron—, te damos la firma. Pero debes cuidar muy bien una cosa: cuando llegues allá me llamas, si no, te vas a meter en buenos problemas.

Entonces, cuando llegué a Arandas hablé del teléfono de con mi mamá, porque rastrean todo. Vine, me presenté, enterré a mi hermano, y me regresé a Tijuana, luego luego.

Con esa misma línea que yo había trabajado, le volví a entrar. La situación estaba mucho más difícil. Pasé la línea cargado, lo hice después de todas esas broncas en las que me había metido; a pura fuerza de voluntad y con el ánimo de levantarme; pasé setenta veces la línea. Las últimas tres, me chequearon. Cuando llegas a la línea, te echan el perro y entonces te ponen un papelito en el vidrio.

—Pase a segundo chequeo.

Es cuando se pasa a los rayos láser y agarran tu mica, la meten a la computadora a revisar tu récord; si tienes algo pendiente, ahí te quedas. Primero chequean el carro a ver si tiene dedo; se estaciona uno dejando un espacio cuando está otro adelante, se deja un espacio libre, ahí hay cámaras que revisan las placas para que cuando llegues al control ya tengan antecedentes del carro. El mío ya estaba quemado porque pasaba muchas veces. Me pagaban mil dólares por cada pasada: setenta veces, es mucho dinero. Con todo ese montón de dólares, yo me puse listo y compré “jale” pero ya de por mi cuenta, con la gente adecuada, con los contactos necesarios; estaba la sopa hecha y a mi modo. Pagaba plaza con la ley, así iba libre; la mitad de la lana era para ellos y me escoltaban hasta la línea; así me salía todo bien, no tronaba. Un *emigrante* me daba el paso, yo sabía el horario; ése se llevaba tres mil dólares.

—Pásele.

—Vámonos.

Después se cayó todo. Conocí a un muchacho que le decían el gordo, era de Zacatecas, un muchacho grandote; pero resultó ser madrina de la PGR y entonces a la última él me daba el “jale” y me confiaba y yo lo pasaba. Entonces me puso dedo y me chequeaban siempre. Al último me tocaba chequeo de seguro.

En un agarrón grande, que yo ya había dicho que era el último, dije “si en este se hace, me voy con grandeza para no volver a trabajar nunca”. Yo le tenía mucha confianza a ése, le fiamos el “jale”, le llevamos seis viajes a un cabrón.

—No, no hay problema con éste, puedes fiárselos —me dijo.

Me dejó de perro. Todo el dinero que invertí de los setenta viajes, todo se lo llevó ése. Tronó toda la bronca; la *troquita* que tenía, la empeñé para venirme, y ya teniendo todo. Como dice la canción: “ya no ha quedado nada, a veces tonto y a veces loco”. Pero la canción debería decir: “Sofía, estés donde estés, tienes mi alma, mi espíritu y mi corazón, pero menos mi cuerpo”.

Tengo cinco hijos allá y tres en Arandas, y una *entenada* que también la quiero igual, tiene dos meses de nacida. Yo me tomé dos botellas de vino con mi “Sancho”, ése que se quedó con mi “ex”. Es un padrote de éstos que saben trabajar a las mujeres; a la mía la trabajó y se enamoró de él. Un día que llamé a mis hijos, el cabrón me colgaba, se encelaba; un día que llegué a la casa, me hizo enojar tanto que le dije:

—Mira buey, cuando yo llame, a mis hijos no me los vas a negar; la vieja es tuya, pero mis hijos van a ser míos toda la vida y si me vuelves a colgar, hijo de la chingada, voy a ir a la casa y nos vamos a ver en vivo.

Él se sentía muy *pesado*, decía que debía tres muertes, muy grandote, que dizque era pistolero de paga. Cuando me hizo enojar otra vez, me metí por el corral, tumbé la puerta de vidrio, la que estaba atrás, ipas! De dos patadas se cayó. Entré como la

pantera rosa y lo agarré del pescuezo y no salió tan bravo como decía. Al otro día me habló mi hija:

—Aquél está bien loco y dice que hasta te quiere matar.

—Ahorita voy para allá de una vez para que me quiebre, que me truene.

Al puro llegar, yo pensé que era pura bravata, agarré a mi hijo el gordo, me lo llevé de las piernas y apenas iba entrando, caminando para atrás cuando entra en una *troca*, nuevecita, del año, una blanca marca Lobo y me quiso matar con la *troca*; luego sacó un pistolón y me la *cerrojeó* así y me la apuntó en la cabeza.

—Truénele buey, ya me la *cerrojeaste*.

Casi mató a mi hijo cuando se me dejó venir, yo lo tuve que aventar entre dos carros, le menté la madre, y después de que salvé a mi hijo, me acordé que traía una cadena, me metí a mi carro, saqué la cadena y él no tenía los huevos que se necesitan para tronar la pistola; nada más le gustaba persignar; entonces salió mi “ex” y pensó que ya nos había matado a los dos. Le dije:

—Mira la clase de gallito que te conseguiste, anda matando hasta a tu hijo; cómo te quiere, mira cómo te lo demuestra.

Como le faltaron huevos, se quiso ir, pero era de esas callecitas que no tienen salida, entonces tuvo que regresar; a la vuelta que se dio, yo me hice el ánimo, pensé: “si quiere matar hasta a mi hijo, yo tengo que defenderme”; yo sí estaba preparado. A la regresada que se dio, abrió el vidrio y me la puso otra vez; le tiré un *cadenazo* y me di el agachón en la puerta, y sí, le tronó entonces; yo estaba sentado abajo pero con la cadena agarrada. Yo creo que tronó la pistola no por el valor sino por el *cadenazo*; como no podía salir, se había tenido que regresar, se le cayó la pistola, le quebré el vidrio y lo bajé y le puse una *cadeniza* al maricón; se retorció más que una víbora, pero con un valor tan chiquito, que le valía más la *troca* que su cuerpo.

—Estos putazos que le diste a la *troca*, me los vas a pagar caros —me decía.

Yo creo que la debía, no la había pagado completa seguramente porque no le dolían los golpes, le dolía su camioneta. Le habló a la policía, le habló él, no mi “ex”. Yo tenía uno de los vecinos que era mi amigo, muy mi amigo; le dije:

—Dame chance de meterme a tu *troca*, me andan pisando los talones.

—Métete ahí, aquí no tienes problemas.

Me metí, me *amozongué* y al ratito salí, el muy pendejo; debí de haberme quedado, no debí de haberme asomado; yo creo que había más de diez patrullas. Pensé: “ahora sí que chingué a mi madre”.

El otro se amansó. Después se llevó a mi “ex” a un hotel y de ahí me hablaba y me decía:

—Te voy a matar.

—El teléfono ya está intervenido, al que se van a cargar es a ti con esas amenazas que me estás haciendo. Ya debes saber adónde te van a mandar.

Hasta ahí es donde entendí; pensé: “ahora sí *ábrete* Leopoldo, vete para otro lado, ya valió madre todo”. Me vine para Arandas; hace dos años que no voy a Estados Unidos para nada. Pero apenas me alivié y ya estoy hundido otra vez; estoy bien ensartado, y luego aquí ya me metí en un problema fuerte desde hace menos de tres meses. Tengo un hijo de meses y pienso que va a ser el último, porque me metí en un buen ensarte otra vez. Tumbé una puerta de mil trescientos pesos por la morra de mi vida, que he querido desde niño y lo sigue siendo.

Entendí que a la otra la olvidé y a ésta es a la que quiero, la respeto y entiendo que el daño que le haga a ella es el mismo que le hago a mis hijos; quiero que esté bien; mis hijos sufren. Incluso, después de todos estos problemas, allá en Estados Unidos, ya cuando habían pasado todas estas cosas, volví a la casa y estando él ahí; me llevé dos botellas de vino y las puse sobre su propia

mesa, en su propia casa y con su propia mujer, que fue la mía, la del “polín”. Le dije:

—Nos vamos a tomar unos vinos, cada uno de su botella, y no es que quieras o no quieras, nos la vamos a tomar y hazle como gustes. Y como quiso, porque yo le dije “como quieras”, fue abrazado con mi vieja, digo, con mi “ex vieja”. Me dijo:

—¿Crees tener muchos huevos al querer hacer esto?

—No —le dije—, lo que se necesita es cerebro, y tengo la capacidad. La vieja sigue siendo de usted, como le dije cuando quería matarme.

Se asustó y abrazaba a mi vieja, bueno, a su vieja, ya era de él. Pues agarró la botella y los dos que nos queríamos matar, ahora estábamos platicando y hasta tomando juntos.

—Yo en tu lugar, te mataría —me dijo.

—No me mato con nadie; si alguien me saca otra vez pistola, yo me voy, me devuelvo a México.

Lo amansé, platicamos mucho rato, no soltaba a su vieja; ahora sí, su vieja. Se subieron a su cama, ya también era de ellos; me quedé con mis hijos abrazado y después se acabó todo porque luego supe que se quedó con el dinero de ella, digo, el dinero que había sido mío y que ésta se quedó con él; después él se quedó con todo. Le volteó la moneda a su esposa, que fue la mía. Dicen que se lo tragó de vino, que también él se quedó en la calle y sin el dinero de “polín”, que pasó por ella y que ella se quedó también como el “polín”: sin dinero y con el corazón partido.

—¿Cómo vez *mija*? —le dije—, tan grandes que fuimos. Tanto que sufrimos, tanto que batallamos, tantos sustos que nos llevamos juntos.

Hubo muchas ocasiones en que íbamos con nuestros hijos y cargados de droga, y usándolos a ellos como escudo para que la policía no nos detuviera. Ella manejando, y yo con el *clavo* aquí en las *verijas*. No fue una ni dos veces que lo hicimos, salíamos hasta diez veces seguidas. Hubo ocasiones en que veíamos que se

paraba atrás de nosotros un policía y sentíamos que se nos fruncía todo, y “eso también”.

Así pasa, ella se quedó con todo y luego sin nada; es como ahora que estoy con la mujer que amo y que voy a querer toda la vida, resulta que yo ya tenía sospechas; tengo el valor, la inteligencia y está mal decirlo, pero también tengo los huevos para hacer lo que hago. Yo podría arrastrarla y llevármela a cabeza de silla para que no se le arrimaran.

¿Pero qué fue lo que pasó? Un día llegué a mi casa, toqué mi puerta y no me querían abrir, es cuando andaba trabajando aquí a un ladito en la carretera de Arandas. “¿Estará enferma o por qué no me quiere abrir?” Entonces oí voces de un hombre y pensé: mal negocio. No me abrían y no me abrían; pues entonces que tumbo la puerta, era de fierro, le metí primero unas patadas y no se abría, me fui por un martillo y un cincel y boté la chapa. Fue mucho el *argüende*, porque se levantó todo el barrio a ver el *show*. La verdad al otro día sí me dio mucha vergüenza y le ofrecí disculpas a toda la gente allá para la orilla. Total, tumbé la puerta y luego me encontré un gallo ahí: un greñudo y con ojo azul; le dije:

—¡Ay papá!, agárrate cabrón.

Quieres que no, se escamó y empezó a abrazar a una de las morritas, como para protegerse, para que no le hiciera nada, igual que a mí me pasó, ahora el bravo era yo, el de la vieja era yo, o a lo mejor él; el de las hijas yo, o a lo mejor él.

—¿Cuántas veces te has acostado con ella? Me vas a decir, me tienes que soltar todo.

—No, no, ninguna.

—Ahora parece que yo soy el “Sancho” y tú el marido; yo soy el que quiere entrar y ustedes están adentro encerrados.

Ahora resulta que él estaba en la casa, la mía, y ni la puerta me abrían; entonces se cambiaron los papeles. El amigo se sentó en la escalera y le dije:

—Préstame la niña, *mijo*, déjame abrazarla yo también.

Entonces lo agarré a *madrazos*. Se le veía la cara como a los títeres cuando los están bailando.

—Dígame cuántas veces se ha acostado con ella.

—No, ninguna.

Volteaba a verla a ella como buscando apoyo. Y sí lo encontré, porque fue ella la que le habló a la policía; ya era yo el “Sancho”, así habíamos quedado. Llegó la policía:

—¿Quién es Leopoldo Jiménez?

—Soy yo —les dije.

Nada más faltaba que el güerito dijera que él era “el polín”, para acabarla de amolar.

—Yo soy, comandante, y con todo el respeto que se merece, ¿tiene usted hijos?

—Sí, tengo dos hijas y un hijo.

—¿Y usted qué haría si llegara a su casa y encontrara un gallo ahí y que no le abrieran su propia puerta?

—No es el caso —me dijo.

—No, no digo que a todos nos suceda, pero, nada más un suponer, ¿qué haría entonces si no le abriera su esposa y adentro estuviera un gallo con ella?

—Está bien, ponle unos *chingadazos* pero no lo vayas a matar.

Lo arrastré de las greñas hasta el poste de la esquina; hubo buen espectáculo, pero después me disculpé. Yo pensé: “murió la flor”; pero como he pasado por muchas de éstas, dije: “le perdono todo, nada más que vuelva con *el polín*”.

X

La pelea de gallos

Nos juntábamos cada quince días, se comunicaba toda la gente por teléfono, te hablan amigos, luego uno les habla a otros, así se va uno organizando. Estábamos como unos trescientos; a veces iba nada más a ver, me gusta el *argüende* desde chiquillo, cuando iba a la fiesta del pueblo y veía que los grandes jugaban sus peleas. Allá en San Miguel siempre ha habido buenas peleas. Todos se hacen como que no saben nada porque puede haber problemas; a ti te pueden preguntar:

—¿Traes gallos?

—No, es primera vez que vengo, nada más vengo a ver.

Uno nunca debe decir que trae gallos, todos los deja uno ahí cerquitas, las navajas también, todo afuera para que si hay algún problema uno nunca debe reclamar sus gallos porque es como ahorcarte solo. Siempre dices que no traes nada y cuando ya va a empezar la *rejolina*, vas por los tuyos; nadie se hace bolas, cada quién sabe qué cosa es de cada uno. Ahí abajo siempre está la retahíla de gallos. La multa, cuando te agarran la primera vez, es de a doscientos diez dólares, de a ciento veinte, depende de cada condado; pero si te agarran con gallos, te viene el *madrazo* de entre mil doscientos y dos mil doscientos. Si te agarran y te echas de cabeza y dices cuáles son tus gallos, entonces te esposan y “te va como en feria”. Miguelito, el de Cipriano, está bien quemado porque lo han agarrado varias veces; tiene toda la vida allá y siempre jugando gallos, le ha tocado pagar unas *multonononas*.

Generalmente se organiza la jugada de a cincuenta entradas más o menos, depende de los gallos que se lleven, pueden ser treinta y cinco, cincuenta y dos, cuarenta y tantas; la mayoría se juega de a mil dólares por piocha, pero hay ocasiones que se pone sabroso, se juegan hasta de a dos mil o tres mil la entrada. En San Miguel se juega de a dos partidos, de cinco o seis; en California es de a cincuenta. Se juega al nivel del mar y los gallos pelean más alto y se matan de un agarrón; hay de a dos réferis; todo comienza como a las ocho de la noche y se vienen acabando como a las cinco de la tarde, a esas horas ya sabes quién se llevó el premio; claro, la gente apuesta en cada pelea al gallo que quiere, pero llevan el control del partido que gane más peleas, que es el que gana todo lo de las entradas; por ejemplo, si la entrada es de a mil y si son cincuenta partidos, pues ganando te llevas tus cincuenta mil. De las ocho a las diez de la noche se hace el pesado de cada gallo; puede uno llevar los que quiera y todos te los pesan y te los cazan, acomodan todo. De las diez a las diez y media ya tienen todo acomodado, a lo más tarde a las once de la noche.

Los del FBI se meten como si fueran como uno, que van a pelear gallos, traen a dos o tres que tiran *chingadera* para acusar a la gente que vamos, que aparte de gallero, que uno es vicioso. Llevan camaritas para grabar, no se les nota; uno nunca sabe quiénes son policías y se tiene que correr el riesgo. Poncho, el hijo de Andrés, una vez salió en la televisión, también don Luis el de Sacramento; el policía del FBI traía una cámara en el anillo, se ponía la mano en el pecho agarrándose la chamarra, con eso grabó y es lo que salió en la televisión en los canales 3 y el 10. Ellos le tantean que se vayan jugando unas quince peleas, que es cuando la gente está más *chillada*, porque siempre hay quien cuide, y si ven que pasa una patrulla, el *desparpajadero* de gente; no les conviene llegar pronto porque siempre le tiran a agarrar los más que puedan. Los galleros también nos cuidamos; hay quienes traen su escáner, es como un radio con el que se puede oír lo que dicen los policías

y se saben también las claves, y es que entre los mismos galleros se “mueven” *chotas*; sólo uno que anda en eso sabe que entre los mismos *chotas* hay galleros, yo he visto algunos comprar gallos de tres, de cinco mil dólares, ellos los crían pero te los dan para que tú los lleves, y les vale gorro gastar cinco o diez mil dólares.

—Mis papás eran galleros —dicen ellos.

Como no pueden ellos jugarlos, entonces se los “amarra” uno y se los juega; ellos están ahí parados con su escáner en la mano y cuando saben una cosa, te dicen:

—Ya vienen para acá, se equivocaron, andan de aquel lado del río.

Con eso tienes *quebrada de pelarte*. A veces está uno bien *chillado* jugando, cuando ellos mismos te gritan:

—Pélense.

Todos corren y dejan sus gallos y todo lo que llevan, pero en esa ocasión en que me torcieron, no hubo oportunidad de correr. Estaba en grande la jugada, era un local como de cincuenta metros de largo, era un granero; había muchos carros, tenían todo lo que se podía tapado, y es que el que es caballerango también es gallero, donde meten un caballo meten tres gallos, ocultan todo lo que pueden. Los carros estaban tapados en todo lo que se podía. Ya en las peleas, se abren dos anillos al mismo tiempo para que se acabe pronto y que no alcancen a avisarle a la policía. Pero en esa ocasión que nos agarraron, yo creo que éramos como unos quinientos; estaba una pelea en juego y pasó una patrulla y es cuando vimos que ya nos habían *torcido*; pasaron otras dos. Gritaron:

—Ya nos cayó la *chota*.

La jugada estaba bien buena, era de *agujón*, de ésas que se les ponen dos navajas a los gallos para que se maten al puro encontronazo; es rara la pelea que se alarga, siempre se acaban al puro *empezón*. Las navajas son como picahielos, grandes; si no se matan en un ratito, nada más se están ensartando. Pero esa ocasión nos cayeron los sardos, era puro cabrón militar y un helicóptero;

yo creo que eran como unas treinta y cinco patrullas del FBI; ellos van con los soldados porque agarran *chingadera* y media en los carros: armas, droga, es que va mucho *malandrín*; entre los galleros, de un veinticinco a cincuenta por ciento son *cartuchos quemados*.

Nos fueron separando, nos iban tomando una foto y nos entregaban un ticket. Nos preguntaban:

—¿Cuánta feria traes?

—Pues yo “tanto”.

Llevan un registro pero todo te lo quitan porque son apuestas clandestinas; depende también mucho de cada condado; hay algunos en que te puede costar la multa hasta quinientos dólares. Una vez que fui con el *Mostachón* a una huerta de almendra, para el lado de Modesto, ahí sí que es un desmadre, hay peleas de a veinte mil dólares. Dicen:

—Ando de *perro*, pero te la voy a jugar de a veinte mil y si te la gano, te juego la siguiente de a cuarenta.

La entrada para los partidos era de a quinientos dólares; si llevabas tres gallos, pues te tenías que apuntar con tus mil quinientos. Acá en San Miguel está uno acostumbrado a jugarlas de a quinientos pesos; allá se veía mucho puertorriqueño y unos portugueses que jugaban mucha lana; había dos que eran de Corintio, dos hermanos igualitos con una papadota como de guajolote, bien chaparros; uno los veía bien madreados y sacaban las pacas de billetes de unas bolsotas. El que traían de soldador estaba perdiendo todas las peleas y se veía bien *agüitado*.

—Usted no se preocupe, mi cabrón —le decían.

Sacaban y sacaban dinero de las bolsas, a pague y pague. Les gustaba mucho la música en español. La cosa como que ha cambiado, ellos oyen pura música en español y los jóvenes ya no, ya no les gusta. En San Miguel quieren oír nada más música en inglés y aquellos portugueses y gente ya grande de edad les gusta nada más la música en español.

En Modesto hay gente que tiene de a tres mil acres, puro mexicano, allá somos el número uno. Miguel Lara, el cuñado de mi hermano, ya siembra como cinco mil acres de maíz por su cuenta; él y Chuy eran trabajadores y ahora ya son propietarios. A mí me invitaban:

—Éntrale con quinientos dólares, con eso le comienzas. Vamos a que compres una máquina, el terreno fulano es del gobierno y lo compras como si estuvieras en San Miguel, es igual. Lo que le dicen “las islas”, ésas no las venden.

Siempre se ve como si estuviera inundado, por eso les dicen “las islas”; cuando se pasa por ahí, la carretera va como tres metros por debajo del nivel del mar, hay muchos pantanos. Esas tierras las explotan como diez o quince años, las siembran, no se necesita regar, se abren zanjas como de cinco metros; luego, se vuelven a inundar y se dejan secar otras para hacer lo mismo: las vuelven a explotar unos diez o quince años y luego las inundan otra vez. Son miles de hectáreas lo que llenan con las compuertas; le nombran a eso “la bahía”. En un lugar que se llama Río Vista, la tierra está temblando, camina la gente, y el suelo temblando; está siempre muy caliente, se prende por debajo, se puede ver verde del zacate pero sale el *humaderón*; si alguien avienta ahí un cigarro, se prende; se ve como el hormigón que dejan las *chancharras* cuando se entierran en la tierra, así como *morusitas*. Una vez que estaba trabajando ahí el *Guayabo*, se le atoró el tractor y a él se le metió una *pata* en la tierra y se quemó toda la pantorrilla, como si fuera ácido; poco le faltó para que se quemara todo, porque la tierra iba prendida por debajo. La forma del riego es que se hacen surcos cada determinada cantidad de terreno, luego sueltan el agua pero por miles de toneladas y solita se pierde. Es algo muy raro. Yo no compré ni máquina ni terrenos, lo mío son los gallos, así me enseñé desde chiquillo en San Miguel. Y en esa ocasión en que me agarraron, la jugada fue en la mañana, porque la mayoría de las veces es en la noche, pero también hay en

la mañana; hacía un *friyazo*, el agua como hielo, así está siempre en Sacramento en esas fechas; el lugar estaba pegadito al 99, la carretera que va para arriba; estaba bien buena la jugada, cuando llegó el helicóptero. El zacate estaba como de a un metro de altura alrededor. Parecía que estábamos en la guerra; el helicóptero se quedó en el viento muy bajito pero parado en el mismo lugar, casi en el suelo, haciendo un *aironazo* y mucho ruido, entonces levantó todo el pinche zacatal y dejó pelón. Yo me escondí primero en el zacate, con la cabeza para abajo, tapado con las manos; el gentío corría para todas partes; yo me aventé el clavado como a tres metros adentro del zacate, ya fuera de donde estaba limpio. Los del ejército traían cámaras, computadoras, papeleo, de todo; si debes algo, ahí aparece; como en una hora hicieron oficina y formaron a la gente, quien tenía antecedentes ahí aparecía todo; de los *malandrines*, no se les escapaba ninguno. Se anotaba todo: “a éste le agarramos un arma, a este otro droga, y así”; los que tenían antecedentes penales, con mayor razón. Formaban a la gente y luego le iban hablando de a uno por uno:

—¿Tú con quién vienes?

—Pues que con tal y cual—. Entonces le hablaban a los otros:

—Fórmense aquí aparte. ¿En qué carro vienen?

—En ese azul. —Ya les iba diciendo la gente en qué carro o camioneta había llegado uno y con quiénes había hecho compañía para ir ahí. Se iban como de a cuatro *chotas* por cada grupito y lo llevaban a uno con todos sus amigos hasta el carro y ahí lo revisaban delante de uno; a los que traían algo, luego luego se notaba porque los cortaban para atrás a los cabrones. Si no traías nada, “váyanse, de regreso a que les hagan su recibo”.

—A ti son doscientos diez dólares de multa —me dijeron, porque no me habían agarrado antes y porque no traíamos nada en la camioneta. Fue mi primera ocasión, después tuve otra. El gobierno es bien listo, si es la primera vez que te agarran, de todos

modos te mandan con el juez, tienes que ir un día que ellos te digan del mes siguiente; al que tiene antecedentes, ahí mismo se lo llevan. Te dicen por ejemplo:

—Para el día quince del mes que entra, te presentas a las ocho de la mañana.

Luego citan a la gente para que vaya junta. Ahí estuvimos el siguiente mes; la sala llena y van pasando de a uno por uno.

—¿Usted qué quiere, cómo quiere pagarlo?

—Pues que yo lo pago ahorita.

Si no lo pagas, te va peor; si lo pagas, ahí te quitan el récord, ahí te lo borran. Te dicen todo:

—Si quieres que no aparezca en tu récord, te cuesta tanto, y si en tres o cuatro meses te agarran otra vez, se anula.

Yo sé todo eso porque se hace uno amigo de los *chotas*, de éstos que son galleros. Tengo amigos galleros que tienen ochenta años de edad, todos ellos tienen sus casas, están alivianados; lo de los gallos es una enfermedad que no se puede uno quitar. ¿Para qué necesitan ellos andar de vagos? Don Emilio, por ejemplo, es un viejito de ochenta y cinco años que está agarrando tres pensiones: una de la edad, otra del chapopote y otra de la fábrica de tomate; a él le dieron el primer ticket en el año 1946, fue el año que liberaron los Jeep Willys que tenía el Ejército, los vendieron al público y él tenía su lana y compró uno nuevecito, y el día que lo estaba estrenando lo paró un policía, pues se pasó un alto, me platicó. Pues yo lo he acompañado a los gallos para allá para el lado de Sacramento; le gusta mucho la fruta, tiene sembrado mucho; ha de tener como unas treinta y cinco clases de fruta; sus duraznos bien sabrosos, peras asiáticas, todo bien limpiquito. Y lo de los gallos, pues le vale madre pagar lo que sea, él lo disfruta con la lana que tiene. Otro vicioso igual que yo, era don Lucio; el viejito ya murió, era oriundo de aquí bien cerquitas: de San Julián; se fue bien chiquillo a Estados Unidos, pero odiaba a los mexicanos el

hijo de su chingada madre; al final ya no, pero cuando yo vivía en el campo, él decía:

—Los pinches mexicanos. Siendo que él era de San Julián. Vivía con otro que era bien buena gente: don Gregorio Muñoz.

Otro que odiaba a los mexicanos era don Juan *Chicles*, así le decía el *Enano* porque se llamaba John Adams, pero le decían Juan *Chicles* por los chicles Adams. Lo quebró el *Enano*; digo, lo quebró económicamente, porque ahora quebrar le nombran a otra cosa. El viejo era odioso de por sí, se dedicaba a tirar herbicidas, insecticidas y *chingadera* y media; entonces el *Enano* se puntereaba en los tambos de herbicida y le llovían las demandas del gobierno. El hombre era muy grande de tamaño; a mí, la verdad me daba mucha tristeza porque el viejo fracasó, no sacaba para las multas y las demandas que le aplicaba el gobierno por culpa de que le agujeraban sus tambos con un rifle 22.

Epílogo

La migración, y en especial la ilegal, se ha convertido en uno de los principales rasgos característicos de la población de Los Altos de Jalisco. No es posible hacer análisis con carácter social que se refieran a esta parte de la República Mexicana sin que se traten los aspectos relacionados con la expulsión de trabajadores hacia Estados Unidos, y sin lo acentuado de su religiosidad católica. Desde finales del siglo XIX y principalmente provenientes del sector agrario de la población, fueron enviados trabajadores hacia los estados del sur del país vecino; de esa fecha y hasta la actualidad, se han aumentado los índices migratorios al grado de que nuestro país es el que cuenta con la primera minoría, aun y cuando fue poblado por europeos en cantidades incomparables con las de mexicanos en sus inicios. Existen altas y bajas en los movimientos migratorios; las autoridades estadounidenses son las principales reguladoras de hecho y de facto: en las épocas en que requieren un mayor número de trabajadores para áreas específicas, se abre la posibilidad, que puede ser discrecional o legal, como lo constituyeron los Programas Braceros de 1942 a 1964. Las fechas “pico” de nuestras relaciones respecto a la migración han sido desde 1882, con la aplicación de la Ley de Exclusión de Chinos, 1884 con la inauguración de la línea del ferrocarril desde la capital de nuestra república y hasta Ciudad Juárez, Chihuahua; de 1910 a 1920 por la Revolución Mexicana y por el ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial; de 1926 a 1929 se presentó un flujo de ida por la Revolución Cristera, y a la inversa:

de 1929 a 1933 por la aparición de la Gran Depresión; en 1940-1946 originado por la Segunda Guerra Mundial. Después de estas fechas importantes, los flujos y reflujos han sido de periodos más cortos y con características poco variables, con excepción de la Ley de 1986 que permitió que casi tres millones de mexicanos formalizaran su residencia.

Los trabajadores mexicanos obtienen los menores salarios en promedio, comparándoseles con el resto de grupos de inmigrantes, ostentan los menores índices de grado académico y se desarrollan en los puestos de trabajo más bajos. Quienes emigran a corta edad, siguen el “calvario” que muchos de sus antecesores han padecido: consiguen dinero para el transporte, el pago del *coyote* y su instalación en Estados Unidos en los casos en que tienen “éxito”; las fuentes de financiamiento generalmente provienen de dos fuentes: los familiares o amigos, o los agiotistas del pueblo, con quienes quedan endeudados por los altos intereses con que aprovechan endilgarles el préstamo. Por tratarse de personas que cuentan con bajos recursos, no son raros los casos de quienes venden su ganado o alguna propiedad para “buscar fortuna”. Son ampliamente conocidos los grandes sufrimientos por los que pasan los trabajadores transnacionales al tratar de cruzar la frontera de más de tres mil kilómetros entre nuestros países: están bien documentadas y son motivo de noticias cotidianas las muertes en el desierto y en el río, las violaciones, los secuestros, las persecuciones y todo tipo de vejaciones. Lamentables como lo son todo este tipo de contextos por los que tienen que atravesar, las peores vejaciones son las que ejecutan los propios mexicanos; de acuerdo con gran cantidad de testimonios, la policía mexicana, los *coyotes* y quienes tienen relación de alguna manera en la frontera con los migrantes, son quienes ejecutan la mayor parte de los maltratos. Lo que representó al principio una tendencia a la masculinidad de la movilidad, ahora ha tendido a equilibrarse: las familias tienden a reunirse, ya sea en México al regreso de los trabajadores, o

en Estados Unidos para “hacer vida juntos” y criar a los hijos; los índices nacionales y los de Estados Unidos reflejan que la tendencia es a igualar la participación por género.

Nuestro país, y de manera muy importante los originarios de la región de Los Altos de Jalisco (por la cantidad de “trabajadores expulsados al norte”), generan ingresos familiares de gran relevancia, mismos que sin embargo se les ha magnificado al grado de que el fenómeno puede ser visto en gran cantidad de información oficial, que las remesas constituyen la principal fuente de desarrollo rural en México; no obstante, producto de análisis particulares y con cantidades precisas, se ha podido establecer que las cantidades de dinero que ingresa a nuestro país se distribuye en porciones muy pequeñas, a grado tal que representan una especie de salario familiar con el que no es posible realizar ni grandes proyectos personales, como tampoco gubernamentales; existen los casos, sí, de personas que obtienen grandes sumas de dinero y pueden invertirlas en un negocio próspero en nuestro país, y también existen muchas organizaciones ligadas a los lugares de origen de los trabajadores que aportan dinero mediante cooperaciones personales o producto de la realización de eventos *ex profeso*, para alguna pequeña obra, la compra de una ambulancia o la remodelación de un templo, pero éstos representan casos excepcionales. Se ha llegado a establecer que la cantidad promedio que reciben las familias que cuentan con remesas no llega a los 300 dólares mensuales, mismos que de ninguna manera hacen posible la acumulación de capital suficiente como para enriquecerse. El análisis de este tema en particular ha enfrentado a dos grupos de teóricos en cuanto que uno establece que la existencia de las remesas ha hecho posible un desarrollo económico en nuestro país, mientras que los opuestos afirman lo contrario: las remesas generan un círculo vicioso de migración por más migración y mayores diferencias sociales. Desgraciadamente, otra fuente de generación de ingresos provenientes del exterior lo ha constituido la participa-

ción de las personas en actividades ilícitas; de acuerdo con datos expuestos por las autoridades competentes, se ha llegado a contabilizar el paso de la frontera de más de 10 mil millones de dólares al año solamente a nuestro país (en general, a Latinoamérica 25 mil millones); el paso de la droga al país que más la consume en el mundo nos ha posicionado en un vergonzoso y delicado espacio donde la inseguridad nos ha dado fama mundial.

Otra de las características inseparables de la migración de trabajadores hacia Estados Unidos, es el profundo sentimiento religioso de las personas, mismo que por necesidad ha generado por su cuenta, e incluso contra los mismos preceptos y autoridades católicas en México, nuevas figuras celestiales. La promoción y el paulatino crecimiento de la devoción a santos de dudosa procedencia no se explica si no es a expensas de la necesidad de protección divina que requieren las personas: los narcotraficantes, originarios de las poblaciones expulsoras de migrantes, formados bajo la vigilancia de los valores religiosos que profesa una proporción muy cercana al 100%, adoptan con agrado su fidelidad hacia Santo Malverde o hacia la “Santa Muerte”, por ejemplo, que son quienes “pueden ver por ellos”; en el argot popular, “el que se cae a la barranca, hasta de un nopal se agarra” sintetiza el actuar de este tipo de personas; si se vive de actividades muy peligrosas, deben buscar apoyo extranatural. Un caso similar, aunque referido en especial a los migrantes: nació la fe hacia “Juan Soldado”, otro santo originado por el pueblo y que ha rebasado las intenciones de los representantes eclesiásticos, que no pueden oficializar el actuar de una persona que, confesa, aceptó haber violado y dado muerte a una niña; también fue creado por las acciones populares que han rebasado las intenciones más racionales de la formalización de las creencias, y su fama ha ido creciendo en lugar de apagarse. Del otro lado, del de los buenos, se localiza a Santo Toribio Romo, aceptado y aprobado por la más alta jerarquía eclesiástica, a quien se ha entronizado en lo más alto del fervor religioso y

de manera muy particular en Los Altos de Jalisco; Santo Toribio tomó como características desde su canonización que no era “el favorito”, porque en las declaraciones oficiales se hablaba de darle el crédito que requerían los mártires de la guerra contra la religión que vivió México en la segunda década del siglo XX: “a Cristóbal Magallanes y otros veinticuatro”, y era lógico que siendo Magallanes formador de sacerdotes en el seminario, debería de contar con una distinción por sobre sus discípulos; no obstante, el actuar popular inclinó la balanza por uno de “los veinticuatro” a quien se le atribuye en particular el hacer milagros a favor de un tipo de devotos: los migrantes.

Destacan dos aspectos en relación con el fervor dedicado a Toribio Romo. Primero, contrario también a los criterios oficiales, solamente Dios puede hacer los milagros y los santos son simples intercesores ante Él y por petición de los desvalidos, siendo el caso, como lo es, de que se ha rebasado este mandato y se le atribuyen los milagros directamente a él. Y segundo, del que supuestamente fue su milagro inaugural: cuando rescató de la muerte segura a un migrante extraviado en el desierto, no ha sido posible localizarlo aun y cuando se cuenta con su identificación y su procedencia (zacatecana o michoacana). Por otra parte, en referencia a la imagen más difundida, promovida y aceptada de la religión en México, la aparición de la Virgen de Guadalupe, tiene un antecedente poco propagado y es que dos siglos antes de su existencia en México hubo un surgimiento de devoción hacia una virgen negra que se presentó en España en la región de Extremadura a un pastor, a quien le pidió que se le construyera un templo; a esa virgen se le llamó de Guadalupe porque así se le conocía al río que pasaba junto a la cueva donde tuvo lugar el encuentro, y uno de sus fervientes devotos en 1531, cuando se presentó un caso similar en la ciudad de México, era el extremeño Hernán Cortés. La exaltación religiosa hacia la virgen morena inició más de cien años después del encuentro con Juan Diego. Por último,

una afirmación que se ha difundido en algunos trabajos relativos al pensamiento religioso en México, es que existe una infiltración permanente de las tendencias protestantes hacia los migrantes y las cantidades de seguidores se van engrosando, al tiempo que las de católicos vienen disminuyendo; esta tendencia no se ha podido constatar con las cantidades que pueden verificarse en el análisis de las cifras de los censos de población y de trabajos *ex profeso*; entre las grandes cantidades de migrantes, lógicamente se presentan cambios pero que no llegan a ser de consideración.

De los testimonios de migrantes pudimos conocer, a través de sus historias de vida, cómo es que viven, sufren, trabajan, regresan, legalizan su estancia, hacen familia, etcétera. Es muy diferente conocer los índices, las proporciones, los números gruesos que encubren las vivencias particulares; para conocer de viva voz qué es lo que hacen los migrantes, es necesario indagar en las personas con nombres y apellidos qué es lo que hicieron, cómo lo hicieron, cómo se organizaron, cómo cruzaron y cuáles fueron las razones del regreso. Las historias de vida hacen posible constatar (o negar) lo que se dice de los trabajadores mexicanos que cambian de país para vivir y confrontar sus hábitos con otros ajenos y, en no pocos casos, agresivos. Los entrevistados de carne y hueso dieron testimonio de qué fue lo que hizo cada uno para “iniciar el viaje”, si llevaban la bendición de los padres o se fueron contra su voluntad, si fueron apoyados por familiares o amigos para el transporte, para el famoso cruce; si sufrieron vejaciones, si pasaron el río o encajuelados, si eligieron el desierto; cuando lograron instalarse, cómo obtuvieron un puesto de trabajo, en qué se desarrollaron, si aprendieron el idioma, si decidieron regresar, cuáles fueron las razones. En relación con el envío de remesas, pudo conocerse qué hacía cada quien con sus recursos, si le sirvieron para su regreso a México, si logró adquirir bienes, si fracasó, si participó en actividades ilícitas, si el patrimonio familiar fue producto de su vida de migrante, etcétera. Esta parte de la expo-

sición tuvo como principal objetivo lograr conocer lo que no es posible a través de estudios generales que abarcan temas gruesos y sus resultados pueden extrapolarse a otros estudios, pero que no llegan a conocer las particularidades como lo son el tipo de sufrimientos que pasan los migrantes al cruzar la frontera, y también por la gran cantidad de vericuetos por los que debe pasar cada persona para lograr obtener un empleo y poder enviar un puñado de dólares a su familia, quien ve en ellos la posibilidad de salir de la pobreza. Es importante conocer también en lo particular cómo es que viven la otra parte de sus labores diarias en cuanto a las formas de convivir, de recreación y de construir sueños. La vida de los braceros procedentes de Los Altos de Jalisco constituye una marca en la cultura de esta región que le es tan característica y forma parte de ella, como lo son los cráteres de la luna: son parte de ella, representan golpes llegados del exterior, pero la hacen aparecer con simas y cimas, quitándole lo homogéneo y haciéndole ver con marcas grandes que pueden representar, en el caso de los migrantes, sus logros y sus fracasos. Hay migrantes que ya no lo son, ya obtuvieron la ciudadanía en el lejano país, y sus hijos y nietos, para residir en México, el país de sus ancestros, necesitan pasaporte y serían inmigrantes para nosotros si llegaran a establecerse acá.

Referencias bibliográficas

- Alba, Francisco (2007) “El Informe de la Comisión Mundial sobre Migraciones Internacionales”, en Paula Leite, Susana Zamora y Luis Acevedo, *Migración internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe*. México: Consejo Nacional de Población.
- Alonso, José Antonio (2004) *Emigración y desarrollo. Implicaciones económicas*, documento de trabajo de la Serie “Desarrollo y Cooperación”, marzo. Madrid: Instituto Complutense de Estudios Internacionales-Departamento de Desarrollo y Cooperación.
- Binford, Leigh (2002) “Remesas y subdesarrollo en México”, *Relaciones*, vol. XXIII, núm. 90, primavera, Puebla.
- Canales, Alejandro (2006) “El papel de las remesas en la reducción de la pobreza en México. Mitos y realidades”, *Carta Económica Regional*, núm. 98, diciembre. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Canales, Alejandro, e Israel Montiel Armas (2004) “Remesas e inversión productiva en comunidades de alta migración a Estados Unidos. El caso de Teocaltiche, Jalisco”, *Migraciones internacionales*. Tijuana: Colegio de la Frontera Norte.
- Consejo Nacional de Población (Conapo), y El Colegio de la Frontera Norte (2006) *Encuesta sobre migración en la frontera norte de México*, 2004. México: Conapo/El Colegio de la Frontera Norte.

- De la Rosa Mendoza, Juan Ramiro, y Alma Araceli Pérez Servín (2006) “Migración y remesas, de creciente importancia para México”, *Observatorio de la Economía Latinoamericana*, núm. 55, enero. Málaga: Universidad de Málaga.
- Delgado Wise, Raúl, Humberto Márquez Covarrubias, y Héctor Rodríguez Ramírez (2004) “Organizaciones transnacionales de migrantes y desarrollo regional en Zacatecas”, *Migraciones Internacionales*, vol. 2, núm. 4, julio-diciembre. Tijuana: Colegio de la Frontera Norte.
- Durand, Jorge (2004) “Ensayo teórico sobre la emigración de retorno. El principio del rendimiento decreciente”, *Cuadernos Geográficos*, núm. 35, julio-diciembre. Granada: Universidad de Granada.
- (2007a) *Programas de trabajadores temporales. Evaluación y análisis del caso mexicano*. México: Consejo Nacional de Población.
- (2007b) “Remesas y desarrollo. Las dos caras de la moneda”, en Paula Leite, Susana Zamora, y Luis Acevedo, *Migración internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe*. México: Consejo Nacional de Población.
- Durand, Jorge, y Patricia Arias (2000) *La experiencia migrante. Iconografía de la migración México-Estados Unidos*. México: Alttexto.
- Gamio, Manuel (1930) *Mexican Immigration to the United States. A Study of Human Migration and Adjustment*. Nueva York: Dover Publications/University of Chicago Press.
- García Zamora, Rodolfo (2007) “Migración internacional, remesas y desarrollo en México al inicio del siglo XXI”, en Paula Leite, Susana Zamora, y Luis Acevedo, *Migración internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe*. México: Consejo Nacional de Población.
- González Pérez, Cándido, Alfonso Reynoso Rábago, y Gilberto Fregoso Peralta (2008) “La teoría de la relatividad de las reme-

- sas”, *Segundo Encuentro Nacional sobre Estudios Regionales*, Ocotlán, Jalisco.
- González Pérez, Cándido, y Alfonso Reynoso Rábago (2007) “La ambivalencia como característica en los procesos migratorios”, *Quinto Simposio Interdisciplinario de Los Altos de Jalisco*, México.
- Hernández, Leticia (2008) “Remesas colectivas para la Región Ciénega de Jalisco”, en Eduardo Hernández González et al., *Las regiones en el contexto de la globalización: elementos analíticos para la reflexión*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Hirai, Shinji (2007) *Nostalgias en un mundo trasnacional. Hacia la reconstrucción del terruño, culturas e identidades entre California y Jalostotitlán, Jalisco*, tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa-División de Ciencias Sociales y Humanidades-Departamento de Antropología.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) *Censos Generales de Población y Vivienda. México, 1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000 y 2005*. México: INEGI.
- Márquez Covarrubias, Humberto (2007) Migración y desarrollo en México: entre la exportación de fuerza de trabajo y la dependencia de las remesas”, *Región y Sociedad*, vol. XIX, núm. 39, Sonora, México.
- Mendoza Cota, Jorge Eduardo (2006) “Determinantes macroeconómicos regionales de la migración mexicana”, *Migraciones Internacionales*, vol. 3, núm. 4, julio-diciembre, México.
- Moctezuma, Miguel (2007) “Entusiasmo estatal por la inversión productiva de los mexicanos que residen en el extranjero”, *Relaciones Estado-Diáspora II. La perspectiva de América Latina y El Caribe*. México: Miguel Ángel Porrúa.

- Molano, Alfredo (2005) *Espaldas mojadas. Historias de maquilas, coyotes y aduanas*. Colombia: El Áncora Editores/Panamericana Editorial.
- Odgers Ortiz, Olga (2006) “Movilidades geográficas y espirituales: cambio religioso y migración México-Estados Unidos”, *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. VI, núm. 22. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Orozco, Manuel (2007) “Remesas en la región de América Latina y el Caribe. Un análisis de su impacto económico”, *Migración internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe*. México: Consejo Nacional de Población.
- Ozden, Caglar (2007) “Fuga de cerebros en América Latina”, *Migración internacional y desarrollo en América Latina y el Caribe*. México: Consejo Nacional de Población.
- Papail, Jean (2006) “Migración internacional y proceso de desalarización en áreas urbanas del Centro-Occidente de México”, *Carta Económica Regional*, núm. 98, diciembre. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Parra Ruiz, José María, y Emilia Gámez Frías (2006) “La oferta de fuerza de trabajo mexicana en Estados Unidos: perfil sociodemográfico y movilidad espacial”, *Carta Económica Regional*, núm. 98, octubre-diciembre, revista del Departamento de Estudios Regionales-Ineser. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Reynoso Rábago, Alfonso, Cándido González Pérez, y Agustín Hernández Ceja (2007) “El turismo religioso en Santa Ana de Guadalupe”, *V Coloquio Internacional Religión y Sociedad*, Sevilla, España.
- Reynoso Rábago, Alfonso, y Cándido González Pérez (2007) *A pie de memoria. Testimonios de la Guerra Cristera en Jalostotitlán, Jalisco*. México: Consejo Nacional de Cultura.
- (2008) “La devoción a Santo Toribio Romo y la globalización”, *Las regiones en el contexto de la globalización: elementos*

- analíticos para la reflexión*. Ocotlán, Jalisco: Universidad de Guadalajara.
- Salgado, Nelly (2002) “Motivaciones de la migración de mexicanos hacia Estados Unidos”, en M. M. de Alba Medrano (comp.), *Temas selectos de salud y derecho*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Sánchez Molina, Raúl (2006) *Proceso migratorio de una mujer salvadoreña*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, núm. 224.
- Taylor, Paul (1991) “Arandas, Jalisco: una comunidad campesina”, *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Tepach, Reyes (2008) “El flujo migratorio internacional de México hacia Estados Unidos”, *Centro de documentación, información y análisis de la Cámara de Diputados*, LX Legislatura, marzo, México.
- Tinoco Herrera, Mario (2008) “Migración científica entre México y EEUU. Un caso de ingenieros agrónomos”, *Agricultura, sociedad y desarrollo*, enero-junio, Área de Ciencias Sociales, Sociología de la Educación, Elendil Line, California.
- Tomé Martín, Pedro, y Andrés Fábregas Puig (1999) *Entre mundos. Procesos interculturales entre México y España*. México/España: El Colegio de Jalisco/Diputación Provincial de Ávila/Institución Gran Duque de Alba.
- Tuirán, Rodolfo (2001) “La migración de mexicanos a Estados Unidos”, *La población de México en el nuevo siglo*. México: Consejo Nacional de Población.
- Verduzco Igartúa, Gustavo (2005) “La continuidad y el cambio de las migraciones entre México y Estados Unidos: una interpretación desde México”, *The Center for Migration and Development. Working Paper Series. Princeton University*, enero. México: El Colegio de México.

Zúñiga Herrera, Elena, y Paula Leite (2004) “Los procesos contemporáneos de la migración México-Estados Unidos: Una perspectiva regional y municipal”, *Seminario de migración México-Estados Unidos: Implicaciones y retos para ambos países*. México: Consejo Nacional de Población.

Cuéntame una de braceros
se terminó de imprimir en julio de 2009
en los talleres de Ediciones de la Noche.
Guadalajara, Jalisco.
El tiraje fue de 350 ejemplares.

www.edicionesdelanoche.com

Los procesos migratorios de México hacia Estados Unidos han adquirido sus peculiares características desde hace más de un siglo, cuando se inició en forma este fenómeno. *Cuéntame una de braceros* tiene como objetivos efectuar una descripción y exponer las principales particularidades, poniendo énfasis en los trabajadores alteños que buscan opciones laborales y tienen que pasar por infinidad de sufrimientos para, en algunos casos, coronar sus propósitos con éxito.

El presente libro está estructurado en dos partes: la académica, que pretende dar forma oficial a la exposición, y la no ortodoxa, que muestra testimonios de braceros referidos en forma novelada; ambas se complementan para exponer una realidad que caracteriza el horizonte social de Los Altos de Jalisco desde hace más de cien años y que forma parte de nuestra cultura; a la fecha, es imposible encontrar una familia alteña de las que han echado sus raíces aquí desde hace muchos años, que no tenga, o por lo menos no haya tenido, uno de sus miembros trabajando en Estados Unidos en forma legal o ilegal.



Centro Universitario
de la Ciénega



ISBN 978-970-764-762-6



9 789707 647626